

Colección Estudios Sociales

Núm. 37

La delincuencia en los barrios

Percepciones y reacciones

Alfonso Echazarra



Obra Social "la Caixa"

OBRA SOCIAL. EL ALMA DE "LA CAIXA".

Colección Estudios Sociales

Núm. 37

La delincuencia en los barrios

Percepciones y reacciones

Alfonso Echazarra

Edición Obra Social "la Caixa"

Órganos de gobierno de la Obra Social "la Caixa"

COMISIÓN DE OBRAS SOCIALES

Presidente	Isidro Fainé Casas
Vicepresidentes	Salvador Gabarró Serra, Javier Godó Muntañola
Vocales	Montserrat Cabra Martorell, Francesc Homs Ferret, Mario López Martínez, Justo Bienvenido Novella Martínez, Jorge Roglà de Leuw, Josep Joan Simon Carreras
Secretario (no consejero)	Alejandro García-Bragado Dalmau
Vicesecretario (no consejero)	Óscar Calderón de Oya
Director general	Juan María Nin Génova
Director ejecutivo	Jaime Lanaspá Gatnau

PATRONATO DE LA FUNDACIÓN "la Caixa"

Presidente	Isidro Fainé Casas
Presidente de honor	José Vilarasau Salat
Vicepresidentes	Salvador Gabarró Serra, Javier Godó Muntañola, Juan Maria Nin Génova
Patronos	Eva Aurín Pardo, Victoria Barber Willems, Maria Teresa Bassons Boncompte, Montserrat Cabra Martorell, Josep-Delfí Guàrdia Canela, Monika Habsburg Lothringen, Francesc Homs Ferret, Xavier Ibarz Alegria, Juan-José López Burniol, Mario López Martínez, Maria Dolors Llobet María, Estefanía Judit Martín Puente, Justo Bienvenido Novella Martínez, Jordi Portabella Calvete, Ana Robles Gordaliza, Jorge Roglà de Leuw, Josep Joan Simón Carreras, Javier Solana Madariaga, Roberto Tapia Conyer, Francisco Villoslada Correa, Josep-Francesc Zaragozaà Alba
Secretario (patrón)	Alejandro García-Bragado Dalmau
Vicesecretario (patrón)	Óscar Calderón de Oya
Director general	Jaime Lanaspá Gatnau

Publicación La delincuencia en los barrios. Percepciones y reacciones

Concepción y producción Obra Social "la Caixa"

Publicación

Autor	Alfonso Echazarra
Traducción	Josep Ventura
Diseño, maquetación e impresión	CEGE

Coordinación de la edición:

© del texto, sus autores

© de la edición, Fundación "la Caixa", 2014

Av. Diagonal, 621 - 08028 Barcelona

ISBN: 978-84-9900-100-5

D.L.: B9349-2014

La responsabilidad de las opiniones emitidas en los documentos de esta colección corresponde exclusivamente a sus autores. La Fundación "la Caixa" no se identifica necesariamente con sus opiniones.

ALFONSO ECHAZARRA es doctor en Estadística aplicada a las Ciencias sociales por la Universidad de Manchester y doctor miembro del Instituto Juan March. Sus investigaciones han girado en torno al fenómeno inmigratorio, ya sea en su vertiente económica (remesas de inmigrantes), demográfica (segregación residencial), política (participación electoral) o social (delincuencia y capital social). En la actualidad es analista en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y profesor del máster en Análisis y Prevención del Crimen de la Universidad Miguel Hernández.

Índice

Presentación	11
<hr/>	
Introducción	13
Mediciones objetivas y subjetivas de la delincuencia	17
La organización social de las comunidades locales	20
Objetivos y relevancia social del presente estudio	27
Estructura del libro	29
<hr/>	
I. La teoría de la desorganización social, la tesis del incivismo y la criminalidad percibida en los barrios	32
1.1. Introducción	32
1.2. La teoría de la desorganización social: del determinismo urbano a la eficacia colectiva	33
1.3. La incorporación del modelo de recursos de la participación sociopolítica	61
1.4. El modelo de la desorganización social, la hipótesis de las «ventanas rotas» y la tesis del incivismo: un análisis de la naturaleza dual de la delincuencia percibida en los barrios	65
1.5. Conclusiones	68
<hr/>	
II. Conceptualización, medición y explicación de la criminalidad percibida en los barrios	70
2.1. Introducción	70
2.2. Fuentes de datos	70
2.3. Evolución de la preocupación de la población por la delincuencia	74
2.4. España desde una perspectiva comparada	76
2.5. Percepciones de las comunidades locales españolas sobre la delincuencia en el barrio	76
2.6. Pistas informativas sobre la delincuencia en el barrio: evidencia empírica	79
2.7. Qué sabemos de los delincuentes	96
2.8. Qué sabemos de las víctimas	98
2.9. Características sociodemográficas y delincuencia percibida en el barrio: aislando los efectos individuales y comunitarios	100
2.10. Resumen de los principales resultados	103
<hr/>	
III. Características locales, desorganización social y delincuencia percibida en los barrios en España	107
3.1. Introducción	107

3.2. Algunas reflexiones sobre el modelo de la desorganización social: incorporación del modelo de recursos de la participación política	109
3.3. Nuevas fuentes exógenas de desorganización social	111
3.4. Ampliar la teoría de la desorganización social a las áreas rurales	113
3.5. Datos y metodología	114
3.6. Resultados	119
3.7. Conclusiones	130
<hr/>	
IV. Delincuencia percibida en el barrio e inmigración en la ciudad de Madrid: un análisis espacial	133
4.1. Introducción	133
4.2. La creciente relevancia pública del nexo delincuencia-inmigración	135
4.3. La evidencia empírica sobre el nexo delincuencia-inmigración en España y en otros países	139
4.4. Población inmigrante en la ciudad de Madrid	143
4.5. Datos, especificación del modelo y modelización estadística	149
4.6. Resultados	157
4.7. Discusión: matización de los efectos de la concentración de inmigrantes	164
4.8. Observaciones finales	167
<hr/>	
Conclusiones	171
Delincuencia percibida en los barrios: una variable independiente y relevante	172
La naturaleza comunitaria de la delincuencia percibida	174
Aplicación de la perspectiva de la desorganización social al contexto español	176
Diversidad étnica, inmigración y delincuencia percibida en los barrios	179
<hr/>	
Referencias bibliográficas	182
<hr/>	
Fuentes de datos	198
<hr/>	
Lista de tablas	199
<hr/>	
Lista de gráficos	200
<hr/>	
Glosario de siglas	203
<hr/>	
Apéndice metodológico	204
<hr/>	

Presentación

Sabemos desde hace tiempo que la sensación de malestar provocada por la delincuencia no solo aparece tras ser víctima de un acto delictivo. Un suceso violento en las noticias, las experiencias traumáticas de familiares o incluso las lunas rotas de un coche pueden favorecer su aparición. No es de extrañar, por lo tanto, que el miedo a la delincuencia afecte a más personas que la propia delincuencia y que las percepciones que nutren este miedo sean hoy un problema social.

El caso de España es paradigmático. Ya se trate del número de homicidios o de las tasas de victimización, indicadores ampliamente aceptados en estudios internacionales, los índices de delincuencia son excepcionalmente bajos. España es uno de los pocos países con una tasa de homicidios por cada 100.000 habitantes por debajo de uno, y la Encuesta Internacional sobre Víctimas de la Delincuencia –el estudio internacional más exhaustivo y riguroso hasta la fecha sobre la delincuencia y la seguridad ciudadana– sitúa a nuestro país como el más seguro entre los treinta participantes. A pesar de ello, los residentes españoles se sienten relativamente inseguros; según datos de la misma encuesta, un 33 por ciento afirma sentirse inseguro en las calles por la noche.

Con este telón de fondo, el presente estudio –ganador de la convocatoria 2012 del Premio “la Caixa” de Ciencias Sociales en memoria del Dr. Rogeli Duocastella– analiza las percepciones de la delincuencia en los barrios españoles y el impacto que sobre estas tienen una serie de características individuales y del entorno. La estrategia es clara: conocer las causas que se encuentran detrás de las percepciones de la delincuencia para que los poderes públicos puedan adoptar las medidas necesarias con vistas a reducir la inseguridad ciudadana y el miedo asociada a esta.

En realidad, el miedo a la delincuencia puede tener consecuencias positivas, por ejemplo, favorece la adopción de medidas preventivas en situaciones de verdadero riesgo. Pero en un contexto como el español, donde este miedo frecuentemente no se ajusta a la realidad, la obsesión por la delincuencia solo puede conducir a un aumento del tiempo y el dinero dedicados a la seguridad personal, a demandar un endurecimiento del código penal y, dado el estereotipo del delincuente inmigrante, al apoyo de posiciones políticas xenófobas. Más importante aún, puede conducir a un debilitamiento de la cohesión social ya que el miedo provoca desconfianza.

Esperamos que el análisis detallado de la delincuencia percibida en las 34.251 secciones censales del territorio español, y la comparativa que se establece entre pueblos, ciudades y grandes ciudades, no solo guíe la acción de los poderes públicos, cada vez más preocupados por cómo reacciona la ciudadanía ante la delincuencia, sino que también ayude a la criminología española a avanzar en una nueva dirección.

Jaime Lanaspá Gatnau
Director ejecutivo de la Obra Social
"la Caixa" y director general
de la Fundación "la Caixa"

Barcelona, abril 2014

Introducción

En 2009 el Ayuntamiento de Madrid propuso la instalación de cámaras de videovigilancia en Lavapiés, una zona multiétnica sobre la que pesa una mala reputación. En una popular web de viajes se pueden leer comentarios como «demasiado peligroso para los turistas», «muy bien si eres vecino, pero peligroso para los visitantes» o «el barrio multiétnico de Madrid, pero... ¡tened cuidado!».⁽¹⁾ En el Censo de Población y Viviendas de 2001, una elevada proporción de los residentes de Lavapiés afirmaba que la delincuencia y el vandalismo constituían un problema. Sin embargo, este barrio también disfruta de una imagen bohemia y castiza –«un barrio pequeño y con gracia», como describía otro testigo–, razón por la cual atrae tanto a jóvenes profesionales como a turistas. Las reacciones ante la instalación de cámaras de videovigilancia fueron muy diversas. Por una parte, los pequeños comercios, los tenderos y los residentes de mayor edad elogiaron la decisión de incrementar la vigilancia. No obstante, otros residentes se mostraron menos entusiastas. Principalmente, los detractores de la videovigilancia sostenían que estos dispositivos violaban la intimidad individual cual «Gran hermano» y, lo que es más importante, algunos argumentaban que esta decisión dificultaría la cooperación de los vecinos en la lucha contra la delincuencia y que los recursos debían dedicarse a medios más eficaces y constructivos para controlar la delincuencia, como la promoción de la participación social. Incluso, la propietaria de un bar, favorable a las cámaras de videovigilancia, defendía inconscientemente estrategias alternativas para el control de la delincuencia. En sus propias palabras: «Para mí, no cambiarán mucho las cosas, porque hace mucho tiem-

(1) http://www.tripadvisor.fr/Attraction_Review-g187514-d313717-Reviews-Plaza_Lavapies-Madrid.html (consultada por última vez el 7 de enero de 2014).

po desde la última vez que me robaron. Ahora [los delincuentes] me conocen». Estuvieran a favor o en contra, todos los residentes coincidían en que la videovigilancia sería, en el mejor de los casos, una solución parcial para poner fin a la actividad delictiva y que para encontrar soluciones eficaces habría que incidir en las dinámicas internas de la comunidad y en la cooperación con organismos externos, como la policía y los servicios sociales. El objetivo de este libro es precisamente entender estas dinámicas internas: identificar las características de los barrios que hacen que sus residentes perciban un menor nivel de delincuencia y se sientan más seguros; descubrir por qué los niveles de delincuencia percibidos en Lavapiés son tan distintos de los del próspero barrio de Salamanca, en la misma ciudad de Madrid, y por qué estos, a su vez, difieren tanto de los de la Extremadura rural; investigar el papel que desempeñan los lazos de amistad, las asociaciones locales y el contexto general en la criminalidad percibida en los barrios; y, finalmente, analizar si hay diferencias entre las tasas de criminalidad reales y percibidas y, de haberlas, explicar por qué.

Mutatis mutandis, Lavapiés se puede considerar el equivalente español a lo que la primera hornada de sociólogos de la Escuela de Chicago, como Shaw y McKay (1969[1942]), describieron como barrios socialmente desorganizados. Hace casi un siglo, estos sociólogos desarrollaron una serie de teorías ecológicas dirigidas a comprender por qué los problemas urbanos se distribuían desigualmente por la ciudad. Si justamente las ciencias sociales tratan de identificar regularidades en el tiempo y el espacio, el notable rendimiento de estas teorías cuando se aplican a la España actual es toda una bendición, sobre todo ante las críticas que han recibido por estar demasiado centradas en Chicago (Small y Feldman, 2012). El principal objetivo del presente libro, que se aparta solo ligeramente de la tradición ecológica iniciada por Thomas y Znaniecki (1927) y Shaw y McKay (1969[1942]), es estudiar cómo los residentes de áreas urbanas y rurales reaccionan ante una serie de condiciones locales, en particular la presencia de inmigrantes, a la hora de evaluar el nivel de delincuencia en sus comunidades locales.⁽²⁾ Para este objetivo, el análisis se desarrolla a través del modelo de la desorganización social, que se define como la inca-

(2) Las zonas residenciales, las comunidades locales y los barrios se utilizan indistintamente a lo largo de todo el libro, a menos que por barrio nos refiramos específicamente a una división administrativa.

pacidad de las comunidades locales para hacer realidad los valores comunes de sus residentes, resolver los problemas que les son comunes y mantener mecanismos eficaces de control social (Kornhauser, 1978). Sus partidarios afirman que hay una serie de condiciones locales –también denominadas factores exógenos o distales de desorganización social⁽³⁾ que determinan el grado de organización social de las comunidades locales, lo cual, a su vez, ayuda a explicar por qué determinadas zonas tienen más éxito a la hora de controlar las conductas desviadas, atraer recursos externos y protegerse de amenazas potenciales (Bursik y Grasmick, 1993; Logan y Molotch, 2007[1987]; Sampson y Groves, 1989). Una de estas amenazas es la delincuencia propiamente dicha, un determinante inequívoco de la delincuencia percibida en un barrio.

Sin embargo, las percepciones sobre la delincuencia en un barrio reflejan múltiples influencias que van más allá de su nivel real, aunque solo sea porque la mayoría de los residentes solo sufren directamente la delincuencia de un modo esporádico (Quillian y Pager, 2001). De hecho, el miedo a la delincuencia y su percepción están relacionados, no solamente con el nivel real de delincuencia en el barrio sino también, y en la misma medida, con el deterioro físico y el incivismo social en ese entorno (Conklin, 1975; Wilson y Kelling, 1982). La constatación empírica de que la percepción de la delincuencia en el barrio está parcialmente determinada por la falta de civismo en la zona se conoce como tesis del incivismo (Taylor, 2001). Por esta razón, las teorías ecológicas diseñadas explícitamente para entender los patrones de la delincuencia real deben reevaluarse y ajustarse cuando lo que hay que analizar es la delincuencia percibida, no la real.

Si tenemos en cuenta la naturaleza dual de la criminalidad percibida en un barrio, el marco teórico principal de este estudio se puede formular del modo siguiente. Hay una serie de condiciones locales, como la estabilidad residencial o el estatus socioeconómico, que determinan los recursos –ingresos, tiempo, confianza, eficacia organizativa e intereses comunes– de

(3) Que la literatura se refiera a las condiciones locales como fuentes exógenas de desorganización social no implica necesariamente que se descarte la causalidad inversa, el sesgo de selección ni los efectos de la retroalimentación, puesto que en las ciencias sociales los efectos exógenos puros apenas existen. Es más probable que el uso de este concepto se explique por la facilidad con la que estas condiciones locales pueden distinguirse, tanto conceptual como empíricamente, del propio concepto de la desorganización social. El presente estudio toma prestado este término de la literatura sin cuestionar su precisión semántica ni su adecuación.

que disponen las comunidades locales para crear redes sociales eficaces en los ámbitos privado (familia y conocidos), local (asociaciones locales) y público (vínculos con organismos externos) (Hunter, 1985; Bursik y Grasmick, 1993). Al mismo tiempo, es probable que los residentes en comunidades socialmente organizadas perciban un nivel más bajo de delincuencia por, al menos, tres razones. En primer lugar, estas comunidades tienen más éxito a la hora de controlar el comportamiento desviado⁽⁴⁾ –los altercados, la suciedad en la calle y la delincuencia–, cuyo papel como factor explicativo de la delincuencia percibida en el barrio está bien documentado (McPherson, 1978). En segundo lugar, son más eficaces para mantener en buenas condiciones el parque de viviendas y las instalaciones públicas, lo que limita la sensación de malestar urbano que los barrios mal mantenidos transmiten tanto a residentes como a visitantes (Skogan, 1990). Por último, es probable que el sentido de comunidad y la confianza que se generan en el proceso de unir y coordinar a los vecinos reduzcan o disminuyan la sensación de los residentes de que hay delincuencia, con independencia de la tasa de criminalidad en la zona.

Por desgracia, por falta de datos el estudio no puede poner a prueba de manera completa las diversas vías causales que conectan las condiciones locales específicas con la percepción de la delincuencia que, en última instancia, tienen los residentes, lo que mantiene cerrada la «caja negra» y reduce muchísimo el alcance de los resultados. Hay tres elementos cuya ausencia se hace bien patente: un indicador directo sobre la organización social (es decir, una medición que indique la densidad y la eficacia de las redes sociales locales); mecanismos específicos mediante los cuales las comunidades organizadas logran sus objetivos; y mediciones objetivas de la tasa de criminalidad local. A consecuencia de ello, este libro es muy cauto a la hora de establecer inferencias causales y, en general, presenta interpretaciones descriptivas de los resultados. Pese a que se proponen mecanismos específicos –por ejemplo, se espera que en barrios residencialmente estables surjan con fuerza redes sociales y que estas contribuyan, a su vez, a mantener controles sociales efectivos y frenar el comportamiento desviado en el

(4) En este caso el comportamiento desviado se define como acciones o comportamientos no conformes con las normas sociales o comunes, por ejemplo, la vulneración de normas sancionadas formalmente, pero también incluye violaciones informales de normas sociales (Maconis y Gerber, 2010).

seno de estas–, su precisión e importancia relativa no se pueden evaluar en profundidad.

No obstante, los datos disponibles para el caso español permiten el análisis del complejo conjunto de relaciones que existen entre las características de los barrios, la estructura y los recursos de los hogares, el entorno construido y las percepciones de los residentes sobre los comportamientos incívicos, incluidos el ruido, la limpieza, el vandalismo y la delincuencia. Lo más importante es, sin embargo, que las bases de datos utilizadas en el presente libro proporcionan la capacidad analítica necesaria para evaluar la capacidad de generalización de las teorías presentadas. Por ejemplo, el Censo de Población y Viviendas de 2001 incluye información sobre todas las secciones censales españolas (es decir, más de 34.000 unidades), lo que permite al investigador efectuar comparaciones fiables entre diferentes «geografías». Al fin y al cabo, si los análisis ecológicos estimados pueden predecir con éxito la criminalidad percibida por barrios en municipios que varían en cuanto a población, nivel de prosperidad y otras características, los analistas de políticas confían en que, si inciden en determinados parámetros, se podrá conseguir un descenso efectivo de la preocupación de los vecinos por la delincuencia y el crimen, aunque no sea posible desentrañar claramente los mecanismos específicos que median en dichos efectos.

Mediciones objetivas y subjetivas de la delincuencia

Generalmente, las mediciones de la delincuencia distan de ser perfectas. Ni siquiera las mediciones denominadas «duras», como los delitos registrados por la policía, son necesariamente fiables, ya que a menudo reflejan la eficacia de los organismos policiales en lugar de los niveles de comportamiento delictivo. No obstante, aunque las encuestas de victimización, los delitos registrados por la policía, las estadísticas judiciales y otras estadísticas oficiales son aceptados en el campo de la criminología como variables sustitutivas de las tasas reales de delincuencia, es evidente que las mediciones subjetivas, psicológicas o «blandas», también llamadas formas indirectas de delincuencia, no lo son. Por lo tanto, la distinción de las mediciones de la delincuencia entre objetivas y subjetivas, que se refleja en la disparidad de su naturaleza conceptual y empírica, es

crucial para comprender la teoría y los resultados empíricos expuestos en el presente estudio.

Diferencias entre las mediciones objetivas y las percibidas de la delincuencia: el surgimiento de las formas indirectas de violencia como problema social

Dada la escasa frecuencia con que la población general es víctima de un delito, especialmente en el caso de los delitos violentos o mortales, resulta sorprendente la gran influencia que las cuestiones relativas a la delincuencia tienen en las preferencias y el comportamiento (Wilson, 1975). El miedo de los ciudadanos a la delincuencia influye en cierta medida en cuestiones como los desplazamientos por la ciudad, la crianza de los hijos, la retirada de dinero en efectivo, las decisiones sobre qué ropa llevar, las actividades físicas y de ocio, la tenencia de un arma de fuego, la compra de una vivienda o el voto (Dinas y Spanje, 2011; Lizotte, Bordua y White, 1981; McGinn *et al.*, 2008; Skogan y Maxfield, 1981; Warr, 1994).

En parte, esta paradoja se explica porque las personas tienen muchísimo miedo de los actos delictivos; incluso un riesgo bajo de victimización llega a generar un miedo considerable.⁽⁵⁾ Sin embargo, la principal razón de esta discrepancia es que las formas indirectas de delincuencia, que por sí mismas pueden constituir una fuerza debilitadora que conduzca a los residentes a tomar varios tipos de medidas de precaución (Conklin, 1975; Warr, 2000), «ahora se consideran como un problema más generalizado que la propia delincuencia» (Bannister y Fyfe, 2001). De hecho, estas formas «blandas» de delincuencia se han convertido en problemas sociales por derecho propio –relacionados con la delincuencia en sí, pero con entidad propia–, tal y como revela su carácter diferenciado tanto en los patrones espaciales y temporales (Conklin, 1975) como en los determinantes y las implicaciones (Perkins y Taylor, 1996). Es por ello por lo que habría que poner en tela de juicio la «concepción tan razonable como cuestionable» de que los planes dirigidos a controlar la delincuencia son en efecto estrategias para controlar el miedo (Warr, 2000).

(5) Sentirse seguro es una necesidad humana básica, que en la pirámide de Maslow (1943) queda solo por debajo de las necesidades fisiológicas, y para Thomas y Znaniecki (1927), al mismo nivel de importancia que la dominación, el reconocimiento y las nuevas experiencias.

Es abundante la evidencia empírica de que las mediciones objetivas y subjetivas de la delincuencia siguen patrones distintos y, por consiguiente, deben ser analizadas separadamente. Por ejemplo, en la fundamental obra de Wilson y Kelling (1982), los autores describen el modo en que las patrullas a pie influyeron en la percepción de los residentes sobre la delincuencia y en su sensación de seguridad, a pesar de que los niveles de criminalidad habían permanecido prácticamente inalterados. De un modo similar, los partidarios de la videovigilancia a menudo afirman que aunque la eficacia de estos dispositivos como herramienta de control de la delincuencia sea cuestionable (Gill y Spriggs, 2005; Welsh y Farrington, 2004), deben ser bien valorados en cuanto método que reduce el temor de los residentes a la delincuencia y anima a las personas a adentrarse en zonas que anteriormente evitaban. Véase también el llamado «desajuste en la sensación de seguridad» que se produjo en el Reino Unido cuando, durante el Gobierno de Tony Blair, se redujo muchísimo la delincuencia pero no la percepción (o al menos no al mismo ritmo) (*The Economist*, 2/06/2012). Podemos tomar también el ejemplo de los «delitos percibidos como contemporáneos» (Warr, 1984), es decir, delitos que erróneamente se cree que ocurren juntos, como el robo de viviendas y las agresiones violentas. Finalmente, consideremos el hecho de que algunos grupos, como las mujeres y los ancianos, son victimizados con menor frecuencia, pero perciben niveles de delincuencia comparativamente elevados (Mesch, 2000; Warr, 1984).

Entre las diversas formas de victimización indirecta, los residentes reaccionan por miedo a la delincuencia (Lewis y Salem, 1986; Skogan, 1990). Sin embargo, el miedo a la delincuencia es una «función multiplicadora de la gravedad percibida y del riesgo percibido de los delitos» (Warr y Stafford, 1983). Por consiguiente, el miedo a la delincuencia (una medición de base emocional) interviene en el efecto de la delincuencia percibida (una medición de base cognitiva) a la hora de adoptar comportamientos defensivos y de evitación (Ferraro y LaGrange, 1992; Lizotte, Bordua y White, 1981; Rountree y Land, 1996). Estos comportamientos incluyen evitar las actividades nocturnas (Mesch, 2000), las actividades físicas (McGinn *et al.*, 2008) y los parques (Conklin, 1975), adquirir armas de fuego como protección (Lizotte, Bordua y White, 1981) o cerrar una tienda (Conklin, 1975). Por lo tanto, la delincuencia percibida tiene un efecto directo en el miedo, que, a su vez, es un determinante de la adopción de medidas preventivas

por parte de los residentes. En este punto, surge una pregunta: ¿qué determina las diferentes percepciones de la delincuencia?

La naturaleza multidimensional de la delincuencia percibida en el barrio

A menudo, la correspondencia entre las percepciones y la realidad es imperfecta, y la delincuencia en el barrio no es una excepción. Actualmente cuenta con amplia aceptación la idea de que la evaluación de la delincuencia local por los residentes solo es correcta en parte, puesto que también se ve influenciada por el desorden físico y social de las comunidades (LaGrange, Ferraro y Supancic, 1992; Lewis y Maxfield, 1980; Sampson y Raudenbush, 1999; Skogan, 1990; Wilson y Kelling, 1982), los medios de comunicación de masas (Conklin, 1975; Heath, 1984; Liska y Baccaglini, 1990), las características individuales (Mesch, 2000), las experiencias personales respecto a la delincuencia (Quillian y Pager, 2001), las conversaciones con amigos (Conklin, 1975) y otros factores individuales y contextuales. De hecho, cuando los residentes evalúan los niveles de delincuencia en su zona a menudo están influenciados por comportamientos desviados comparativamente irrelevantes, pero visibles y frecuentes. Como indica Wilson (1975), si los ciudadanos tienen tanto miedo de los casos de delincuencia es porque a diario se enfrentan a molestias y a la degradación física de su entorno, como la mendicidad, grupos de jóvenes que se adueñan de la calle, edificios ruinosos o pintadas.

La organización social de las comunidades locales

Este estudio trata de las mediciones «blandas» de la delincuencia. También de las comunidades locales y del tipo de condiciones ecológicas que determinan el funcionamiento diario y dan forma al modo en que los residentes perciben su entorno. Por consiguiente, las comunidades locales –y no los individuos, los hogares o la macroestructura– son la principal unidad de análisis de la investigación, aunque no la única.⁽⁶⁾ En este caso, las comunidades locales se conceptualizan como los diversos grupos territo-

(6) En el presente libro se evita la falacia ecológica, ya que la teoría, los análisis, los resultados y las implicaciones están relacionados exclusivamente con las comunidades locales. No se hacen inferencias sobre las preferencias y los comportamientos individuales a partir de los análisis de regresión de las secciones censales, barrios o municipios. No obstante, el hecho de que se eluda la falacia ecológica no implica que los efectos de tipo individual y comunitario se hayan aislado e identificado de un modo eficaz. Hay situaciones en que se proponen interpretaciones de alcance comunitario cuando, de hecho, los resultados pueden provenir de factores individuales.

riales que conectan los hogares con la sociedad «imaginada» en general (Anderson, 1983). Para los objetivos de este estudio, las comunidades locales se definen como grupos de base geográfica que satisfacen parcialmente dos condiciones contrapuestas: al contrario de los hogares y los edificios, «satisfacen un complejo conjunto de necesidades», al ayudar a los residentes a gestionar su vida diaria (Logan y Molotch, 2007[1987]); y al contrario de las ciudades y regiones, sus miembros deberían tener una probabilidad razonable de conocer, ya sea directa o indirectamente, a una parte considerable de los demás miembros de la comunidad.

Establecer un umbral de tamaño, como hizo Platón (1992) para la ciudad ideal, sería bastante arbitrario, aunque solo fuera porque las personas experimentan, explotan y definen de maneras muy diversas el entorno en el que viven. No obstante, se podría aplicar una regla general para definir el entorno *vivido*, como, por ejemplo, la regla de los 15 minutos de distancia a pie, pero la recogida de datos seguiría siendo una tarea titánica, ya que la aplicación de esta regla generaría un número inasumible de barrios. Sin embargo, la mayoría de los académicos estaría de acuerdo en que las comunidades locales se pueden equiparar a secciones censales –con un número de residentes que se cuenta en miles– y especialmente a barrios –cuyos residentes se cuentan en decenas de miles–. La evidencia empírica para sostener esta afirmación procede de muchos estudios de la literatura sobre la delincuencia urbana que emplean, o bien secciones censales, o bien barrios como unidades de análisis (Bursik y Grasmick, 1993; Oberwittler, 2004; Sampson y Groves, 1989; Sampson, Raudenbush y Earls, 1997; Simcha-Fagan y Schwartz, 1986; Warner, 2003). En el caso de las zonas rurales, los municipios resultan ser un buen sustituto de la comunidad, pero como norma general las secciones censales y los barrios son los que mejor representan a las comunidades locales.

Sin embargo, antes de nada debemos preguntarnos por qué las entidades territoriales son importantes. La primera razón, y la más importante, se deriva de la primera ley de la geografía de Tobler (1970): «Todo está relacionado con todo lo demás, pero las cosas cercanas están más relacionadas que las cosas distantes». Además, detrás de las divisiones administrativas tiende a haber una lógica histórica y arquitectónica o, en todo caso, estas divisiones no tardan en generar nuevas identidades y vínculos. Los

barrios y otras divisiones administrativas suelen deber su existencia a entidades autónomas previas o a la existencia de barreras arquitectónicas (por ejemplo, vías de tren o grandes autopistas), lo cual les confiere una identidad diferenciada. Incluso sin estos fundamentos «sólidos», las divisiones administrativas recién creadas en seguida generan redes sociales locales y apego entre sus ciudadanos, especialmente en los más jóvenes. Es cierto que ello no es incompatible con que los residentes extiendan sus actividades diarias y redes personales más allá de su barrio, como es habitual en las grandes ciudades, en determinados grupos sociales (por ejemplo, inmigrantes, adultos sin hijos) y en redes familiares, laborales o de aficiones (Goldhaber y Schnell, 2007). El argumento tampoco invalida el hecho de que la «solidaridad mecánica» de las sociedades tradicionales haya sido sustituida por la «solidaridad orgánica» contemporánea, lo que limita la capacidad de las comunidades sociales para ejercer un control social sobre sus miembros (Durkheim, 1934[1893]; Portes y Vickstrom, 2011). Sin embargo, incluso en la actualidad se espera de las comunidades locales que desempeñen unas ciertas funciones, aunque solo sea porque la distancia incrementa el coste de mantener las interacciones sociales. Por consiguiente, *ceteris paribus*, es más probable que las personas entablen lazos personales estrechos con familiares, colegas, compañeros de clase y amigos que viven cerca, lo cual, si se suma al predominio de la segregación residencial, ayuda a explicar por qué los residentes urbanos están en cierta medida anclados a sus «pueblos urbanos» (Gans, 1962).

Que la geografía y las comunidades locales condicionan las redes a las que pertenecen los residentes es un hecho que se infiere de varios descubrimientos empíricos. Por ejemplo, la asignación y la selección de centros educativos suelen estar influenciadas por el lugar de residencia de las familias, lo que limita el alcance geográfico de las redes sociales de niños, adolescentes y jóvenes. Incluso es frecuente que los adultos de mediana edad que han abandonado sus comunidades «originales» regresen a ellas en busca del apoyo de la familia después de acontecimientos estresantes como períodos de desempleo, el nacimiento de un hijo, el fallecimiento de familiares o el divorcio (Michielin, Mulder y Zorlu, 2008). Otro indicador de la importancia de la geografía para las redes individuales es el grado de estabilidad residencial que muestran los habitantes. En este sentido, en 2006 un ciudadano español típico había pasado la mitad de su vida en la misma

área residencial (encuesta 2.634 del CIS) –definida de acuerdo con la regla de los 15 minutos a pie– y tres cuartos en el mismo municipio (encuesta 2.632 del CIS), el tiempo suficiente para desarrollar una densa red local de familiares, amigos y conocidos, y la suficiente estabilidad residencial para que las comunidades establecieran «tradiciones e instituciones» (Short, 1969).

Entre estas redes locales, el presente estudio se centrará en aquellas que pueden contribuir a la organización social de los barrios. De acuerdo con Hunter (1985), las redes sociales locales se clasifican en tres niveles, según el nivel de intimidad y vinculación al «mundo exterior». El orden privado corresponde a la serie de «lazos estrechos» (Granovetter, 1973) que los residentes establecen con familiares y amigos, y cuyo control social se ejerce directamente mediante las críticas, el ostracismo, el apoyo social y otros medios informales, e indirectamente mediante los sentimientos de apego (Hirschi, 1969). En el orden local, las redes interpersonales locales se extienden más allá de familiares y amigos (es decir, se trata de redes que van más allá de los allegados) pero permanecen dentro de la comunidad local. A diferencia de los órdenes privado y público, en este ámbito el control social es comunitario *sensu stricto*, ejercido por un conjunto interrelacionado de conocidos y organizaciones de nivel intermedio (por ejemplo, escuelas u organizaciones de voluntariado) mediante mecanismos informales y «blandos», como la vigilancia, la supervisión y la identificación de infractores locales. El orden público incorpora los diversos «vínculos débiles» (Granovetter, 1973) que los vecinos establecen con organismos ajenos al barrio, con el fin de asegurar los bienes y servicios públicos esenciales para una «capacidad regulatoria efectiva» (Bursik y Grasmick, 1993).

Desgraciadamente, en el contexto español no existen indicadores ampliamente disponibles de las redes sociales locales, ya sean privadas, públicas o locales, o sobre los diversos mecanismos de las comunidades para controlar a los posibles infractores y protegerse de las amenazas externas. Por el contrario, la atención se centra en factores ecológicos que determinan el grado en que las comunidades están socialmente organizadas o, en otras palabras, el grado de capacidad para satisfacer los valores comunes de sus residentes y mantener mecanismos eficaces de control social (Kornhauser, 1978). Desde que esta línea de investigación fue propuesta por primera vez por Shaw y

McKay (1969[1942]), los factores estructurales asociados con la desorganización social de las comunidades han evolucionado considerablemente.⁽⁷⁾ Actualmente, las investigaciones al respecto, que toman como base el conjunto inicial de condiciones locales de pobreza, heterogeneidad y rotación residencial (Kornhauser, 1978), también tienen en cuenta la desintegración familiar (Sampson, 1987) y la urbanización (Sampson y Groves, 1989) como fuentes exógenas de desorganización social, mientras que la pobreza recibe la denominación de «estatus socioeconómico».

Sin embargo, el número de factores ecológicos que se han de tomar en consideración no debería determinarse exclusivamente a partir de las investigaciones precedentes. De hecho, entre los factores objeto de estudio habría que incluir cualquier variable ambiental susceptible de influir en la densidad de los tres niveles de orden social de Hunter (1985) –privado, local y público–. Ello nos devuelve a explicaciones más generales sobre cómo las personas traban amistades estables y por qué se implican en asociaciones de voluntariado (Verba y Nie, 1972; Brady, Verba y Schlozman, 1995). Identificamos cinco tipos de recursos cruciales para la socialización de los residentes y su participación en la vida de la comunidad: 1) competencias comunicativas y organizativas, 2) confianza en los vecinos, 3) tiempo que se pasa en la comunidad, y 4) recursos económicos, además de 5) una serie de intereses comunes por los cuales el despliegue de dichos recursos «compensa las molestias».

A la luz de este marco teórico, el presente estudio incorpora un nuevo conjunto de características de los residentes, susceptibles de debilitar la implicación de estos en la vida comunitaria, como el tiempo de desplazamiento hasta el lugar de trabajo, la disponibilidad de una segunda residencia y unos horarios laborales prolongados. Basta con imaginar una comunidad en la que la mayoría de la población adulta tiene un empleo con jornadas laborales prolongadas y que exige un desplazamiento largo, y pasa los días libres en sus residencias vacacionales. ¿Cómo puede una comunidad de estas características mantener a raya a los infractores oportunistas, controlar a los jóvenes «peligrosos» locales e inspirar una sensación de seguridad si «no hay ojos que escruten las calles» (Jacobs, 1961) y queda poco tiempo para actividades que fortalezcan la comunidad?

(7) A lo largo del libro, «factores/condiciones/características de tipo local/estructural/ecológico de los barrios» y «fuentes exógenas/distales de desorganización social» se utilizan indistintamente.

En cualquier caso, ¿es razonable trasladar la teoría de la desorganización social a la España actual? Sí, sin duda. Para empezar, independientemente del papel que desempeñen los organismos públicos, cabe esperar que, en cualquier lugar, los barrios cuyos residentes cuentan con más recursos (como ingresos, tiempo o competencias comunicativas) estén mejor organizados. Lo único necesario para que la teoría funcione son ciudades estratificadas espacialmente, de modo que dichos recursos estén distribuidos de un modo desigual por el paisaje urbano. En este sentido, aunque no sea tan aguda como en los Estados Unidos, parece que las áreas metropolitanas españolas experimentan un grado considerable de estratificación social (véase el capítulo 4). Asimismo, el efecto amortiguador asociado al Estado del bienestar, que potencialmente podría limitar el impacto negativo de las desigualdades sociales, debería tener una magnitud moderada en el caso español. Según la OCDE, en 2009 los ingresos fiscales representaban solo un 30,7% del PIB, de modo que estaban más próximos a los de Suiza (30,3%), e incluso a los de los Estados Unidos (24%), que a la media de la UE (37%). Por otra parte, investigaciones anteriores ya han demostrado que el marco teórico de la desorganización social se puede exportar, con salvedades, más allá de las áreas metropolitanas de los Estados Unidos, lo que incluye áreas rurales (Osgood y Chambers, 2000), otros países anglosajones (Jobes *et al.*, 2004; Sampson y Groves, 1989) y también sociedades con bajos niveles de criminalidad (Oberwittler, 2004).

Entre las características de las comunidades que, de acuerdo con las hipótesis, influyen en la desorganización social, el malestar urbano y la delincuencia percibida, prestamos especial atención a las más controvertidas de todas: la diversidad étnica y la inmigración. Si tenemos en cuenta que estudios anteriores efectuados en los Estados Unidos (Sampson, Raudenbush y Earls, 1997), el Reino Unido (Sampson y Groves, 1989) y España (Rodríguez-Andrés, 2003) han demostrado que la diversidad étnica o la inmigración son buenos predictores de las tasas de criminalidad reales, nuestro objetivo es analizar si la proporción de inmigrantes ayuda a explicar el nivel de delincuencia percibida por los residentes.

En cuanto a los recursos, la diversidad étnica en sí misma puede dificultar la organización social y una idea asociada a esta, como es la eficacia colectiva (Sampson, Raudenbush y Earls, 1997), por su impacto debilitador en la

confianza social (Putnam, 2007), los intereses comunes (Alesina y La Ferrara, 2005) y la eficacia organizativa (Hardin, 1995) de los vecinos. Sin embargo, estos mecanismos han sido objeto de duras críticas (Aizlewood y Pendakur, 2005; Habyarimana *et al.*, 2007; Morales y Echazarra, 2013), además de que, a menudo, lo que se interpreta como un *efecto de la diversidad* de hecho se puede confundir con un simple *efecto étnico*. Es decir, la erosión de la organización social del barrio podría no ser consecuencia del nivel de diversidad étnica, sino de la presencia de determinados grupos étnicos que cuentan con varias características «perjudiciales», como la falta de competencias comunicativas y organizativas, un grado significativamente elevado de rotación residencial y unos recursos económicos insuficientes.

En cualquier caso, ¿qué es la diversidad étnica? Teóricamente, la respuesta parece bastante sencilla: la presencia de diferentes grupos étnicos en un área geográfica o una unidad social determinada. Desde un punto de vista práctico, sin embargo, la medición de la diversidad étnica depende de la controvertida operacionalización de la etnicidad y el modo en que finalmente se calcule la diversidad. Por ejemplo, la definición de un grupo étnico se puede basar en una característica fácilmente observable, como la raza o el idioma, en un rasgo cultural, en una distinción jurídica, en el país en que la persona nació o se socializó o, simplemente, en la identidad étnica que cada uno asuma como propia. En última instancia, su operacionalización depende del tipo de datos recogidos por los organismos estadísticos. Por ejemplo, el Instituto Nacional de Estadística español recoge datos sobre nacionalidad y país de nacimiento, al mismo tiempo que omite la información sobre los rasgos culturales, la raza o la etnicidad declarada por el propio interesado. Los indicadores de la diversidad étnica también están condicionados por la fórmula concreta que se utilice. A menudo, las proporciones de determinados grupos se emplean como indicador de diversidad étnica (Sampson, Raudenbush y Earls, 1997; Shaw y McKay, 1969[1942]), pero lo más común es utilizar índices, entre los que destaca el índice de Herfindahl.

En el caso concreto de la delincuencia percibida en los barrios de las localidades españolas, hay razones para creer que la diversidad étnica y la concentración de inmigrantes desempeñan un papel importante. Además de un hipotético efecto indirecto, que se extendería a través de la organización social de las comunidades e incidiría en los comportamientos desviados, la

presencia de inmigrantes también podría tener un impacto directo en las percepciones de los residentes. Dado que suele asociarse a los inmigrantes con el deterioro y la delincuencia en los barrios (Encuesta Social Europea, 2002), es probable que su concentración geográfica suscite un incremento de los niveles percibidos de delincuencia, aunque dicha concentración no haya tenido efecto alguno en las tasas de criminalidad reales. Por otra parte, la llegada repentina y masiva de gentes de otras culturas, religiones y razas que empezó a finales de la década de los noventa puede haber contribuido especialmente a que los nativos perciban un mayor grado de amenaza (Citrin y Sides, 2008), sobre todo si tenemos en cuenta que, desde la expulsión de judíos y musulmanes a principios de la Edad Moderna y hasta los últimos años, la sociedad española había sido relativamente homogénea.

Objetivos y relevancia social del presente estudio

¿Qué nos hace pensar que el nivel percibido de delincuencia en las comunidades españolas puede ser relevante para alguien más que los criminólogos de este país? La delincuencia en España, como en el sur de Europa en general, constituye un campo poco estudiado donde resultan excepcionalmente escasas las aplicaciones del modelo de la desorganización social y la tesis del incivismo, lo cual es desafortunado por, al menos, tres razones. En primer lugar, la combinación de unas tasas de criminalidad relativamente bajas con unos niveles percibidos de delincuencia entre moderados y altos, un fenómeno típico de las sociedades de la Europa meridional (Dijk, Kesteren y Smit, 2007), puede plantear un contexto ideal para analizar el impacto del deterioro físico de las comunidades y del desorden social en la percepción de los residentes sobre la delincuencia en su barrio. En segundo lugar, no ha sido hasta tiempos recientes que España se ha convertido en una sociedad extremadamente diversa. Desde 1998, nada menos que seis millones de inmigrantes se han establecido en España, con lo que la proporción de ciudadanos extranjeros se ha elevado desde menos del 2% en 1998 hasta más de un 12% en 2009. Este súbito cambio social es interesante por cuanto los cambios rápidos pueden tener efectos perturbadores adicionales (Hopkins, 2010), pero también porque los sociólogos urbanos españoles se enfrentan a una situación que, *mutatis mutandis*, recuerda el contexto con el que se encontraron los primeros sociólogos

de la Escuela de Chicago y en el que se desarrolló el marco teórico de la desorganización social (Thomas y Znaniecki, 1927; Shaw y McKay, 1969[1942]). Por último, afortunadamente estos cambios repentinos coincidieron con el Censo de Población y Viviendas más exhaustivo y detallado jamás realizado en España, en el que se recogieron tanto datos objetivos como de opinión de todos los residentes. Hasta donde sabemos, los censos raramente preguntan sobre la delincuencia, el ruido o la limpieza de sus zonas de residencia. En vez de ello, este tipo de información se suele reunir mediante encuestas convencionales. Entre otras ventajas, el Censo de Población y Viviendas de 2001 permite a los investigadores analizar cuánto y por qué varía el nivel percibido de delincuencia en el barrio y entre los diferentes barrios, zonas rurales y ciudades.

El presente libro no se centra en un único propósito, sino que incide en varias hipótesis y debates, de modo que resulta difícil ofrecer una lista concisa y precisa de objetivos. Sin embargo, a continuación enumeramos los objetivos y las cuestiones más importantes abordados en este estudio:

- Proponer un marco teórico claro que reúna la teoría de la desorganización social, la tesis del incivismo y el modelo de recursos de participación sociopolítica.
- Clarificar la relación entre las mediciones objetivas y subjetivas de la criminalidad.
- Poner en contexto la investigación describiendo los patrones de la delincuencia, la opinión pública en materia de seguridad, la investigación criminológica y las bases de datos accesibles en España.
- Separar e identificar los efectos individuales y los de barrio.
- Analizar si el modelo de la desorganización social puede hacerse extensible a:
 - el contexto español,
 - zonas y poblaciones rurales,
 - la criminalidad percibida en un barrio (en lugar del nivel observado).
- Evaluar los efectos sobre la criminalidad percibida en el barrio de factores estructurales todavía por estudiar, como la duración del desplazamiento hasta el lugar de trabajo o las horas extraordinarias.

- Comprender el papel desempeñado por los actos de incivismo social y por el deterioro físico del barrio a la hora de explicar la delincuencia percibida.
- Analizar la relación entre la inmigración y la delincuencia percibida a escala local.
- Comprender las implicaciones que tiene estimar varios modelos de regresión espacial, incluidos los modelos de error espacial, los de retardo espacial y los multinivel.

Estructura del libro

Hasta este punto, se han planteado algunas cuestiones relevantes y controvertidas –en relación con el estudio de la criminalidad percibida por barrios, la desorganización social y el nexo delincuencia-inmigración– que es esencial tomar en consideración para los análisis efectuados más adelante. Antes de pasar al capítulo que presenta el marco teórico y revisa la literatura de relevancia, a continuación se describe sucintamente el contenido de los capítulos del libro.

El capítulo 1, «La teoría de la desorganización, la tesis del incivismo y la criminalidad percibida en los barrios», establece los fundamentos teóricos del libro, puesto que describe el modelo de la desorganización social y sus aplicaciones específicas al análisis de la percepción de los residentes sobre la criminalidad en sus barrios. Partiendo de los trabajos de los pioneros de la sociología urbana, el capítulo presenta los principios más importantes de la teoría, propuestos por primera vez por Thomas y Znaniecki (1927) y aplicados posteriormente por Shaw y McKay (1969[1942]) para estudiar los patrones de criminalidad en las mayores urbes estadounidenses de la época. La atención se centra en las características estructurales de los barrios que tradicionalmente se han asociado con la desorganización social, además de otras características locales que también puedan condicionar la capacidad de los residentes para resolver problemas colectivos y vivir de acuerdo con unos valores compartidos (Bursik y Grasmick, 1993; Kornhauser, 1978; Sampson y Groves, 1989). El capítulo concluye con una referencia a los pocos estudios que aplican el modelo de la desorganización

social al análisis de la criminalidad percibida en los barrios, en particular los que utilizan las percepciones sobre la delincuencia como variable sustitutiva de la delincuencia en sí (Sampson, Raudenbush y Earls, 1997) y los que se basan en la tesis del incivismo.

El capítulo 2, «Conceptualización, medición y explicación de la criminalidad percibida en los barrios», ofrece información útil sobre la variable dependiente –la criminalidad percibida en el barrio– y sienta las bases del resto del estudio. Entre otras cosas, este capítulo describe las estadísticas sobre delincuencia disponibles en España; presenta las tendencias en la preocupación de los ciudadanos por las cuestiones relativas a la seguridad ciudadana y la delincuencia; muestra información descriptiva básica sobre la percepción de la criminalidad en los barrios españoles y su relación con otras características locales; y describe la sociodemografía de los delincuentes y las víctimas de acuerdo con la encuesta International Crime Victims Survey (2005) y la Encuesta de Victimización de Madrid ciudad (2008). Por otra parte, este capítulo proporciona, sobre todo, información valiosa para la selección de los modelos empíricos y la interpretación de los resultados. En primer lugar, ofrece un análisis empírico de la conceptualización de la variable dependiente como una combinación de la información visual a disposición de los residentes (como es el caso de los actos de incivismo social, el deterioro físico del entorno y la sociodemografía de los vecinos) y los niveles reales de criminalidad. En segundo lugar, separando los efectos individuales y contextuales mediante modelos de regresión multinivel, aporta evidencia empírica sobre la importancia de las dinámicas de la comunidad local para explicar las percepciones de la delincuencia en los barrios.

El capítulo 3, «Condiciones locales, desorganización local y criminalidad percibida por barrios en España», analiza el efecto de varias características estructurales de los barrios en la criminalidad percibida por sus vecinos. Se trata de características como las condiciones locales clásicas (por ejemplo, la estabilidad residencial, la diversidad, el estatus socioeconómico de los residentes, la incidencia de la desintegración familiar y la urbanización), acompañadas de características hasta ahora inexploradas de las comunidades locales (como el tiempo de desplazamiento al trabajo, las horas extraordinarias y la disponibilidad de una segunda residencia). Los modelos empíricos se ponen a prueba con todas las secciones censales es-

pañolas, en cuatro subconjuntos de municipios (pueblos, ciudades pequeñas, ciudades medianas y grandes ciudades), y en las diez mayores ciudades de España.

El capítulo 4, «Criminalidad percibida en los barrios e inmigración en la ciudad de Madrid, un análisis espacial», se centra exclusivamente en la ciudad de Madrid. El capítulo analiza la relación entre la proporción de determinados grupos de inmigrantes, seleccionados de acuerdo con su país natal, y las percepciones de los residentes sobre los niveles de delincuencia. Para tal fin, se hace la estimación de una serie de modelos de regresión –incluidos modelos de regresión con error espacial y con retardo espacial, así como modelos de regresión lineal multinivel– que tienen en cuenta el modelo de la desorganización social y la tesis del incivismo e incorporan una variable sustitutiva (la participación electoral) que representa a la propia desorganización social.

El capítulo final, «Conclusiones», resume los resultados y analiza las principales implicaciones del libro para la literatura referente a la criminalidad percibida, la desorganización social, las comunidades locales y el vínculo delincuencia-inmigración.

I. La teoría de la desorganización social, la tesis del incivismo y la criminalidad percibida en los barrios

1.1. Introducción

Este estudio se enmarca por completo en las teorías de la desorganización social originadas en la Escuela de Chicago en la década de los veinte y que en tiempos recientes se han desarrollado hasta convertirse en el modelo sistémico y el enfoque del capital social y la eficacia colectiva de lo que Bursik (2006) ha llamado la «nueva» Escuela de Chicago. De hecho, hay otros debates y literaturas relevantes para las preguntas empíricas planteadas en este libro –como los referentes al papel de los medios en la creación de estereotipos o a la importancia de la desigualdad como factor impulsor del comportamiento delictivo–. No obstante, lo que impregna la mayor parte del presente estudio son las reformulaciones recientes del modelo de la desorganización social y la conexión de este con la tesis del incivismo.

Este capítulo contiene una descripción detallada del modelo de la desorganización social y una exposición de sus evoluciones más recientes, especialmente a las relacionadas directa o indirectamente con la criminalidad percibida a escala de barrio (Quillian y Pager, 2001; Taylor, 2001). El marco teórico que se presenta a continuación servirá de herramienta para generar hipótesis y expectativas que se puedan poner a prueba y ayudará al lector a interpretar y asimilar los resultados empíricos de los capítulos siguientes. En resumen, este capítulo trata dos cuestiones principales: qué es el modelo de la desorganización social y cómo nos ayuda a comprender la criminalidad percibida por los residentes.

1.2. La teoría de la desorganización social: del determinismo urbano a la eficacia colectiva

Muy vinculada a su homóloga psicológica (la teoría del control social), la teoría de la desorganización social ha gozado intermitentemente de un papel dominante como explicación sociológica de la delincuencia. Fue preponderante antes de la Segunda Guerra Mundial (Park, Burgess y McKenzie, 1925; Shaw y McKay, 1969[1942]; Thomas y Znaniecki, 1927); decayó ante el surgimiento de duras críticas basadas en el estudio de las subculturas (Cohen, 1955; Sutherland, 1945; Whyte, 1943) y el desarrollo de los modelos sociopsicológicos sobre el comportamiento desviado (Hirschi, 1969; Merton, 1938; Sykes y Matza, 1957); y revivió gracias a la reformulación del trabajo de Shaw y McKay (1969[1942]) que hizo Kornhauser (1978) y a los desarrollos teóricos relativos a la eficacia sistémica y colectiva (Bursik y Grasmick, 1993; Sampson, 1987; Sampson, Raudenbush y Earls, 1997).

En la formulación más simple, esta teoría sostiene que la desorganización social de las comunidades –ya de por sí condicionada por un conjunto de características ambientales/estructurales– explica las variaciones espaciales en las tasas de criminalidad (urbanas). En la formulación más elaborada, el modelo se basa en redes de interacción, dentro de las comunidades, que conectan a los residentes entre sí mediante relaciones más o menos formales y al barrio con instituciones externas (Bursik, 2006). Estas relaciones son redes privadas, locales y públicas de la comunidad que, con la aparición de valores y objetivos comunes y el mantenimiento de mecanismos de control social eficaces, contribuyen a resolver problemas y a protegerse de amenazas externas (Hunter, 1985; Kornhauser, 1978). Por consiguiente, la teoría descansa sobre dos premisas importantes: una premisa menos exigente, de acuerdo con la cual las variables sociales, que se originan y se desarrollan dentro de las relaciones sociales, influyen en el comportamiento humano (es decir, una premisa sociológica); y una premisa más controvertida, que establece que la comunidad territorial o espacial (Gusfield, 1975), ya sea por sí misma o en interacción con factores individuales, familiares y macroestructurales, es un nivel de agregación relevante (es decir, una premisa ecológica). La segunda premisa es la más polémica, ya que tanto la «nueva» como la «vieja» Escuela de Chicago adoptan

con frecuencia una interpretación de la comunidad que carece del respaldo empírico suficiente.⁽¹⁾ Cuando se dispone de evidencia empírica fiable –o, lo que es lo mismo, cuando los efectos de contexto se han aislado y medido correctamente– se constata que los barrios explican una proporción significativa aunque modesta de la varianza en la delincuencia (Oberwittler, 2004),⁽²⁾ lo cual proporciona un respaldo razonable a la premisa ecológica.

A continuación se presenta una exposición cronológica del desarrollo del modelo, seguida de una descripción de los principales conceptos constructos, dimensiones y mecanismos asociados a la teoría: las redes sociales locales y los niveles de orden social, la pertenencia a organizaciones, la supervisión y la vigilancia, el concepto de eficacia colectiva, el apego al lugar y las fuentes exógenas de desorganización social.

1.2.1. Los orígenes

Influenciados por las migraciones masivas del campo a la ciudad a finales del siglo XIX y principios del XX, algunos de los primeros sociólogos consideraban que la desintegración del tejido social era un proceso inevitable asociado a la urbanización y la industrialización. Los residentes de los barrios se veían obligados a vivir en un entorno individualista y capitalista –liberados de restricciones morales y sociales– en el que ya no podían «beneficiarse» del orden social proveniente de los contactos primarios y vínculos comunitarios que regía en las agrupaciones humanas más pequeñas. Las transformaciones de un contexto rural a otro urbano implicaban un cambio desde influencias sociales «estables, uniformes, armoniosas y coherentes» hasta otras «inestables, desorganizadas e incoherentes» (Sutherland, 1924). En este contexto urbano inestable, se desarrollaron la creatividad, la productividad y el cosmopolitismo, pero también lo hicieron la avaricia humana, el comportamiento antisocial y la anomia. En las ciencias sociales abundan los análisis de esta transformación

(1) En Shaw y McKay (1969[1942]) la premisa ecológica, o la conclusión de que la «delincuencia es sobre todo el producto de fuerzas y características de la comunidad», se ve respaldada por el hecho de que «en Chicago las tasas de delincuencia han permanecido relativamente constantes durante muchos años en las zonas adyacentes a centros de comercio e industria pesada, a pesar de los cambios sucesivos en el lugar de nacimiento y en la composición nacional de la población».

(2) Oberwittler (2004) muestra que el barrio explica entre el 3% y el 4% de la variación total en la violencia juvenil en 61 barrios rurales y urbanos. Estos resultados coinciden con estudios similares realizados en Estados Unidos (Simcha-Fagan y Schwartz, 1986; Cheong y Raudenbush, 2000).

de rural a urbana, que se encuentran en la transición de la *Gemeinschaft* a la *Gesellschaft* (de los lazos comunitarios un sistema de asociación) de Tönnies (2002[1887]), en la sustitución de contactos primarios por contactos secundarios de Wirth (1938) o en el concepto de anomia y falta de normas de Durkheim (1951[1897]). Precisamente en este contexto Thomas y Znaniecki (1927) desarrollaron el término de desorganización social, referido a la «desmoralización pasiva» que sufrían los inmigrantes de origen rural en sus nuevos entornos urbanos, y que formalmente se definía como la desaparición de la influencia de las normas sociales en los miembros individuales del grupo (Bursik, 2006).

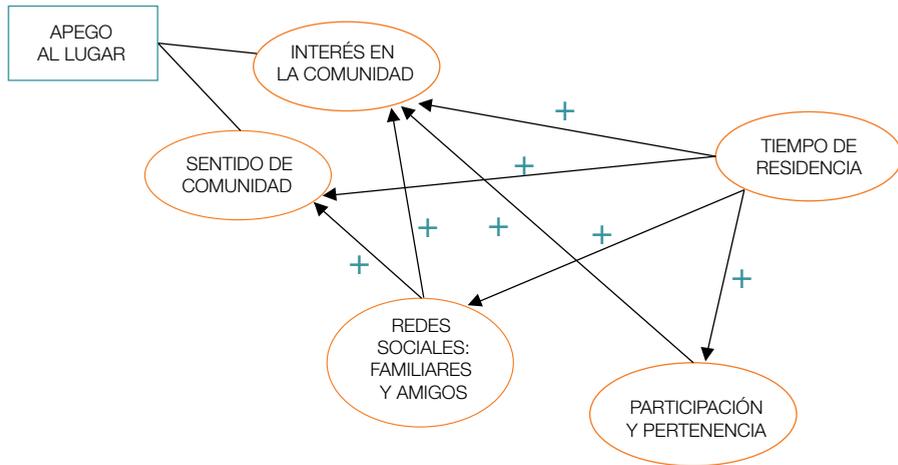
Con todo, el paso de la *organización* rural a la *desorganización* urbana no fue un proceso ni lineal ni aceptado por la sociedad. En el plano individual, las reacciones ante la tensión y el conflicto culturales que provocaba la urbanización dependían del grado de éxito socioeconómico. Las personas hábiles e industriosas se aprovecharían de las nuevas características urbanas y no tardarían en adoptar un estilo de vida más moderno, mientras que los menos favorecidos recordarían con nostalgia los buenos y viejos tiempos y se aferrarían a sus costumbres (Thomas y Znaniecki, 1927). En el plano colectivo, el *poco acogedor* orden urbano se enfrentaba a una dura oposición de los grupos de inmigrantes que trataban de trasplantar a su barrio urbano el estilo de vida de sus comunidades rurales de origen; no en vano, como manifestaban Park, Burgess y McKenzie (1925), «en realidad los Estados Unidos no han sido colonizados por razas ni por nacionalidades, sino por aldeas». De hecho, los sociólogos ya habían observado que, si bien a largo plazo aferrarse a los usos y costumbres rurales podría ser perjudicial para el individuo, también podría ser beneficioso para el colectivo. Como destacaban los autores de *The city*, «lo cierto es que los grupos de inmigrantes que han conseguido mantener las tradiciones son los que han tenido más capacidad para soportar el choque que representa el nuevo entorno», o, en palabras de Lind (1930), «[...] la presión conservadora del gueto inmigrante sigue oponiendo una resistencia eficaz ante las fuerzas desintegradoras de la vida urbana». Ello era especialmente cierto en el caso de las comunidades asiáticas, que mostraban las tasas de criminalidad más bajas porque «[habían] constituido lo que podríamos llamar organizaciones de control, para actuar con rapidez ante disputas entre ellos y con la comunidad exterior en general» (Park, Burgess y Mc-

Kenzie, 1925). Por lo tanto, aunque los académicos de la época consideraban que la ciudad ponía de manifiesto un proceso de decadencia cultural –como indicaban las elevadas tasas de criminalidad y otros males urbanos (Lind, 1930; Shaw y McKay, 1969[1942])–, no afirmaban que este proceso fuera lineal ni inexorable. De hecho, en los «pueblos urbanos» de las metrópolis (Kasarda y Janowitz, 1974) estaban surgiendo nuevos universos sociales y solidaridades (Gans, 1962).

Kasarda y Janowitz (1974) recapitulan sobre la controversia acerca de los efectos de la urbanización, aunque lo que analizan no es la desorganización social, sino el apego o arraigo a un lugar. Así, el que denominan «modelo de desarrollo lineal» –representado por Tönnies (2002[1887]) y Wirth (1938)– sostiene que el número de habitantes y la densidad de la población son responsables de los niveles decrecientes de apego a un lugar, mientras que el «modelo sistémico» –representado por Park, Burgess y McKenzie– se centra en la duración de la residencia en la zona. Los resultados (gráfico 1.1) muestran que ni la densidad de la población ni el número de habitantes tienen un gran efecto sobre un concepto integral de apego al lugar (que incluye el sentido de comunidad, el interés por la comunidad y la pena por abandonarla), de modo que rechazan los viejos temores a la atomización social en contextos urbanos. En el caso de la duración de la residencia, el resultado es justo el contrario, y por lo tanto se valida el concepto de pueblos urbanos desarrollado en estudios sobre las bandas (Whyte, 1943), comunidades étnicas (Gans, 1962) y barrios (Jacobs, 1961). Los académicos, al ver cómo algunas comunidades prosperaban y se estabilizaban demográficamente y otras no conseguían hacerlo, se dieron cuenta de que la desorganización social, la decadencia cultural y la atomización social no estaban indisolublemente ligadas a la ciudad, sino que constituían una característica estable de determinadas zonas urbanas que merecían especial atención. Además, puesto que la sociedad estadounidense adquiría una creciente naturaleza urbana y la inmigración a los Estados Unidos disminuía en términos relativos y absolutos, se desvaneció el anhelo de un estilo de vida rural y, en consecuencia, se redujo el interés por las transformaciones de rurales a urbanas. Esta caída en el olvido hizo que Osgood y Chambers (2000) afirmaran que «si tenemos en cuenta los orígenes del concepto de desorganización social, la falta de atención a las comunidades no urbanas constituye una omisión flagrante».

GRÁFICO 1.1

Factores que influyen en el apego al barrio



Fuente: elaboración propia a partir de Kasarda y Janowitz (1974).

Hasta el trabajo de Shaw y McKay (1969[1942]), el modelo de la desorganización social desarrollado por Thomas y Znaniecki (1927) no se había aplicado a la delincuencia de un modo específico, sino como uno más entre una serie de problemas urbanos. Según su enfoque, la distribución urbana de la delincuencia seguía el patrón de la organización social de los barrios, definida como la capacidad de los residentes para definir «los problemas de interés común», acordar de qué modo «tendría que afrontarse un problema» e implementar la solución mediante una «cooperación armoniosa»; pero ¿cómo identificaban estos barrios en el mundo real? Por desgracia, Shaw y McKay no propusieron ningún método de medición y, por consiguiente, no pudieron hacer una clasificación de los barrios en función de su organización social. Solo indicaron que era más probable que la organización social surgiera en áreas urbanas con una baja incidencia de pobreza (es decir, un bajo porcentaje de familias dependientes de ayudas sociales y un alquiler mediano bajo), rotación residencial (bajos niveles de crecimiento de la población y una proporción elevada de viviendas en propiedad) y heterogeneidad étnica (un porcentaje bajo de cabezas de familia extranjeros o negros) (Shaw y McKay, 1969[1942]). De acuerdo

con lo esperado, no tardó en plantearse la cuestión de si la delincuencia era una causa, una consecuencia o, simplemente, una manifestación de la desorganización social, un debate íntimamente relacionado con los problemas de la circularidad y la tautología (Kornhauser, 1978). Hay que tener en cuenta que incluso Shaw y McKay reconocieron el hecho de que la distribución geográfica de la delincuencia juvenil iba estrechamente asociada a una infinidad de problemas de las comunidades, como «el absentismo escolar, los delincuentes adultos, la mortalidad infantil, la tuberculosis y los trastornos mentales».

En cuanto a la relación delincuencia-inmigración, en *Juvenile delinquency and urban areas* Shaw y McKay (1969[1942]) mostraron que, con independencia de la composición étnica, la delincuencia era persistentemente elevada en zonas de transición cercanas al distrito central de negocios y se reducían en función de la distancia desde el centro de la ciudad, «hasta el punto de casi desaparecer en los mejores distritos residenciales». Además, «ningún grupo racial, nacional o definido por el lugar de nacimiento» mostraba una tasa de criminalidad uniforme en todo Chicago. Por consiguiente, la delincuencia no era consecuencia de configuraciones genéticas específicas, del «gusto por la delincuencia» de los inmigrantes o de la llegada de campesinos a una cultura urbana desconocida y agresiva, sino de la incorporación de los individuos a zonas que incluyeran o estuvieran cerca de la industria pesada y el comercio, y que mostraran signos de inestabilidad y desorganización social.

Por otra parte, su trabajo presenta algunas lagunas que vale la pena analizar. En primer lugar, imbuidos del pensamiento de la Escuela de Chicago, no consiguieron identificar ni desarrollar mecanismos causales de relevancia. La estratificación urbana era, al fin y al cabo, «natural»; las tasas de criminalidad elevadas eran un «producto final de procesos propios de la vida urbana estadounidense sobre los cuales, hasta [entonces], el ser humano apenas había podido ejercer control» (Shaw y McKay, 1969[1942]). Por la misma razón «natural», no pudieron establecer una conexión entre las áreas desorganizadas y las partes más favorecidas de la ciudad, excepto a la hora de reconocer toda la «variedad de la vida urbana» (Wirth, 1938), y sostenían que las causas de la delincuencia se encontraban básicamente en procesos y características propios de las zonas socialmente desorgani-

zadas (Snodgrass, 1976). Además, aunque su trabajo creó lo que se conoce como perspectiva sistémica comunitaria, Shaw y McKay no abandonaron los elementos culturales de estudios previos, como el de Sutherland (1924), lo que condujo a incoherencias internas en su teoría de la delincuencia (Kornhauser, 1978). De hecho, afirmaban que una consecuencia desafortunada de la desorganización social en los barrios era la aparición de sistemas de valores divergentes que competían por la fidelidad de los residentes, e incluso llegaron a defender un enfoque culturalista o muy determinado por el punto de partida,⁽³⁾ según el cual «las tradiciones de delincuencia se transmiten a través de generaciones sucesivas de chicos, de un modo muy similar a cómo se transmiten el lenguaje y otros códigos sociales» (Shaw y McKay, 1969[1942]). Por consiguiente, lo que al principio era una variable dependiente, la subcultura del delincuente, se transforma en un proceso semiautónomo que pervive a lo largo del tiempo (Kornhauser, 1978).

1.2.2. El resurgimiento

El meticuloso análisis de Kornhauser (1978) sobre los modelos analíticos anteriores (por ejemplo, la desorganización social, la desviación cultural, la anomia o tensión y la neutralización, entre otros) despojó de los elementos culturales y de tensión, presentes en la obra de Shaw y McKay (1969[1942]), el modelo de la desorganización social; rechazó la teoría de la desviación cultural por su incapacidad para distinguir la estructura social de la cultura y porque la erosión de los lazos primarios –o «estructuras de parentesco y comunidad»– en las sociedades modernas «[disolvía] las soluciones culturales existentes» de manera constante; y rechazó empíricamente el componente de tensión de la teoría de la desorganización social, ya que la disparidad entre las expectativas y los logros no conducía a las mayores tasas de criminalidad.

A modo de alternativa, la perspectiva de Kornhauser definía factores estructurales de las comunidades, como la pobreza, la rotación residencial y las características sociales de los individuos, en cuanto impulsores de

(3) En el original, enfoque de *path dependence*. Se podría traducir por «dependencia respecto al camino emprendido» o «sendero de dependencia», y se aplica a aquellas situaciones en las que una elección inicial condiciona de manera permanente las opciones futuras. (N. del T.)

mayores tasas de criminalidad, puesto que debilitaban la capacidad de los miembros de la comunidad para trabajar juntos en la socialización y la supervisión de sus hijos (Osgood y Chambers, 2000). Nótese que, de acuerdo con evoluciones recientes del modelo (Carr, 2003), Kornhauser destacaba la importancia de las redes secundarias (por ejemplo, las redes de voluntariado) y las macroinstituciones (por ejemplo, las instituciones políticas y los medios de comunicación) como los tipos de lazos que producen y ayudan a controlar los comportamientos desviados. Ello no equivalía a afirmar que las redes primarias se consideraran ineficaces, sino solo que desempeñaban un papel secundario en una cultura organizada alrededor del progreso tecnológico, la racionalización, la ciencia y el bienestar material (Kornhauser, 1978).

En este contexto, la organización social se definía como «la capacidad de una comunidad para realizar los valores comunes de los residentes y para mantener controles sociales efectivos»; y el control social, como «las recompensas y los castigos reales o potenciales que van asociados a la conformidad o la desviación de respeto a las normas» (Kornhauser, 1978). Estos mecanismos de control social incluían los sentimientos de vergüenza y de culpabilidad (controles internos directos o socialización), la supervisión y la vigilancia (controles externos directos), los sentimientos de apego a unas relaciones satisfactorias en el plano social (controles internos indirectos) y las recompensas procedentes de las redes de roles (controles externos indirectos).

A finales de la década de los setenta, el término «desorganización social» se había convertido en un concepto sociológico generalizado y aceptado. No solo había sido objeto de definiciones claras y coherentes (Kornhauser, 1978; Shaw y McKay, 1969[1942]; Thomas y Znaniecki, 1927), sino que además eran numerosas las pruebas empíricas sobre sus determinantes e implicaciones. No obstante, seguía sin quedar claro cómo había que observar y medir la organización social. Si los académicos deseaban que la desorganización social se convirtiera en un concepto diferenciado –independiente de sus determinantes y consecuencias–, tenía que ser definible y, lo que es más importante, medible.

Es en este punto cuando la literatura se torna más compleja dado que los académicos que han intentado desentrañar la idea de la desorganización social se han centrado en diversas dimensiones, entre otras: el tipo de redes sociales y su predominio (Bursik y Grasmick, 1993; Warren, 1971), la pertenencia a organizaciones (Kasarda y Janowitz, 1974; Simcha-Fagan y Schwartz, 1986), la vigilancia, la supervisión y el control social informal (Kornhauser, 1978; Sampson y Groves, 1989), el apego al lugar (Kasarda y Janowitz, 1974), la cohesión social (Sampson, 1991), la satisfacción con el barrio (Sampson, 1991), la eficacia colectiva (Sampson, Raudenbush y Earls, 1997) y el debilitamiento de la cultura (Kornhauser, 1978; Warner, 2003). Como es obvio, estas dimensiones están muy interconectadas, pero también inciden en elementos sutiles y diferenciados del funcionamiento cotidiano de las comunidades. Además, destacan por el solapamiento con otros conceptos sociológicos de importancia, en particular, el del capital social (Bourdieu, 1985; Coleman, 1988; Putnam, 1993), hasta el punto de que su definición a menudo incluye el propio concepto de organización social.⁽⁴⁾

En este «abigarramiento conceptual», los matices de significado son difíciles de comprender para el académico, y todavía más para los encuestados, por lo que establecer las relaciones causales y arrojar luz sobre la «caja negra» de la desorganización social resulta una tarea problemática y controvertida. En un esfuerzo constructivo por superar esta complejidad, Bursik (2006) ha reducido las reformulaciones conceptuales recientes del modelo de la desorganización social a sus enfoques sistémico (Bursik y Grasmick, 1993) y de la eficacia colectiva y el capital social (Sampson, Raudenbush y Earls, 1997), pero al precio de omitir elementos prometedores del modelo, entre los que destacan el papel desempeñado por el apego al lugar y el extenso debate sobre los mecanismos sociopsicológicos para el control de la delincuencia (Hirschi, 1969; Kornhauser, 1978). Sin embargo, en la práctica, y con pocas excepciones (por ejemplo, el Proyecto sobre el Desarrollo Humano en Chicago o el estudio alemán sobre problemas sociales y delincuencia

(4) Putnam (1993) define el capital social como «aquellas características de la organización social, como las redes, las normas de reciprocidad y la confianza en los demás, que facilitan la cooperación entre ciudadanos en beneficio mutuo».

juvenil desde una perspectiva ecológica), las grandes limitaciones en los datos sobre criminalidad y organización de las comunidades han facilitado la toma de decisiones sobre la dimensión en la que deben centrarse los esfuerzos.

1.2.3. Las redes sociales locales: los tres niveles del orden social

La desorganización social se ha asociado principalmente a las redes sociales locales, aunque sigue sin haber consenso sobre cuáles de ellas (las primarias, las secundarias o los vínculos con organismos externos) son relevantes para una organización eficaz de la comunidad. Los primeros sociólogos, preocupados por las transformaciones rurales-urbanas, relacionaban la desorganización social urbana con el debilitamiento de los vínculos primarios, que liberaban a los residentes de «gran parte del escrutinio y control» existentes en los pueblos y las comunidades rurales (Shaw y McKay, 1969[1942]) y que dejaban como únicos mecanismos de control la competencia y el control formal (Wirth, 1938). Kasarda y Janowitz (1974) reflexionan sobre los lazos secundarios en su descripción de las comunidades locales «como un sistema complejo de redes de amistad y parentesco y de lazos asociativos formales e informales arraigados en la vida familiar y en los procesos de socialización en curso». Conscientes de la disolución de los lazos de parentesco en las sociedades contemporáneas, así como de las desigualdades y las luchas de poder en el seno de las ciudades (Logan y Molotch, 2007[1987]), algunos estudios recientes se han centrado menos en el funcionamiento interno de las comunidades y más en sus «conexiones» con organismos externos (Bursik y Grasmick, 1993) y en la interrelación entre los órdenes público y local (Carr, 2003).

La clasificación de las esferas de control social de Hunter (1985), modificada por el modelo sistémico de Bursik y Grasmick (1993), sigue siendo la reformulación clave y más exhaustiva del modelo desde una perspectiva de redes sociales. Su estructura se basa en tres niveles de orden vecinal, cada uno de los cuales tiene un papel diferenciado y complementario en el proceso de control social: (1) lazos fuertes o grupos primarios informales (orden privado) especializados en las sanciones informales como las críticas, la ridiculización y el ostracismo; (2) «redes interpersonales

más amplias», que van más allá de la familia y las amistades y la «interrelación entre instituciones locales» (orden local) centradas en la vigilancia y la supervisión; y (3) los lazos con instituciones ajenas a la comunidad (orden público), para asegurar los bienes y servicios públicos asignados por las instituciones y aplicar las normas de la sociedad en general. Pese a que tienen el mérito de proponer una clasificación clara, útil y completa de las redes de las comunidades, el modelo de Bursik y Grasmick no se posiciona sobre su eficacia relativa ni sobre las conexiones que se establecen entre ellas. Como destaca Bursik (2006): «la eficacia relativa de estas redes es una pregunta todavía por responder» o, de nuevo, «la variabilidad en el alcance y la eficacia de estas tres dimensiones de control social, así como los factores distantes y próximos de dicha variabilidad, son preguntas empíricas clave».

A pesar de esta perspectiva aséptica, en realidad la literatura ha fluctuado sustancialmente en cuanto a la importancia asignada a los tres niveles de control social. Thomas y Znaniecki (1927), al igual que otros sociólogos de primera hornada (Lind, 1930), priorizaban los lazos primarios como fuente de control social. Sin embargo, el reconocimiento de la cohesión dentro de grupos de delincuentes estrechamente unidos (es decir, bandas) (Gans, 1962; Whyte, 1943) y el interés en la eficacia de las asociaciones locales y de los lazos débiles (Granovetter, 1973) inclinó la balanza hacia los lazos secundarios como medio de mejorar la organización social de las comunidades (Kornhauser, 1978; Sampson, Raudenbush y Earls, 1997; Wilson, 1996). En tiempos más recientes, la atención se ha desplazado a la política distributiva de la ciudad en su conjunto y en la capacidad de las comunidades locales para emplear sus *conexiones* exteriores en extraer recursos y ahuyentar las amenazas externas de contextos más politizados (Bursik, 1989; Gans, 1962; Logan y Molotch, 2007[1987]) o menos politizados (Carr, 2003; Zatz y Portillos, 2000). La relación entre los barrios y los organismos externos ha sido destacada sobre todo por perspectivas relacionadas solo indirectamente con la desorganización social, como la literatura de la máquina de crecimiento (Logan y Molotch, 2007[1987]), en parte porque cuando se otorga prioridad al acceso a los recursos y servicios públicos se tiende a desplazar la atención desde las comunidades y la organización social hacia las élites y la política municipal, a menos

que se parta de la premisa de un escenario poco realista de burócratas y representantes totalmente receptivos, en el que la movilización política de los residentes reporta beneficios automáticos a la comunidad.

Las redes sociales locales, ya sean primarias o secundarias, entran en la ecuación de la desorganización social o el comportamiento desviado de maneras muy diferentes. Por ejemplo, según la hipótesis del debilitamiento cultural (y universalista) de Kornhauser (1978), los lazos sociales locales sirven para crear una cultura del barrio, articular y reforzar verbalmente valores convencionales e incrementar «las oportunidades para que aquellos valores se pongan en práctica y se refuercen mediante su presencia física dentro de la comunidad» (Warner, 2003).

En Sampson y Groves (1989), la atención se centra en el orden privado (es decir, redes de amistades locales) y en un componente del orden local (la pertenencia a asociaciones). Aunque los mecanismos de control social empleados por estas redes sociales incluyen la socialización, la crítica o el ostracismo (Conklin, 1975; Krohn, 1986; Skogan, 1986), los autores se centran principalmente en la vigilancia y la supervisión. En el análisis de 238 comunidades locales británicas, descubrieron que la densidad de los lazos de amistad locales reducía significativamente las tasas totales de victimización, incluidos los allanamientos y los robos en las calles.

La investigación existente sobre la relación entre las redes sociales y la delincuencia urbana es abundante, pero quedan aspectos por analizar. En primer lugar, todavía no está claro de qué modo los vínculos locales interactúan con los recursos de la comunidad y, en particular, con los recursos materiales. La organización social es fácil de conseguir cuando los vecinos cuentan con los recursos económicos, el tiempo y las competencias organizativas necesarios, pero puede resultar imposible en barrios con menos recursos, aunque exista una densa red social. Organizar fiestas, clubes deportivos, guarderías y otras actividades comunitarias requiere tanto del entusiasmo y los intereses comunes de los vecinos como de recursos «duros» o tangibles.

En segundo lugar, a menudo el debate se ha centrado en la eficacia relativa de los diferentes tipos de redes, pero no tanto en sus interconexiones. ¿Las redes primarias evitan la aparición y el mantenimiento de los lazos se-

cundarios o externos? Tradicionalmente se ha creído que sí (Gans, 1962; Wilson, 1996), pero Zatz y Portillos (2000) muestran a una comunidad de chicanos de Phoenix que cuenta con fuertes lazos primarios y secundarios, pero pocas conexiones con organismos exteriores (Bursik, 2006). Por último, la evidencia empírica (Whyte, 1943; Suttles, 1968; Warner y Rountree, 1997; Browning, Feinberg y Dietz, 2004) y casuística indican que las redes sociales locales pueden difundir tanto el comportamiento convencional como el desviado. Para evitar argumentos tautológicos, las futuras investigaciones tendrán que centrarse menos en los objetivos que se intentan conseguir mediante lazos locales y más en descubrir qué grupos sociales están mejor organizados, de acuerdo con el concepto del cierre intergeneracional (Coleman, 1988).

1.2.4. Pertenencia a organizaciones

Íntimamente relacionada con el orden local o comunitario de control social, la pertenencia a organizaciones ha suscitado una notable atención en el ámbito académico, aunque solo sea porque el tipo de lazos débiles creados mediante las actividades asociativas suele dirigirse a la consecución de objetivos colectivos y, de un modo implícito, al fortalecimiento de los valores comunes y la mejora de la vida en la comunidad local. Lo que distingue a las redes sociales locales, entendidas en sentido amplio, respecto a la dimensión de la pertenencia a organizaciones es la intencionalidad y la estructura inherentes a esta última. Las redes sociales no son necesariamente instrumentales, ni siquiera en un escenario con una amenaza externa crítica (Gans, 1962), ni exigen una estructura bien definida. Por el contrario, las asociaciones están, casi por definición, «organizadas» y orientadas a unos objetivos, de modo que incrementan los niveles de control social, confianza y capital social de la comunidad.

Kasarda y Janowitz (1974) ofrecen evidencia empírica de que las redes sociales y la pertenencia a organizaciones inciden, en realidad, en aspectos diferentes (aunque correlacionados) de la organización social. Más concretamente, la pertenencia a organizaciones genera un afecto transferible, activo e instrumental hacia lugares por los que las redes sociales pueden inducir un apego pasivo y no instrumental al lugar. En su artículo en la revista *American Sociological Review*, la participación en asociaciones for-

males locales estaba muy correlacionada con el «interés por la comunidad», pero apenas con el «sentido de comunidad» y la «tristeza por abandonar la comunidad», justo al contrario de lo que sucede con las redes sociales locales. Asimismo, es una distinción importante, porque todos consideramos que no es lo mismo un activista político local plenamente conectado con las redes locales y municipales que un chaval de la pandilla de la esquina, aunque ambos estén integrados en el contexto local y sean activos en el plano social. De hecho, esta distinción ha generado un productivo debate sobre la existencia de barrios socialmente (bien) conectados pero con tasas de criminalidad elevadas (Browning, Feinberg y Dietz, 2004), y viceversa (Carr, 2003). En este contexto, y en la línea de Kornhauser (1978), Carr indica que en realidad puede haber un intercambio entre los lazos sociales (o mecanismos informales de control) y la pertenencia a organizaciones, ya que ambos son modos alternativos, y eficaces, de controlar el comportamiento desviado. De hecho, es posible que los residentes con conciencia cívica pero pocos lazos sociales en la comunidad participen en organizaciones del barrio como estrategia alternativa para mantener bajo control las áreas donde residen.

A pesar de su naturaleza finalista, la evidencia respecto a los argumentos sobre el impacto de la pertenencia de los residentes a asociaciones es bastante contradictoria. En el estudio de Simcha-Fagan y Schwartz (1986) sobre la delincuencia juvenil, la participación en organizaciones de la comunidad (definida de acuerdo con el nivel de participación en organizaciones en el ámbito de la comunidad y el nivel educativo de los padres) tiene un impacto directo en las tasas de criminalidad (tanto en las oficiales como en las basadas en autoinformes, es decir, en los delitos propios de los que informa el encuestado), y un efecto indirecto que se transmite a través del apego a la escuela. Sin embargo, el efecto de la participación en organizaciones es, en sí mismo, ambiguo, ya que es teóricamente cuestionable que la educación de los padres y la participación en organizaciones contribuyan a la misma variable latente (es decir, la participación en organizaciones de la comunidad).

En Sampson y Groves (1989), la participación local en organizaciones formales y voluntarias se considera un componente central de la desorganización social. La pertenencia a organizaciones incrementaría el control

social de las comunidades sobre los jóvenes del lugar y su capacidad para defender los intereses locales en términos más generales. Sin embargo, por creíbles que sean estos argumentos teóricos, los correspondientes modelos empíricos sobre la participación en organizaciones dan resultados ambiguos. Aunque su efecto en cinco de los seis tipos de delito es sin duda negativo, el hecho de que la participación en organizaciones tenga una correlación débil con los determinantes de la desorganización social –a excepción del estatus socioeconómico– pone en duda su validez como componente de la desorganización social. Por consiguiente, no es demasiado sorprendente que Sampson y sus compañeros descartaran, en trabajos posteriores, la pertenencia a organizaciones como componente de la cohesión social (Sampson, 1991) o del concepto global de eficacia colectiva (Sampson, Raudenbush y Earls, 1997).

En tiempos más recientes, se ha generalizado en cierta medida la inclusión de la pertenencia a organizaciones como una variable explicativa o intermedia en el enfoque del capital social sobre la delincuencia. Así, Lederman, Loayza y Menéndez (2002) evalúan, en un estudio internacional sobre la Encuesta Mundial de Valores (World Values Survey), el impacto de la pertenencia a organizaciones en las tasas de criminalidad violenta. A pesar de aplicar una estrategia exhaustiva de modelización, muestran que la participación en organizaciones laicas y voluntarias no influye en las tasas de homicidios. Rosenfeld y Baumer (2001), en un análisis del efecto del capital social sobre las tasas de homicidios en 99 áreas geográficas de los Estados Unidos, obtienen unos resultados opuestos. El componente de participación cívica del capital social, medido en participación electoral y pertenencia a organizaciones, ejerce un impacto negativo en la presencia de homicidios, pese a que su efecto se puede confundir con el de otros componentes del capital social, en especial la confianza y la disposición a ayudar.

Hasta la fecha, los académicos no han podido ofrecer evidencia empírica rotunda de la relación entre la pertenencia a organizaciones y las actividades criminales, ni cuando la atención se ha centrado en los efectos indirectos –la pertenencia a organizaciones solo está ligeramente correlacionada con el modelo intermedio– ni cuando lo ha hecho en los efectos directos –la pertenencia a organizaciones no presenta un efecto significativo–. Solo en Simcha-Fagan y Schwartz (1986) encontramos pruebas empíricas cla-

ras de una correlación negativa, pero acompañadas de problemas graves en la elaboración o el etiquetado de la variable latente «participación en organizaciones de la comunidad».

1.2.5. Vigilancia, supervisión y controles sociales locales

Pese a que Sampson y Groves (1989) consideran que la vigilancia y la supervisión conforman el «primer y más importante elemento interviniente del modelo de la desorganización de Shaw y McKay», esta debería conceptualizarse como un mecanismo mediante el cual las redes sociales primarias y secundarias condicionan los niveles de criminalidad. Los controles sociales informales, como la vigilancia y la supervisión, están relacionados, sin duda, con la persistencia del comportamiento desviado, pero son el resultado de la organización social de los barrios, no una dimensión o un componente de esta. Este mecanismo de control social debería considerarse un resultado probable de la organización social y la cohesión de las comunidades locales que gozan de una gran presencia de asociaciones y del predominio de personas residencialmente estables y muy arraigadas. Al tratarse de un proceso interviniente, en lugar de una dimensión o un componente de la desorganización social, no es sorprendente que su efecto sobre la delincuencia sea bastante considerable. Por ejemplo, en Sampson y Groves (1989) los grupos de iguales no supervisados incrementan todos los tipos de atentados contra la propiedad y de tasas de criminalidad basadas en autoinformes, al contrario de las redes locales y la pertenencia a organizaciones, que tienen un impacto significativo únicamente en determinados tipos de estos fenómenos. De un modo similar, los participantes en una encuesta china opinan que los controles sociales informales, procedentes de la familia, el barrio y sus iguales, son más importantes que los controles sociales formales, como la policía, los tribunales y las prisiones (Jiang y Lambert, 2009).

Sin embargo, dados los cambios recientes hacia una sociedad posmaterialista (Inglehart, 1977), con la correspondiente erosión de las comunidades estrechamente unidas y la disciplina, la relevancia de la vigilancia y la supervisión en la prevención de la delincuencia necesitan una reevaluación en profundidad. En este sentido, Carr (2003) admite que los me-

canismos informales de control social podrían evitar el comportamiento desviado, pero sostiene que en sociedades individualistas, con diversidad étnica y con ambos cónyuges en el mercado laboral, las formas convencionales de control informal son escasas. Por ejemplo, el refuerzo efectivo de las sanciones por diferentes vigilantes –es decir, el efecto de «doble pena»– es menos probable en la actualidad que en los tiempos en que predominaban los hogares en los que solo el cabeza de familia trabajaba fuera de casa. En consecuencia, los residentes con conciencia cívica han tenido incentivos para buscar vías alternativas para lidiar con el comportamiento desviado que no necesariamente están relacionadas con la vigilancia y la supervisión informales. Ello es muy cierto cuando el comportamiento desviado procede de adolescentes y jóvenes, ya que los residentes sienten miedo o pereza a la hora de supervisarlos e intervenir. Al fin y al cabo, la supervisión esperada e inconsciente «depende de la edad: la supervisión tiene como objeto, de un modo claramente mayoritario, los niños que todavía no han llegado a la adolescencia», pero «es muy poco frecuente que la supervisión diaria de los adolescentes se convierta en una empresa colectiva» (Carr, 2003). En lugar de ello, los individuos deseosos de limpiar su entorno de delincuencia son más susceptibles de apelar directamente a mecanismos institucionales de control, como agentes de policía, educadores expertos en resolución de problemas, concejales, el sistema judicial y la administración de la ciudad, o se sirven de las asociaciones locales como intermediarias entre los residentes del barrio y los organismos públicos. El autor denomina *nuevo localismo* a esta estrategia de prevención del delito, que combina dos órdenes del control social: el local (autorregulación mediante lazos secundarios y asociaciones locales) y el público (esencialmente la policía). Un contexto ideal para poner a prueba esta hipótesis se encuentra en China, cuyo desarrollo económico está estrechamente interrelacionado con los valores tradicionales y colectivistas. En este sentido, Jiang y Lambert (2009) parecen partidarios de la hipótesis de Carr, aunque aplicada al caso chino; es decir, del argumento según el cual los mecanismos informales de control social (como la familia, el barrio y los grupos de iguales) están ligados a encuestados de menor nivel educativo que tienen valores tradicionales o colectivistas, mientras que los entrevistados formados y notablemente individualistas –que representan la inmensa mayoría de las

sociedades occidentales– prefieren los mecanismos formales de control social (como la policía, los tribunales y las prisiones).

En resumen, la vigilancia, la supervisión y el control social informal constituyen mecanismos eficaces para evitar el comportamiento desviado, pero, dadas las tendencias recientes en los valores y la estructura familiar, es arriesgado partir de la premisa de que estos mecanismos son de uso común, incluso en barrios acomodados y de elevada estabilidad residencial. La única excepción se encuentra, probablemente, en el cierre intergeneracional que se produce alrededor de la interconexión entre padres (Coleman, 1988; Oberwittler, 2004). Es decir, la idea de que los padres se conozcan entre ellos y se informen mutuamente sobre las actividades que realizan sus hijos adolescentes. Además, los partidarios de los mecanismos informales de control social han planteado estos mecanismos en relación con su influencia en el comportamiento delictivo de grupos y adolescentes, pero no se han pronunciado sobre el modo en que la vigilancia y la supervisión influyen en el comportamiento desviado de los adultos y en el número creciente de personas socialmente aisladas.

1.2.6. Eficacia colectiva: cohesión social y control social informal

Un hito importante en el proceso de asimilación de la teoría de la desorganización social fue la introducción, por Sampson, Raudenbush y Earls (1997), del concepto de eficacia colectiva. Pese a que se trata simplemente de la combinación de mediciones referentes a la cohesión social –en particular, la confianza social– y el control social informal, parecía que, en la teoría y en la práctica, proponer el término de eficacia colectiva poseía todo el sentido, todavía más si se tenía en cuenta que evitaba las desafortunadas connotaciones de caos asociadas al concepto de desorganización social (Kornhauser, 1978).

En teoría, el concepto de eficacia colectiva incluye el concepto global de cohesión social –definido de acuerdo con la percepción que tienen los residentes de características del barrio como la confianza social, las redes locales o la disposición a ayudar– y los mecanismos con los cuales las comunidades «cohesionadas» controlan los comportamientos desviados (es decir, mecanismos de control social informal). Por consiguiente, comprende toda la cadena causal, empezando por las características locales y lle-

gando al nivel privado, y convierte la eficacia colectiva en un concepto instrumental, ya que los recursos neutrales, como los lazos sociales y los mecanismos de control social informal, se mezclan con la disposición a ayudar y la confianza social. Según afirman los autores (Sampson, Raudenbush y Earls, 1997): «la disposición y la intención de intervenir por el bien de la comunidad se incrementarían en condiciones de confianza mutua y cohesión»; asimismo, en un trabajo posterior (Sampson, Morenoff y Earls, 1999) se argumenta que «la eficacia colectiva es un proceso destinado a una tarea concreta».

Desde un punto de vista empírico, el análisis multinivel de 343 barrios de Chicago tuvo unos resultados muy fiables, de acuerdo con los cuales el efecto de la eficacia colectiva sobre la criminalidad percibida, la victimización de las personas y la criminalidad violenta registrada era bastante considerable, incluso cuando se aislaba el efecto de la delincuencia anterior. Además, las variables explicativas de la eficacia colectiva estaban visiblemente relacionados con los determinantes de la desorganización social de Shaw y McKay, en concreto: la movilidad residencial, la frustración y la diversidad étnica (es decir, la concentración de inmigrantes).

Sin embargo, por convincentes que sean estos resultados, hay que expresar algunas dudas tanto sobre su validez teórica y sobre la posibilidad de aplicar su análisis a contextos distintos. En primer lugar, mezclar dimensiones diferenciadas de la teoría de la desorganización social en un concepto global no necesariamente hace que el proceso del comportamiento desviado sea más comprensible. De hecho, en apariencia la creación del concepto había sido un proceso *ad hoc* justificado por su capacidad predictiva, pero no necesariamente por su valor teórico intrínseco (Hayek, 1964). Por otra parte, hay que cuestionar incluso su valor empírico, porque es poco probable que muchos estudios tengan la posibilidad de construir un indicador similar. Así pues, el desarrollo de una versión simplificada del indicador de eficacia colectiva es una necesidad imperiosa.

1.2.7. Apego al lugar y sentimiento de comunidad

El apego a un lugar se puede definir, en términos generales, como un lazo afectivo o un vínculo entre las personas y los lugares concretos (Hi-

dalgo y Hernández, 2001). Se ha empleado como componente de la teoría de la organización social (Kasarda y Janowitz, 1974), pero en tiempos recientes se ha reemplazado por otras dimensiones. No obstante, son pocos los resultados empíricos que fundamenten esta llamativa omisión. Es cierto que el apego a un lugar hace referencia al ámbito individual (o psicológico) y no al ámbito de la comunidad (o sociológico), pero en los últimos tiempos hay argumentos teóricos y evidencia empírica que apuntan a una fuerte vinculación entre el apego a un lugar y los fenómenos propios de la comunidad (Brown, Perkins y Brown, 2003, 2004). Por otra parte, el apego a un lugar se explica por el incivismo percibido y observado en la manzana de viviendas (Brown, Perkins y Brown, 2003), por las tasas de criminalidad del barrio (Taylor, 1996) y por la sensación de cohesión y control en el barrio (Brown, Perkins y Brown, 2003). Como variable explicativa, el apego al lugar puede influir notablemente en las tasas de criminalidad al menos de tres maneras (Brown, Perkins y Brown, 2004). En primer lugar, el apego al lugar alimenta comportamientos y actitudes que protegen directamente a los vecinos de la delincuencia; se cree que los residentes «arraigados» y apegados al barrio son mejores guardianes de la zona (Bachrach y Zautra, 1985). En segundo lugar, es posible que el apego al lugar desincentive acciones incívicas de un modo indirecto, puesto que la identificación con la comunidad puede animar a los residentes a mantener su barrio en buenas condiciones. No solo los residentes orgullosos de su barrio «arreglan» los desperfectos causados por actos de incivismo pasados, sino que, al hacerlo, disuaden de futuros actos incívicos (véase el «efecto de las ventanas rotas») y refuerzan sus lazos con otros vecinos. Por último, el apego a un lugar puede ayudar a inhibir el cambio en el barrio y sus nocivas consecuencias, como la desinversión, los derribos y la pérdida de lazos sociales (Gans, 1962; Skogan, 1986).

Si tenemos en cuenta estas plausibles relaciones causales, no es ninguna sorpresa que Brown, Perkins y Brown (2004) observaran, en un análisis multinivel, un impacto negativo del apego a un lugar en el nivel de criminalidad, tanto el registrado por la policía como el manifestado por los encuestados. Asimismo, y con mayor importancia, su trabajo muestra correlaciones estadísticamente significativas entre el apego a un lugar y algu-

nas dimensiones de la desorganización social (por ejemplo, la eficacia colectiva, los lazos sociales y la duración de la residencia) que bien merecen que se profundice en su análisis. El problema asociado al apego al lugar es que, como en el caso de las redes sociales o el capital social, no siempre se explica por experiencias positivas ni necesariamente resulta funcional (Fried, 2000), pero aun así es importante que el sentimiento de comunidad encuentre el sitio que le corresponde en el intrincado esquema de la teoría de la desorganización social.

1.2.8. Fuentes exógenas de la desorganización social

En el trabajo de Shaw y McKay (1969[1942]), la desorganización social se asociaba a una serie de características del barrio, como la inestabilidad residencial, la pobreza y la diversidad étnica. El análisis de Sampson (1987) sobre la violencia negra en el contexto urbano añadió la desintegración o desestructuración familiar a las fuentes de la desorganización social, mientras que la urbanización era un factor inherente a la creación (Thomas y Znaniecki, 1927) y al desarrollo de la teoría (Sampson y Groves, 1989), ya que la urbanización se había vinculado al debilitamiento de los lazos sociales primarios, la fuente más eficaz y opresiva de control social.

Se ha constatado que estas variables explicativas influyen en las tasas de criminalidad indirectamente, a través de la mediación de un conjunto de dimensiones de la desorganización social (por ejemplo, la capacidad regulatoria citada en Bursik y Grasmick, 1993; o la eficacia colectiva de Sampson, Raudenbush y Earls, 1997), y también directamente, como fuentes de la organización social (véase Osgood y Chambers, 2000). En un análisis de áreas rurales de los Estados Unidos, Osgood y Chambers constatan que la estabilidad residencial, la diversidad étnica y la desintegración familiar son variables útiles para predecir las disparidades entre condados en materia de criminalidad. Incluso aunque en el efecto de las características de la comunidad intervengan dimensiones de la desorganización social y otros mecanismos relacionados, su efecto directo en la capacidad regulatoria de las comunidades –representada, por ejemplo, por la prevalencia de valores comunes (Warner, 2003)– suele ser significativo.

A pesar de que lo habitual es que se les considere como tales, estos factores estructurales no son necesariamente exógenos respecto al modo en que los barrios se organizan socialmente, ni todos son igual de valiosos para los teóricos de la desorganización social. En este sentido, pecaríamos de inocentes si partiéramos de la premisa de que no hay endogeneidad ni circuitos de retroalimentación; es decir, si supusiéramos que la organización social de las comunidades no tiene efecto sobre las llamadas fuentes exógenas o distales. Por ejemplo, Skogan (1986) muestra que la acción colectiva de los vecinos tiene el potencial de contribuir a la estabilidad residencial de un área.

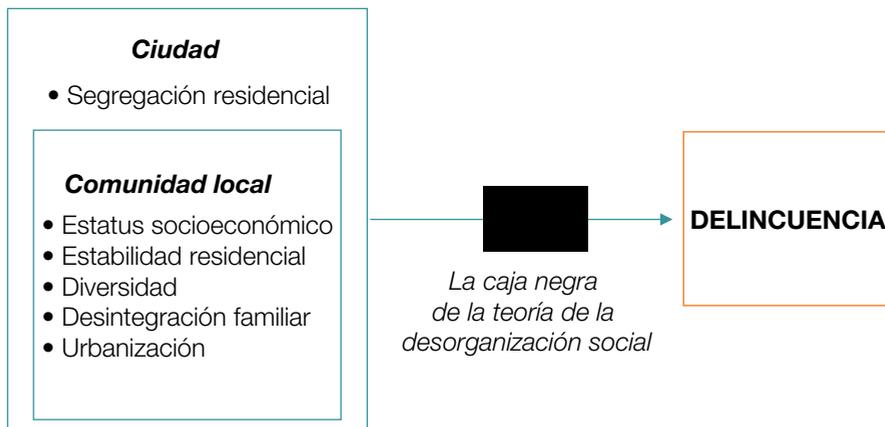
Entre los diversos factores estructurales, suele considerarse que la estabilidad residencial es el principal determinante de la desorganización social porque, por una parte, se ha constatado que tiene una correlación fuerte con sus diferentes dimensiones, en concreto los lazos primarios locales (Sampson y Groves, 1989), y, por otra parte, está concebida más claramente como fenómeno propio de las comunidades locales. Por el contrario, la relevancia de la diversidad étnica como fuente exógena de desorganización social –y como determinante de la criminalidad en el barrio– está sujeta a más controversia. Por ejemplo, en sus análisis de correlación parcial, Shaw y McKay (1969[1942]) ya constataron que la diversidad étnica desempeñaba solo un papel secundario a la hora de explicar la delincuencia urbana si se descontaba el efecto de la proporción de viviendas en propiedad, el crecimiento de la población y las variables relativas a la pobreza. En cuanto a las variables socioeconómicas (por ejemplo, la pobreza, la concentración de personas desfavorecidas o el estatus socioeconómico), su impacto en la desorganización social del barrio se ha demostrado que es consistente e independiente de las dinámicas individuales o de los hogares (Kornhauser, 1978). Otra fuente exógena que vale la pena tomar en consideración es la desigualdad (Blau y Blau, 1982; Kawachi, Kennedy y Wilkinson, 1999), aunque es discutible si debería formar parte de una explicación de nivel intermedio (*meso*) sobre la delincuencia. Es cierto que puede haber desigualdades en el ámbito de la comunidad, y que se pueden medir, pero los académicos deberían prestar más atención a las desigualdades *macro* o estructurales que se producen en los ámbitos de la ciudad, el país o, incluso, el mundo.

Al definir las características estructurales de una zona y la delincuencia como variables correlacionadas (Sampson, Raudenbush y Earls, 1997) e

incluso señalar que son indicadores de desorganización social, la literatura se ha mantenido ambivalente sobre la naturaleza –causal o, por el contrario, correlacional– del vínculo entre estas variables. Sin embargo, el verdadero problema es otro: dado que tiene lugar al principio de todo el proceso, el impacto de las características estructurales de las comunidades depende de numerosos mecanismos y variables que median en su efecto y que dificultan la identificación de las cadenas causales (gráfico 1.2). Dicho de otro modo, dado que su impacto en la delincuencia es en gran medida indirecto, identificar la cadena causal mediante la cual una fuente exógena determinada influye en la delincuencia es virtualmente imposible. Por ejemplo, la pretendida capacidad de las comunidades residencialmente estables para frenar el comportamiento desviado se puede explicar por el cierre intergeneracional de los padres (Coleman 1988, Oberwittler, 2004), mediante la capacidad de los grupos organizados de atraer recursos a su barrio o, una vez más, como consecuencia de un proceso endógeno (es decir, la actividad delictiva es una causa de la inestabilidad residencial). Es por ello por lo que el presente estudio se muestra cauto en todo momento al interpretar los resultados, aunque a menudo se ponga el acento en interpretaciones de tipo comunitario relacionadas con dichas variables estructurales.

GRÁFICO 1.2

La «caja negra» de la teoría de la desorganización social



Fuente: elaboración propia.

El estudio de las características ecológicas o de las comunidades presenta, sin embargo, varias ventajas respecto a formulaciones más refinadas de la teoría. En primer lugar, se considera que las características estructurales de las comunidades constituyen fuentes externas de desorganización social (Sampson y Groves, 1989). Como tales, y a diferencia de las dimensiones y los mecanismos sociales, son teórica y empíricamente fáciles de diferenciar del concepto de desorganización social en sí. Sus relaciones causales son menos ambiguas y, por esta razón, la endogeneidad y la multicolinealidad, aunque están muy lejos de desaparecer, son menos graves en las características estructurales que en las variables intervinientes.

Respecto a la causalidad, a pesar de que a menudo se las denomina variables correlacionadas (véase el concepto de eficacia colectiva en Sampson, Raudenbush y Earls, 1997), es probable que las características estructurales de las comunidades constituyan causas primarias y directas de desorganización social, así como causas indirectas de delincuencia. En este sentido, los determinantes ambientales de la desorganización social (es decir, la pobreza, la rotación residencial, la diversidad étnica, la desintegración familiar y la urbanización) podrían ser factores explicativos de un amplio abanico de resultados sociales, como la pertenencia a organizaciones y círculos de amistades locales (Sampson y Groves, 1989), el desarrollo infantil (Sampson, 1992), el cinismo ante la ley (Sampson y Bartusch, 1998), el absentismo escolar (Shaw y McKay, 1969[1942]) y la salud (Kawachi, Kennedy y Wilkinson, 1999; Shaw y McKay, 1969[1942]). De hecho, en comparación con los análisis refinados de la teoría –que se centran en mecanismos coherentes pero a menudo triviales (Gerber, 2008)– es más probable que sean los tests sencillos con determinantes estructurales los que ofrezcan resultados inesperados y proporcionen a los políticos un marco amplio para la intervención. Sin alterar estas características estructurales, modificar el comportamiento y las actitudes de los residentes podría resultar inviable y problemático desde el punto de vista ético, puesto que, como señala Portes (1972), «el grave error de las teorías sobre los barrios marginales urbanos ha sido convertir las características sociales en rasgos psicológicos».

Por último, la investigación sobre las variables intervinientes requiere, en general, el uso de encuestas específicas. Por otra parte, la información so-

bre las características estructurales de las comunidades se recoge periódicamente en los censos nacionales, los padrones municipales y las encuestas generales, lo que facilita la comparación y mejora la fiabilidad. Aunque sean relevantes desde un punto de vista teórico, lo cierto es que las decisiones sobre en qué dimensión centrarse suelen depender de los datos disponibles. Como observan Sampson y Groves: (1989) «[...] la falta de análisis directos sobre la tesis de Shaw y McKay no procede de la falta de elaboración teórica. Por el contrario, el principal problema ha residido en la falta de datos relevantes».

1.2.9. Abriendo la «caja negra»: hipótesis y mecanismos sociales asociados con las fuentes exógenas de la desorganización social

En lo sucesivo, nuestros esfuerzos se centrarán en explicar, desde la perspectiva de las comunidades locales, por qué determinados factores estructurales han sido considerados determinantes relevantes en la organización social de los barrios y por qué, en última instancia, influyen en la criminalidad. La selección de seis factores ecológicos (o fuentes exógenas) se basa en la literatura existente: estatus socioeconómico, estabilidad residencial, diversidad étnica, desintegración familiar, urbanización y desigualdad. Pese a que el foco de atención del libro se amplía más allá de dichas características locales clásicas, estas siguen conformando el núcleo fundamental de los modelos empíricos de los capítulos 3 y 4.

(1) En el modelo sistémico de Shaw y McKay, se proponía la hipótesis de que la delincuencia sería más elevada en zonas desfavorecidas. Esta relación se basa en la idea, profundamente arraigada, de que el estatus socioeconómico y la pertenencia a asociaciones están muy correlacionados, tanto en términos individuales (Brady, Verba y Schlozman, 1995) como del barrio (Cohen y Dawson, 1993; Wilson, 1987). Las comunidades que presentan una escasez de recursos económicos, educativos y de otros tipos no son capaces de crear organizaciones eficaces e influyentes que, a su vez, ayuden a controlar el comportamiento desviado en el barrio. En el extremo opuesto, una densa red de asociaciones voluntarias, convenientemente conectada con organismos externos, facilita a los residentes y líderes de comunidades favorecidas «trabajar con el sistema» para protegerse de amenazas internas y optar a «lo mejor de los proyectos» (Logan y Molotch, 2007[1987]). Por consiguiente, se formula la hipótesis de que las comunidades con un

estatus socioeconómico más elevado, medido por los niveles de ingresos o educación, muestran niveles menores tanto de delincuencia como de otros indicadores de desorden social.

Por otra parte, desde una perspectiva *micro*, que permite eludir el concepto del control social, varios autores se han fijado en el desempleo como determinante socioeconómico del comportamiento desviado y el desorden social. La falta de oportunidades de empleo y otras alternativas económicas conducen a los *grupos de iguales* de adolescentes a participar con regularidad en actividades delictivas de las cuales, sin embargo, la mayoría escapa con la edad (Sullivan, 1989). En palabras de Wacquant (2008): «[...] a menudo la violencia y la delincuencia son el único medio que tienen los jóvenes de origen proletario y sin perspectivas de empleo para conseguir el dinero y los bienes de consumo indispensables para acceder a una existencia socialmente reconocida».

(2) Otro rasgo estructural que se suele relacionar con la desorganización social y el comportamiento desviado es la estabilidad residencial. La permanencia en el barrio proporciona a los residentes el tiempo y los incentivos suficientes para desarrollar extensos vínculos con organizaciones y redes de amistad (Kasarda y Janowitz, 1974; Kornhauser, 1978; Shaw y McKay, 1969[1942]). Además, los residentes de largo plazo tienen una mayor probabilidad de compartir un fuerte apego al lugar o sentimientos de pertenencia (a la comunidad como «nosotros») (McKenzie, 1922) y, por consiguiente, una mayor probabilidad de agruparse por una «buena» razón, por ejemplo, mejoras para el barrio. Como determinante clave de la rotación residencial, la lógica subyacente a la propiedad de una vivienda es análoga: los factores ambientales ejercen una influencia tal sobre los precios de la vivienda que los propietarios se ven impelidos a adoptar cualquier estrategia necesaria para mantener el barrio libre de actividad delictiva y desorden callejero. Atados y apegados a la comunidad, los residentes que han «adquirido viviendas en un mismo barrio» (Logan y Molotch, 2007[1987]) suelen emprender acciones individuales como mecanismo de control del comportamiento desviado (Carr, 2003), como supervisar la zona o llamar a la policía. Si estas estrategias se quedan cortas, es probable que recurran a todo tipo de mecanismos colectivos, empezando por acciones de baja intensidad (por ejemplo, firmar peticiones) y, llegado el

caso, acabando por estrategias más agresivas (por ejemplo, agresiones violentas o patrullas ciudadanas) a la manera durkheimiana (Durkheim, 1934[1893]; Conklin, 1975).

(3) Relacionada con el tiempo de una manera distinta, la desintegración familiar fue introducida por Sampson (1987) como causa probable de la reducción de los controles sociales informales en la comunidad. Después de una ruptura, los esfuerzos de crianza y educación de los hijos se reparten entre los miembros de la familia de un modo todavía más desigual, lo cual representa un obstáculo significativo para la vigilancia y el cuidado de los hijos y de las propiedades de la familia, así como para las actividades generales en la comunidad (Cohen y Felson, 1979; Sampson y Groves, 1989). La desintegración familiar y la falta de «tiempo libre» que conlleva no solo hacen que «haya menos ojos que escruten las calles» (Jacobs, 1961), sino que también priva a los hogares de participar en el tipo de acción colectiva (Brady, Verba y Schlozman, 1995) que es crucial para un eficaz desarrollo de la comunidad. En consecuencia, se espera que las tasas de criminalidad sean mayores en comunidades con una elevada desintegración familiar.

(4) La heterogeneidad, en particular la diversidad étnica, se asocia regularmente con una serie de problemas urbanos, entre los que destaca la desorganización social (Sampson y Groves, 1989; Shaw y McKay, 1969[1942]). La lógica de esta controvertida relación es que las comunidades homogéneas tienen una probabilidad más alta de sacar partido de un fondo común de material cultural (Habyarimana *et al.*, 2007) y de compartir preferencias e intereses similares y redes sociales comunes preexistentes. En consecuencia, en contextos más diversos, el consenso es problemático (Miguel y Gugerty, 2005), las redes sociales y la organización social son más débiles (McPherson, Smith-Lovin y Cook, 2001; Sampson y Groves, 1989) y la confianza y los controles sociales efectivos son deficientes (Putnam, 2007; Sampson, Raudenbush y Earls, 1997; véase también, con otro punto de vista, Laurence y Heath, 2008). Pese a que la diversidad étnica –al contrario de la heterogeneidad económica, lingüística, educativa o religiosa– ha atraído con regularidad la atención de los académicos, el mismo razonamiento se podría hacer extensivo a otras características sociodemográficas. Con todo, hay motivos convincentes para centrarse en

la etnicidad o, como en este estudio, en la nacionalidad: la identificación es fácil de observar (Quillian y Pager, 2001), en general, la información demográfica está disponible, «engloba a gran cantidad de personas bajo un único término» (Logan y Molotch, 2007[1987]) y «crea las divisiones más intensas en nuestros entornos personales» (McPherson, Smith-Lovin y Cook, 2001). Si la atención se ha centrado en la diversidad nacional, y no la étnica, es probablemente a causa de la aversión al etiquetaje étnico en Europa (continental). De hecho, en la conciencia pública europea, «la violencia urbana y la agitación colectiva» (Wacquant, 2008) se vinculan mayoritariamente a la inmigración y a determinadas nacionalidades y no a la diversidad etnoracial.

(5) El vínculo entre la desigualdad (espacial) y la delincuencia ha sido moneda corriente en la criminología (Blau y Blau, 1982; Logan y Messner, 1987; Sampson y Wilson, 1995). La estratificación social es una condición necesaria para la existencia de barrios desfavorecidos, donde a menudo se hace difícil ejercer un control, y de zonas acomodadas que ofrezcan oportunidades atractivas a los delincuentes (Demombynes y Özler, 2005). Además, es posible que las desigualdades agudas conduzcan al aislamiento social de los hogares desfavorecidos (es decir, a la concentración de la pobreza) respecto a las personas e instituciones que representan el grueso de la sociedad (Wilson, 1987). En la mayoría de las sociedades europeas, el impacto de esta estratificación social es amortiguado por un Estado del bienestar omnipresente (Wacquant, 2008) que proporciona servicios sociales generosos y transporte público asequible (es decir, muy subvencionado). Sin embargo, en España, donde el desarrollo del Estado del bienestar se ha quedado a medio camino entre el modelo corporativista continental y el modelo liberal anglosajón (Esping-Andersen, 1990; Moreno y Sarasa, 2000), se espera que las desigualdades sociales sigan teniendo un papel significativo a la hora de explicar el comportamiento delictivo.

(6) Con casi total probabilidad, la urbanización es la fuente exógena de desorganización social más misteriosa. Pese al interés inicial de la Escuela de Chicago en las transformaciones rurales-urbanas (Park, Burgess y McKenzie, 1925; Sutherland, 1924; Thomas y Znaniecki, 1927) y los estudios empíricos que corroboraban su impacto en el crimen y la delincuencia (Sampson y Groves, 1989), el interés por la división rural-urbana palidece

en comparación con otros factores estructurales. Sin embargo, sigue en pie la pregunta de qué hace diferente a las ciudades en función de la organización social y las actividades delictivas. ¿Por qué las ciudades tienen tasas de criminalidad más elevadas y por qué se las considera, a pesar de Jacobs (1961), caóticas y desorganizadas? En general, la literatura clásica señala el anonimato como sospechoso habitual (Durkheim, 1951[1897]; Sutherland, 1924, Thomas y Znaniecki, 1927), pero hay que tener en cuenta que, salvo la pobreza, la mayoría de los determinantes exógenos de desorganización social tienden a tener más presencia en zonas urbanas; es el caso de la rotación residencial, la desintegración familiar, la diversidad étnica y la desigualdad (Blau y Blau, 1982). De esta manera, la influencia de la urbanización no solo se basa en el nivel de anonimato en las relaciones sociales, sino también en la concentración y la interacción de la mayoría de los restantes determinantes de la desorganización social (Wilson, 1987, 1996).

1.3. La incorporación del modelo de recursos de la participación sociopolítica

La cadena causal asociada a la teoría de la desorganización social suele estar compuesta de tres pilares (gráfico 1.3): 1) las características estructurales del barrio, 2) los tres niveles o dimensiones del orden social, y 3) los resultados sociales, más un conjunto de mecanismos sociales que conectan los tres niveles de organización social a resultados sociales concretos. Los primeros estudios solían centrarse en los factores estructurales que definían las zonas de alta y baja criminalidad en las ciudades estadounidenses y que distinguían unas de otras (Shaw y McKay, 1969[1942]). Las evoluciones recientes del modelo, por el contrario, se centran en el papel desempeñado por el pilar intermedio y ponen el acento en la importancia de los tres niveles de orden social (Bursik y Grasmick, 1993) –privado, local y público– o las tres dimensiones de la organización social (Sampson y Groves, 1989) –las redes sociales, el control social informal y la pertenencia a organizaciones–.

No obstante, los académicos no han sido capaces de presentar un mapa completo del proceso, al menos en un aspecto importante. No se dispone

de mecanismos bien definidos que vinculen las características estructurales de las comunidades a las dimensiones o los niveles de organización social; simplemente, están correlacionados. Pese a que se propone una argumentación lógica sobre por qué determinados factores estructurales deberían ser importantes en cuanto a la organización social y la delincuencia, se carece de un marco teórico completo y coherente que vincule dichas características estructurales a las dimensiones y los niveles de organización social. A lo largo del presente libro, se propone la hipótesis de que el modelo de recursos de la participación sociopolítica (Putnam, 1995; Verba y Nie, 1972; Brady, Verba y Schlozman, 1995) verdaderamente define dicho vínculo, sobre todo cuando se considera que los lazos sociales orientados a objetivos son especialmente eficaces para resolver los problemas del barrio.⁽⁵⁾ Este tipo de modelo se basa en los recursos que los individuos y las comunidades necesitan para desarrollar redes locales, crear organizaciones eficaces y mantener vínculos valiosos con organismos externos.

GRÁFICO 1.3

Incorporación de los recursos de los vecinos al modelo de la desorganización social



Fuente: elaboración propia.

(5) Las organizaciones y redes sociales se pueden utilizar para reforzar tanto los valores convencionales como los desviados. En este sentido, Sampson (1997) afirmaba que, en lugar de preguntarnos sobre el grado de organización social de un barrio, deberíamos preguntarnos: «¿organizado para qué?». En este caso, partimos de la premisa de que los objetivos de las organizaciones formales se identifican con el comportamiento y los valores convencionales, mientras que los objetivos de grupos locales de amigos y de las redes primarias no necesariamente lo hacen.

Hay cinco tipos de recursos considerados esenciales para el desarrollo de las redes sociales locales: las competencias comunicativas y organizativas, la confianza (en los vecinos), el tiempo pasado en la comunidad, los recursos económicos y la existencia de intereses comunes (gráfico 1.4). Como se pone de manifiesto, la relevancia de dichos recursos varía de acuerdo con el tipo de red social. Por ejemplo, los recursos económicos no son ni necesarios ni suficientes para entablar lazos primarios, pero sí son importantes para establecer vínculos eficaces con organismos externos. Además de estos cinco tipos de recursos, las personas también tienen que compartir algún tipo de interés común (Bursik y Grasmick, 1993), bien relacionado específicamente con el barrio (por ejemplo, la conservación de las zonas verdes), o bien neutral en términos territoriales (por ejemplo, la promoción de la justicia social). Lo importante es que, con independencia de que el barrio sea el foco principal de atención o solo una plataforma de acción, estos intereses comunes generan fuertes incentivos para que los residentes se agrupen, con lo cual se incrementa el control social y el consumo colectivo. Por consiguiente, la literatura no debería verse limitada (es decir, determinada por investigaciones anteriores) a lo que Shaw y McKay (1969[1942]), Kornhauser (1978) o Sampson (1987) definieron como factores estructurales –aunque tampoco haya que descartarlos–. En lugar de ello, la selección de determinantes estructurales debería basarse en el propio concepto de desorganización social y en los recursos que los vecinos y las comunidades han de utilizar para formar y mantener redes locales, organizaciones eficaces y vínculos con organismos externos. En consecuencia, cualquier variable ambiental susceptible de influir en estos cinco tipos de recursos debería formar parte de una explicación de la criminalidad centrada en la comunidad o de nivel intermedio (*meso*). Por ejemplo, debería considerarse que la estabilidad residencial es un determinante de la organización social en la medida en que establecer lazos sociales cuesta tiempo (Sampson, Raudenbush y Earls, 1997). Por el mismo motivo, el tiempo de desplazamiento hasta el trabajo, las horas extraordinarias o cualquier otra variable que refleje el tiempo que los vecinos pasen en su comunidad local también debería formar parte del modelo de la desorganización social.

Una cadena causal detallada del modelo de la desorganización social



Fuente: elaboración propia.

No obstante, conviene hacer algunos matices. En primer lugar, y de acuerdo con Granovetter (1973) y Carr (2003), los lazos débiles o de naturaleza no privada, sobre todo los establecidos con organismos externos, suelen ser los más eficaces para hacer frente a las actividades delictivas. Ello no quiere decir que las administraciones y el tercer sector sean más eficaces para organizar la vida social en el barrio, sino que es la interrelación de instituciones de la comunidad y organismos públicos la que puede resultar especialmente exitosa en la organización de las comunidades (Carr, 2003). Huelga decir que crear y mantener estas influyentes conexiones requiere recursos especiales –recursos económicos y competencias comunicativas y organizativas– que no siempre están al alcance del ciudadano común. En segundo lugar, este marco se aplica específicamente a los adultos que no son delincuentes; son estos los que necesitan organizarse socialmente para controlar y socializar a los futuros (jóvenes) delincuentes potenciales, proteger a la comunidad de amenazas externas y atraer recursos al barrio. Por el contrario, a la comunidad le conviene que los delincuentes potenciales estén poco organizados o que, en caso contrario, estén sometidos a una supervisión eficaz por adultos mejor organizados, ya sea por medio del control social privado, local o público. Por último, pese a que se centra la atención específicamente en explicaciones de nivel intermedio (*meso*) sobre la delincuencia, las explicaciones de otros tipos

(*micro y macro*) no se descartan, sino que se consideran complementarias de las hipótesis desarrolladas en el presente trabajo. Incluso desde una perspectiva intermedia hay otras «bases para gestionar la vida cotidiana» (Logan y Molotch, 2007[1987]), como las escuelas y los clubes deportivos, que también deberían considerarse contextos relevantes para la explicación de la criminalidad percibida en el barrio.

1.4. El modelo de la desorganización social, la hipótesis de las «ventanas rotas» y la tesis del incivismo: un análisis de la naturaleza dual de la delincuencia percibida en los barrios

Los partidarios de la teoría de la desorganización social se han centrado en explicar las variaciones espaciales de la criminalidad real, esencialmente mediante datos de organismos policiales y encuestas de victimización. Rara vez se ha empleado este modelo para dar cuenta de la delincuencia percibida en los barrios, aunque normalmente estas percepciones se asocian con procesos urbanos (sobre todo los signos de desorden social y las actividades delictivas) que, a su vez, son consecuencias o indicadores de la desorganización social de las comunidades.

Con todo, hay que destacar algunas excepciones, en especial los estudios que tratan de la tesis del incivismo (Taylor, 2001). Con diferentes formulaciones, los defensores de esta hipótesis sostienen que el miedo a la delincuencia está tan relacionado con el incivismo social (por ejemplo, ruido, insultos, suciedad en las calles) y con el deterioro físico (por ejemplo, solares vacíos, viviendas abandonadas, ventanas rotas) como con la propia criminalidad en el barrio (gráfico 1.5) (Biderman *et al.*, 1967; Brunton-Smith y Sturgis, 2011; Garofalo y Laub, 1978; Hunter, 1978; Skogan, 1990; Wilson, 1975).⁽⁶⁾ Esta formulación general no hace referencia específicamente a la desorganización social de las comunidades, aunque algunos de sus partidarios afirman que estos signos de incivismo son consecuencia del desorden social y de la presencia en el barrio de características similares a las propuestas por la literatura de la desorganización social. Más concretamente,

(6) La tesis del incivismo suele tener como foco de atención el miedo a la delincuencia, no las percepciones sobre esta, aunque el miedo a la delincuencia es en gran medida consecuencia del riesgo percibido por los vecinos y de su percepción de la gravedad de determinados tipos de delitos (Warr, 2000; Wyant, 2008).

Hunter (1978) afirma que el desorden en el barrio genera signos de incivismo y delincuencia, lo que, a su vez, explica el miedo a la delincuencia, mientras que Skogan (1990) sostiene que el deterioro social y físico de una comunidad es la consecuencia directa de sus características estructurales: la composición racial, el estatus socioeconómico y la estabilidad residencial, así como la desigualdad generada más allá del barrio. De un modo similar, Brunton-Smith y Sturgis (2011) exponen que las características estructurales de los barrios tienen un efecto directo e independiente sobre el miedo a la delincuencia en el plano individual.

GRÁFICO 1.5

La teoría de la desorganización social, el modelo de recursos de la participación sociopolítica y la tesis del incivismo



Fuente: elaboración propia.

La hipótesis de las «ventanas rotas» (Wilson y Kelling, 1982) –una de las variantes de la tesis del incivismo– introduce un componente temporal, pues señala que, a largo plazo, los signos de incivismo no reparados, junto a la proliferación del desorden (Keizer, Linderberg y Steg, 2008), pueden facilitar la llegada de delincuentes potenciales, porque estos signos inspiran miedo entre los residentes urbanos, lo que causa, a pesar de que Durkheim afirmara lo contrario (1934[1893]), que se retiren de la vida comunitaria (Conklin, 1975) y que se reduzca la vigilancia y la supervisión en el barrio. Aunque este conocido argumento destaca la importancia que para los modelos causales sobre la criminalidad tiene el miedo de los residentes a la delincuencia y su reacción ante esta, sin embargo, no se pronuncia sobre las características estructurales que determinan inicialmente la aparición de estos signos de incivismo.

Otros estudios han introducido directamente la criminalidad percibida en el barrio en un marco teórico basado en la desorganización social. Por ejemplo, Sampson, Raudenbush y Earls (1997) pusieron a prueba el modelo de la eficacia colectiva (que es una reformulación de la desorganización social), mediante tres indicadores alternativos sobre la violencia en el barrio: la violencia percibida, la victimización violenta y los homicidios registrados. A pesar del intenso debate en torno a la «desvinculación progresiva» (Taylor, 2001) entre la delincuencia, el incivismo y las percepciones de los residentes sobre ambos, los resultados de los tres indicadores de violencia son similares, especialmente en cuanto al efecto de la eficacia colectiva.

Este estudio reproduce el argumento del incivismo en el sentido de que considera que la delincuencia percibida en el barrio responde a comportamientos socialmente incívicos y al deterioro físico del barrio tanto como a las tasas de criminalidad oficiales. En concreto, a lo largo del presente libro se pone a prueba repetidamente la relación entre, por una parte, el ruido, la contaminación, la limpieza y el deterioro de los edificios, y, por otra parte, las percepciones de los residentes sobre el nivel local de delincuencia. Por desgracia, la pertinaz ausencia de datos públicamente accesibles sobre las tasas de criminalidad locales, así como su «sorprendente» inexactitud (Aebi y Linde, 2010), imposibilita poner a prueba el argumento del incivismo en el contexto español de un modo concienzudo. Este estudio también reproduce los de Hunter (1978), Skogan (1990) y la tesis de la eficacia colectiva en el sentido de que defiende la hipótesis según la cual las características del barrio, especialmente la estabilidad residencial, el estatus socioeconómico y la desintegración familiar se encuentran entre las causas del desorden social, el deterioro físico y la delincuencia (tanto percibida como observada) en la zona.

En cuanto a la delincuencia urbana, la criminalidad percibida presenta algunas ventajas respecto a la criminalidad real. En primer lugar, es más probable que la causa última de la acción humana sea lo que las personas perciben, en lugar de la realidad en sí misma y por sí misma. Así pues, no es demasiado sorprendente que las investigaciones anteriores hayan muestra-

do la importancia de la criminalidad percibida, así como del consiguiente temor a la delincuencia, para varias consecuencias sociales, como la rotación residencial Skogan (1986), la elusión de actividades nocturnas (Mesch, 2000), actividades físicas (McGinn *et al.*, 2008) y parques (Conklin, 1975), la adquisición de armas de fuego como protección (Lizotte, Bordua y White, 1981) y la apertura de una tienda (Conklin, 1975). La relevancia de investigar las percepciones sobre la delincuencia es todavía más importante en sociedades con bajas tasas de criminalidad pero aparentemente desorganizadas, como los países del sur de Europa, donde la diferencia entre la criminalidad percibida y la observada es bastante acusada (Dijk, Kesteren y Smit, 2007).

Entre los defectos potenciales, sigue habiendo el problema de que la criminalidad percibida es un proceso polifacético en el que solo uno de sus determinantes corresponde a la criminalidad real. Los sociólogos urbanos que trabajan en las percepciones sobre la delincuencia necesitan incorporar, siempre que sea posible, variables que vayan más allá de la criminología (por ejemplo, la influencia de los medios, las características psicológicas y el urbanismo), lo que dificulta los análisis y la interpretación de los resultados.

1.5. Conclusiones

Este capítulo ha presentado dos ramas de la literatura que, por diferentes razones, constituyen los fundamentos teóricos del estudio. La tesis del incivismo (Taylor, 2001) pone el acento en la importancia del comportamiento socialmente incívico y del deterioro físico de los barrios para explicar la percepción de los residentes sobre la delincuencia y el miedo a esta. Por otra parte, el modelo de la desorganización social, muy influenciado por las ideas de Durkheim (1934[1893]) y Tönnies (2002[1887]) sobre la industrialización y las migraciones del campo a la ciudad y propuesto por primera vez por Thomas y Znaniecki (1927), sostiene que los problemas sociales son el resultado de la desorganización social en los barrios, que debilita la solidaridad y los mecanismos de control social. Su aplicación específica a la delincuencia es atribuible a Shaw y McKay (1969[1942]), que relacionaron las actividades delictivas con zonas urbanas caracteriza-

das por (a) la pobreza, la diversidad y la inestabilidad residencial, y (b) por estar situadas entre distritos de negocios del centro y zonas industriales. Sus resultados mostraban que los barrios asolados por la delincuencia rara vez, o nunca, cambiaban de estatus relativo respecto al resto de la ciudad, y constataban que las tasas de criminalidad indicaban una asociación robusta con una serie de características estructurales de los barrios.

Pese a que estas teorías y argumentos están orientados a muchos objetivos, a continuación presentamos los aspectos de mayor relevancia para el resto del libro:

- Se propone que, a través de diferentes tipos de recursos –principalmente ingresos, tiempo, competencias comunicativas y organizativas, la confianza social y la existencia de intereses en común–, una serie de factores estructurales tienen un efecto directo en la organización de los barrios y un efecto indirecto en la presencia de incivismo social, el deterioro físico y las tasas reales de criminalidad. A su vez, estos hechos observados influyen en la percepción de los residentes sobre los niveles de delincuencia en su barrio. Los problemas relacionados con la identificación/aislamiento de efectos independientes –sobre todo con la causalidad inversa y con un complejo mapa de relaciones entre las variables independientes– siguen existiendo y no deberían pasarse por alto a la hora de interpretar los resultados presentados en los capítulos siguientes.
- La percepción de los ciudadanos sobre la delincuencia y el miedo a la misma responden, además de a las tasas reales de criminalidad, al incivismo social y al entorno construido de las comunidades.
- Dado que la desorganización social es una teoría útil para explicar los comportamientos socialmente incívicos, el deterioro físico de los barrios y las tasas de criminalidad locales, también constituye un marco teórico pertinente para comprender la criminalidad percibida en los barrios.

II. Conceptualización, medición y explicación de la criminalidad percibida en los barrios

2.1. Introducción

Este capítulo establece el necesario vínculo entre el marco teórico expuesto en el capítulo anterior y los análisis de los capítulos siguientes. El objetivo esencial del capítulo consiste en dar validez a la conceptualización de la variable dependiente que hemos propuesto en el marco teórico. Es decir, la concepción de que la delincuencia percibida en el barrio es una combinación de la actividad delictiva real y de información visual y anecdótica a disposición de los residentes, como son los de desorden social y físico. Otro objetivo consiste en conceptualizar el objeto de estudio exponiendo información descriptiva relacionada con la percepción de la criminalidad en España. Este capítulo presenta los indicadores de criminalidad en España en comparación con otros países; expone las tendencias de la opinión pública y observa la distribución de la criminalidad percibida en las diferentes comunidades locales y su correlación con varias características del lugar. También se presenta una evaluación de las estadísticas sobre delincuencia disponibles en España, con el fin de informar al lector sobre las limitaciones «estadísticas» del presente estudio y, en términos más generales, sobre las posibilidades de llevar a cabo investigaciones criminológicas en España.

2.2. Fuentes de datos

En comparación con otros países, como los Estados Unidos y el Reino Unido, en el contexto español los estudios criminológicos cuantitativos son escasos y de naturaleza descriptiva (véase la tabla 2.1), en gran medida a consecuencia de la inexistencia de datos, tanto individuales como

TABLA 2.1

Una lista de estadísticas sobre criminalidad accesibles en España (1989–2010)

NOMBRE	POBLACIÓN ESTUDIADA	NIVEL MÍNIMO DE AGREGACIÓN	AÑO
Encuestas de victimización			
International Crime Victims Survey (ICVS)	España	Nacional	1989, 2005, 2009**
Encuesta de Seguridad Pública de Cataluña	Cataluña	Distrito	Anual desde 1999
Encuesta de Victimización de Madrid ciudad	Ciudad de Madrid	Distrito	2008
Delincuencia y Victimización en la Comunidad de Madrid	Comunidad de Madrid	Municipio	2007
Encuesta de Victimización de Málaga ciudad	Málaga	Municipio	2004
Encuesta de Victimización de Andalucía	Varias ciudades	Municipio	2007
Encuestas del CIS	España y varias ciudades	Sección censal*	1991/1992, 1995, 1998/2000, 2003, 2005, 2007
Delincuencia denunciada: registros policiales			
<i>Anuario estadístico del Ministerio del Interior</i>	España	Provincia	Anual
Autoinformes sobre delitos			
Estudio internacional sobre delincuencia mediante autoinforme	España	Nacional	1992, 2005/2007
Encuestas del CIS	España	Sección censal*	2003
Delincuencia percibida en el barrio o el municipio			
Censo de Población y Viviendas	España	Sección censal	2001
Encuesta de Victimización de Madrid ciudad	Ciudad de Madrid	Distrito	2007
Encuestas del CIS	España y varias ciudades	Sección censal*	1990/1991, 1995, 1998/2000, 2003, 2006/2007, 2011

* A petición del interesado: acceso no garantizado.

** Encuesta realizada por el ODA (Observatorio de la Delincuencia de Andalucía) de acuerdo con la metodología de la encuesta ICVS.

nacionales y relativos a las comunidades locales, o de su escasa calidad (Aebi y Linde, 2010). Los académicos se han visto obligados a depender

casi en exclusiva de mediciones de la delincuencia registrada en los ámbitos nacional o provincial (García *et al.*, 2010), como el número de detenidos, las personas encarceladas o las comparecencias ante un tribunal. Sin embargo, se han dedicado algunos esfuerzos a recoger datos sobre las tasas de victimización (encuesta International Crime Victims Survey, Encuesta de Seguridad Pública de Cataluña), las percepciones sobre la delincuencia en los barrios (Censo de Población y Viviendas de 2001) y los autoinformes de los encuestados sobre comportamiento desviado (Gómez-Fraguela *et al.*, 2009).

Merecen especial atención las encuestas realizadas por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). Desde 1976, el CIS ha hecho encuestas sobre delincuencia percibida,⁽¹⁾ victimización⁽²⁾ y comportamiento desviado declarado por los encuestados (autoinforme)⁽³⁾ que son, con toda probabilidad, los recursos más valiosos a disposición de los criminólogos cuantitativistas de España. Aunque estas encuestas están geocodificadas adecuadamente para estudios sobre comunidades locales –suele registrarse la sección censal⁽⁴⁾ de los encuestados–, es muy poco frecuente que se permita acceder a los geocódigos, por razones de confidencialidad. No obstante, en circunstancias excepcionales se autoriza el acceso siempre que se cumplan determinadas condiciones. Es el caso de la encuesta 2.634 (2006), una gran encuesta nacional que explotamos en este capítulo y a la que hemos tenido un acceso sin restricciones. En general, las encuestas del CIS toman la forma de una compleja encuesta multifase estratificada en la que los municipios (unidad primaria) y las secciones censales (unidad secundaria) se seleccionan aleatoriamente según el número de habitantes; los hogares se seleccionan mediante rutas aleatorias, y los individuos de los hogares también aleatoriamente hasta completar cuotas por grupos de edad.

Respecto a este estudio, la ausencia total de estadísticas oficiales sobre las tasas de criminalidad locales es problemática, al menos, en dos sentidos. En primer lugar, complica la identificación efectiva de las cadenas causa-

(1) Encuestas 2.634 (2006) y 2.888 (2011) del CIS.

(2) Encuestas 2.200(1995), 2.284(1998), 2.315(1999) y 2.702 (2007) del CIS.

(3) Encuesta 2.510 (2003) del CIS.

(4) Las secciones censales españolas no coinciden exactamente en tamaño con las estadounidenses, pues estas son algo mayores.

les a través de las cuales la estructura de la comunidad influye en la percepción de los residentes sobre la delincuencia en su barrio (Quillian y Pager, 2001), aunque solo sea porque el componente «real» de la variable dependiente no se distingue del componente «percibido». En segundo lugar, desde una perspectiva puramente descriptiva, impide comparar la delincuencia observada y la percibida de un modo que permita validar la conceptualización de la variable dependiente.

Sin embargo, los datos sobre delincuencia en España tienen una ventaja importante. Hasta donde sabemos, España es el único país cuyo censo ha pedido opinión sobre el nivel de delincuencia y vandalismo en las áreas de residencia,⁽⁵⁾ lo que supone que hay datos fiables sobre la delincuencia percibida en el barrio para todas las secciones censales y que esta información se puede agregar adecuadamente a escala municipal, de distrito, provincial, regional y nacional.⁽⁶⁾ También está disponible una muestra anonimizada de datos individuales, pese a que, por razones de confidencialidad, la información sobre la sección censal y el distrito de los encuestados está restringida, de modo que se impide su uso para estudios ecológicos. Además, el Censo de Población y Viviendas de 2001⁽⁷⁾ es especialmente exhaustivo, puesto que no solo incluye variables explicativas comunes relativas a la desorganización social (por ejemplo, el estatus socioeconómico, la estabilidad residencial, los grupos de personas nacidas en el extranjero o con nacionalidad extranjera, la desintegración familiar e indicadores sobre el nivel de urbanización) y la delincuencia (por ejemplo, edad, género y usos del suelo), sino también información valiosa sobre factores con el potencial de influir en la criminalidad observada y percibida, o mediar en su efecto, como datos sobre la duración del desplazamiento hasta el lugar de trabajo, la propiedad de vehículos, el deterioro de edificios, la jornada laboral media, la propiedad de la vivienda o la percepción de los residentes sobre otros problemas del barrio, como el ruido, la suciedad de las calles y la polución.⁽⁸⁾ El Censo de Población y Viviendas de 2001 es la principal base de datos utilizada en este estudio.

(5) «¿Tiene su vivienda alguno de los problemas siguientes? [...] Delincuencia y vandalismo [...]»

(6) En 2001, España estaba dividida, en orden de magnitud descendente, en 17 comunidades autónomas, 50 provincias, 8.108 municipios, 10.529 distritos y 34.251 secciones censales.

(7) El Censo de Población y Viviendas está coordinado por el Instituto Nacional de Estadística español (INE). El Censo de 2001 se efectuó entre noviembre de 2001 y enero de 2002.

(8) «¿Tiene su vivienda alguno de los problemas siguientes? [...] Ruidos exteriores; contaminación o malos olores [...]; poca limpieza en las calles [...]»

Si bien el Censo de 2001 es la fuente principal de datos, con fines específicos se emplean otras bases de datos, como:

- la encuesta International Crime Victims Survey (ICVS),
- la Encuesta de Victimización de Madrid ciudad (EVMC),
- la encuesta 2.634 del CIS y
- el *Anuario estadístico* del Ministerio de Interior.

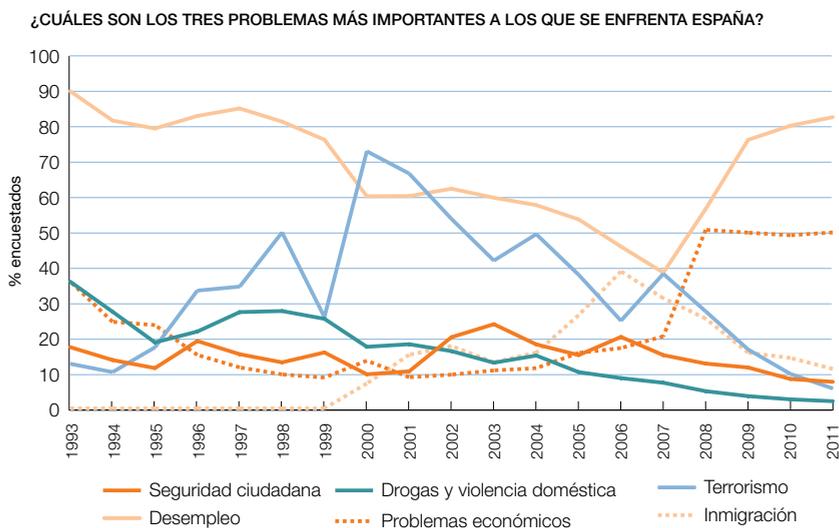
2.3. Evolución de la preocupación de la población por la delincuencia

A pesar de las numerosas encuestas españolas que inquieren sobre las percepciones de la delincuencia, no existe un indicador coherente que muestre la evolución de la preocupación de la población por la delincuencia, dado que el redactado, la población estudiada y el ámbito de estudio (comunidad, área residencial, barrio, municipio) de las preguntas varían considerablemente entre una encuesta y la siguiente. La única excepción se encuentra en los barómetros del CIS que, periódicamente y desde 1985, preguntan a los encuestados sobre los tres principales problemas de España (gráfico 2.1). Gracias a estos barómetros sabemos que los españoles no están especialmente preocupados por la seguridad ciudadana, los problemas de drogas o la violencia doméstica, en comparación con problemas más urgentes y relevantes como el terrorismo, el desempleo y la economía. Solo a finales de la década de los ochenta los españoles situaron la seguridad ciudadana y las drogas a la cabeza de los problemas nacionales, probablemente a consecuencia de la epidemia de heroína que asolaba las sociedades desarrolladas y que en España alcanzó su máximo alrededor de 1986 (Gamella, 1997). Después de desvincularse de los problemas de drogas hacia el año 2000, la preocupación por la seguridad ciudadana alcanzó un segundo máximo en 2003, pero sobre todo porque la tasa de desempleo, así como los problemas económicos en general, habían alcanzado mínimos históricos. Aunque esta clásica pregunta de encuesta indica que España «no está obsesionada con la delincuencia» (Adler, 1983) y que la preocupación al respecto, en todo caso, ha descendido en las últimas décadas, vale la pena mencionar que este tipo

de preguntas tiene limitaciones importantes. Dado que cada encuestado puede seleccionar solo tres problemas, las respuestas son interdependientes y los problemas más citados condicionan, e incluso determinan, los resultados de las cuestiones menos relevantes.

GRÁFICO 2.1

Evolución de la opinión pública sobre los problemas más importantes de España



Fuente: elaboración propia a partir de datos de encuestas del CIS.

Aparte de los barómetros del CIS, en el período 1989-2005 la encuesta International Crime Victims Surveys (ICVS) constata una significativa reducción de 13 puntos porcentuales en el porcentaje de encuestados que consideraban que un robo en su domicilio era «probable» o «muy probable», lo que coincide con la reducción del 50% en las tasas de victimización por robos en viviendas (calculadas mediante las mismas encuestas). En resumen, la evidencia empírica apunta a una reducción de la preocupación de la población por la delincuencia durante la década de los noventa, y una evolución ambigua, o sencillamente desconocida, a partir de entonces.

2.4. España desde una perspectiva comparada

A consecuencia de la falta de datos equiparables resulta difícil establecer comparaciones internacionales sobre la percepción de la delincuencia. Sin embargo, mediante la encuesta ICVS es posible comparar conceptos relacionados como el miedo a la delincuencia y el riesgo de victimización,⁽⁹⁾ así como su relación con las tasas reales de victimización. En comparación con los ciudadanos de otros países desarrollados, los españoles manifiestan niveles de miedo (a andar solos por la noche) y de riesgo percibido (de sufrir un robo en casa) entre moderados y elevados. Sin embargo, dichos temores y percepciones parecen, en comparación con otros países, poco justificados, dado que las tasas de victimización en España son, de acuerdo con la ICVS, extremadamente bajas (Dijk, Kesteren y Smit, 2007). Se observan disparidades similares en Grecia e Italia, posiblemente a causa del «malestar urbano» que las ciudades del sur de Europa transmiten a residentes y visitantes. De acuerdo con la tesis del incivismo (Taylor, 2001), cabría esperar que las ciudades ruidosas, densas en población y, quizá en apariencia, desorganizadas, como Madrid, Barcelona, Estambul, Atenas o Roma, produzcan niveles elevados de miedo y de delincuencia percibida, con independencia de los niveles reales de criminalidad. Se podría esperar justo lo contrario en los países del norte, «limpios» y bien organizados, como Dinamarca, donde, de acuerdo con las comparaciones internacionales basadas en la ICVS, el riesgo percibido de un robo en una vivienda es inferior al riesgo real de sufrir un robo de este tipo. En un informe sobre la encuesta ICVS, Dijk, Kesteren y Smit (2007) sostienen que la exposición a problemas de drogas es una de las posibles razones de que haya tanta diferencia, dado que en los países del sur de Europa la incidencia de este problema es comparativamente alta.

2.5. Percepciones de las comunidades locales españolas sobre la delincuencia en el barrio

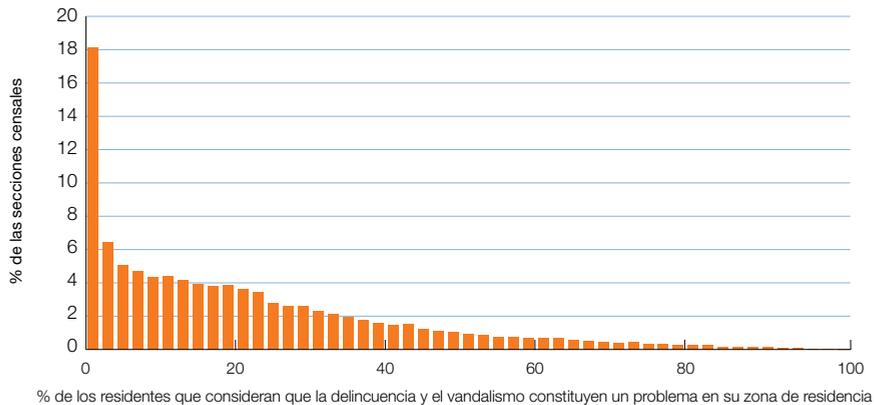
En 2001, se preguntó a los residentes encuestados por el Censo de Población y Viviendas si consideraban que la delincuencia y el vandalismo constituían un problema en sus zonas de residencia. De media, solo el 23%

(9) Aunque el miedo a la delincuencia, el riesgo de victimización y la criminalidad percibida son, sin duda, conceptos similares y relacionados en cierta medida con los niveles reales de delincuencia y con el concepto de «malestar urbano» (Wilson, 1968), hay que tratarlos como conceptos diferenciados (Warr, 2000).

de los residentes de las secciones censales contestaron afirmativamente.⁽¹⁰⁾ De hecho, como se observa en el gráfico 2.2, en la mayoría de las comunidades locales son muy pocos los residentes que consideran que sus zonas no son seguras, de aquí que resulte una distribución muy sesgada en sentido positivo. Ello es especialmente cierto en las secciones censales de municipios pequeños (menos de 5.000 habitantes), donde la proporción de residentes que consideran que la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema es de solo un 1%. Por el contrario, en la sección censal típica o media de las grandes ciudades (es decir, 225.000 habitantes) esta proporción supera el 35%. Además, en cerca de 100 secciones censales urbanas, sobre todo las situadas en grandes ciudades del sur (Málaga, Sevilla y Córdoba), más del 90% de los vecinos consideraban que sus zonas no eran seguras. La elevada incidencia de la delincuencia en zonas urbanas del sur, pero también en otras como Madrid, Valencia o Barcelona, se observa con claridad en el gráfico 2.3, que contiene una representación geográfica de la criminalidad percibida (con los municipios como unidad de análisis).

GRÁFICO 2.2

Distribución de la criminalidad y el vandalismo percibidos en el barrio por secciones censales (N=34.251)



Fuente: elaboración propia a partir de datos del Censo de Población y Vivienda de 2001.

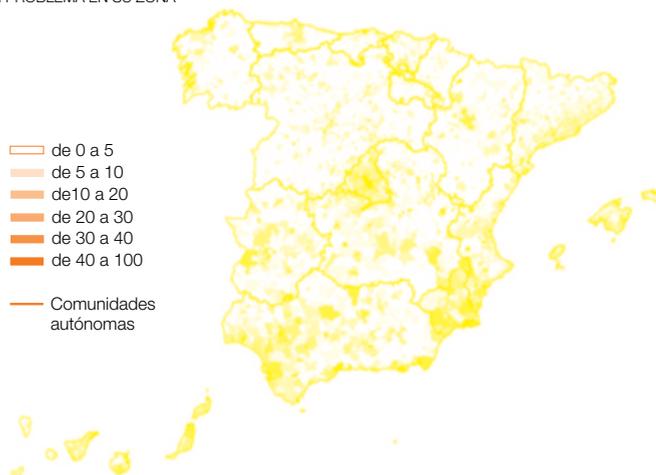
(10) De acuerdo con un 1% de la muestra anonimizada de registros individuales del Censo de Población y Viviendas de 2001.

¿Qué caracteriza a las comunidades locales que sufren una criminalidad percibida más elevada? Entre las 11 características analizadas de las comunidades (tabla 2.2), el número de habitantes es la que muestra una mayor asociación. En secciones censales pertenecientes a municipios cuya población está por encima de la mediana (36.000 habitantes), casi un 33% de los residentes afirman que la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema. Es especialmente sorprendente el descubrimiento de que las mujeres tienen una mayor probabilidad de vivir en secciones censales percibidas como relativamente inseguras. Es probable que sea consecuencia de que las mujeres vivan, con una frecuencia desproporcionada, en comunidades muy urbanizadas, y una elevada incidencia de la desintegración familiar; todo lo contrario pasa con las personas ancianas, que se concentran en comunidades rurales y estables. Por último, vale la pena mencionar que el deterioro de los edificios, a pesar de su gran capacidad predictiva en los modelos de regresión multivariada que se presentarán en los capítulos siguientes, apenas está relacionado con la delincuencia percibida.

GRÁFICO 2.3

Distribución geográfica de la criminalidad y el vandalismo percibidos en el barrio, por municipios (2001)

% DE LOS RESIDENTES QUE CONSIDERAN QUE LA DELINCUENCIA Y EL VANDALISMO CONSTITUYEN UN PROBLEMA EN SU ZONA



Unidad de análisis: los municipios.

Fuente: elaboración propia mediante datos del Censo del Instituto Nacional de Estadística.

TABLA 2.2

Criminalidad[†] y vandalismo percibidos en el barrio según las características de las secciones censales

	POR ENCIMA DE LA MEDIANA	POR DEBAJO DE LA MEDIANA	DIFERENCIA
Población del municipio	32,67	8,70	23,97
% divorciados/separados	29,56	11,87	17,68
% ciudadanos extranjeros	25,78	15,61	10,17
Duración de la residencia	15,94	25,44	9,50
% mujeres	25,38	16,03	9,34
Tasa de desempleo	25,35	16,03	9,32
% ancianos	16,39	25,00	8,61
% 10–29 años	24,90	16,49	8,41
% educación superior	23,71	17,68	6,03
Número de comercios minoristas / oficinas	23,53	17,77	5,76
Estado de los edificios	19,74	21,64	1,90

† «% de los residentes que considera que la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema en sus zonas de residencia».

Fuente: elaboración propia a partir de datos del Censo de Población y Vivienda de 2001.

2.6. Pistas informativas sobre la delincuencia en el barrio: evidencia empírica

En los Estados Unidos, al evaluar el nivel de criminalidad en su barrio, los encuestados reaccionan principalmente a información visual –como los signos de desorden (Wilson y Kelling, 1982) y las características sociodemográficas de los vecinos (Quillian y Pager, 2001)–, así como a experiencias con la delincuencia, ya sean personales o bien transmitidas socialmente (Graber, 1980; Tyler, 1984; Warr, 1990). La cuestión de si ocurre lo mismo en España es una pregunta empírica que merece una reflexión cuidadosa.

A continuación se muestran datos de estadísticas oficiales, el Censo de Población y Viviendas de 2001, la ICVS y la Encuesta de Victimización de Madrid ciudad (EVMC), para dilucidar qué relación hay entre la percepción de los residentes sobre la delincuencia en su barrio y una serie de signos visuales, indicadores relacionados con la criminalidad y las características individuales. El análisis se centra en los componentes de la delincuencia percibida en el barrio de los que hay datos –signos de desorden social y

físico, características sociodemográficas, tasas de criminalidad oficiales y victimización personal y familiar-. En capítulos posteriores se presentan modelos más elaborados y, cuando se carece de datos (por ejemplo, sobre las redes sociales y los medios de comunicación) la argumentación se nutre de la literatura existente, principalmente centrada en los Estados Unidos.

2.6.1. Signos de desorden social y físico

El Censo de Población y Viviendas de 2001 ofrece una amplia evidencia empírica de que las percepciones sobre la criminalidad en los barrios muestran una asociación consistente con las percepciones sobre el desorden cívico –principalmente, el ruido y la suciedad de las calles– y con los signos de deterioro físico, como el estado de los edificios (tabla 2.3).⁽¹¹⁾ En cambio, la criminalidad percibida no está relacionada en la misma medida con todos los problemas del barrio: el nivel de contaminación percibida, la falta de zonas verdes y el acceso a medios de transporte son factores relativamente poco relevantes. Ello no solo indica que la literatura está en lo cierto en cuanto a la importancia, como atajos informativos, de determinados signos sociales y físicos (Sampson y Raudenbush, 1999; Skogan, 1990), sino también cuando afirma que los residentes son meticolosos a la hora de definir las áreas en que residen y completar el cuestionario del censo (es decir, no hay *efectos de cuestionario*).⁽¹²⁾ Además, estos indicadores de desorden son especialmente interesantes porque, a diferencia de la criminalidad en el barrio, pueden ser evaluados de un modo más directo por los residentes, de manera que los efectos causales, si es que existen, son más susceptibles de operar desde los niveles de desorden social y físico hacia la criminalidad percibida en el barrio que en sentido contrario. Es interesante que Quillian y Pager (2001) empleen mediciones similares del desorden social –ruido y deterioro del barrio, pero también la presencia de adolescentes vagando por la calle e insultos– con resultados similares.

(11) Según Skogan (1992), el desorden social es un problema de comportamiento que implica acontecimientos más o menos episódicos, mientras que el desorden físico hace referencia a circunstancias duraderas que implican signos de negligencia y de deterioro no corregido.

(12) Por *efectos de cuestionario* entendemos la interdependencia entre preguntas de una misma encuesta, a causa de su colocación en el mismo apartado de una encuesta o de tener un redactado similar, como es el caso de las preguntas del Censo de 2001 sobre problemas de la vivienda o del barrio.

TABLA 2.3

**Regresiones *logit* a encuestados del censo (mayores de 16 años).
Delincuencia percibida en el barrio,[†] características sociodemográficas
individuales y signos de desorden social y físico**

	I. CARACTERÍSTICAS INDIVIDUALES		II. DESORDEN SOCIAL Y FÍSICO PERCIBIDO		III. EFECTOS FIJOS POR PROVINCIAS	
Mujer	1,000	(0,01)	0,996	(-0,13)	0,983	(-0,53)
Edad	0,997**	(-3,96)	0,998*	(-2,13)	0,999	(-1,44)
Extranjero	0,823*	(-2,57)	1,011	(0,14)	0,895	(-0,83)
Universitario	0,872**	(-3,42)	0,876**	(-3,11)	0,877**	(-2,74)
Desempleado	1,152**	(2,76)	1,122*	(2,09)	1,146*	(2,27)
Tiempo de residencia	0,996**	(-3,60)	0,998*	(-2,07)	0,998	(-1,70)
Propietario	0,880**	(-3,40)	0,888**	(-2,98)	0,872**	(-3,06)
Propietario de segunda residencia	1,033	(0,89)	1,050	(1,29)	0,999	(-0,01)
Características del edificio						
Número de pisos	1,123**	(26,87)	1,115**	(23,08)	1,113**	(19,68)
Estado del edificio			0,847**	(-5,04)	0,847**	(-4,59)
E declara problemas de ... en la zona donde reside						
Ruido			1,988**	(21,64)	1,906**	(18,61)
Suciedad			2,463**	(29,70)	2,304**	(25,20)
Contaminación			1,555**	(12,61)	1,537**	(11,26)
Acceso a transportes			1,455**	(9,82)	1,500**	(9,52)
Zonas verdes			1,468**	(12,80)	1,443**	(11,05)
Logaritmo de verosimilitud	-16.669		-15.014		-12.722	
N (encuestados)	31.870		31.870		27.773	
Provincias	-		-		52	

Los coeficientes son razones de probabilidades. Valores z entre paréntesis. ** p<0,01, * p<0,05.

† Variable dependiente: «¿Tiene su vivienda alguno de los problemas siguientes? [...] Delincuencia y vandalismo [...]» 0 = No; 1 = Sí.

Fuente: elaboración propia a partir de datos del Censo de Población y Viviendas de 2001 (muestra de registros anonimizados).

En cuanto al papel desempeñado por el incivismo social a la hora de explicar la criminalidad percibida en el barrio, el debate sigue sin ser concluyente acerca de si ambos son el resultado de unas características estructurales análogas (por ejemplo, la pobreza, la inestabilidad residencial y la desigualdad), como se deduce de la teoría de la desorganización social, o si, por el

contrario, entre ellos hay una relación causal, como proponen Wilson y Kelling en la hipótesis de las «ventanas rotas» (1982).⁽¹³⁾ Sea como fuere, hay que aislar el efecto del desorden observado o percibido si queremos dar cuenta adecuadamente de las percepciones de los residentes sobre la criminalidad local e identificar los diversos componentes que las conforman.

2.6.2. Características sociodemográficas

Un aspecto distinto que puede influir en los niveles de criminalidad percibida es la composición sociodemográfica del entorno de los residentes. Estas pistas suelen incluir la composición racial, por edades y por géneros de los barrios (Chiricos, Hogan y Gertz, 1997), así como el nivel socioeconómico. Sin embargo, como destacan Quillian y Pager (2001), «la pobreza o la clase económica son más difíciles de evaluar [que la raza, la edad o el sexo] sobre la base exclusiva de la apariencia física». Las investigaciones cualitativas efectuadas en los barrios españoles indican que estas pistas se emplean de manera habitual para generar y reforzar estereotipos sobre las diferentes zonas residenciales (es decir, como método de discriminación geográfica), de modo que los varones jóvenes de origen extranjero se convierten en el signo más visible y potente de intimidación y delincuencia para los nativos (Cachón, 2008; González y Álvarez-Miranda, 2005).

El hecho de que los extranjeros, al menos los originarios de determinadas regiones, evocan sentimientos de inseguridad, también es visible en las encuestas nacionales. En una encuesta realizada en 2006 por el Centro de Investigaciones Sociológicas (encuesta 2.634 del CIS), el 73% de los encuestados que declararon que en sus zonas de residencia había mucha delincuencia⁽¹⁴⁾ también declararon que había demasiados extranjeros. Cuando se les preguntaba directamente sobre el nexo delincuencia-inmigración en reiteradas encuestas de sección cruzada iniciadas en 1993 (Actitudes de los Españoles hacia los Inmigrantes, ASEP), los encuestados cada vez estaban

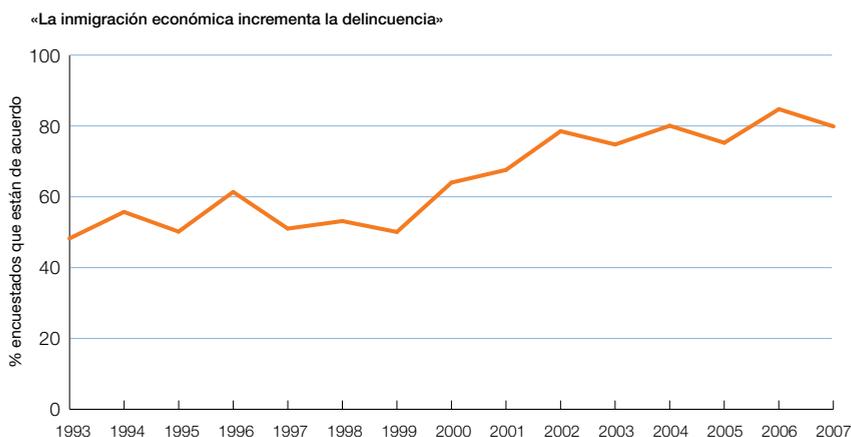
(13) En su opinión, el desorden social y físico desencadena el abandono de la vida de barrio por los residentes, lo que conduce a la desintegración de las comunidades locales y, en última instancia, a un incremento de los niveles de delincuencia. Asimismo, este tipo de incivismo puede indicar a los futuros delincuentes que los residentes hacen caso omiso de los problemas del barrio, el principal de los cuales es la delincuencia.

(14) La redacción exacta es: «En la (zona) hay mucha delincuencia». En cuanto a «la zona», se define de acuerdo con la regla de los 15 minutos andando. Las respuestas posibles incluyen: (1) «nada de acuerdo», (2) «poco de acuerdo», (3) «bastante de acuerdo», y (4) «muy de acuerdo».

más de acuerdo con la afirmación siguiente: «¿Cree usted que los inmigrantes de países menos desarrollados [...] han contribuido al aumento de la delincuencia en España [...]?» (gráfico 2.4). Además, el hecho de que la composición étnica o nacional de un barrio sea una característica muy visible, al menos en comparación con el nivel de delincuencia y vandalismo (Quillian y Pager, 2001), y de que las percepciones sobre la delincuencia vayan tan asociadas al número percibido de extranjeros (tabla 2.4) –incluso por encima de la proporción real (tabla 2.5)– apunta a que los residentes la utilizan como un atajo informativo clave. Que este atajo se emplee con precisión es una cuestión totalmente distinta, puesto que, al menos en 2006, al evaluar la proporción de extranjeros en sus comunidades, los residentes «contaban doble» a determinados grupos (por ejemplo, andinos, chinos y varones jóvenes) e ignoraban a otros (por ejemplo, ancianos y ciudadanos de la Europa de los 25).⁽¹⁵⁾

GRÁFICO 2.4

Tendencias en el nexa delincuencia-inmigración percibido por los residentes. España, 1993-2007



Fuente: elaboración propia a partir de datos de ASEP.

(15) Este resultado se basa en un análisis de regresión de mínimos cuadrados ordinarios que predice las percepciones de los residentes sobre la magnitud de la población extranjera empleando las proporciones observadas de grupos nacionales y demográficos específicos.

Es menos marcada la atribución del estereotipo de zona insegura a barrios económicamente más desfavorecidos (como proceso consciente). Por una parte, la valoración de los residentes sobre los ingresos de los vecinos apenas influye en sus percepciones de la delincuencia en el barrio (tabla 2.4), en comparación con su evaluación de la fiabilidad de los vecinos y del desorden social local (por ejemplo, que la zona esté cuidada). Por otra parte, las mediciones objetivas sobre el nivel socioeconómico de la zona ejercen un mayor efecto en la delincuencia percibida por los residentes que la valoración subjetiva de los ingresos de los vecinos (tabla 2.5).

TABLA 2.4

Modelo multinivel con individuos (nivel 1) y secciones censales (nivel 2). Delincuencia percibida en el barrio[†] y composición sociodemográfica percibida de las secciones censales

CONSTANTE	2,295***	(0,059)
Nivel 1: encuestados		
Percepciones sobre la zona (local)		
Muchos extranjeros	0,222***	(0,01)
Los vecinos son adinerados	0,019	(0,011)
Bien equipada	0,015	(0,013)
Los vecinos se conocen	-0,017	(0,011)
Bien cuidada	-0,072***	(0,013)
Los vecinos son dignos de confianza	-0,232***	(0,013)
Encuestados	7.373	
Secciones censales	945	

*** p<0,01, ** p<0,05, * p<0,1. Errores típicos entre paréntesis.

† Variable dependiente «Hay mucha delincuencia en esta zona».

Fuente: elaboración propia a partir de datos de la encuesta 2.634 del CIS (2006).

Por último, la delincuencia percibida en el barrio también está relacionada con la proporción de varones jóvenes con respecto a la población total, aunque la falta de información sobre los niveles reales de delincuencia por barrio impide verificar si los residentes utilizan bien dicha información como indicador de la delincuencia local. Podría ser que, por el contrario, esta relación estuviera mediada por otros atajos informativos (por ejemplo, adolescentes que hacen ruido, lo que a su vez incrementa la delincuen-

cia percibida) o incluso por verdaderos comportamientos desviados (por ejemplo, adolescentes que cometen actos vandálicos, lo que a su vez incrementa la delincuencia percibida). Con independencia de que este tipo de información influya directamente en los indicadores subjetivos de delincuencia o intervengan en el efecto de las tasas de criminalidad observada, estos resultados respaldan la inclusión de las características sociodemográficas de las áreas locales en el análisis de la criminalidad percibida, aunque solo sea como variables de control (Quillian y Pager, 2001).

TABLA 2.5

Modelo multinivel con individuos (nivel 1) y secciones censales (nivel 2). Delincuencia percibida en el barrio[†] y composición sociodemográfica percibida y objetiva de las secciones censales

CONSTANTE	1,400***	(0,131)
Nivel 1: encuestados		
Percepciones sobre la zona (local)		
Muchos extranjeros	0,242***	(0,011)
Los vecinos son adinerados	-0,018*	(0,011)
Nivel 2: secciones censales		
% extranjeros	0,002	(0,002)
Estatus socioeconómico	-0,217**	(0,096)
% jóvenes (15-29 años)	0,025***	(0,006)
Encuestados	7.726	
Secciones censales	931	

*** p<0,01, ** p<0,05, * p<0,1. Errores típicos entre paréntesis.

† Variable dependiente: «Hay mucha violencia en esta zona».

Fuente: elaboración propia a partir de datos de la encuesta 2.634 del CIS (2006).

2.6.3. Tasa de criminalidad real

Como es lógico, la delincuencia real influye en las percepciones sobre la delincuencia, ya sea mediante experiencias personales directas (es decir, victimización) o mediante fuentes secundarias (por ejemplo, estadísticas oficiales, redes sociales o medios de comunicación). Sin embargo, como es habitual en otros fenómenos sociales (Kasperson *et al.*, 1988), la información sobre la delincuencia en un barrio se ve distorsionada significati-

vamente durante el proceso de registro y difusión (Barnum y Perfetti, 2010; Biderman y Reiss; 1967; Goode y Ben-Yehuda, 1994; Tyler, 1984). Ello es aplicable tanto a la información reunida mediante la experiencia directa (por ejemplo, el efecto telescopio y el efecto de deterioro de los recuerdos), los organismos policiales (por ejemplo, el sesgo en la labor de la policía y en los datos que esta aporta) y las redes sociales y los medios de comunicación (por ejemplo, los efectos de amplificación social o pánico moral). Es notorio que la fiabilidad de los diferentes indicadores de criminalidad varía muchísimo entre ellos, de modo que en un extremo se sitúan los datos sobre homicidios registrados (Sampson, 1987; Sherman y Glick, 1984) y en el otro aquellos obtenidos por medio de las redes sociales y los medios de comunicación (Cachón, 2008; Warr, 2000).

Determinar en qué medida las percepciones reflejan la realidad es vital para desarrollar modelos empíricos adecuados, dado que una clara disparidad entre percepciones y realidad implicaría que hay que estudiarlos por separado; una correspondencia firme supondría que los determinantes de la delincuencia en el barrio tienen una buena capacidad predictiva de las percepciones de los vecinos; y una coincidencia perfecta comportaría que estudiar la delincuencia percibida, no solo la observada, podría ser un esfuerzo fútil (McPherson, 1978). Con esta reflexión bien presente, los apartados siguientes comparan la delincuencia percibida en los barrios con un conjunto de estadísticas oficiales y encuestas de victimización. Se espera que las percepciones sobre la delincuencia no sean un «reflejo de la realidad» (Quillian y Pager, 2001), sino más bien una aproximación a esta (Bursik y Grasmick, 1993). Así estará razonablemente justificado que tratemos los determinantes clásicos de la delincuencia en el barrio como causas potenciales de la delincuencia percibida lo que dejará mucho «espacio» para los factores explicativos complementarios.

Estadísticas oficiales

En investigaciones anteriores se ha establecido que las percepciones sobre la delincuencia están correlacionadas con las estadísticas oficiales al respecto, aunque la fortaleza de la relación varía en gran medida de un caso a otro. De acuerdo con McPherson (1978), a escala de barrio se da una correspondencia, en términos generales, entre las tasas de criminalidad

oficiales, las percepciones de los encuestados sobre la gravedad del problema de la delincuencia y el miedo a andar solo por la noche. Sin embargo, la mayoría de los estudios informan de niveles moderados de asociación (Garofalo, 1979; Skogan, 1986) que persisten después de haber aislado el efecto de las características individuales y de la comunidad local (Quillian y Pager, 2001). A pesar de que las estadísticas oficiales sobre criminalidad en España sean escasas e inadecuadas para los estudios sobre los barrios, los análisis efectuados a escala provincial y de distrito apuntan en la misma dirección: una correlación robusta y estadísticamente significativa que se debilita de un modo gradual a medida que la unidad de análisis decrece en tamaño.

Escala provincial: datos registrados por la policía

En el contexto español, la percepción de la delincuencia muestra una correlación clara con diferentes tipos de delito a escala provincial (tabla 2.6), y por tanto las provincias urbanizadas y económicamente desfavorecidas presentan los niveles más altos de criminalidad, tanto registrada como percibida. Al igual que en investigaciones anteriores sobre el miedo a la delincuencia (Conklin, 1975), los delitos instrumentales –por lo general cometidos por desconocidos y que resultan muy poco predecibles– como robos, delitos contra la propiedad y robos de coches están más estrechamente relacionados con la valoración de los residentes sobre la delincuencia y el vandalismo que los delitos violentos y expresivos (por ejemplo, los homicidios). En cuanto a los delitos sexuales, no se prestan a una interpretación clara, puesto que el concepto incluye delitos a menudo relacionados con el desorden público y la desorganización social, por ejemplo la prostitución, y otros normalmente definidos como expresivos: la violación y el acoso sexual.

En todo caso, dado el tamaño de las provincias en España –una mediana de población de 650.000 habitantes–, cualquier generalización de estos resultados al contexto de los barrios debería ser extremadamente cauta. Por una parte, el tamaño de las provincias garantiza la existencia de regularidades sociales de un modo que no está al alcance de unidades geográficas más pequeñas. Por añadidura, el paso de provincias a barrios puede alterar considerablemente la relevancia de los determinantes de la delin-

cuencia. El efecto de la densidad de población sobre la delincuencia observada y percibida, por ejemplo, es la variable más relevante a la hora de predecir las diferencias entre provincias (Rodríguez-Andrés, 2003), pero desempeña solo un papel secundario a la hora de explicar las diferencias en el seno de grandes ciudades (Choldin, 1978).

TABLA 2.6

Correlaciones de Pearson. Tasas de criminalidad registradas (2002) y la delincuencia percibida en el barrio (2001) en las provincias españolas (N = 50)

TASAS DE CRIMINALIDAD REGISTRADAS	DELINCUENCIA PERCIBIDA [†] CENSO 2001
Delitos graves	0,749**
Delitos leves	0,752**
Homicidios	0,541**
Atracos	0,728**
Robo de coches	0,826**
Delitos contra la propiedad	0,706**
Delitos sexuales	0,571**

* Sig. a un nivel de 0,1; ** Sig. a un nivel de 0,05.

† «% de los residentes que consideran que la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema en la zona en que residen».

Fuente: elaboración propia a partir de datos del Ministerio del Interior y del Censo de 2001.

A escala de distrito: datos registrados por la policía, la Encuesta de Victimización de Madrid ciudad y otros datos oficiales

Se ofrecen datos adicionales sobre la ciudad de Madrid, con sus 21 distritos como unidad de análisis (tabla 2.7). Las percepciones sobre la delincuencia indican una correlación moderada con una serie de datos oficiales sobre la delincuencia, como tasas de criminalidad, detenciones e intervenciones policiales. No obstante, estas correlaciones se debilitan considerablemente –una media entre un 10% y un 50%–, si se excluye el distrito centro, que de acuerdo con los encuestados y con varias fuentes oficiales es el más afectado por la delincuencia. También se observa una asociación estadística significativa y moderada con las llamadas de emergencia, un indicador sobre la delincuencia que se ve menos afectado por las «cifras ocultas» de la delincuencia no denunciada (Biderman y Reiss, 1967). En

comparación con interponer una denuncia en la policía, contactar con las centralitas de emergencia es una acción relativamente exenta de costes –lo que reduce en gran medida la variación en la disposición de los ciudadanos a informar de un suceso–, además, limita las posibilidades de que se oculte o filtre información (Warner y Pierce, 1993).

TABLA 2.7

Correlaciones de Pearson. Tasas de criminalidad registradas y la delincuencia percibida en el barrio (2001) en los distritos de la ciudad de Madrid (N=21)

FUENTE	TIPO DE DELITO	DELINCUENCIA PERCIBIDA† CENSO 2001
Registros de la policía local (1999)	Delito grave	0,474**
	Delito leve	0,460**
	Delito con contacto	0,453**
	Delito sexual	0,461**
	Atracos: tirón	0,463**
	Otros atracos	0,406*
	Robo de bienes personales	0,210
	Delito contra propiedad	0,326
	Robo de vehículo	0,135
	Otros delitos graves	0,320
Otros indicadores sobre la delincuencia (2008)	Proporción de residentes detenidos	0,473**
	Intervenciones de la policía	0,518**
	Llamadas a emergencias	0,453**

* Sig. a un nivel de 0,1; ** Sig. a un nivel de 0,05.

† «% de los residentes que consideran que la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema en la zona en que residen».

Fuente: elaboración propia a partir de datos del Censo de 2001, los registros de la policía local y Huesca y Ortega (2007).

Aunque los distritos se acercan más a la unidad de estudio que nos interesa (la comunidad local), todavía hay que ser cautos a la hora de extrapolar los resultados de los 21 distritos de Madrid a los 128 barrios de esta ciudad o, todavía más, a las 34.000 secciones censales de España. Los distritos de Madrid son, al fin y al cabo, demasiado pocos y demasiado grandes (con una mediana de 140.000 habitantes, en comparación con los 30.000 habitantes en los barrios y los 1.200 en las secciones censales).

2.6.4. Experiencias de delincuencia personales y transmitidas socialmente

La literatura ha demostrado que ser víctima de un delito ejerce una poderosa influencia en la percepción de la delincuencia que tienen los residentes. Por ejemplo, Graber (1980) muestra que la experiencia personal constituye una fuente importante de información sobre la criminalidad, superada solo por las conversaciones (es decir, las redes sociales) y los medios de comunicación. En Quillian y Pager (2001), ser la víctima de un delito (es decir, la victimización) parece una variable clave para predecir la delincuencia percibida en el barrio, junto a indicadores de desorden social como el ruido, los insultos o la presencia de personas sospechosas por la calle. Block y Long (1973) constataron que las evaluaciones subjetivas sobre el potencial de victimización estaban relacionadas significativamente con los niveles de criminalidad, aunque también señalaban que «no parece haber relación sistemática alguna entre un tipo específico de victimización y un tipo específico de probabilidad subjetiva».

Sin embargo, puesto que solo una pequeña parte de la población es victimizada con regularidad, al menos en contextos con niveles bajos de delincuencia (Skogan, 1986), el efecto general es necesariamente limitado. En España, donde las tasas de victimización son excepcionalmente bajas (Dijk, Kesteren y Smit, 2007; Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito [UNODC], 2010), la mayoría de los encuestados deben recurrir a otro tipo de información, como experiencias personales o de amigos con delitos no violentos e historias sobre delitos violentos procedentes de fuentes remotas y poco fiables (Cachón, 2008). Los medios de comunicación constituyen un potente mecanismo de amplificación en cuanto a la delincuencia (Warr, 2000), pero serán muy escasas las ocasiones en que ofrezcan información útil sobre delitos que ocurren en barrios concretos. Ello se debe a que las noticias suelen centrarse en los acontecimientos más chocantes, graves y escasos, como los homicidios, que casi siempre suceden en otro lugar (Skogan y Maxfield, 1981). A este respecto, Liska y Baccaglini (1990) muestran que el miedo de los residentes a la delincuencia en el barrio está influenciado por historias sobre delincuencia, pero solo si hacen referencia específicamente al barrio; las historias de este tipo que suceden en otros lugares pueden incluso reducir el miedo de los vecinos, al hacer que «se sientan seguros en comparación con otros».

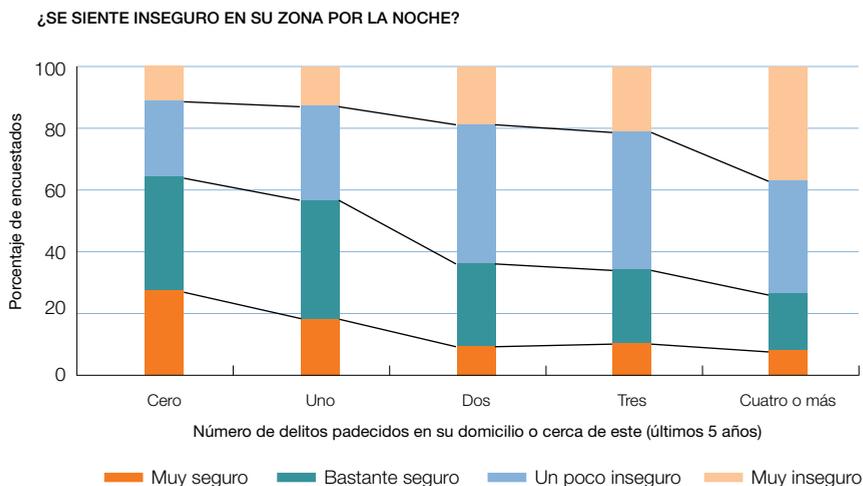
La medida en que las experiencias de victimización y las historias de delincuencia condicionan las percepciones individuales sobre la delincuencia en el barrio depende mucho de las diversas características de los delitos en cuestión, como la relevancia geográfica (las historias sobre delincuencia local más que los sucesos nacionales; Heath, 1984) y la fiabilidad de la información procedente de terceros (las experiencias propias más que las redes de primer grado y estas, a su vez, más que los rumores locales); la gravedad (los delitos violentos más que la delincuencia de poca monta; Warr, 2000); la aleatoriedad (los delitos instrumentales más que los expresivos; Goode y Ben-Yehuda, 1994); y el riesgo percibido de victimización (los robos más que los homicidios; Rountree, Augustune y Bryan, 2005; Warr y Stafford, 1983). En cuanto a las percepciones de los residentes sobre la criminalidad en un barrio, las encuestas de victimización realizadas en el contexto español han demostrado que dichas percepciones están condicionadas, sobre todo, por episodios de victimización personales, graves, habituales e instrumentales que ocurren en su domicilio o cerca de este.

International Crime Victims Survey (2005): datos sobre España

Como cabría esperar, los miembros de hogares españoles que han sufrido delitos en su domicilio o en las cercanías de este se sentían significativamente menos seguros en esta zona después del anochecer (ICVS, 2005). De hecho, nada menos que el 70% de las personas victimizadas dos o más veces se sentían un poco inseguras o muy inseguras, mientras que una proporción muy similar de personas que no lo habían sido se sentían bastante seguras o muy seguras (gráfico 2.5). Como se expone en la tabla 2.8, las víctimas de delitos instrumentales tienen más miedo de andar solas por la calle de noche, presumiblemente porque en general se trata de «delitos callejeros». Parece ser el caso al comparar los robos (el delito instrumental arquetípico) con las agresiones y los delitos sexuales, que normalmente se consideran delitos expresivos, lo cual coincide con investigaciones anteriores que muestran que el robo con violencia tiene un efecto directo sobre la percepción del riesgo y un efecto indirecto, en sentido contrario, sobre la supervisión informal (Bellair, 2000). De acuerdo con lo esperado, la gravedad del delito también es relevante, tanto en relación con el valor (el robo de un automóvil tiene un mayor impacto que el robo de una bicicleta o una motocicleta) como con el grado de violencia que entrañe (los atracos tienen más importancia que los robos sin violencia).

GRÁFICO 2.5

Victimización y miedo a la delincuencia en la encuesta ICVS (2005)



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la encuesta ICVS (2005).

TABLA 2.8

Miedo a la delincuencia y la victimización en función del tipo de delito (N = 1.975)

RELACIÓN BIVARIADA CON EL MIEDO A LA DELINCUENCIA [†]		INFORMACIÓN ADICIONAL		
EL ENCUESTADO HA SIDO VÍCTIMA DE...	CHI CUADRADO	TASA DE VICTIMIZACIÓN (% DE LOS ENCUESTADOS)	VICTIMIZADOS EN SU CASA O CERCA DE ELLA (% DE LAS VÍCTIMAS)	CONSECUENCIAS: MUY GRAVES (% DE LAS VÍCTIMAS)
Atraco	0,000001**	1,3	51,4	37,2
Robo de bienes personales	0,000007**	2,1	38,4	26,1
Robo dentro de coche	0,000011**	2,7	63,1	16,0
Intento de robo en vivienda	0,000755**	0,4	100	26,3
Robo de coche	0,001449**	1,0	72,3	39,0
Robo en vivienda	0,001505**	0,8	100	40,1
Agresión	0,010756*	1,6	40,7	33,9
Robo de bicicleta	0,096579	0,7	76,9	22,1
Delito sexual	0,259164	0,3	42,5	70,7
Robo de motocicleta	0,403796	0,3	87,1	47,7

* Sig. a un nivel de 0,05; ** Sig. a un nivel de 0,01.

† «¿Se siente inseguro en su zona de noche?».

Fuente: elaboración propia a partir de la encuesta International Crime Victims Survey (2005).

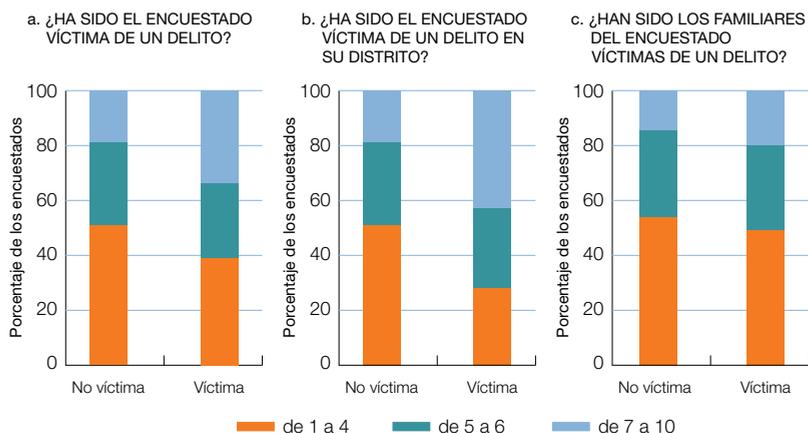
Sin embargo, resulta sorprendente que los robos en viviendas no provoquen todavía más miedo entre los encuestados –los atracos y el robo de bienes personales, por ejemplo, están más correlacionados con el miedo a la delincuencia–. Es cierto que en los robos en viviendas rara vez se producen daños personales o agresiones violentas (Miethe y McClorkle, 1998), pero investigaciones sobre los Estados Unidos han constatado que, en cuanto al miedo que generan, los robos en vivienda superan a todos los demás delitos, en gran medida porque «se consideran relativamente graves y, al mismo tiempo, bastante probables» (Warr y Stafford, 1983). Es posible que los costes asociados con los robos en viviendas sean menores en España que en el resto de los países o, al menos, que en los Estados Unidos, o que los encuestados españoles, incluso los ya victimizados, consideren que los robos en viviendas son escasos, dado que su incidencia en España es excepcionalmente baja en comparación con otros países y otros tipos de delito (ICVS, 2005).

Encuesta de Victimización de Madrid ciudad (2008)

Los análisis basados en esta encuesta muestran que las víctimas de delitos no solo sienten más preocupación al andar solas por la noche, sino que también perciben que su barrio es menos seguro (gráfico 2.6a). Sin embargo, las experiencias de victimización son de especial relevancia cuando suceden en el distrito del encuestado (gráfico 2.6b), mientras que no muestran correlación cuando se transmiten a través de la familia nuclear (gráfico 2.6c). Los mismos resultados se han observado a escala de distrito (tabla 2.9), donde los delitos sufridos directamente por los encuestados son los más correlacionados con la percepción de la delincuencia en el barrio.

En la tabla 2.10 se muestra evidencia empírica de que haber sufrido un episodio de delincuencia es especialmente relevante para la criminalidad percibida en el barrio, pero no para otros problemas de la zona. Esta tabla muestra que las experiencias de victimización están correlacionadas sobre todo con la delincuencia y el vandalismo percibidos en el barrio, y solo de un modo secundario con las percepciones de desorden cívico (por ejemplo, insultos, prostitución o problemas de ruidos) y con el deterioro físico del entorno (por ejemplo, mobiliario público en mal estado, coches abandonados o inmuebles ocupados ilegalmente).

Delincuencia percibida en el barrio y victimización en la Encuesta de Victimización de Madrid ciudad



Nota: 1 = No delincuencia; 10 = Mucha
Fuente: elaboración propia a partir de la EVMC (2008).

TABLA 2.9

Correlaciones de Pearson. Delincuencia percibida en el barrio y tasas de victimización en los distritos de Madrid ciudad (N= 21)

TIPO DE DELITO ENCUESTA DE VICTIMIZACIÓN DE MADRID CIUDAD (2008)	DELINCUENCIA PERCIBIDA [†] CENSO (2001)	DELINCUENCIA PERCIBIDA [‡] EVMC (2008)
Residentes		
% afirman que el distrito es el más peligroso de la ciudad	0,869**	0,530**
Delincuencia percibida en el barrio (escala 0-10)	0,706**	1,000**
% victimizados (en cualquier lugar)	0,422*	0,401*
% victimizados (en el distrito)	0,602**	0,661**
% miembros del hogar victimizados (en cualquier lugar)	0,082	-0,015
Número de delitos sufridos (en cualquier lugar)	0,303	0,365
Número de delitos sufridos en el distrito	0,483**	0,656**
Encuestados		
% victimizados en el distrito	0,488**	0,390*

** Sig. a un nivel de 0,1; ** Sig. a un nivel de 0,05.

† «% de los residentes que consideran que la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema en la zona en que residen».

‡ «¿Hasta qué punto está generalizada la delincuencia en su barrio?» (escala 0-10).

Fuente: elaboración propia a partir de datos del Censo (2001) y de la Encuesta de Victimización de Madrid ciudad.

A modo de conclusión, en el contexto español las percepciones sobre la criminalidad en el barrio presentan una sólida asociación con indicadores reales de la criminalidad, ya se utilicen estadísticas oficiales o experiencias de victimización citadas por los propios afectados. Los delitos instrumentales, graves y locales son los que más influyen en las percepciones de los residentes, especialmente si se han sufrido en persona. Sin embargo, ante el nivel de agregación al que se ha observado la relación –a escala provincial, individual y de distrito– es importante ser prudentes a la hora de trasladar estos resultados al plano del barrio o las secciones censales –que siguen siendo las áreas geográficas de interés a lo largo de todo el libro–. En todo caso, la naturaleza moderada de la relación obliga a ser cautos ante la tentación de equiparar la criminalidad percibida con la real (Bursik y Grasmick, 1993).

TABLA 2.10

Correlaciones de Pearson. Victimización local y percepciones sobre los problemas en el barrio

PERCEPCIONES SOBRE LOS PROBLEMAS DEL BARRIO (ESCALA 0-10)	VICTIMIZACIÓN: NÚMERO DE DELITOS [†]	NÚMERO DE ENCUESTADOS
Delincuencia (robos, amenazas y agresiones)	0,145**	8.240
Vandalismo	0,116**	8.262
Peleas e insultos	0,088**	8.251
Contaminación	0,069**	8.280
Ruido	0,065**	8.288
Calles mal iluminadas	0,065**	8.277
Mobiliario público en mal estado	0,064**	8.278
Tráfico de drogas	0,058**	7.754
Gente bebiendo en las calles	0,048**	8.194
Presencia de vagabundos	0,041**	8.234
Venta ambulante ilegal	0,040**	8.183
Comportamientos racistas	0,038**	8.006
Prostitución	0,025*	8.084
Perros sueltos	0,022*	8.216
Violencia doméstica	0,021	7.713
Coche abandonados	0,017	8.072
Viviendas ocupadas ilegalmente	0,011	7.963

* Sig. a un nivel de 0,1; ** Sig. a un nivel de 0,05.

† Número de delitos que los encuestados han sufrido en su propio barrio.

Fuente: elaboración propia a partir de datos de la Encuesta de Victimización de Madrid ciudad (2008).

Esta asociación sólida, aunque modesta, con una serie de delitos instrumentales y «callejeros» tiene varias implicaciones que es importante reconocer. Lo primero y más importante que se ha de destacar es que un marco explicativo sobre la criminalidad real puede servir igualmente, si se adoptan determinadas medidas de precaución, para explicar un componente de la criminalidad percibida en el barrio. En segundo lugar, un modelo sobre los determinantes de las percepciones sobre la delincuencia debería incluir, además de mediciones de la criminalidad real, los atajos informativos convencionales a los que recurren los residentes para evaluar las tasas de criminalidad locales. Además, estos modelos deberían centrarse sobre todo en los delitos instrumentales y sus determinantes, y dejar de lado los delitos expresivos, cuya lógica puede ser muy distinta. Por consiguiente, este trabajo pretende estudiar la «delincuencia callejera» y las reacciones que suscita entre los residentes, en lugar de las reacciones ante los delitos «a domicilio». Por último, y como antesala de apartados posteriores, cabe comentar que los perfiles de la víctima y del delincuente son especialmente relevantes, aunque solo sea porque los delincuentes tienden a cometer delitos y las víctimas a sufrírselos en sus zonas de residencia o cerca de ellas (Pyle, 1974), y porque ser víctima de un delito tiene un impacto significativo en la percepción de la delincuencia en el barrio (Quillian y Pager, 2001).

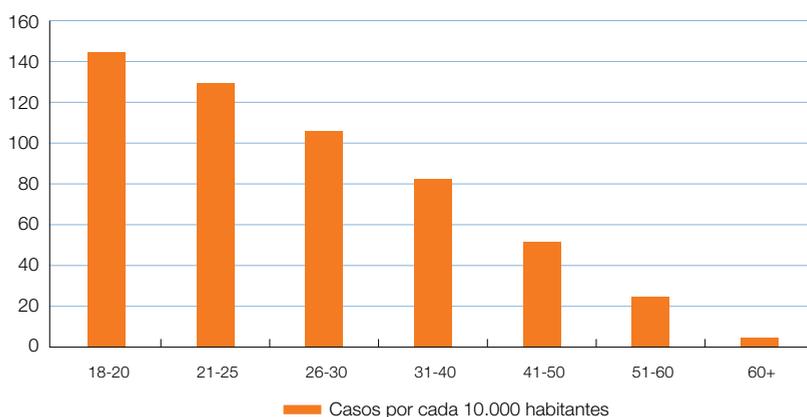
2.7. Qué sabemos de los delincuentes

La información sobre los delincuentes es crucial para desarrollar e interpretar correctamente los modelos empíricos sobre la delincuencia percibida en el barrio, no solo porque a menudo los delincuentes viven en los barrios en que delinquen o en sus cercanías, sino también por la interacción de los residentes con grupos popularmente considerados proclives a la delincuencia (por ejemplo, extranjeros o varones jóvenes), con independencia de que en realidad sean o no delincuentes. A continuación se presenta la información sobre las características visibles de los condenados o encarcelados, como el género, la edad y la nacionalidad. Por desgracia, las estadísticas disponibles se reducen a estas variables y la información sobre los presos está muy restringida (y cada vez más), por razones políticas y técnicas (Aebi y Linde, 2010).

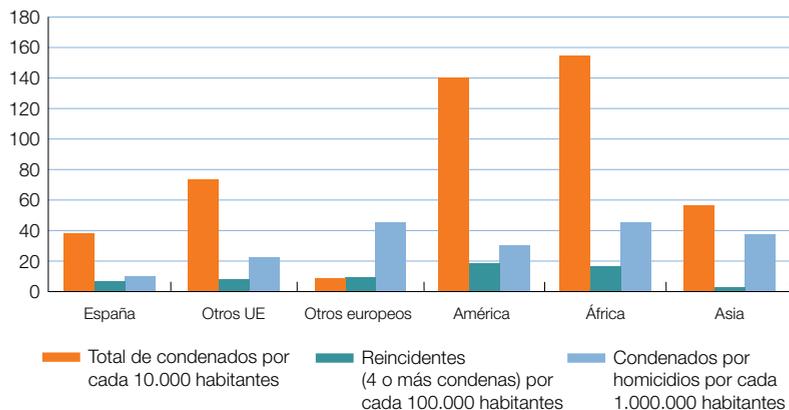
Al igual que en otros países desarrollados, en España la presencia de hombres y jóvenes entre los delincuentes es desproporcionadamente alta. Aproximadamente el 90% de los condenados y encarcelados son hombres, y la proporción de personas que reciben sentencias condenatorias se reduce de un modo uniforme con la edad (gráfico 2.7). A diferencia de algunos países, sobre todo los Estados Unidos (Rumbaut, 2008), los ciudadanos extranjeros están claramente sobrerrepresentados en las estadísticas sobre delincuencia, ya sea en el número de detenidos (García, 2000), en la tasa de condenados (gráfico 2.8) o en la población carcelaria. En 2009, por ejemplo, en la mayoría de los tipos de delitos, cerca del 30% de los condenados eran de nacionalidad extranjera, mientras que la proporción de la población española que representaban era, según el padrón municipal, del 12%. De acuerdo con lo esperado, los nativos estaban sobrerrepresentados entre los delitos de «cuello blanco» (es decir, corrupción, delitos empresariales, sobornos, malversación o desfalco), mientras que los extranjeros estaban notablemente sobrerrepresentados en los delitos relativos a las drogas y el robo de bienes personales. Sigue abierta la pregunta de si estas diferencias se mantienen a pesar de aislar el efecto de otros factores, como la potencial discriminación por los organismos policiales.

GRÁFICO 2.7

Tasas de condenados por grupo de edad (2009)



Fuente: elaboración propia a partir de datos del Instituto Nacional de Estadística.

Tasas de condenados por nacionalidad (2009)

Fuente: elaboración propia a partir de los datos del Instituto Nacional de Estadística.

2.8. Qué sabemos de las víctimas

La información sobre las víctimas es igualmente vital para construir los modelos empíricos de la criminalidad percibida en el barrio, en especial porque los modelos de los capítulos empíricos no pueden tener en cuenta el efecto de las tasas de criminalidad reales. A continuación se presenta el perfil de las víctimas, con particular atención a las características socio-demográficas habituales (es decir, sexo, edad, ingresos, clase, nivel educativo y estatus migratorio).

El perfil de las víctimas se puede obtener a partir de varias encuestas. De acuerdo con la International Crime Victims Survey (ICVS-2005), la probabilidad de ser víctima de un delito tiene una correlación negativa con la edad y con ser mujer (tabla 2.11). Puesto que la mayor parte de los delitos los cometen varones jóvenes –tanto en España como en el resto del mundo–, estos resultados coinciden con el argumento de que «las personas tienden a victimizar a personas que son como ellas». No obstante, hay que destacar que las diferencias de edad y de género son más intensas (y por ende tienen más capacidad de predicción) por el lado de los delincuentes.

La encuesta ICVS también muestra que los encuestados acomodados tienen más posibilidades de ser víctimas de delitos cuya recompensa potencial es más alta (robo de coche y robo en vivienda), y los menos acomodados, de robos de objetos de menor valor (carteristas y robo de objetos del interior de un coche).

TABLA 2.11

Características de las víctimas en la encuesta International Crime Victims Survey (2005)

		CASOS	MUJER (EN %)	EDAD (MEDIA)	AÑOS DE ESTUDIOS (MEDIA)	RENTA: 50% SUPERIOR (EN %)	ORIGEN INMIGRANTE (EN %)
Robo de coche*	N	1.648	50	44,5	11,8	69,2	3,9
	S	20	37	45,3	12,5	76,3	1,1
Robo dentro de coche*	N	1.610	50	44,7	11,8	69,3	3,9
	S	55	49	39,8	12,5	67,3	5,6
Robo en vivienda	N	2.015	52	46,7	11,4	62,6	3,9
	S	17	44	44,4	11,9	86,7	0,0
Atraco	N	2.003	52	46,8	11,4	62,8	3,9
	S	27	47	43,4	10,8	63,8	5,1
Robo de bienes personales	N	1.979	52	46,9	11,4	63,2	3,9
	S	43	63	41,3	11,3	46,3	2,0

N = No; S = Sí.

* Solo se incluyen los propietarios de coches.

Fuente: elaboración propia a partir de datos de la encuesta International Crime Victims Survey (2005).

Los resultados de la Encuesta de Victimización de Madrid ciudad (EVMC) se contraponen en algunos aspectos a los de la ICVS. Las mujeres tienen más probabilidades de haber sido víctimas de un delito, no se derivan diferencias significativas en cuanto a la edad o la nacionalidad, y tanto las personas de clase media-alta como los titulados universitarios tienen menos probabilidades de sufrir un delito (tabla 2.12). No obstante, como en la ICVS, las diferencias por características sociodemográficas son poco relevantes.

TABLA 2.12

Características de las víctimas en la Encuesta de Victimización de Madrid ciudad (2008)

		MUJER (EN %)	EDAD (MEDIA)	TÍTULO UNIVERSITARIO (EN %)	CLASE SOCIAL SUBJETIVA: MEDIA-ALTA (EN %)	CIUDADANO EXTRANJERO (EN %)	DURACIÓN DE RESIDENCIA: > 5 AÑOS (EN %)
Victimizados en el distrito	No	52,8	46,1	22,1	13,3	15,1	8,1
	Sí	59,3	47,5	18,5	9,5	14,7	8,0
Número de encuestados		8.329	8.329	3.520	7.871	8.329	8.329

Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta de Victimización de Madrid ciudad (2008).

Un aspecto distinto, que es especialmente interesante para los criminólogos urbanos, tiene que ver con el lugar donde los encuestados fueron víctimas de un delito, dado que hay una serie de estudios que parten de la premisa de que los delincuentes, las víctimas o ambos viven cerca del lugar donde suceden los delitos (Sampson, 1987). En la ICVS, la mayor parte de los delitos ocurrían en la propia vivienda de la víctima o cerca de esta. En dicha encuesta, era el caso de 7 de cada 10 robos de coche, la mitad de robos dentro de un coche, 8 de cada 10 robos de motocicletas, tres cuartos de los robos de bicicletas, 4 de cada 10 atracos y un tercio de los robos de bienes personales. Y en la EVMC dos tercios de los encuestados fueron víctimas de delitos en su propio barrio. Por consiguiente, es razonable extender a España, y en concreto a Madrid, el ampliamente aceptado supuesto de que los delitos suelen producirse cerca del domicilio de las víctimas.

2.9. Características sociodemográficas y delincuencia percibida en el barrio: aislando los efectos individuales y comunitarios

Un último aspecto que merece una reflexión es la relación entre las características sociodemográficas habituales (como el sexo, la edad, los ingresos, la clase y el estatus migratorio) y el miedo a la delincuencia en el barrio cuando se mantienen constantes las experiencias de victimización. En general, los resultados de ambas encuestas son bastante similares. En la encuesta ICVS, son las mujeres las que se sienten especialmente inseguras, un resultado que se intensifica cuando las experiencias de victimización se

introducen en el modelo (tabla 2.13). Los encuestados de mayor edad y los de menor nivel educativo también se sienten menos seguros, aunque en comparación el efecto sobre estos grupos es reducido. En la EVMC las mujeres, los nativos y las personas con un menor nivel educativo son los que perciben un mayor nivel de delincuencia en el barrio, mientras que la edad y la clase social desempeñan un papel menor (tabla 2.14). Como cabía esperar a tenor de investigaciones anteriores (Rountree, Augustine y Bryan, 2005), el coeficiente más significativo en ambas encuestas es el número de experiencias de victimización en el barrio. Estos resultados coinciden con estudios anteriores, en el sentido de que hay más mujeres que hombres que perciben niveles más altos de riesgo (Chiricos, Hogan y Gertz, 1997), las personas mayores sienten algo más de miedo (Ferraro y LaGrange, 1992) y la clase social o los ingresos dan resultados dispares (Clemente y Kleiman, 1977; Rountree y Land, 1996). Los resultados también coinciden con Quillian y Pager (2001), en cuyo análisis, una vez aislado el efecto de las experiencias de victimización, las mujeres perciben un nivel significativamente mayor de delincuencia en el barrio, pero ni la edad ni los ingresos ni la educación ejercen una influencia relevante.

TABLA 2.13

**Análisis de regresión de mínimos cuadrados ordinarios (MCO).
Sentirse seguro al andar solo por el barrio de noche[†] y características
sociodemográficas básicas**

CONSTANTE	3,347**	(0,193)
Edad	-0,004*	(0,002)
Mujer	-0,271**	(0,055)
Grupo de ingresos	0,023	(0,062)
Años de estudios	0,015*	(0,007)
Origen inmigrante	0,151	(0,139)
Número de experiencias personales de victimización en el barrio	-0,277**	(0,035)
R²	0,085	
N	1.108	

Errores típicos entre paréntesis. Significatividad: * < 0,05; ** <0,01.

† 1 = Muy inseguro; 4 = Muy seguro.

Fuente: elaboración propia a partir de la encuesta ICVS (2005).

TABLA 2.14

Análisis de regresión de MCO. Delincuencia percibida en el barrio[†] y características sociodemográficas

CONSTANTE	1,607**	(0,093)
Edad	0,000	(0,001)
Mujer	0,091*	(0,037)
Clase social	0,033	(0,02)
Nivel educativo	-0,032**	(0,008)
Ciudadano extranjero	-0,124**	(0,041)
Número de experiencias personales de victimización en el barrio	0,385**	(0,049)
R²	0,03	
N	3.280	

Errores típicos entre paréntesis. Significatividad: * < 0,05; ** <0,01.

† «¿Hasta qué punto está generalizada la delincuencia en su barrio?» (escala 0-10).

Fuente: elaboración propia a partir de Encuesta de Victimización de Madrid ciudad (2008).

El Censo de 2001 proporciona también datos muy interesantes (tabla 2.3). Sin la posibilidad de aislar el efecto de experiencias de victimización anteriores, las percepciones sobre la delincuencia en el barrio apenas están relacionadas con variables individuales, como el sexo y la nacionalidad. En lugar de ello, son las variables relacionadas con factores de nivel intermedio, como las características de los edificios y otros problemas del barrio, las que muestran los efectos más intensos, lo que indica que es mejor concebir la delincuencia percibida en el barrio como un fenómeno comunitario, de acuerdo con los resultados de Conklin (1975) y Quillian y Pager (2001). Incluso los efectos individuales, por ejemplo, el efecto negativo de la edad, son probablemente el resultado de características de nivel intermedio, como vivir en comunidades rurales y con estabilidad residencial.

En un análisis similar a partir de los datos de la encuesta 2.634 del CIS⁽¹⁶⁾ –en el que los efectos individuales y de sección censal se separan de un modo efectivo mediante regresiones *logit* multinivel con los encuestados, las secciones censales y los municipios–, tanto las variables individuales como las comunitarias son importantes a la hora de predecir la delincuencia percibida en el barrio. Sin embargo, el resultado clave de la tabla 2.15, con implicaciones cruciales para la interpretación de los análisis ecológicos en capítulos posteriores, es que las variables individuales y comunitarias son independientes las unas de las otras, incluso cuando se mide el mismo fenómeno. Ello se hace patente en la comparación de los modelos I y II, ya que los coeficientes de las variables a nivel de sección censal apenas cambian cuando las variables individuales se introducen en los modelos de regresión.

2.10. Resumen de los principales resultados

El principal objetivo de este capítulo ha sido fundamentar empíricamente el marco teórico presentado en el capítulo anterior. Es decir, el argumento de que la delincuencia percibida en el barrio refleja múltiples influencias más allá de las tasas de criminalidad reales (Quillian y Pager, 2001). Estas influencias incluyen los signos de desorden físico y cívico, las características sociodemográficas e individuales de los vecinos y todas las distorsiones generadas en el proceso de registro y difusión de la información sobre la delincuencia. Este capítulo también ha presentado información valiosa sobre los datos de criminalidad disponibles en España, centrada específicamente en las bases de datos sobre delincuencia que se utilizan a lo largo del libro. Asimismo, ha descrito las tendencias en la preocupación de la población por la seguridad ciudadana; ha presentado la distribución geográfica de la delincuencia percibida en el barrio y ha comparado las tasas de victimización de los diferentes países que toman parte en la encuesta ICVS.

(16) Durante la encuesta 2.634 se llevaron a cabo 8.265 entrevistas cara a cara en los hogares de los encuestados, desde el 13 de febrero hasta el 26 de marzo de 2006, en 560 municipios diferentes y con una muestra reforzada para Andalucía. Tanto esta sobrerepresentación regional como el sesgo de no respuestas se han compensado mediante el diseño y las ponderaciones de población proporcionadas por el Centro de Investigaciones Sociológicas. En el caso de datos perdidos de variables concretas se empleaban técnicas de imputación múltiple, pero solo cuando excedían el 10% del tamaño original de la muestra.

TABLA 2.15

Regresiones *logit* multinivel con encuestados, secciones censales y municipios. Delincuencia percibida en el barrio,[†] características sociodemográficas individuales, factores estructurales y signos de desorden social y físico

VARIABLES	I		II		III	
Nivel 1: encuestados						
Mujer			1,021	(0,6)	0,995	(-0,2)
Edad			0,859	(-3,1)**	0,942	(-1,2)
Ciudadanía española			1,121	(3,1)**	1,114	(2,9)**
Ingresos del hogar			0,890	(-2,7)**	0,909	(-2,1)*
Desempleado			1,043	(1,2)	1,057	(1,6)
Educación (años)			0,854	(-3,3)**	0,867	(-2,8)**
Ideología (escala 0-10)			1,093	(2,5)*	1,092	(2,4)*
Duración de la residencia en la zona			1,054	(1,2)	1,041	(0,9)
Lee periódicos			0,996	(-0,1)	1,019	(0,4)
Ve o escucha noticias en la TV o la radio			0,957	(-1,2)	0,930	(-1,8)
Percepciones sobre la zona (local)						
Muchos extranjeros					1,869	(13,6)**
Los vecinos son dignos de confianza					0,555	(-15,2)**
Los vecinos se conocen					1,116	(2,5)*
Los vecinos son adinerados					1,065	(1,5)
Nivel 2: secciones censales						
% varón 15-29	1,234	(3,7)**	1,230	(3,7)**	1,149	(2,5)*
% título universitario	0,703	(-5,6)**	0,761	(-4,2)**	0,875	(-2,0)*
Duración de residencia (media)	0,913	(-1,5)	0,902	(-1,7)	0,988	(-0,2)
% divorciados/separados	1,229	(3,1)**	1,246	(3,3)**	1,215	(3,0)**
% población extranjera	1,225	(3,4)**	1,239	(3,5)**	0,968	(-0,5)
Nivel 3: municipio						
Número de habitantes (millones)	1,622	(3,0)**	1,666	(3,2)*	1,367	(2,2)*
N (nivel individual)	7.420		7.420		7.420	
N (nivel de sección censal)	930		930		930	

VARIABLES	I	II	III
N (nivel municipal)	549	549	549
Logaritmo de verosimilitud (nulo = -7,337)	-3.342	-3.315	-3.075
Coefic. corr. intraclase sección censal	0,21	0,21	0,18
Coefic. corr. intraclase municipio	0,12	0,12	0,09

Valores z entre paréntesis. Se omite la constante. Los coeficientes se han estandarizado.

† «Hay mucha delincuencia en la zona» 0: En desacuerdo; 1: De acuerdo.

* sig. a nivel de 0,05; ** sig. a nivel de 0,01.

Fuente: elaboración propia a partir de datos de la encuesta 2.634 del CIS (2006).

En este capítulo se expone el sesgo positivo y significativo en la distribución de las percepciones de los residentes sobre el nivel de criminalidad en sus barrios –a favor de los municipios pequeños con una baja prevalencia de la desintegración familiar– y la preocupación moderada pero exagerada –en comparación con otros países desarrollados– por la delincuencia entre los encuestados españoles (encuesta ICVS). También revela que se percibe un mayor nivel de delincuencia en municipios grandes poblados por mujeres y extranjeros y con niveles significativos de desintegración familiar y desempleo.

Mediante análisis sencillos, en su mayoría de tipo bivariado, hemos confirmado la naturaleza multidimensional de las percepciones sobre la criminalidad. En España, a la hora de evaluar la delincuencia y el vandalismo locales, los residentes tienen en cuenta los signos de desorden social y físico de su entorno y las características sociodemográficas de los vecinos. La delincuencia percibida en el barrio también indica una asociación sólida con una serie de estadísticas oficiales sobre criminalidad, aunque, debido a la falta de datos, esta relación solo se ha constatado a nivel de provincia y distrito. Asimismo, las experiencias de victimización inspiran, entre los residentes locales, un mayor temor a desplazarse a pie solos por la noche. También producen unos niveles mayores de criminalidad percibida, aunque estos efectos son especialmente visibles en el caso de los delitos instrumentales, graves y locales sufridos por los encuestados en persona –a diferencia de los que les han ocurrido a familiares–. Por último, en cuanto a los factores individuales, las mujeres y, en menor medida, las personas ma-

yores, son más proclives a sentir inseguridad cuando se mantienen constantes los efectos de las experiencias de victimización. Los análisis basados en el Censo de 2001 y en la encuesta 2.634 del CIS muestran que las características individuales son relativamente poco significativas a la hora de explicar el nivel de delincuencia percibida en el barrio y, con mayor importancia, que los efectos individuales y de comunidad son prácticamente independientes entre sí.

III. Características locales, desorganización social y delincuencia percibida en los barrios en España

3.1. Introducción

En general, los estudios empíricos de las comunidades locales y la delincuencia han circunscrito su atención a un pequeño número de ciudades o áreas rurales, sobre todo situadas en los Estados Unidos; no hay mejor ejemplo al respecto que la abundancia de investigaciones criminológicas sobre la ciudad de Chicago. En consecuencia, los resultados empíricos suelen derivarse de muestras de áreas locales de tamaño modesto, normalmente entre 50 y 300 casos. Por ejemplo, el estudio de Sampson y Groves (1989) —«uno de los estudios más importantes de la literatura criminológica de la última década» (Veysey y Messner, 1999)— se basa en 238 comunidades locales del Reino Unido. También se analizan muestras pequeñas en los estudios de Bursik y Grasmick (1993), Osgood y Chambers (2000), Oberwittler (2004) y Sampson, Raudenbush y Earls (1997). Ante el dilema entre el refinamiento y la capacidad de generalización, las investigaciones recientes sobre la teoría de la desorganización social se han decantado por el primero. Es decir, por poner a prueba hipótesis cada vez más refinadas, con un número limitado de unidades, por lo general circunscritas a una única área metropolitana.

Esta tendencia contrasta claramente con el objetivo de este capítulo, que es poner a prueba el marco de la desorganización social en un entorno social original y poco estudiado (es decir, España), amén de prestar especial atención a los problemas de generalizabilidad. Además de analizar el

modelo de la desorganización social con más de 34.000 secciones censales, la teoría también se evalúa a partir de cuatro subconjuntos de municipios –grandes ciudades, ciudades medianas, ciudades pequeñas y áreas rurales– y en las diez ciudades más grandes de España. Para dotar de validez universal a la teoría de la desorganización social, no solo es necesario identificar y poner a prueba adecuadamente los mecanismos que vinculan los factores estructurales con los actos delictivos, sino también que estos mismos factores estructurales mantengan una gran capacidad para predecir los niveles de delincuencia en cualquier contexto. Es decir, pese a que los análisis de este capítulo tienen una naturaleza ecológica y descriptiva –y dejan de lado los mecanismos sociales y las pruebas directas de la teoría–, este será el primer estudio que evalúe la relación entre las fuentes exógenas de la desorganización social y la delincuencia percibida en el barrio con los parámetros siguientes:

- utilizando todas las secciones censales de un determinado país;
- agrupando los municipios de acuerdo con la población;
- analizando las ciudades más grandes de un país;⁽¹⁾
- analizando un país del sur de Europa.

En cuanto al marco teórico, este capítulo bebe principalmente de las fuentes de dos ramas complementarias de la literatura –las teorías de la desorganización social (Bursik y Grasmick, 1993; Sampson y Groves, 1989; Shaw y McKay, 1969[1942]) y el modelo de recursos de participación sociopolítica (Brady, Verba y Schlozman, 1995; Verba y Nie, 1972;)–, cuyos enfoques se aplican al contexto español para evaluar factores estructurales, tanto nuevos como tradicionales. Aparte del estatus socioeconómico, la estabilidad residencial, la diversidad étnica, la desintegración familiar, la urbanización y la desigualdad, se incorporan nuevas características de los hogares y los barrios, como el tiempo de desplazamiento al lugar de trabajo, las horas extraordinarias o la disponibilidad de segundas residencias. Además, también se incluyen elementos de la literatura sobre los atajos

(1) Pese a que Shaw y McKay (1969[1942]) ya efectuaron análisis sobre la relación entre las fuentes exógenas de la desorganización social y las medidas de criminalidad en diferentes ciudades (Boston, Chicago, Cincinnati, Cleveland y Filadelfia), sus análisis omitieron las percepciones sobre la delincuencia y los datos no procedían de una única fuente.

informativos –esencialmente, los relacionados con la tesis del incivismo (Hunter, 1978; Skogan, 1986; Wilson y Kelling, 1982) y las características sociodemográficas (Chiricos, Hogan y Hertz, 1997; Quillian y Pager, 2001)– para tener en cuenta adecuadamente el hecho de que el objeto de estudio es la delincuencia percibida en el barrio, no las tasas de criminalidad real. Por ello, en los análisis se incluye la percepción de la limpieza y el ruido de las calles y el estado de los edificios.

3.2. Algunas reflexiones sobre el modelo de la desorganización social: incorporación del modelo de recursos de la participación política

Las investigaciones criminológicas recientes se han dedicado a la verificación de sofisticados corolarios teóricos y empíricos derivados de los argumentos principales de la teoría de la desorganización social. Esta sofisticación ha adoptado tres formas básicas: el análisis de mecanismos sociales específicos (Miguel y Gugerty, 2005), el aislamiento de los efectos del barrio en el comportamiento delictivo (Oberwittler, 2004; Sampson, Raudenbush y Earls, 1997) y, de mayor relevancia para nuestros propósitos, las pruebas directas del efecto intermedio de las dimensiones de la desorganización social (Sampson y Groves, 1989; Sampson, Raudenbush y Earls, 1997).

Pese a que estos esfuerzos por abrir la «caja negra» (gráfico 1.2) del modelo de la desorganización social –mediante la incorporación de los tres niveles del orden social (es decir, el privado, el local y el público) y una serie de mecanismos sociales– han contribuido al conocimiento de la influencia de las comunidades en la delincuencia, probablemente es demasiado pronto para negar la importancia de investigaciones anteriores sobre los factores exógenos y macroestructurales de la desorganización social. Según lo expuesto en el capítulo 1, analizar el impacto de las características estructurales de las comunidades (por ejemplo, los niveles de pobreza, diversidad étnica y rotación residencial) presenta algunas ventajas respecto a formulaciones más refinadas de la teoría de la desorganización social. Entre otras, estos factores estructurales son, tanto teórica como empíricamente, fáciles de distinguir del concepto de desorganización social en sí.

El propósito de este capítulo va más allá de verificar que las fuentes exógenas o distales de desorganización social⁽²⁾ constituyen determinantes relevantes de la delincuencia resultante. También tenemos el propósito de ampliar los análisis más allá de las clásicas fuentes exógenas para incluir nuevos factores derivados del modelo de recursos de participación sociopolítica. Hasta hace muy poco, los académicos se centraban en exclusiva en las variables propuestas inicialmente por Shaw y McKay (1969[1942]) para explicar las variaciones en la organización social de las comunidades: la rotación residencial, la diversidad étnica y la pobreza. Sampson (1987) amplió el modelo a la desintegración familiar, mientras que Sampson y Groves (1989) introdujeron la urbanización, pues su análisis, a diferencia del de Shaw y McKay, incluía áreas no metropolitanas. Sin embargo, el número de fuentes exógenas debería ampliarse todavía más: toda variable ambiental susceptible de influir en la densidad de cualquiera de los tres órdenes del orden social de Bursik y Grasmick (1993) –privado, local y público– tendría que formar parte de las explicaciones de nivel intermedio o comunitario sobre la delincuencia. Ello nos devuelve al modelo de recursos de participación sociopolítica o a los argumentos acerca de cómo las personas traban amistades estables y por qué participan en asociaciones de voluntariado. En el marco teórico se presentan cinco tipos de recursos como factores que contribuyen al desarrollo de las redes locales: competencias comunicativas y organizativas, confianza en los vecinos, tiempo que se pasa en la comunidad, recursos económicos y algún tipo de intereses comunes.

La confluencia de estas dos ramas de la literatura –la teoría de la desorganización social y el modelo de recursos de participación sociopolítica– junto con la tesis del incivismo nos conduce a nuestro marco teórico, que se expone a continuación. Una serie de características estructurales deter-

(2) El término «fuentes exógenas» es la expresión convencional empleada por la literatura (véase Sampson y Groves, 1989) para hacer referencia a varias características estructurales de las comunidades locales que a menudo están relacionadas con el comportamiento desviado de los residentes. Se emplea el término «exógenas» porque estas características se pueden distinguir con claridad del concepto de desorganización social y también porque, de acuerdo con la teoría de la desorganización social, se supone que su influencia se produce en un punto anterior de la cadena causal (por eso nos referimos a ellas también como distales). Sin embargo, como ya hemos mencionado con anterioridad (véase la nota al pie número 2), el uso del término no impide la existencia de causalidad inversa y de efectos de endogeneidad. Por ejemplo, la falta de recursos económicos puede debilitar la organización social, pero también es posible que las familias desfavorecidas acudan, por el menor costo de la vida, a áreas previamente desorganizadas.

minan, mediante su influencia en los recursos de los hogares, si las comunidades están desorganizadas socialmente –u organizadas de un modo distinto, en palabras de Wacquant (2007)–. A su vez, los residentes de comunidades socialmente desorganizadas son menos eficaces en el uso de mecanismos de control social o de la delincuencia, lo que, junto al malestar generado por la prevalencia del desorden físico y social (Wilson, 1975), intensifica el nivel de delincuencia que perciben los residentes (gráfico 1.5). Por lo tanto, el principal objetivo consiste en identificar las características estructurales que incrementan los recursos organizativos a disposición de vecinos, hogares y comunidades.

3.3. Nuevas fuentes exógenas de la desorganización social

En este apartado la atención se centra exclusivamente en los factores exógenos que la literatura no ha tenido en cuenta como determinantes potenciales de la organización social y de los niveles de criminalidad de los barrios. Entre estos factores se incluye la propiedad de la vivienda, el tiempo de desplazamiento hasta el lugar de trabajo o el centro de estudios, la disponibilidad de una segunda residencia y las desigualdades espaciales (en este caso, no económicas).⁽³⁾

En estrecha relación con la estabilidad residencial y la propiedad de la vivienda, la disponibilidad de una segunda residencia limita el tiempo que los miembros del hogar pasan en su residencia primaria. Al abandonar el barrio periódicamente y, sobre todo, los fines de semana –cuando suelen desarrollarse las redes sociales relacionadas con actividades de ocio–, su implicación en las redes de la comunidad, su conocimiento de los asuntos locales y la capacidad de proteger sus propiedades (y las de otros) se ven considerablemente mermados. Sin embargo, no puede descartarse la causalidad inversa en el caso de residentes que vivan en zonas violentas o simplemente desorganizadas y que podrían estar «escapándose», aunque sea solo temporalmente, a segundas residencias.

(3) En cuanto a los factores estructurales que la literatura ya incluye como fuentes exógenas (es decir, el estatus socioeconómico, la estabilidad residencial, la diversidad, la desintegración familiar, la urbanización y la desigualdad/concentración), el capítulo 1 los revisa en detalle.

Siguiendo una línea similar de razonamiento, las horas extraordinarias en el trabajo y el tiempo de desplazamiento hasta el mismo quitan tiempo a las responsabilidades familiares y otras actividades comunitarias. En casos extremos, los hogares en los que el cónyuge que aporta la mayor parte de los ingresos trabaja muchas horas y recorre un largo trayecto hasta el trabajo pueden incluso parecerse a los hogares monoparentales, al menos en cuanto a la capacidad para supervisar a los hijos y participar en actividades que creen lazos en la comunidad. Además, las personas con una vida laboral muy agitada pueden incluso tener problemas para afrontar sus múltiples responsabilidades familiares y comunitarias durante los fines de semana y las vacaciones, puesto que con frecuencia las obligaciones laborales invaden parte del tiempo libre.

Las teorías del control social y, por extensión, la teoría de la desorganización social, se basan implícitamente en un conflicto potencial entre adolescentes inmorales y adultos rectos: los que se organicen con éxito tendrán más probabilidades de «imponer su ley» en la zona. No obstante, en los modelos empíricos, la atención se ha centrado únicamente en el cierre intergeneracional de las comunidades (en este caso, de la población adulta) (Coleman, 1988) o, en lo referente a los mecanismos sociales, en la capacidad para supervisar las actividades de ocio de los jóvenes locales y para intervenir al respecto. Las amistades de los adolescentes han sido omitidas en gran medida, a pesar de que los miembros de las pandillas problemáticas suelen vivir en las mismas zonas. Los grupos de iguales de adolescentes arraigados a su localidad, y que comparten el mismo barrio y escuela, se reúnen con regularidad en esquinas y parques locales, una costumbre que puede derivar en aburrimiento y en una sensación engañosa de poder que, cuando coincide con frustraciones en actividades convencionales (Hirschi, 1969), puede conducir en última instancia a comportamientos desviados y provocar la consiguiente sensación de malestar urbano en la población adulta (Wilson, 1968). En nuestro caso, partimos de la hipótesis de que el tiempo de desplazamiento hasta el centro escolar reduce el tiempo que los adolescentes pasan en la comunidad –lo que a su vez reduce la necesidad de control social– y diversifica las redes sociales de los adolescentes. Se espera que la incapacidad de los adolescentes para «adueñarse de las calles», o su falta de voluntad para ello, suponga una reducción en la incidencia de la delincuencia, el vandalismo y otros tipos de in-

civismo social. Además, dado que la presencia de jóvenes constituye una información visual que a menudo se emplea para predecir las tasas de criminalidad locales, que pasen menos tiempo en las calles debería (si mantenemos constantes el resto de los factores) mejorar la percepción de los residentes sobre la delincuencia.

En el capítulo 1 se mencionaba que estudios anteriores habían subrayado la importancia de la desigualdad (en este caso, espacial) como fuente exógena de organización social. No obstante, estos estudios se habían centrado en gran medida en la concentración de la pobreza y en la segregación residencial de tipo racial (Blau y Blau, 1982; Logan y Messner, 1987; Peterson y Krivo, 1993) y habían pasado por alto otras dimensiones promotoras de la organización social, como la desigualdad educativa (Kelly, 2000), la desintegración familiar y la estabilidad residencial.

3.4. Ampliar la teoría de la desorganización social a las áreas rurales

Una pregunta distinta es la referida a si el modelo se puede extender a comunidades rurales, puesto que los académicos han «definido las comunidades casi exclusivamente como barrios de grandes centros urbanos» (Osgood y Chambers, 2000). A modo de respuesta, Osgood y Chambers sostienen que, teniendo en cuenta que «sin duda variará la capacidad de las comunidades y las poblaciones pequeñas para llevar a la práctica valores y resolver problemas», en esta teoría no habría nada específicamente urbano. Sin embargo, de acuerdo con los mencionados procesos que caracterizan a las urbes —el anonimato, la estratificación urbana y la concentración de efectos negativos—, cabría esperar diferencias en el rendimiento del modelo según se aplique a un entorno urbano o a uno rural. La ausencia de procesos de este tipo en las áreas rurales debilita la capacidad de organizarse de los residentes y también limita la varianza de la variable dependiente y de las variables explicativas. Por consiguiente, aunque el modelo pueda aplicarse a las comunidades rurales, partimos de la hipótesis de que tiene más capacidad explicativa cuando se aplica a municipios más densos en población.

Aunque hay pocos estudios empíricos que comparen a la vez áreas urbanas y rurales, la evidencia empírica de la diferencia de rendimiento del modelo de la desorganización social entre los dos tipos de entorno es bastante contradicto-

ria. Por ejemplo, Lee y Bartkowski (2004) constatan que su indicador de participación cívica (en este caso, religiosa), que presenta numerosas similitudes con el de la organización social, ejerce un efecto mayor sobre los homicidios juveniles en las zonas rurales que en las urbanas. Sin embargo, Lee, Maume y Ousey (2003) observan que tanto una posición socioeconómica desfavorecida como la concentración de la pobreza constituyen predictores significativos en las áreas metropolitanas, mientras que solo la primera de estas variables es importante en áreas rurales. De un modo similar, Wells y Weisheit (2004) muestran que, a la hora de predecir las tasas de criminalidad, los factores estructurales y ecológicos clásicos gozan de un mayor rendimiento en contextos urbanos, y subrayan que «la constelación de variables que mejor predecía» las tasas de criminalidad en las zonas rurales era diferente de la de las urbanas.

3.5. Datos y metodología

Los datos analizados en este capítulo proceden del Censo de Población y Viviendas español de 2001, que ya hemos descrito en el capítulo anterior. Pese a que la información se recogió por hogares, la lista de variables al completo solo está disponible de forma agregada: por secciones censales, distritos, municipios, provincias y comunidades autónomas.⁽⁴⁾ Con una población media de 1.200 personas, las 34.251 secciones censales constituyen la unidad de análisis de preferencia. Es evidente que las secciones censales de zonas urbanas no coinciden por completo con el entorno vivido por un individuo, en el sentido de espacio que pueda satisfacer «un complejo conjunto de necesidades» (Logan y Molotch, 2007[1987]). Sin embargo, las secciones censales se utilizan repetidamente en este tipo de análisis ecológicos y son mucho más significativas que otras divisiones administrativas de cuya información disponemos.

(4) Por lo tanto, el lector podría preguntarse por qué no emplear la muestra de registros anonimizados utilizada en el capítulo anterior para aislar correctamente los efectos de tipo comunitario. Por razones de confidencialidad, cuando el Instituto Nacional de Estadística publica datos individuales solo se identifican los municipios relativamente grandes. Por la misma razón, los geocódigos de las unidades geográficas de menor tamaño, como los distritos o las secciones censales, también se ocultan. Sin embargo, en el capítulo anterior se ha mostrado evidencia empírica de que, aunque los efectos individuales tienen cierta relevancia a la hora de explicar la delincuencia percibida en el barrio, los efectos individuales y de tipo comunitario son prácticamente independientes entre ellos.

3.5.1. La definición y la distribución espacial de la variable dependiente

Al igual que en otros censos, la información recogida en el Censo español de 2001 se ocupaba sobre todo de variables objetivas como el tamaño de la vivienda, el estatus laboral o la edad de los residentes. Por suerte, ese año el Instituto Nacional de Estadística decidió introducir un conjunto de preguntas subjetivas de respuesta dicotómica sobre los problemas relacionados con la vivienda. Estas incluyen la variable dependiente utilizada en este capítulo: el porcentaje de residentes de una determinada sección censal que afirman que la *delincuencia y el vandalismo constituyen un problema* en la zona en que residen, lo que en adelante se denominará sencillamente delincuencia o criminalidad percibida. Como hemos descrito en el capítulo anterior, su distribución espacial (gráfico 2.3) indica que la delincuencia percibida es elevada, en especial, en zonas urbanas, costeras y del sur.

3.5.2. Principales variables independientes y variables de control

Las variables explicativas, agregadas por sección censal y por municipio, se han conformado de acuerdo con las principales fuentes exógenas de la desorganización social, como la educación y múltiples variables sustitutivas relativas al tiempo que se pasa en la comunidad. Pese a que el Apéndice A contiene una descripción completa de las variables, a continuación se presenta la información sobre las variables que requieren clarificación. Los principales descriptivos de las variables se muestran en la tabla 3.1.

Índice de Herfindahl. El índice de Herfindahl es un indicador general de heterogeneidad o concentración, muy utilizado en la literatura de la desorganización social y cuyos valores van de 0 (la máxima heterogeneidad) a 1 (la máxima homogeneidad).⁽⁵⁾ En nuestro caso, se calcula mediante el porcentaje de la población total representado por cada uno de los 15 grupos nacionales⁽⁶⁾ sobre los que informa el Censo de 2001. La correlación entre este índice y el porcentaje de población extranjera es casi total, de modo que, en realidad, el índice se puede interpretar igual que dicho porcentaje (con el signo contrario). Asimismo, como antes de las oleadas de

(5) $H = \sum_{i=1}^N s_i^2$, donde s_i es la proporción de un grupo étnico o nacional i sobre la población total de la sección censal, y N es el número de secciones censales.

(6) Alemania, Argentina, Bulgaria, Colombia, Cuba, Ecuador, España, Francia, Italia, Marruecos, el Perú, Rumanía, el Reino Unido, la República Dominicana y Venezuela.

inmigración, que comenzaron en la década de los ochenta, España era una sociedad muy homogénea racial o étnicamente, dejando aparte la minoría gitana, el índice constituye una aproximación adecuada al nivel de heterogeneidad étnica en las comunidades locales españolas.

TABLA 3.1

Estadísticos descriptivos de las variables utilizadas en los modelos de regresión

VARIABLES	MEDIA	DT*	MÍN.	MÁX.	MEDIA	
					ÁREAS RURALES	GRANDES CIUDADES
% delincuencia percibida	20,69	20,03	0	98,76	3,77	38,54
Tasa de desempleo	14,12	8,23	0	86,67	12,68	14,62
% educación terciaria	12,80	10,67	0	65,33	7,42	19,78
Índice de Herfindahl	0,94	0,08	0,29	1,00	0,96	0,91
% Unión Europea (15)	0,71	2,36	0	71,56	0,60	0,61
% Marruecos	0,54	1,51	0	45,76	0,34	0,40
% Ecuador	0,51	1,31	0	31,13	0,16	1,15
% Otras nacionalidades extranjeras	1,70	2,30	0	44,30	0,81	2,77
Tiempo de residencia (años)	20,20	7,41	1,68	68,85	26,50	18,78
% arrendatarios	10,74	10,79	0	98,45	5,07	17,04
% con segunda residencia	16,69	11,68	0	100	14,52	23,59
% divorciados/separados	2,71	1,53	0	14,29	1,50	3,80
% trabajan horas extras	13,09	8,94	0,17	100	17,34	11,56
Tiempo desplaz. trabajo (minutos)	20,47	7,07	5,00	87,50	17,50	25,43
Número de hijos por familia	1,78	0,19	1,00	4,00	1,77	1,75
Tiempo desplaz. centro educativo	24,77	8,14	5,00	100	26,46	25,83
Población (100.000 hab.)	3,64	7,73	0	29,39	0,01	13,06
% de 10 a 29 años	25,96	5,92	0	50,93	20,67	26,13
% ancianos	20,25	10,12	0	90,00	29,85	19,20
% mujeres	50,77	2,96	18,18	70,00	48,56	52,77
Número de minoristas/oficinas	44,22	81,31	0	8020	20,19	56,17
% ruido percibido	28,38	18,34	0	98,33	9,14	42,26
% limpieza percibida	30,66	19,25	0	100	16,38	40,52
Estado de los edificios	95,50	5,19	28,57	100	95,36	94,94

Fuente: elaboración propia a partir del Censo de Población y Viviendas español de 2001.

N = 34.251 secciones censales, N (áreas rurales) = 8.559 secciones censales, N (grandes ciudades) = 8.683 secciones censales.

* Desviación típica.

Efectos de la concentración o desigualdad espacial. Estas variables se miden introduciendo la desviación típica –entre las secciones censales de cada municipio– de las cuatro variables de interés: el índice de Herfindahl, el porcentaje de residentes con estudios superiores, el porcentaje de separados y divorciados, y la duración de la residencia en la misma vivienda. Los valores medios de estas variables también se introducen, a nivel municipal, en los modelos multinivel, para controlar la «dependencia respecto al tamaño» de los indicadores basados en estadísticos de varianza.

El primero de los modelos intenta reproducir el estudio original de Shaw y McKay (1969[1942]) en el que la pobreza, la heterogeneidad étnica y la rotación residencial se asocian a la desorganización social y la delincuencia. El segundo modelo añade las nuevas variables relacionadas con los determinantes de la desorganización social y la participación sociopolítica, junto a una serie de variables de control. El efecto de la diversidad de nacionalidades se compara con el efecto de los grupos nacionales de extranjeros más grandes en número de habitantes: la Unión Europea (de los 15), Marruecos y Ecuador. El tercer modelo está diseñado para poner a prueba el efecto de las desigualdades espaciales sobre la percepción de la delincuencia. En el cuarto modelo se incorporan las variables de control relacionadas con signos de desorden social (el ruido y la limpieza) y de deterioro físico del entorno (el estado de los edificios), para aislar las cadenas causales que se inician con la desorganización social de los barrios.

Acto seguido, se calcula un modelo más parsimonioso para evitar los problemas de multicolinealidad, con cuatro subconjuntos de secciones censales, formados según la población de los municipios: hasta 5.000 habitantes, de 5.001 a 35.000, de 35.001 a 225.000, y de más de 225.000. El principal criterio para la división en estas categorías era que los subconjuntos debían ser de un tamaño similar (cerca de 8.500 casos). Estos subconjuntos corresponden a las etiquetas siguientes: áreas rurales, poblaciones pequeñas, poblaciones medianas y ciudades pequeñas, y grandes ciudades.

Este modelo también incluye un conjunto de variables de control –edad, sexo, actividad comercial y atajos informativos– susceptibles de tener un efecto en los niveles de criminalidad percibida. Estas variables son relevantes, en especial, para entender los patrones espaciales de la delincuen-

cia percibida en el barrio. La edad y el sexo son bien conocidos como factores explicativos de la delincuencia y el desorden social (Hirschi y Gottfredson, 1983), así como fuentes de información visual utilizadas por los residentes para evaluar la delincuencia en el barrio (Quillian y Pager, 2001). Pero las tasas de criminalidad moderadas de las mujeres y los ancianos, su estereotipo de grupos inofensivos y su importante participación en los asuntos de la comunidad se puede ver compensada por el hecho de que ambos grupos tienen más probabilidad de percibir que las tasas de criminalidad son elevadas (Chiricos, Hogan y Gertz, 1997; Garofalo, 1979; Warr, 1984). También se introducen los indicadores de desorden social y deterioro físico, conocidos por ser factores explicativos de la delincuencia percibida en el barrio (Quillian y Pager, 2001; Skogan, 1990) y, según el argumento de las ventanas rotas, de las tasas de criminalidad reales (Wilson y Kelling, 1982; véanse, en otra línea, Sampson y Raudenbush, 1999). Por último, y de acuerdo con las teorías de la oportunidad delictiva, se espera que las zonas de negocios incrementen la delincuencia percibida (Park, Burgess y McKenzie, 1925), puesto que, al contrario de las zonas residenciales, acogen gran parte de las actividades con potencial delictivo (por ejemplo, la vida nocturna) y los grupos que son el objetivo de los delincuentes (por ejemplo, los turistas), lo que aumenta la delincuencia y genera malestar entre sus residentes.

3.5.3. Metodología y técnicas de estimación

Los modelos de regresión responden a una estructura multinivel en la que las secciones censales (nivel 1) se anidan en los municipios (nivel 2).⁽⁷⁾ Se estiman modelos con coeficientes aleatorios (es decir, las constantes son aleatorias, pero las pendientes del nivel superior no) mediante un criterio de máxima verosimilitud restringida (MVR) con una estructura de covarianza independiente. La estructura jerárquica de la base de datos es vital, a tenor del elevado valor de la correlación dentro del clúster o conglomerado. Con la delincuencia percibida como variable dependiente y los mu-

(7) A lo largo del estudio, las variables no se centran en la media del grupo, lo que implica que las estimaciones de los coeficientes del nivel 1 (sección censal) son una media ponderada compleja de los efectos tanto dentro del nivel como entre los niveles, excepto cuando las mismas variables se incluyen en los niveles 1 y 2 (por ejemplo, los modelos III y IV de la tabla 3.2).

nicipios como variable de agrupación, el coeficiente de correlación intraclúster es de 0,24 en un modelo del multinivel sin covariables (es decir, el modelo nulo). Además, vale la pena mencionar que no mostramos la significatividad estadística de los coeficientes (por lo general representada con asteriscos), ya que los análisis se basan en un censo de población y, por consiguiente, no hay necesidad de hacer inferencias estadísticas para la población general. Ello no quiere decir que en el Censo de Población y Viviendas de 2001 no haya errores de medida, sino tan solo que carecen de relevancia porque no tenemos en cuenta la significatividad estadística de los coeficientes. Además, los asteriscos no aportarían demasiados datos al lector, puesto que el elevado número de casos (es decir, de secciones censales) genera errores típicos reducidos y pruebas de significatividad estadística que no aportan información: casi todos los coeficientes son estadísticamente significativos con un nivel de confianza del 95%. En todo caso, se muestran los valores *t* como un indicador de la fortaleza relativa de los coeficientes. Una última advertencia a tener en cuenta es que, para eludir la falacia ecológica, la interpretación de los resultados evita hacer inferencias sobre las relaciones en el plano individual. Al fin y al cabo, los análisis empíricos, la lógica de los modelos de regresión y la interpretación de los resultados hacen referencia al plano comunitario o, al menos, esa es nuestra intención.

3.6. Resultados

En la línea de la teoría originaria de Shaw y McKay, el primer modelo (tabla 3.2) confirma la asociación positiva y significativa del estatus económico (*% educación superior*), la heterogeneidad étnica (*índice de Herfindahl*) y la rotación residencial (*duración de residencia*) con la delincuencia percibida, presumiblemente mediante su impacto en la desorganización social de las comunidades locales. Resulta sorprendente que la proporción de residentes que cuentan con una licenciatura o grado universitario es la que muestra un efecto más intenso –una mayor proporción de graduados universitarios va asociada a una menor proporción de residentes que afirman que la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema en su

barrio—, aunque en las áreas rurales coincidan niveles bajos tanto de delincuencia percibida como de educación universitaria.

La capacidad predictiva y la especificación mejoran de un modo considerable en el segundo modelo; en este la reformulación de la teoría, propuesta en los apartados anteriores, se evalúa mediante los determinantes tradicionales de la desorganización social, como la desintegración familiar y la urbanización, acompañados de indicadores originales como el tiempo de desplazamiento al trabajo y las horas extraordinarias. De acuerdo con lo esperado, el nivel educativo de los vecinos tiene una relación negativa con la criminalidad percibida, mientras que la asociación de esta con la tasa de desempleo es positiva; de hecho, cada punto porcentual adicional en el número de graduados universitarios va acompañado de una reducción de los niveles de delincuencia percibida de más de 0,3 puntos porcentuales. En un país en el que la proporción de graduados universitarios es inferior al 5% en el 20% de las secciones censales, pero superior a un tercio en un 10% de estas, queda mucho espacio para variaciones en la delincuencia percibida motivadas por el nivel educativo. Estos resultados confirman las expectativas de que, manteniendo estable el resto de los factores, en comunidades económicamente desfavorecidas y con menos graduados universitarios los residentes percibirán que en su zona hay un nivel superior de delincuencia. Aunque no la sometemos a una prueba empírica, tenemos la hipótesis de que este resultado es debido, sobre todo, a la incapacidad de los residentes adultos para ejercer el control social de la juventud local e interactuar con organismos externos para atraer recursos municipales. Podría argumentarse que la razón para ello es que las personas adineradas y con un nivel educativo alto evalúan mejor las tasas de criminalidad locales y distinguen los verdaderos riesgos de victimización. Sin embargo, al evaluar secciones censales idénticas, la proporción de personas que consideran que la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema en su zona apenas cambia entre los residentes que tienen estudios superiores y los que no —al menos en el caso de la ciudad de Madrid (véase la tabla 4.2)—. La tabla 2.15 muestra un aspecto todavía más relevante: los coeficientes de las secciones censales apenas cambian con la introducción de variables individuales, incluso la de educación. En el caso que nos ocupa,

parece que explicar los efectos de nivel comunitario exige mecanismos e interpretaciones de tipo comunitario.

Las explicaciones sobre la criminalidad percibida van más allá del estatus económico. Las secciones censales de residentes con vivienda en propiedad e instalados desde hace mucho tiempo ofrecen niveles más bajos de delincuencia percibida. La desintegración familiar muestra una influencia sobre la delincuencia percibida de singular intensidad y, además, constante en los diversos modelos. Es interesante la reducida probabilidad de que este efecto sea consecuencia de los estereotipos de los encuestados o del uso de pistas informativas, dado que la presencia de la desintegración familiar es relativamente invisible para los residentes. Lo más probable es que la relación se origine en el comportamiento desviado resultante de la falta de controles sociales en el ámbito del hogar y de la comunidad. De hecho, los modelos de regresión indican que podría existir un conflicto entre adultos respetuosos de la ley y adolescentes problemáticos, de acuerdo con el supuesto implícito de las teorías del control social. En este sentido, cuanto más tiempo pasan los adultos en sus hogares y comunidades (medido según el tiempo de desplazamiento al trabajo y las horas extraordinarias), mayor es la proporción de adultos que interactúan con adolescentes, y cuanto menos tiempo pasan los adolescentes en sus comunidades (medido en duración del desplazamiento al centro escolar), menores son los niveles de delincuencia percibida. Pese a que hay efectos específicos que podrían estar también relacionados con explicaciones individuales o de otro tipo, los resultados son bastante coherentes con las expectativas teóricas.

De acuerdo con lo esperado, el grado de urbanización también guarda una relación positiva con las percepciones de la delincuencia en el barrio por parte de los residentes. Sin embargo, el efecto es curvilíneo y alcanza el valor máximo cuando la población se acerca a 1,6 millones. Aunque esta relación curvilínea no se ajusta estrictamente a los datos observados, es coherente con el hecho de que las dos mayores ciudades –Barcelona y Madrid– muestren niveles menores de criminalidad observada y percibida que las ciudades entre medianas y grandes, como Sevilla, Málaga y Las Palmas de Gran Canaria.

TABLA 3.2

Modelos de regresión lineal multinivel. Fuentes exógenas de la desorganización social, signos de desorden social y criminalidad percibida en el barrio*

VARIABLES	I	II	III	IV
Constante	52,22 (47,8)	-43,45 (-4,6)	-46,90 (-6,8)	-9,41 (-1,5)
Nivel 1: secciones censales				
Estatus socioeconómico				
% educación terciaria	-0,34 (-40,9)	-0,35 (-32,4)	-0,39 (-35,3)	-0,31 (-30,2)
Tasa de desempleo		0,13 (11,7)	0,14 (12,9)	0,08 (8,4)
Diversidad nacional y nacionalidades				
Índice de Herfindahl	-32,73 (-28,2)	37,89 (5,9)	37,43 (5,5)	30,82 (5,0)
Referencia: % España				
% Unión Europea (15)		0,18 (2,01)	0,11 (1,2)	0,27 (3,3)
% Marruecos		1,18 (10,0)	1,13 (9,5)	0,91 (8,5)
% Ecuador		0,85 (6,6)	0,79 (6,0)	0,50 (4,1)
% otras nacionalidades extranjeras		1,11 (9,4)	1,04 (8,6)	0,81 (7,4)
Estabilidad residencial				
Tiempo de residencia	-0,45 (-36,9)	-0,28 (-17,7)	-0,41 (-19,1)	-0,35 (-18,1)
% vivienda de alquiler		0,13 (14,6)	0,12 (14,1)	0,04 (4,9)
% segunda residencia		0,03 (3,1)	0,03 (3,7)	-0,01 (-1,8)
Tiempo disponible para el control social				
% divorciados/separados		2,23 (29,6)	2,45 (25,0)	1,61 (18,0)
% horas extraordinarias		0,03 (3,6)	0,03 (2,8)	0,00 (0,5)
Tiempo de desplazamiento al trabajo		0,28 (15,5)	0,25 (13,8)	0,22 (13,7)
Número de hijos por familia		7,29 (15,1)	7,61 (15,7)	6,68 (15,3)
Tiempo de desplazamiento a la escuela		-0,08 (-6,9)	-0,06 (-5,5)	-0,05 (-5,0)
Controles				
% ancianos		-0,06 (-5,1)	0,00 (-0,1)	0,10 (8,3)
% mujeres		-0,01 (-0,2)	-0,05 (-1,5)	-0,27 (-9,2)
Número de comercios minoristas / oficinas		0,01 (7,1)	0,01 (7,3)	0,00 (0,9)
Ruido percibido (% residentes)				0,29 (52,5)
Suciedad percibida (% residentes)				0,21 (47,2)
Estado de los edificios				-0,26 (-20,5)

VARIABLES	I	II	III	IV
Nivel 2: municipios				
Urbanización				
Número de habitantes		8,27 (29,2)	5,43 (16,7)	3,94 (14,1)
Número de habitantes ²		-0,26(-22,5)	-0,18(-14,1)	-0,13(-11,6)
Segregación residencial [†]				
% estudios superiores (DT)			0,56 (7,8)	0,23 (3,6)
Índice de Herfindahl (DT)			30,15 (4,7)	17,86 (3,2)
Duración de residencia (DT)			-0,23 (-3,6)	-0,27 (-4,9)
% divorciados/separados (DT)			3,29 (6,2)	0,83 (1,8)
Secciones censales	34.251	34.251	34.251	34.251
Municipios	8.108	8.108	8.108	8.108
Logaritmo de verosimilitud (restringido)	-137.399	-135.505	135.243	-131.732
Coefficiente de correlación intraclase	22%	13%	12%	11%
Reducción de la varianza: sección censal	9%	15%	16%	32%
Reducción de la varianza: municipio	20%	59%	63%	73%

* Variable dependiente: «% de residentes que consideran que la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema en su zona de residencia».

Valores z entre paréntesis.

† Los valores absolutos de estas variables también se incluyen como variables de control. (DT): desviación típica.

Pese a que en el modelo inicial la diversidad nacional parecía incrementar el nivel de delincuencia percibida por la población, en modelos posteriores descubrimos que esta asociación negativa no está relacionada con la diversidad en sí misma, sino con nacionalidades concretas, cuya presencia, a su vez, convierte a las comunidades en étnicamente diversas. En consecuencia, mientras que la presencia de ciudadanos de la Unión Europea apenas tiene impacto en la percepción de la delincuencia por los residentes, la presencia de marroquíes y en menor medida de ecuatorianos tiene un efecto significativo. Que estos efectos estén relacionados con los prejuicios de los nativos, con el impacto de los extranjeros en la vida del barrio o con otras razones es una pregunta que queda sin respuesta.⁽⁸⁾ En cuanto a la diversidad en sí —dejando de lado problemas de multicolinealidad—, su efecto en la delin-

(8) Para una explicación de los mecanismos asociados con los efectos de los inmigrantes, véase el capítulo 4.

cuencia percibida en el barrio es, de hecho, positivo, lo que se aparta con claridad del marco teórico de la desorganización social desarrollado por Shaw y McKay (1969[1942]). Estos resultados atestiguan que a menudo se confunden los efectos del índice de Herfindahl con los de determinadas nacionalidades, lo que con frecuencia conduce a interpretaciones relacionadas con la diversidad cuando lo que realmente importa son nacionalidades concretas.

Finalmente, los coeficientes de las variables de control muestran el signo esperado. Entre los diferentes modelos no se observa un efecto claro de la proporción de mujeres y ancianos en la población, en tanto que las áreas comerciales van asociadas a un mayor nivel de delincuencia percibida. No obstante, el efecto de las áreas comerciales es en gran medida consecuencia de los efectos intermedios de las percepciones del desorden social y, más concretamente, de las percepciones de los niveles de ruido, lo que se deduce de los resultados del modelo 4. Por consiguiente, la comparación de los modelos indica que las secciones censales en las que abundan las oficinas y los comercios minoristas son percibidas como inseguras, principalmente porque también son percibidas como ruidosas.

3.6.1. Desigualdades espaciales y delincuencia percibida en el barrio

El modelo 3 de la tabla 3.2 respalda la idea muy extendida de que en el plano municipal la desigualdad espacial tiene un efecto positivo en la criminalidad percibida. El efecto va más allá de la desigualdad socioeconómica y de la segregación residencial nacional o étnica, y llega a la desintegración familiar, aunque no a la rotación o inestabilidad residencial. Estos resultados confirman la importancia de la estratificación y segregación urbanas para comprender los patrones de delincuencia percibida y justifican en parte el interés de la literatura en las desigualdades socioeconómicas y étnicas.

3.6.2. Controles relativos al efecto del desorden social y el deterioro físico

Las percepciones del ruido y la limpieza, así como del estado de los edificios, son factores importantes para predecir las percepciones de la delincuencia, lo que coincide con los resultados de investigaciones anteriores (Quillian y Pager, 2001; Taylor, 2001). De hecho, la reducción de la varianza residual y

el logaritmo de verosimilitud mejoran considerablemente con la introducción de estos atajos informativos. Es interesante constatar que las percepciones sobre otros problemas del barrio –en concreto, la contaminación, la falta de zonas verdes o un mal acceso al transporte público– no tienen un impacto independiente en las percepciones de la delincuencia.⁽⁹⁾

Aunque es posible que con la introducción de indicadores de desorden social haya determinadas variables que fluctúen de un modo significativo, el modelo general no varía en exceso. De hecho, solo el coeficiente de la proporción de personas mayores cambia de signo, mientras que el número de tiendas minoristas y oficinas es la única variable que cambia radicalmente; no obstante, su efecto está condicionado por completo por la proporción de residentes que consideran el ruido callejero un problema. Otros cambios interesantes, en gran parte relacionados con la introducción de las percepciones sobre el ruido, se pueden observar en la presencia de ecuatorianos, la tasa de desempleo o la proporción de viviendas en propiedad. El efecto del número de hijos por familia permanece casi inalterado, pero nada menos que el 70% del efecto de los adolescentes y los jóvenes (de 15 a 29 años) en la criminalidad percibida en el barrio desaparece cuando se incluyen las percepciones sobre el ruido en el modelo.

3.6.3. Comparaciones entre medios rurales y urbanos

Como se infiere de la tabla 3.3, la teoría de la desorganización social es aplicable más allá de las grandes ciudades: las fuentes exógenas de desorganización social dan un resultado bastante bueno como variables predictivas de la criminalidad percibida en ciudades medianas y pequeñas, pero mucho menos en contextos rurales. Sin embargo, a medida que aumenta la población el rendimiento de los modelos de regresión mejora considerablemente. Mientras que en el subconjunto rural (poblaciones con un máximo de 5.000 habitantes) el modelo explica un 2% de la varianza intramunicipal, en las ciudades más grandes explica una cuarta parte de la misma. También, y con mayor importancia, las principales fuentes exógenas de la desorganización social ganan importancia a me-

(9) Resultados disponibles a petición de los interesados.

dida que crece la población de los municipios. Es el caso del desempleo y la educación, poco relevantes en contextos rurales, pero muy importantes para predecir el nivel de criminalidad percibida en áreas urbanas. De hecho, solo las zonas rurales parecen especialmente exitosas en el control de los jóvenes, dado que en estas el número de hijos por hogar tiene un impacto insignificante. De un modo similar, la duración de la residencia y el tiempo de desplazamiento hasta el trabajo muestran un incremento gradual de su relevancia a medida que crece la población de los municipios.

Otras características estructurales presentan patrones más irregulares. Es el caso de la diversidad nacional, cuyo impacto varía enormemente según el número de habitantes del municipio. En zonas rurales y en grandes ciudades, la diversidad nacional está relacionada con niveles más altos de criminalidad percibida, pero ocurre lo contrario en ciudades medianas. El resultado de las grandes ciudades es el previsto: la estratificación espacial es considerable (al igual que la autoselección) y los inmigrantes económicos superan a los procedentes de la Unión Europea en una proporción de siete a uno; sin embargo, en contextos rurales la proporción es solo de dos por uno. Esto podría deberse a que el bajo nivel de estratificación espacial en zonas rurales obliga a inmigrantes y autóctonos a interactuar con regularidad, lo que tendría una influencia negativa en la percepción de los autóctonos sobre la criminalidad, en la línea de la teoría del conflicto (Blacklock, 1967); también podría deberse a que la baja remuneración y las malas condiciones de trabajo de los empleos agrícolas, en los que tienden a concentrarse los inmigrantes, conducen a la frustración de los trabajadores, la cual, a su vez, incrementa la desorganización social, el desorden social y, por ende, la delincuencia y el vandalismo (Arjona y Checa, 2005). Cabe también la posibilidad de que los inmigrantes decidieran instalarse en municipios ya desorganizados, aunque este fenómeno se describe con mayor exactitud mediante el ejemplo del municipio de El Ejido y su modelo de negocio agrícola (Checa, 2001): la llegada de inmigrantes incrementó el nivel de desorden social de este municipio, aunque solo fuera porque las comunidades locales decidieron sacar partido de la mano de obra barata inmigrante sin proporcionar el apoyo socioeconómico suficiente, sobre todo en cuanto a viviendas dignas.

TABLA 3.3

Modelos de regresión lineal multinivel. Determinantes de la delincuencia percibida en el barrio*, según la población del municipio

VARIABLES	ÁREAS RURALES	CIUDADES PEQUEÑAS	CIUDADES MEDIANAS	GRANDES CIUDADES
Constante	10,75 (6,2)	-17,32 (-4,3)	-43,75 (-7,1)	57,91 (8,4)
Nivel 1: secciones censales				
Estatus socioeconómico				
% educación superior	0,04 (2,1)	-0,09 (-3,8)	-0,23 (-0,3)	-0,30(-12,6)
Tasa de desempleo	-0,04 (-4,9)	0,11 (5,8)	0,57 (15,2)	0,82 (16,9)
Diversidad nacional y nacionalidades				
Índice de Herfindahl	-7,03 (-5,4)	-1,81 (-0,9)	3,13 (1,1)	-37,70(-14,0)
Estabilidad residencial				
Duración de residencia	-0,15 (-15,0)	-0,28 (-9,0)	-0,54 (-9,7)	-0,70(-11,7)
Tiempo disponible para el control social				
% divorciados/separados	0,46 (7,5)	2,58 (19,5)	3,15(17,2)	1,77 (9,1)
% horas extraordinarias	0,02 (3,0)	0,04 (2,6)	0,15 (4,3)	-0,12 (-2,2)
Tiempo de desplazamiento al trabajo	0,09 (8,4)	0,11 (3,7)	0,28 (4,4)	0,55 (7,6)
Número de hijos por familia	0,08 (0,3)	11,11 (11,2)	21,42(15,4)	18,98 (12,3)
Controles				
% ancianos	-0,02 (-1,8)	-0,08 (-2,7)	0,06 (1,4)	0,37 (8,7)
% mujeres	0,02 (0,9)	0,07 (1,0)	0,18 (1,8)	-0,80 (-7,6)
Número de comercios minoristas / oficinas	0,01 (2,8)	0,01 (6,5)	0,00 (1,6)	0,02 (8,6)
Nivel 2: municipios				
Urbanización				
Número de habitantes	65,72 (8,7)	33,64 (11,0)	4,30 (3,2)	0,25 (0,9)
Secciones censales	8.559	8.374	8.635	8.683
Municipios	6.948	994	148	18
Logaritmo de verosimilitud (restringido)	-27.399	-30.755	-34.886	-36.298
Coefficiente de correlación intraclase	50%	33%	24%	18%
Reducción de la varianza: sección censal	2%	12%	15%	23%
Reducción de la varianza: municipio	23%	40%	37%	51%

* Variable dependiente: «% de los residentes que consideran que la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema en su zona de residencia».

Valores *z* entre paréntesis.

Áreas rurales: < 5.000; ciudades pequeñas: 5.000-35.000; ciudades medianas: 35.000-225.000; grandes ciudades: > 225.000.

3.6.4. Comparaciones entre las ciudades más grandes de España

Puesto que el modelo de la desorganización social funciona mejor en ciudades grandes, el siguiente paso para analizar en qué medida es generalizable y sólido el modelo consiste en una serie de análisis más sencillos para las diez mayores ciudades de España: Barcelona, Bilbao, Las Palmas de Gran Canaria, Madrid, Málaga, Murcia, Palma de Mallorca, Sevilla, Valencia y Zaragoza. Estas ciudades presentan grandes diferencias en número de habitantes y en niveles de delincuencia percibida (tabla 3.4). Es interesante, por ejemplo, que en Sevilla casi el 60% de los encuestados por el censo afirman que en sus zonas de residencia hay delincuencia y vandalismo, en cambio en Bilbao solo el 20% comparte esta opinión.

Al igual que con los resultados de los subconjuntos rurales y urbanos, y con el trabajo de Shaw y McKay (1969[1942]), la relación entre la diversidad (en este caso nacional) y la delincuencia percibida se puede definir como ambigua (tabla 3.4 y gráfico 3.1). Los coeficientes beta o estandarizados varían enormemente de una ciudad a otra, hasta el punto de adquirir valores positivos en los casos de Las Palmas, Sevilla y Valencia. Justo lo contrario ocurre con el estatus socioeconómico de las diferentes zonas, representado en este caso por la proporción de residentes que poseen un título superior. No solo el coeficiente permanece en valores negativos en todo momento, sino que en seis de las diez ciudades analizadas es el más influyente de los cuatro factores estructurales. Asimismo, la estabilidad y la desintegración familiar muestran un coeficiente coherente en todas las ciudades, de modo que la primera reduce el nivel de criminalidad percibida y la segunda lo incrementa. Por consiguiente, el mensaje de las diversas pruebas de robustez es claro: excepto en cuanto a la diversidad (nacional), el modelo de la desorganización social constituye un marco útil para comprender las diferencias en la criminalidad percibida en los barrios.

TABLA 3.4

Regresiones lineales de MCO. Coeficientes estandarizados de las principales fuentes exógenas de la desorganización social en las 10 mayores ciudades de España

	POBLACIÓN (2001)	% CRIMINALIDAD PERCIBIDA	COEFICIENTES BETA*			
			% EDUCACIÓN TERCIARIA	ÍNDICE DE HERFINDAHL	DURACIÓN RESIDENCIA	DIVORCIADOS/ SEPARADOS
Barcelona	1.503.884	34,20	-0,51	-0,31	-0,01	0,07
Bilbao	349.972	20,34	-0,17	-0,41	-0,23	0,26
Las Palmas	354.863	46,36	-0,29	0,19	-0,17	0,46
Madrid	2.938.723	42,11	-0,53	-0,17	-0,23	0,11
Málaga	524.414	50,35	-0,28	-0,01	-0,22	0,23
Murcia	370.745	31,70	-0,23	-0,04	-0,20	0,13
Palma	333.801	35,15	-0,43	-0,17	-0,09	0,13
Sevilla	684.633	57,94	-0,16	0,03	-0,03	0,26
Valencia	738.441	46,41	-0,33	0,10	-0,07	0,25
Zaragoza	614.905	25,52	-0,08	-0,04	-0,23	0,41

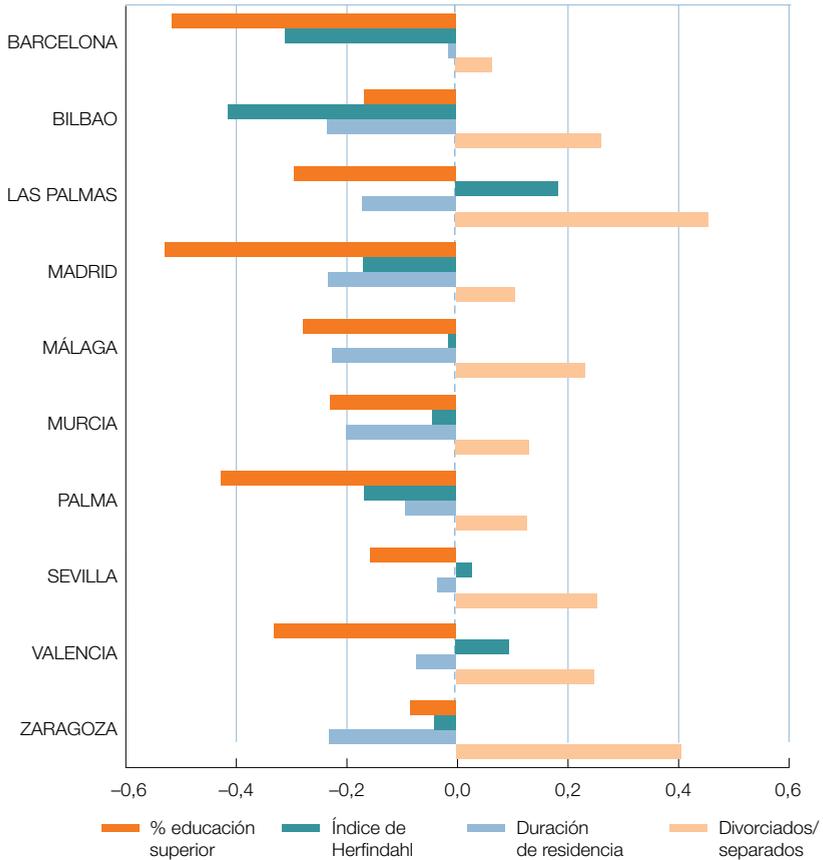
* Basado en modelos de MCO y efectuado por separado para cada ciudad; incluye las variables de control siguientes: % ancianos % mujeres, número de comercios minoristas y oficinas, y el número de hijos por familia.

Variable dependiente: % de residentes que afirman que la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema en su zona residencial.

De los resultados empíricos de este capítulo sacamos tres conclusiones. En primer lugar, el argumento de la desorganización social se puede trasladar no solo de la delincuencia observada a la percibida, sino también más allá de las grandes ciudades, en particular a las ciudades medianas y pequeñas. En segundo lugar, es probable que las comunidades residencialmente inestables, con un nivel de desintegración familiar y una duración del trayecto hasta el trabajo superiores a la media acarreen una mala reputación de delincuencia, con independencia del número de habitantes del municipio en el que se inscriben. Por último, entre las fuentes exógenas clásicas de la desorganización social la diversidad étnica (en nuestro caso nacional) es la que presenta un comportamiento más errático respecto a la delincuencia percibida en el barrio, ya que no solo su efecto es irrelevante en pueblos y ciudades medianas, sino que en tres de las diez mayores ciudades de España es, de hecho, negativo.

GRÁFICO 3.1

Regresiones lineales de MCO para las 10 mayores ciudades de España. Coeficientes estandarizados de las principales fuentes exógenas derivadas de la teoría de la desorganización social



Fuente: elaboración propia a partir del Censo de Población y Viviendas de 2001. Variable dependiente: % de residentes que afirman que la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema en su zona residencial.

3.7. Conclusiones

Entre los países desarrollados, Europa y los Estados Unidos son a menudo considerados los extremos del continuum de la delincuencia. Es innegable que las tasas de homicidios y las dimensiones de la población carcelaria diferencian ambos territorios: las tasas de homicidios suelen ser de tres a cinco

veces más elevadas en los Estados Unidos que en cualquier país occidental de la Unión Europea (UNODC, 2010), y los Estados Unidos tienen la tasa de población carcelaria más elevada del mundo (World Prison Population List, 2009). Sin embargo, los argumentos desarrollados hace casi un siglo para explicar la criminalidad de los diferentes barrios de las mayores ciudades estadounidenses funcionan perfectamente en el entorno urbano español. Es decir, que el enfoque de la desorganización social –teoría de éxito desarrollada por sociólogos urbanos en la Universidad de Chicago– conserva su validez incluso cuando se aplica a variaciones en las percepciones sobre la delincuencia en las secciones censales y los municipios de España.

De hecho, las fuentes exógenas clásicas de la desorganización social –el estatus socioeconómico, la estabilidad residencial, la desintegración familiar y la urbanización– tienen un rendimiento bastante bueno a la hora de explicar la proporción de residentes que consideran que la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema en la zona donde residen. La única excepción se encuentra en la diversidad nacional, debida a que su efecto sigue un patrón incoherente y su asociación con la criminalidad percibida depende en exceso de la composición interna de la población extranjera. En concreto, los encuestados, ya se basen en la realidad o en su imaginación, asocian con regularidad a los ciudadanos marroquíes con las actividades delictivas, mientras que su reacción ante los ciudadanos de la Europa de los 15 es justo la contraria.

No obstante, este estudio no solo iba dirigido a poner a prueba las fuentes exógenas tradicionales de la desorganización social. A los análisis se han incorporado fuentes exógenas e indicadores adicionales que han mejorado significativamente el ajuste de los modelos empíricos. Por consiguiente, las variables estrechamente correlacionadas con la existencia de vigilancia y control en la comunidad también han sido relevantes a la hora de predecir la delincuencia. Es el caso del tiempo de desplazamiento hasta el lugar de trabajo, la vivienda en propiedad, el número de hijos por unidad familiar y las horas extraordinarias. Para terminar, los municipios con un mayor grado de desigualdades espaciales o segregación/concentración residencial muestran niveles más elevados de criminalidad percibida, un resultado que mantiene su validez en tres de las cuatro dimensiones analizadas: niveles educativos, diversidad nacional y desintegración familiar.

Los modelos empíricos también dan validez a la hipótesis de que el modelo de la desorganización social se puede aplicar más allá de las grandes ciudades, en especial en ciudades medianas (de 35.000 a 225.000 habitantes) y pequeñas (de 5.000 a 35.000 habitantes). En cuanto a factores específicos, la urbanización, la estabilidad residencial y la desintegración familiar muestran un efecto estable en municipios de diferentes tamaños, mientras que la influencia de la diversidad nacional y, en menor medida, la del estatus económico presentan un patrón más errático. Sin embargo, es en las grandes ciudades donde las fuentes exógenas tienen los efectos más pronunciados y coherentes, a excepción, una vez más, de la diversidad nacional, que tiene un efecto negativo en la delincuencia percibida en el barrio en tres de las diez ciudades analizadas.

Es importante destacar que la evaluación sencilla, agregada e indirecta de la teoría de la desorganización social que hemos llevado a cabo en estas páginas tiene algunos defectos. Para empezar, son varios los argumentos plausibles que vinculan las fuentes exógenas de desorganización social a la delincuencia percibida; continúa sin explorarse la pregunta de si siguen, como en el caso español, la lógica de tipo comunitario propuesta en este capítulo. De hecho, el tipo de datos utilizados en este capítulo no nos permiten confirmar de un modo claro y contundente las dos principales premisas o hipótesis de la teoría de la desorganización social. En primer lugar, las variaciones en la criminalidad percibida se explican sobre todo a nivel comunitario; y, en segundo lugar, en el efecto de las características de las comunidades sobre la criminalidad percibida intervienen distintos niveles (o tipos) de redes sociales, ya se trate de amistades y conocidos locales, de organizaciones de voluntarios o de organismos políticos que establezcan vínculos ventajosos con instancias superiores. A pesar de estas limitaciones, el capítulo ha trasladado el modelo de la desorganización social a un entorno social poco estudiado, pero también a un indicador de desorden social poco estudiado: la delincuencia percibida en el barrio. Además, hasta donde sabemos, este es el primer estudio en utilizar datos sobre todos los hogares y todas las secciones censales de un país, lo que permite valiosas comparaciones entre entornos rurales y urbanos y el análisis comparado de un número ilimitado de municipios.

IV. Delincuencia percibida en el barrio e inmigración en la ciudad de Madrid: un análisis espacial

4.1. Introducción

El debate público sobre la delincuencia y la inmigración está repleto de prejuicios, creencias y agendas ocultas, y, por lo tanto, raramente desemboca en análisis rigurosos. En concreto, en España el debate objetivo se ve dificultado por la escasez de estudios bien diseñados acerca de los determinantes de la delincuencia, tanto en el plano individual como comunitario. En consecuencia, el debate a menudo se reduce a la controversia entre activistas antiinmigración que proclaman a los cuatro vientos la existencia de una asociación bivariada entre inmigración y delincuencia en el plano individual, y los defensores de los inmigrantes que califican este argumento de exageradamente simplista o se limitan a evitar la cuestión.

Lo cierto es que el debate lo ha ganado con claridad la postura antiinmigración: la creencia en un nexo entre delincuencia e inmigración se ha intensificado en las dos últimas décadas (gráfico 2.4) y, si bien la actual crisis financiera ha reducido la relevancia pública de cualquier cuestión no económica (gráfico 2.1), ha adquirido una importancia de primer orden en la agenda pública (Pinyol, 2008). En España, la publicación restrictiva y caótica de datos delicados no solo ha limitado la rendición de cuentas de los representantes públicos, sino que ha dado rienda suelta a las narrativas «ideológicas» sobre los determinantes de la delincuencia –entre ellas, la creencia generalizada en un vínculo entre la delincuencia y la inmigración– que por lo general se basan en correlaciones en bruto. Asimismo, quizá los ciudadanos ideologizados sean indiferentes a los análisis refina-

dos y rigurosos (lo que nos llevaría a la conclusión de que «el daño ya está hecho»), pero los estereotipos generales a menudo se modifican, aunque sea poco, para responder a la aparición de nuevos datos, ya que, como destaca Gans (1962): «Ningún grupo puede mantener durante mucho tiempo un sistema conceptual que no resista la prueba de la experiencia».

Abordar los prejuicios contra los inmigrantes es vital, pues la sobrevaloración de la participación de los inmigrantes en actos delictivos no solo incrementa las perspectivas electorales de los partidos extremistas (Coffe, Heyndels y Vermeir, 2007) y protege a los políticos xenófobos de la vergüenza y el ostracismo, sino que, con mayor importancia, obliga a los principales partidos, con independencia de su punto de vista sobre la inmigración, a satisfacer las actitudes antiinmigración de los ciudadanos mediante nuevas medidas restrictivas en la materia (Martínez, 2006; Mears, 2002) y el endurecimiento de la legislación penal (Stumpf, 2006). Menospreciar la cuestión, como es habitual entre los científicos sociales progresistas (Sampson, 1987), ha dejado de ser una opción, puesto que la mayor parte de la sociedad está muy convencida, aunque en diferentes grados, de que si bien «no todos los inmigrantes son delincuentes, la mayoría de los delincuentes son inmigrantes» (Solé *et al.*, 2000).

A la luz de la extendida criminalización de los inmigrantes (Wacquant, 2005; Welch, 2003), este capítulo analiza exhaustivamente la relación entre las percepciones de la delincuencia en el barrio y la presencia de grupos de inmigrantes en la ciudad de Madrid. Respecto a los análisis anteriores, va un paso más allá, ya que introduce en el análisis la importante interdependencia espacial de la variable dependiente, según la cual, la proporción de residentes que consideran que la delincuencia constituye un problema en su zona está muy correlacionada con la de las zonas adyacentes. Nótese que este tipo de análisis no aborda en absoluto el nexo entre la delincuencia real y la inmigración en el plano de las comunidades locales –para ello serían necesarios datos sobre la criminalidad «real»–, aunque sí puede, y de hecho lo consigue, señalar una interesante incoherencia que merece una investigación en mayor profundidad: por lo general, a cualquier nivel de agregación, los individuos asocian delincuencia e inmigración cuando se les pregunta al respecto directamente (gráfico 2.4) o indirectamente (Echazarra, 2012) en las encuestas, pero esta asociación apenas es

observable en el plano comunitario cuando 1) se emplean cifras de población reales; 2) se incluyen las variables de control habituales; y 3) se tiene en cuenta la interdependencia espacial.

El objetivo secundario, y más técnico, de este capítulo consiste en evaluar el grado de adecuación y las implicaciones de todo un abanico de modelos espaciales de aplicación común en las ciencias sociales. En concreto, este capítulo valorará el efecto de la proporción de seis grupos diferentes de inmigrantes –agrupados según su región de origen– sobre los niveles de delincuencia percibida por sección censal. Con este propósito, los análisis estadísticos no solo se ajustan a las características del área susceptibles de influir en las percepciones sobre la delincuencia –de acuerdo con el modelo de la desorganización social–, sino que también reconocen la dependencia espacial inherente a la investigación urbana, lo cual se plasma en la aplicación de una serie de «modelos espaciales», como el modelo de retardo espacial, el modelo de error espacial y los modelos multinivel.

En resumen, el capítulo responde a tres preguntas: 1) ¿la delincuencia percibida en el barrio es mayor en áreas donde viven grupos de inmigrantes?; 2) ¿en qué medida intervienen en esta relación los determinantes clásicos de la delincuencia desarrollados por la teoría de la desorganización social?; y 3) ¿cómo modifica los niveles de criminalidad percibida la presencia de vecinos procedentes de diferentes regiones del mundo?

4.2. La creciente relevancia pública del nexo delincuencia-inmigración

Entre noviembre de 2001 y enero de 2002 se llevó a cabo en los hogares españoles el primer censo del siglo XXI, que coincidía con la decisiva entrada del «problema» de la inmigración –y de su conexión implícita o explícita con la delincuencia– en la agenda pública, como quedaba reflejado en los ataques de los detractores de la inmigración, en las encuestas de opinión pública, en los medios de comunicación y en el discurso político del momento.

Sin duda, la afluencia masiva y súbita de inmigrantes producía intranquilidad entre la población autóctona, en especial en zonas rurales étnica-

mente mixtas donde la combinación entre el provincianismo del entorno, las malas condiciones de vida y de trabajo de los inmigrantes y las interacciones forzadas en ocasiones se revelaron desastrosas, como en el caso de Bañolas (1999) y Níjar (1999). Los disturbios de El Ejido (2000)⁽¹⁾ marcaron un punto de inflexión, porque el ataque no iba dirigido contra los «representantes» de los inmigrantes ni estaba liderado por bandas de orientación ideológica, sino que, por el contrario, constituía un ataque generalizado de los autóctonos contra la comunidad magrebí en su conjunto. No es ninguna sorpresa que los acontecimientos atrajeran la atención de los eurócratas y de los medios internacionales, ni que sus ecos llegaran a las elecciones generales celebradas un mes más tarde y generaran acciones similares en otros municipios, como Lepe (2000).

El fenómeno de la inmigración también entró en la competición electoral de un modo inédito durante las elecciones generales de marzo de 2000, en parte porque el malestar por los sucesos de El Ejido seguía vivo en la mente del electorado, pero también porque crecía entre la población la preocupación por la cantidad de inmigrantes⁽²⁾ y el firme convencimiento de que existía un vínculo entre delincuencia e inmigración (gráfico 4.1).⁽³⁾

La relevancia pública de la cuestión de la inmigración decayó después de las elecciones, pero renació un año después, entre otras razones, porque Marta Ferrusola, la esposa del entonces presidente de Cataluña, Jordi Pujol, afirmó que los inmigrantes no paraban de «intentar imponer» su religión y sus costumbres, y que su marido estaba «cansado de dar [viviendas de protección oficial] a marroquíes y magrebíes». Estas desafortunadas declaraciones fueron recogidas de inmediato por los medios, lo que intensificó temporalmente la alarma de la población por la inmigración (gráfico 4.1).

(1) En febrero de 2000, el homicidio de un joven español a manos de un marroquí aquejado de una minusvalía mental desencadenó una oleada de ataques violentos contra la población magrebí y sus propiedades que se extendió a otros municipios del sudeste de España.

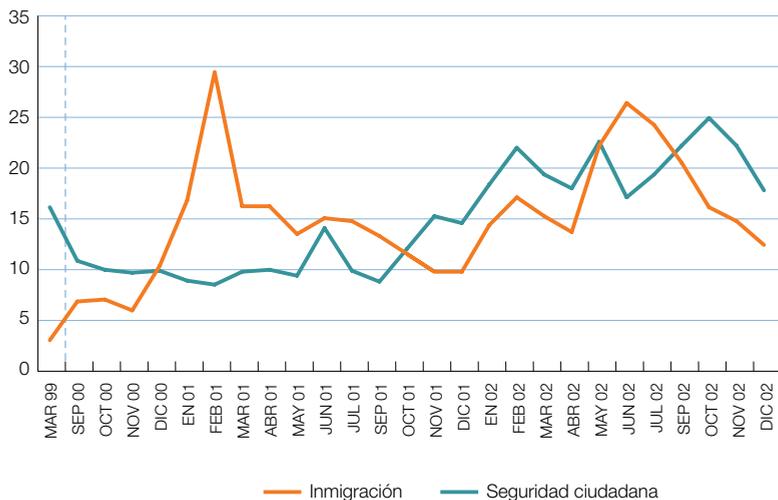
(2) Desde 1997 hasta 1999, el 27% de los encuestados consideraban que había «demasiados» extranjeros en España, proporción que en 2000 se había incrementado hasta el 41% (encuestas ASEP).

(3) El debate se centraba en la reforma de la «permisiva» ley de inmigración aprobada en enero de 2000 (Ley Orgánica 4/2000), que sustituyó a la restrictiva ley de 1985. Finalmente la legislación al respecto se modificó mediante la Ley Orgánica 8/2000, promulgada nueve meses después de la victoria electoral del Partido Popular.

GRÁFICO 4.1

Evolución de la opinión pública sobre la inmigración y la seguridad ciudadana en España (1999-2002)

% DE LOS ENCUESTADOS QUE CONSIDERABAN QUE LA INMIGRACIÓN Y LA SEGURIDAD CIUDADANA ERAN UNO DE LOS TRES PRINCIPALES PROBLEMAS EN ESPAÑA



Fuente: elaboración propia a partir de datos de los barómetros del CIS.

Más relevante para el presente capítulo fue el debate en el Congreso de los Diputados sobre el nexo delincuencia-inmigración, un mes antes de comenzar el Censo de 2001, en respuesta a un incremento de los homicidios y, en general, de las tasas de criminalidad, concretamente en la ciudad de Madrid. El Partido Socialista (PSOE) acusó al Gobierno de no tomar medidas y de equiparar los laboriosos inmigrantes a delincuentes. El Partido Popular (PP), a través de su ministro de Interior, Mariano Rajoy, respondió que, aunque estaba de acuerdo con el PSOE acerca de la falsedad del vínculo entre delincuencia e inmigración, era innegable que el «45% de los detenidos en Madrid ese año eran extranjeros» y que «habría que evitar retrasos en la aplicación de las órdenes de deportación».⁽⁴⁾ El debate prosiguió en el Parlamento nacional al menos durante seis meses y tuvo eco en los editoriales de los periódicos (Abellá, 2006).

(4) Congreso de los Diputados, 03/10/2001.

El conservador *ABC*, en una combinación similar de aparente corrección política y opinión antiinmigración, sostenía que «Si resulta tan falso como injusto culpar de esta situación [del aumento de los homicidios] al incremento de la inmigración, también sería demagógico ocultar que existe una probada relación entre ambos factores» (*ABC*, 10/12/2001). *El Mundo*, ciñéndose algo más a la corrección política y muy influenciado por el caso de un reincidente moldavo (presuntamente detenido 107 veces), afirmaba: «Es necesario evitar demonizar a la población inmigrante, pero [...] habría que encontrar fórmulas jurídicas para expulsar a los extranjeros que hayan sido imputados por reiteradas infracciones de la ley» (*El Mundo*, 05/11/2001). Es interesante constatar que paralelamente, como respuesta a este debate, se incrementó la preocupación pública por la seguridad ciudadana y la inmigración (gráfico 4.1).

El hecho de que la percepción de que había un «problema» con la inmigración ganara impulso en España se puso de manifiesto en las encuestas de opinión pública y en la cobertura de los medios de comunicación. Por ejemplo, en los tres principales periódicos, los editoriales y artículos de opinión que abordaban de un modo específico la cuestión de la inmigración se dispararon desde solo seis en 1997 hasta 77 cuatro años más tarde (Abellá, 2006), de los que al menos 10 estaban dedicados al vínculo entre delincuencia e inmigración. Además, mientras que en 1999 solo el 2% de los encuestados afirmaban que la inmigración era un problema en España (indicadores del barómetro del CIS) y cerca del 50% que la delincuencia y la inmigración estaban interrelacionadas (gráfico 4.1), en 2000 las proporciones habían ascendido hasta el 7% y el 64%, respectivamente, para mantener desde entonces una tendencia siempre ascendente.

Por consiguiente, los últimos meses de 2001, cuando se realizó el censo, la relación entre delincuencia e inmigración era una cuestión importante en la agenda política y, aunque su relevancia ha experimentado altibajos, a partir de entonces nunca ha abandonado el debate público. Ello no equivale a decir que con anterioridad estos dos componentes nunca estuvieran asociados, ni que se convirtieran en la cuestión más relevante de la política española.⁽⁵⁾ Sin embargo, sí nos permite afirmar que el cambio de siglo

(5) En los barómetros del CIS, entre los asuntos que preocupan a la población, la seguridad ciudadana y la inmigración figuran invariablemente por debajo del desempleo y el terrorismo (véase el gráfico 2.1).

constituye un momento ideal para evaluar la influencia de las comunidades de inmigrantes en la delincuencia percibida en los barrios, aunque solo sea porque, en apariencia, la ciudad de Madrid experimentó un incremento de las tasas de criminalidad paralelo al aumento de la inmigración.

4.3. La evidencia empírica sobre el nexo delincuencia-inmigración en España y en otros países

En comparación con otros contextos, la evidencia empírica acerca del nexo delincuencia-inmigración en España, y sobre los determinantes de la delincuencia en términos más generales, es tan escasa como mejorable en su metodología. Ya hemos mencionado que ello es consecuencia principalmente de una medición inadecuada, cuando no totalmente inexistente, de los niveles de criminalidad (en los planos individual, nacional y de las comunidades locales). Los académicos se han visto obligados a basarse casi exclusivamente en indicadores relativos a la criminalidad denunciada (García *et al.*, 2010), como el número de detenidos, de encarcelados y de comparecencias ante un tribunal, aunque ha habido algunas iniciativas tanto académicas como de las autoridades para recoger datos sobre tasas de victimización (International Crime Victims Survey, Encuesta de Seguridad Pública de Cataluña, etc.) y datos de autoinforme sobre actos de comportamiento desviado (es decir, reconocidos por sus propios autores) (Gómez-Fraguela *et al.*, 2009). A pesar de estos esfuerzos, el estudio de los determinantes de la delincuencia en España deja mucho que desear, puesto que raramente se conocen las características individuales de los delinquentes, solo se ponen a disposición del público las cifras nacionales y provinciales de delincuencia denunciada, y, cuando las encuestas de victimización están georreferenciadas, se trata de niveles de agregación inadecuados para los estudios de las comunidades locales (es decir, distritos urbanos en lugar de barrios o secciones censales) o las referencias geográficas están mal registradas. Existen datos abundantes y bien geocodificados acerca de las percepciones sobre la delincuencia (encuestas del CIS y el Censo de Población y Viviendas de 2001), pero los académicos en gran medida han omitido estas fuentes de información, a pesar de que los políticos y dirigentes a menudo tengan más en cuenta la valoración de los ciudadanos de las tasas de criminalidad que las tasas de criminalidad rea-

les. Por consiguiente, en España los esfuerzos académicos se han dedicado principalmente a describir, comprender y explicar la delincuencia «real».

En el plano individual existe una evidencia empírica sólida que establece que los inmigrantes están sobrerrepresentados en las estadísticas de delincuencia (véase el capítulo 2) –aunque el «diferencial entre nativos y nacidos en el extranjero» se reduce considerablemente cuando se introducen ajustes por los errores de medición (García, 2000)–, y una evidencia empírica contradictoria cuando lo que se analiza es el comportamiento desviado de los adolescentes (Gómez-Fraguela *et al.*, 2009). Sin embargo, estos estudios se centran sobre todo en asociaciones bivariadas y no presentan evidencia causal alguna.

En el plano provincial, dos estudios longitudinales han mostrado que la concentración de inmigrantes ejerce un impacto positivo en los delitos leves, graves y en el total de los delitos (Alonso-Borrego *et al.*, 2008; Rodríguez-Andrés, 2003), y que la contribución de los latinoamericanos al crecimiento de la delincuencia en realidad ha sido negativa en el período 2000-2006 (Alonso-Borrego *et al.*, 2008). Aunque son los primeros estudios de este tipo en el contexto español, estos análisis no incorporan variables de control de vital importancia (por ejemplo, la rotación residencial, la actividad comercial, etc.), se centran en una unidad de análisis (las provincias españolas) ajena a la perspectiva comunitaria de la que parte el presente libro y basan exclusivamente los resultados en la delincuencia denunciada, que puede resultar muy poco fiable, como se ha puesto de manifiesto al compararla con las encuestas de victimización (García *et al.*, 2010).

Por lo que sabemos, no hay ningún estudio cuantitativo acerca de los efectos de la concentración de inmigrantes ni, de hecho, sobre los determinantes de la delincuencia en las comunidades locales. No obstante, un proyecto cualitativo sobre conflicto e inmigración en tres distritos madrileños (Cachón, 2008) se reveló extremadamente útil para el desarrollo del presente capítulo, tanto para generar hipótesis como para interpretar los resultados empíricos. Su análisis detallado sobre los líderes e «intermediarios» de los barrios nos ofrece tres resultados de interés para nuestra investigación: en primer lugar, la manera como las percepciones sobre la delincuencia se difunden dentro de los barrios y más allá, a menudo con

una distorsión considerable, a modo de «juego del teléfono» o del «teléfono roto»: en segundo lugar, una descripción de cómo estas percepciones se ven condicionadas por una serie de atributos de los residentes y, con mayor importancia, de características contextuales de los barrios; por último, el estudio explica cómo el efecto de la diversidad étnica en la organización social de las comunidades es modificado (y a menudo multiplicado) por factores demográficos como, entre otros, la diversidad de edades.

La evidencia empírica sobre la inmigración y la delincuencia en otros países, y en especial en los Estados Unidos, es más amplia y rigurosa, dado que los estudios se han centrado en diferentes contextos geográficos, niveles de agregación y grupos de inmigrantes, y se basan en análisis tanto descriptivos como multivariados. Por lo que sabemos, no se ha investigado en absoluto la relación entre criminalidad percibida e inmigración, pero la relación entre delincuencia percibida y raza sí que ha sido objeto de una atención considerable (Chiricos, Hogan y Gertz, 1997; Hurwitz y Peffley, 1997; Quillian y Pager, 2001; Stinchcombe *et al.*, 1980).

Aunque los resultados derivados de la investigación del nexo delincuencia-inmigración muestran una variación temporal y espacial considerable, hay varios patrones comunes y claramente identificables. El primero y más importante: los estudios anteriores han constatado que los inmigrantes tienen un efecto nulo o negativo en los niveles de delincuencia y violencia. Este resultado se puede observar en la respuesta a la primera oleada de «alarma de la población» por la delincuencia de los inmigrantes en los Estados Unidos (Stofflet, 1941; Vechten, 1941), así como en la oleada más reciente (Hagan y Palloni, 1998; Martínez, 2002). También se ha constatado en análisis ecológicos (Butcher y Piehl, 1998; Lee, Martínez y Rosenfeld, 2001; Reid *et al.*, 2005, Shaw y McKay, 1969[1942]), en estudios con datos individuales de encuesta (Hagan, Levi y Dinovitzer, 2008; Morenoff y Astor, 2006) y en otros basados en estadísticas oficiales (Rumbaut *et al.*, 2006). En segundo lugar, la asimilación y aculturación en la sociedad de acogida comportan un rápido crecimiento de las actividades delictivas, lo que queda reflejado en las comparaciones entre la primera generación, la segunda generación, la generación intermedia entre las dos anteriores (llamada generación «1,5») y la tercera generación (Hagan, Levi y Dinovitzer, 2008; Morenoff y Astor, 2006; Rumbaut *et al.*, 2006; Vazsonyi y Killias,

2001). En tercer lugar, el barrio parece el contexto clave a la hora de explicar la participación en actividades delictivas tanto de autóctonos como de inmigrantes (Martínez, 2006; Morenoff y Astor, 2006; Shaw y McKay, 1969[1942]), y es precisamente la incapacidad de *algunos* (Tonry, 1997) inmigrantes de segunda generación de resistirse a las «condiciones facilitadoras de la delincuencia» (Martínez, 2002) predominantes en sus comunidades locales (esencialmente, la falta de oportunidades económicas), lo que determina su asimilación segmentada a las tasas de criminalidad de la población nativa (Rumbaut *et al.*, 2006). Además, los asiáticos, caracterizados por la importancia que conceden a la «armonía, la interconexión y las obligaciones comunitarias y familiares», son los que presentan las tasas más bajas de homicidios (Lee y Martínez, 2006), delincuencia juvenil (Hagan, Levi y Dinovitzer, 2008) y presos (Rumbaut *et al.*, 2006), aunque la heterogeneidad interna sigue siendo considerable. Por otra parte, la implicación de los latinos en la delincuencia es significativamente inferior a la de los afroamericanos –con los que coinciden en niveles similares de segregación, discriminación en materia de vivienda, pobreza concentrada y rotación residencial–, aunque sigue siendo superior a la de los blancos no hispanos acomodados.

Sin embargo, algunos académicos han criticado la «mala costumbre de agregar burdamente a los individuos mediante categorías raciales que valen para todo» (Rumbaut *et al.*, 2006) –como las de «asiáticos», «latinos», «europeos» o «negros»– porque de esa manera se «confunden las diferencias culturales, estructurales y políticas» que influyen en la adaptación de grupos étnicos y nacionalidades concretos a la sociedad de acogida y a sus comunidades locales (Bursik, 2006). A pesar de estas críticas, Martínez (2002) sostiene que el uso del término «latino» (de latinoamericano) se justifica por las siguientes razones: una lengua común, unas características socioeconómicas similares (pobres pero empleados) y una experiencia cultural común entre los hispanos que residen en los Estados Unidos. En este capítulo, los grupos étnicos, distribuidos en categorías según su origen nacional o regional en términos amplios, constituyen el núcleo de este análisis, aunque la lógica no reside tanto en su homogeneidad interna sino en el «amalgamamiento» externo que propician los estereotipos de los autóctonos.

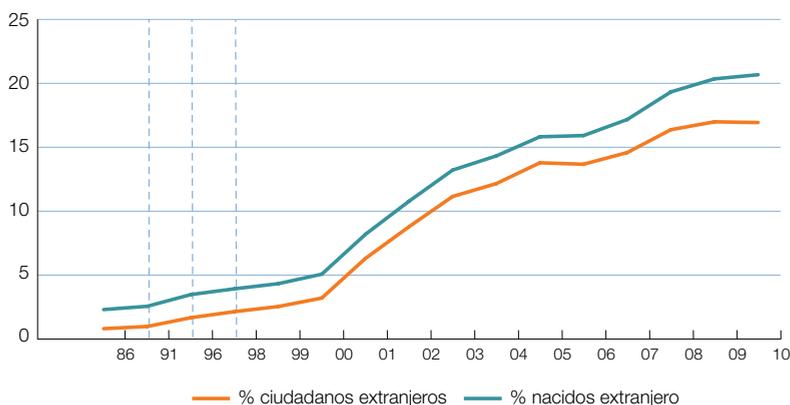
4.4. Población inmigrante en la ciudad de Madrid

A continuación se presenta información acerca de las características de la población inmigrante de la ciudad de Madrid, con especial atención a todo aquello que sea relevante para la medición de los efectos que tiene la concentración de inmigrantes en las percepciones sobre la delincuencia en los barrios. Los datos presentados incluyen la fase del proceso migratorio (es decir, la magnitud y el ritmo del crecimiento de la población inmigrante), la composición nacional de la población extranjera y las características de sus zonas de residencia.

A la vista de los datos del padrón municipal, es obvio que cuando se realizó el censo a finales de 2001 el fenómeno de la inmigración estaba en una fase muy temprana en España, pero no tanto en Madrid, donde una comunidad inmigrante considerable (cerca de un 11% de la población) estaba propiciando cambios importantes en los barrios. No obstante, a pesar de que Madrid se convirtiera en un gran núcleo de inmigración, los residentes nativos todavía no se habían acostumbrado demasiado a las recientes tendencias demográficas, quizá porque la mayor parte del flujo migratorio había llegado durante los tres años anteriores (véase el gráfico 4.2).

GRÁFICO 4.2

Evolución de la población extranjera y nacida en el extranjero en la ciudad de Madrid, 1986-2010



Fuente: elaboración propia a partir de datos del Instituto Nacional de Estadística.

Las implicaciones de un proceso de inmigración en sus primeros estadios son múltiples. En primer lugar, el número de ciudadanos extranjeros, el de personas nacidas en el extranjero y los cambios anuales de estas cifras tienen una eficacia similar como indicadores de la inmigración y conducen a resultados similares cuando se analizan las percepciones sobre la delincuencia. En menor medida, esta lógica se extiende a las minorías y a la diversidad étnicas, dado que, con la única excepción de la población gitana, la sociedad madrileña era étnicamente homogénea hasta la llegada de las comunidades de inmigrantes.⁽⁶⁾ En segundo lugar, el debate alrededor del nexo delincuencia-inmigración está relacionado sobre todo con la primera generación de inmigrantes o, en el mejor de los casos, con la generación denominada «1,5».⁽⁷⁾ Se trata de un dato relevante, puesto que numerosos estudios (Hagan, Levi y Dinovitzer, 2008; Morenoff y Astor, 2006; Rumbaut y Ewing, 2007) han mostrado, para el contexto norteamericano, que las primeras generaciones participan menos en actividades criminales que los nativos, una diferencia que desaparece progresivamente en las generaciones posteriores. Por último, esta investigación aborda un contexto histórico único, en el que los inmigrantes han transformado una sociedad antes casi homogénea. De hecho, si no fuera por la población gitana –establecida desde la Edad Media y a la que la sociedad en general asocia con la delincuencia y el tráfico de drogas–, los discursos sobre la etnicidad, la inmigración y la delincuencia habrían partido de la nada. En estas primeras etapas, el nexo entre delincuencia e inmigración se basaba en gran medida en el discurso existente sobre el pueblo gitano, pero con cambios sutiles como, por ejemplo, que la «nueva» delincuencia era organizada o que había una mayor probabilidad de que se usaran armas de fuego. Sin embargo, aun después del flujo masivo de inmigrantes, los gitanos mantuvieron inalterada su mala reputación (véase el gráfico 4.3) y solo los marroquíes y, en tiempos muy recientes, los europeos del Este han alcanzado su nivel –los segundos en parte porque se les asocia habitualmente con la comunidad gitana–. Como lo que nos interesa son los niveles de criminalidad percibida, no la observada, esta transformación excepcional y súbita desde una sociedad casi homogénea también implica una probabilidad considerable de que las reacciones, tanto de nati-

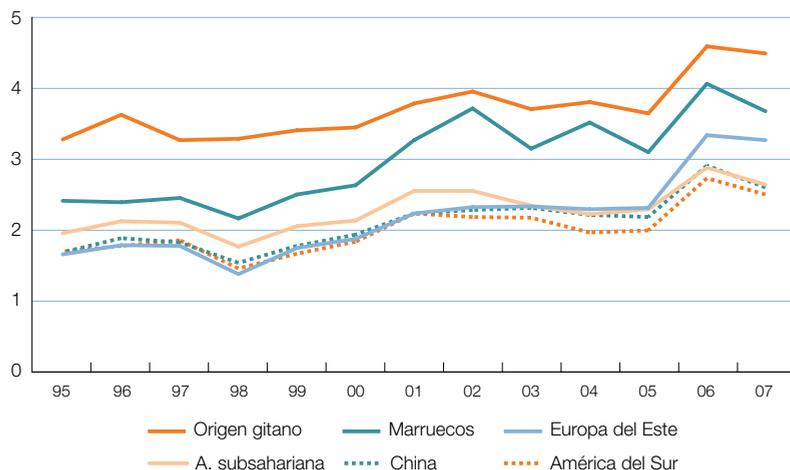
(6) Aunque no hay datos oficiales sobre las cifras de población gitana, la Fundación Secretariado Gitano afirma que 45.000 miembros de este grupo o, lo que es lo mismo, un 1,5% de la población total viven actualmente en la ciudad de Madrid.

(7) El término «generación 1,5» hace referencia a los jóvenes nacidos en el extranjero pero que inmigraron al país antes de su adolescencia (Rumbaut e Ima, 1988).

vos como de inmigrantes, ante tradiciones, culturas y prácticas con las que no están familiarizados, desempeñen un papel importante en la evaluación del nexo delincuencia-inmigración.

GRÁFICO 4.3

Evolución del malestar (escala de 0 a 10) ante la posibilidad de tener como vecinos a determinados grupos



Fuente: elaboración propia a partir de datos de ASEP.

En cuanto a la distribución geográfica (gráfico 4.4), al principio los inmigrantes se establecieron en el centro de la ciudad, donde empezaron a desarrollar redes, y en zonas acomodadas en las que trabajaban como personal doméstico interno. En fases posteriores (como en la última década) los barrios acomodados perdieron importancia en relación con las áreas deprimidas del resto de Madrid, puesto que los inmigrantes pasaron del trabajo doméstico interno a mudarse a viviendas asequibles, y se redujo la proporción de extranjeros adinerados. De acuerdo con la teoría de la zona concéntrica (Park, Burgess y McKenzie, 1925) y a pesar del elevado coste de la vivienda, el distrito centro mantuvo su papel de zona de establecimiento inicial de la inmigración, en especial de las comunidades asiáticas y, en particular, chinas, mientras que los barrios desfavorecidos del cinturón exterior y el extrarradio atrajeron a comunidades cuya presencia se remontaba más atrás (por ejemplo, dominicanos y marroquíes) y algunos

inmigrantes recientes (por ejemplo, ecuatorianos y rumanos) atraídos por el precio más bajo de la vivienda.

En la medida en que este proceso de especialización espacial todavía estaba en marcha cuando se realizó el Censo de 2001, las diferencias entre los barrios de nativos y de inmigrantes estaban creciendo, pero todavía no eran notables (tabla 4.1). Es interesante que entre la sección censal típica⁽⁸⁾ de los nativos y la de los residentes de origen extranjero solo se observaran diferencias en algunas variables –como la actividad comercial, el número de automóviles o la proporción de nacidos en el extranjero– e, incluso en estos casos, las diferencias no fueran demasiado significativas. Desde un punto de vista estadístico, estas similitudes atenúan algunos de los problemas de la mayoría de los análisis ecológicos de la relación entre delincuencia e inmigración; en particular, la autoselección y la multicolinealidad, ya que en este caso los inmigrantes, en su fase inicial, no se «autoseleccionan» instalándose en secciones censales radicalmente diferentes de las de los nativos, ni hay una correlación elevada entre la proporción de nacidos en el extranjero y las variables habitualmente correlacionadas con la delincuencia (por ejemplo, el estatus económico, la rotación residencial y la desintegración familiar). Sin embargo, en grupos específicos, hay que destacar diferencias importantes, ya que se establecen en zonas diferentes de la ciudad (gráfico 4.4): los procedentes de Europa occidental viven en zonas residenciales relativamente acomodadas y con una abundante actividad comercial, los latinoamericanos en comunidades desfavorecidas con una proporción elevada de personas mayores autóctonas, los asiáticos en contextos urbanos de gran actividad comercial y los africanos y europeos del Este en zonas deprimidas con un número de mujeres comparativamente menor.

Igual que en otros contextos, la población inmigrante de la ciudad de Madrid llegó en oleadas sucesivas. Para simplificar, marroquíes y filipinos durante la década de los ochenta, dominicanos y peruanos durante la década de los noventa, ecuatorianos y argentinos con el cambio de siglo –después de sus respectivas crisis financieras–, y bolivianos, chinos y rumanos durante la última década. Estas oleadas se hacen evidentes en el gráfico 4.5, en el que se muestran los mayores grupos de inmigrantes del Censo de 2001. El análisis de la composición étnica y de su tiempo de residencia proporciona información útil

(8) Como sección censal típica interpretamos la zona residencial donde reside el miembro medio (o típico) de un grupo en particular.

para comprender qué representaba la inmigración en ese momento. Los efectos relacionados con los *nacidos en el extranjero*, caso de existir, se limitan en gran medida a los inmigrantes económicos, ya que 9 de cada 10 inmigrantes provenían de países con un PIB per cápita significativamente inferior al español. El término «nacidos en el extranjero» también engloba a la primera generación de inmigrantes latinoamericanos⁽⁹⁾ y, en menor medida, a las generaciones primera y «1,5» de marroquíes. Asimismo, el lector debería tener en cuenta que la presencia de algunos grupos de inmigrantes que hoy en día se asocian a Madrid, como los rumanos o los bolivianos, en 2001 eran, en líneas generales, insignificantes, tanto en las cifras como para la opinión pública.

TABLA 4.1

Características de la sección censal típica de los nativos y la de los nacidos en el extranjero*

CARACTERÍSTICAS DE LA ZONA	AUTÓCTONOS	NACIDOS EN EL EXTRANJERO
Delincuencia percibida (% residentes)	41,57	43,96
% nacidos extranjero	9,35	13,07
% título universitario	24,52	24,14
% desempleo	12,49	12,63
Precios de la vivienda (€/m ²)	2.139	2.185
Núm. de coches por hogar (media)	0,97	0,88
Tamaño de la vivienda (m ²)	79,66	76,22
Duración de residencia (años)	18,26	18,54
% niños de hogares monoparentales	15,21	15,23
Densidad de la población (1.000 hab./km ²)	33,39	36,68
Participación electoral (%)	72,84	72,16
Estado de los edificios (0-100)	96,13	95,19
Ruido percibido (% residentes)	39,30	39,78
Suciedad percibida (% residentes)	43,18	44,36
Contaminación percibida (% residentes)	26,06	26,55
% 15-24 años	16,31	15,64
% mujeres	53,22	53,62
Actividad comercial (núm. de tiendas y oficinas)	55,04	71,32

* $X = \sum_{i=1}^n 1 \cdot x_i (y_i / Y)$, donde x_i e y_i son el valor de la X característica y el número de miembros Y de la sección censal i , e Y es el número de miembros en toda la ciudad.

Fuente: elaboración propia a partir de datos del Censo de Población y Vivienda de 2001.

(9) El término «latino» raramente se usa en el contexto español.

GRÁFICO 4.4

Distribución geográfica de los nativos y de los diferentes grupos de inmigrantes en los 128 barrios de Madrid (2002)

PORCENTAJE

A. ESPAÑOLES



B. PAÍSES RICOS Y DE EUROPA OCCIDENTAL



C. EUROPA POSCOMUNISTA



D. PAÍSES ÁRABES



E. OTROS AFRICANOS



F. AMÉRICA LATINA



G. OTROS ASIÁTICOS



División por cuartiles

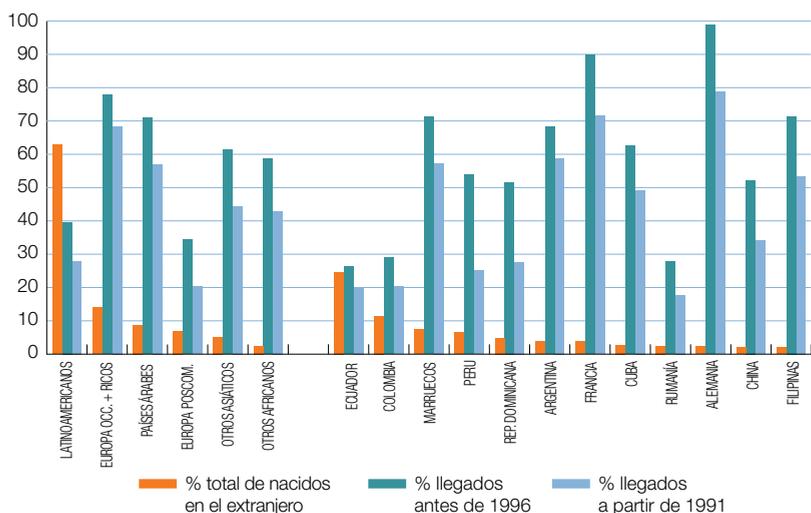
- 1.º
- 2.º
- 3.º
- 4.º

Las variables representadas se han dividido en cuatro grupos de igual tamaño utilizando los cuartiles como puntos de corte.

Fuente: elaboración propia mediante datos del Instituto Nacional de Estadística (INE).

GRÁFICO 4.5

País de origen de la población nacida en el extranjero y tiempo de residencia en España, según el Censo de 2001



Fuente: elaboración propia a partir del Censo de Población y Viviendas de 2001.

4.5. Datos, especificación del modelo y modelización estadística

Excepto por las cifras de participación electoral (facilitadas por el Ayuntamiento de Madrid) y los precios de la vivienda (obtenidos en la web *idealista.com*), los datos pertenecen al Censo de Población y Vivienda 2001 y al padrón municipal,⁽¹⁰⁾ procedentes del Instituto Nacional de Estadística. El hecho de que se basaran en divisiones administrativas idénticas⁽¹¹⁾ y que abordaran el mismo período (de noviembre de 2001 a enero de 2002) facilitó la combinación de estas diferentes fuentes de datos. No

(10) Los datos sobre el país de nacimiento se obtuvieron a partir del padrón municipal, mientras que los datos sobre el continente de nacimiento proceden del Censo de Población y Viviendas de 2001 (una mayor desagregación no era factible por razones de confidencialidad).

(11) Las 2.358 secciones censales (con una mediana de 1.200 habitantes) son las unidades primarias de análisis de este capítulo. Los 128 barrios (mediana de 30.000 habitantes) y los 21 distritos (mediana de 140.000 habitantes) solo se incluyen como variables de control en el modelo multinivel.

fue el caso de los datos electorales:⁽¹²⁾ para resolver la discrepancia temporal de las bases de datos electorales se combinan los datos de las elecciones nacionales de 2000 y las elecciones municipales de 2003 y se aplican técnicas de imputación para los valores perdidos.⁽¹³⁾

4.5.1. Especificación del modelo

Al igual que en el capítulo 3, la variable dependiente es la proporción de residentes que consideran que *la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema* en la zona donde residen. Los análisis centrales se basan en el nivel de delincuencia percibida por todos los residentes; no obstante, se efectúan también análisis de regresión adicionales para analizar, respectivamente, las percepciones de los europeos, los africanos, los americanos y los asiáticos. Puesto que los residentes originarios de diferentes continentes evalúan los niveles de criminalidad (tabla 4.2) y el nexo delincuencia-inmigración de una manera bastante diferente, hemos considerado conveniente estimar estos modelos adicionales con el fin de proporcionar un punto de referencia para los análisis principales. Profundizar en la desagregación analizando nacionalidades específicas no es factible a causa de problemas de confidencialidad y de casos perdidos, aunque sí habría sido deseable, pues tal como los hemos agrupado (por su continente de origen) los conjuntos de inmigrantes muestran una elevada heterogeneidad interna. Además, la desagregación por edad, sexo o nivel de educación es innecesaria, porque sus percepciones sobre la delincuencia denotan una gran coherencia interna. Dicho de otro modo, los residentes evalúan la delincuencia de las mismas secciones censales de un modo similar, con independencia de la edad, sexo o nivel educativo (tabla 4.2).

(12) Los datos de la web *idealista.com* sobre los precios de la vivienda corresponden a diciembre de 2001.

(13) Es frecuente que se modifiquen las secciones censales (una vez al año), especialmente por el incremento de la población.

TABLA 4.2

Delincuencia percibida en los barrios (dentro de las secciones censales) por los grupos seleccionados

POR...	PORCENTAJE DE LOS RESIDENTES QUE CONSIDERAN QUE LA DELINCUENCIA Y EL VANDALISMO CONSTITUYEN UN PROBLEMA EN SU ZONA DE RESIDENCIA*	
	Todos	42%
Género	Hombres	42%
	Mujeres	42%
Continente de nacimiento**	Europa	43%
	África	32%
	América	29%
	Asia	33%
Edad	16 o menos	41%
	De 16 a 65	42%
	65 o más	41%
Educación	No universitarios	43%
	Universitarios	41%

* Los porcentajes representan las medias no ponderadas de las secciones censales (N = 2.358).

** Datos por país de nacimiento no disponibles por razones de confidencialidad.

Fuente: elaboración propia a partir de datos del Censo de Población y Vivienda de 2001.

En cuanto a la parte derecha de la ecuación, el marco general está conformado por las fuentes exógenas o distales del modelo de la desorganización social, tal y como lo conceptualizaron Shaw y McKay (1969), Kornhauser (1972), Sampson (1987), Sampson y Groves (1989) y Bursik y Grasmick (1993). Es decir, los patrones de la delincuencia local están muy condicionados por la capacidad de los miembros de la comunidad de compartir valores y resolver problemas comunes a todos (Bursik, 1988); capacidades que, a su vez, se explican por una serie de características de las comunidades locales o fuentes exógenas de desorganización social, como el estatus socioeconómico de la zona,⁽¹⁴⁾ la diversidad étnica, la rotación residencial, la desintegración familiar y la densidad de población.

(14) El estatus socioeconómico de las zonas se calcula por medio de un análisis de componentes principales de cinco variables (para más información, véase el Apéndice B).

Los efectos de la diversidad étnica o, siendo más precisos, de la concentración de inmigrantes, se operacionalizan como el porcentaje de residentes nacidos en cualquiera de las subcategorías siguientes: 1) Europa occidental⁽¹⁵⁾ más los países con un PIB per cápita más alto que el español (con independencia de la región del mundo),⁽¹⁶⁾ 2) la Europa poscomunista,⁽¹⁷⁾ 3) los países árabes,⁽¹⁸⁾ 4) otros países africanos, 5) América Latina, y 6) otros países asiáticos. Estas regiones mundiales son, como es evidente, heterogéneas (Bursik, 2006; Rumbaut *et al.*, 2006), pero coinciden con los estereotipos de los autóctonos sobre los grupos inmigrantes, como se refleja en apelativos despectivos, y por desgracia extendidos, dedicados a los inmigrantes económicos, «sudacas» (latinoamericanos) y «moros» (magrebíes) (Monnet, 2001), y a los turistas residenciales occidentales («guiris»).

Dado que en el presente capítulo solo nos interesa la diversidad étnica o la concentración de inmigrantes, se ha seguido una modelización sencilla que evita problemas de multicolinealidad y, según la cual, cada una de las restantes fuentes exógenas de desorganización social (es decir, el estatus socioeconómico, la estabilidad residencial y la desintegración familiar) se operacionaliza mediante un solo indicador. Lógicamente, se pierde algo de información, sobre todo en el caso de la tasa de desempleo, pero ello parece problemático únicamente para las variables económicas.

En cuanto a determinantes específicos de la desorganización social, es importante destacar que el efecto de la densidad de la población sobre la delincuencia percibida es, a priori, incierto, ya que por lo general se había introducido pensando en la comparación campo-ciudad (Sampson y Groves, 1989). Para encontrar una lógica subyacente al efecto de la densidad de población cuando se estudia un entorno urbano, es mejor recurrir al fértil debate desencadenado por la obra de Jacobs (1961) que consultar la literatura sobre las transformaciones rurales-urbanas. Por un lado, Jacobs defendía «la abundancia de vida en una calle que destaca por el

(15) Incluye Chipre, Grecia e Israel.

(16) Basado en datos del Banco Mundial; se estimó que el PIB español per cápita era de 26.070 de dólares estadounidenses (ppp) en 2002. (<http://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.PCAP.PPKD?page=1> [página consultada por última vez el 30 de marzo de 2011]). Dentro de este grupo, además de los países de América del Norte y Europa, solo el Japón (757 residentes) y Australia (467 residentes) contaban con comunidades considerables en Madrid.

(17) Incluye los países del Cáucaso, pero no Kazajistán.

(18) De acuerdo con su pertenencia a la Liga Árabe.

desorden» (Merrifield, 2000) comúnmente asociada con las zonas densas en población como un modo de tener «más ojos escrutando la calle» porque, como destacaba: «una calle bien utilizada tiene capacidad para ser una calle segura» (Jacobs, 1961). Por otro lado, sus críticos, profundamente influenciados por las insalubres condiciones de los centros industriales del siglo XIX, pensaban que la congestión y el desorden sin sentido que reinaban en las áreas densamente pobladas promovían la violencia, la delincuencia y otros males urbanos. Ante estos problemas, se propusieron soluciones contrapuestas: por una parte, había partidarios de buscar la respuesta en la propia ciudad, con la construcción de bloques de apartamentos en amplios entornos ajardinados, por ejemplo, el arquitecto Le Corbusier y políticos como Robert Moses (Helleman y Wassenberg, 2004); otros se inclinaban por ir más allá y dividir «la ciudad en una serie de unidades más pequeñas y fáciles de gestionar» (Merrifield, 2000), al estilo de la *ciudad jardín* que defendía Mumford (1961). En resumen, si Jacobs tenía razón, la densidad de la población en las ciudades debería ayudar a controlar el comportamiento desviado o, en el peor de los casos, no guardar relación alguna con las percepciones de los residentes sobre la delincuencia en su barrio.

Además, como variable sustitutiva para representar la participación cívica (Almond y Verba, 1963), la orientación cívica y el capital social (Putnam, 1993) en las comunidades locales, se incluye la participación electoral como el proceso actitudinal que media entre las características estructurales de las comunidades y los niveles de delincuencia percibida (Sampson y Groves, 1989). El supuesto subyacente es que la participación en la política municipal o nacional es un indicador de la predisposición de los residentes a participar en los asuntos de la comunidad, en especial mediante la pertenencia activa y efectiva a asociaciones del barrio y sus interacciones con organismos exteriores: la policía y los representantes de la Administración.

Como en el capítulo anterior y de acuerdo con la tesis del incivismo (Conklin, 1975; Quillian y Pager, 2001; Skogan, 1990; Wilson y Kelling, 1982), se incorporan al análisis indicadores del desorden cívico y el deterioro físico del entorno. El estado de los edificios se incluye como indicador del deterioro físico de las comunidades locales, al mismo tiempo

que se añade a los modelos de regresión un indicador compuesto sobre actos de incivismo social (el primero de los componentes principales de las percepciones de los residentes sobre el ruido, la limpieza y la contaminación).⁽¹⁹⁾

Además, como variables de control, en los modelos de regresión se incluyen la proporción de jóvenes y de mujeres, y la actividad comercial de las zonas residenciales. En el capítulo 2 señalábamos que la edad y, en especial, el género son conocidos factores explicativos de la delincuencia, el vandalismo y otros fenómenos de incivismo social, ya que los varones jóvenes son los responsables de la mayoría de los delitos (Hirschi y Gottfredson, 1983). Los distritos de negocios concentran una buena parte de las actividades inseguras (por ejemplo, la vida nocturna) y de los grupos que los delincuentes eligen como objetivo (por ejemplo, los turistas), por lo que estas zonas están más expuestas al comportamiento desviado y sus habitantes a sentir el malestar urbano.

4.5.2. Estrategia de modelización: descripción y selección de los modelos espaciales

La selección de la estrategia de modelización se ha regido por la intensa interdependencia espacial constatada en la variable dependiente y por la concepción del espacio urbano como un paisaje continuo-discontinuo. La existencia de interdependencia espacial entre residuos viola el supuesto de independencia de la regresión estándar de mínimos cuadrados ordinarios (MCO), lo que implica que, en el mejor de los casos, los errores típicos se subestiman –el número de observaciones independientes se sobrestima– y, en el peor, los parámetros de la regresión son inconsistentes (Voss *et al.*, 2006). La presencia de autocorrelación espacial en la variable dependiente exige el uso de una estrategia de modelización que reconozca explícitamente este hecho, como los modelos multinivel y los modelos de regresión espacial (es decir, modelos con retardo espacial y error espacial). De acuerdo con lo esperado, la interdependencia espacial constituye un problema importante en el análisis ecológico de los patrones de la delincuencia en la ciudad de Madrid, tanto en el ámbito de las secciones censales

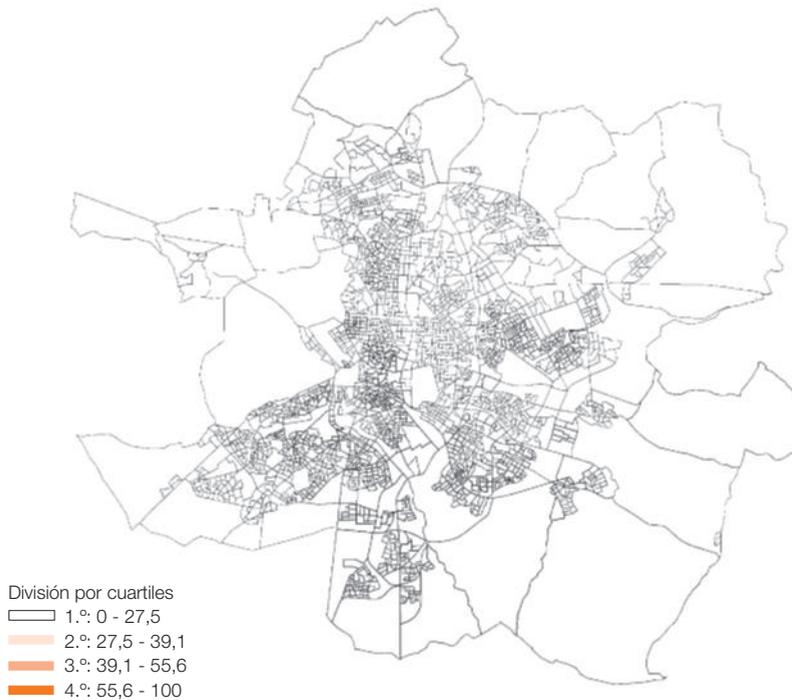
(19) Para más detalles, véase el Apéndice C.

(gráfico 4.6) como de los barrios. Dado que las fuentes de interdependencia espacial pueden ser numerosas y que a ojos del observador son equivalentes (Anselin, 2002), se ha seguido una estrategia de modelización pragmática a través de la cual se estiman una serie de modelos espaciales alternativos y, a continuación, se comparan los efectos de la concentración de inmigrantes.

GRÁFICO 4.6

Delincuencia percibida en los barrios (por secciones censales de la ciudad de Madrid)

% RESIDENTES QUE CONSIDERAN QUE DELINCUENCIA Y EL VANDALISMO CONSTITUYEN UN PROBLEMA EN SU ZONA



N = 2.353 secciones censales*

Autocorrelación espacial I de Moran: 0,792.

* Por razones de presentación se han retirado cinco secciones censales en el extremo norte de Madrid.

Fuente de los datos: Instituto Nacional de Estadística (INE).

Los modelos empíricos se configuran mediante tres estrategias de modelización espacial, más un modelo adicional de MCO que sirve de referencia. Sin embargo, usar cada una de estas cuatro técnicas de modelización no significa que mantengamos una postura totalmente neutra sobre el proceso de generación de datos, las fuentes de interdependencia espacial o el modelo estadístico ideal. El diagnóstico de los modelos (el multiplicador robusto de Lagrange y el criterio de información de Akaike) indica que tanto el modelo de retardo espacial como el de error espacial son adecuados, mientras que la significativa agrupación de la variable dependiente por barrios y por distritos y las barreras arquitectónicas y sociales que a menudo delimitan las divisiones administrativas de la ciudad de Madrid indican también que los modelos multinivel constituyen una estrategia adecuada.⁽²⁰⁾

Como los modelos de MCO, multinivel y de regresión espacial tienen implicaciones teóricas y empíricas diferentes, se presentan los resultados derivados de todas las estrategias de modelización, lo que proporciona diferentes interpretaciones de los efectos de concentración de los inmigrantes y, al mismo tiempo, pruebas adicionales. Es decir, se han estimado cuatro regresiones con las secciones censales como unidad primaria de análisis: 1) una regresión convencional de MCO con errores típicos estandarizados, 2) un modelo lineal multinivel de tres niveles en el que los barrios y los distritos son el segundo nivel y el nivel máximo, respectivamente, 3) un modelo de retardo espacial, y 4) un modelo de error espacial. Con posterioridad se estiman más modelos multinivel con la misma estructura de tres niveles, pero con las percepciones de europeos, africanos, americanos y asiáticos como variables dependientes.

4.5.3. Comprender los resultados: interpretación de los coeficientes de los modelos espaciales

Los coeficientes de la regresión de MCO pueden interpretarse como el efecto medio que las variables independientes tienen en la variable dependiente en toda el área de estudio (es decir, la ciudad de Madrid). Los

(20) Para más detalles sobre los modelos espaciales y los criterios de selección aplicados a estos, véase el Apéndice D.

coeficientes del nivel de las secciones censales del modelo multinivel son una media ponderada compleja de los efectos en el interior de las secciones censales y los que se producen entre los diferentes niveles (barrios y distritos), aunque en la práctica se emplean para estimar la relación entre una variable predictora y la variable dependiente a nivel 1 (es decir, la sección censal) cuando se controla la varianza de los niveles superiores (barrios y distritos), como en un modelo de efectos fijos. Por una parte, los coeficientes de los modelos de error espacial y de retardo espacial se pueden interpretar igual que los del modelo de MCO, con una diferencia: en el modelo de error espacial la variable dependiente se transforma restándole el valor de las secciones censales vecinas ponderado por un parámetro espacial autorregresivo ($y = y - pWy$). A medida que el parámetro espacial autorregresivo se acerca a 1, el modelo se asemeja a un modelo «puro» de primeras diferencias; cuando adquiere el valor de 0 (es decir, cuando no hay interdependencia espacial) es equivalente a un modelo convencional de MCO. Por otra parte, el modelo de retardo espacial incorpora los valores de las áreas circundantes como variable independiente adicional, lo que permite que las secciones censales se influyan entre sí (es decir, con efectos simultáneos). Los efectos se extienden por todo el paisaje urbano, pero se ponderan con un parámetro espacial autorregresivo que decrece progresivamente a medida que se incrementa la distancia.

4.6. Resultados

A excepción de la población nacida en el extranjero, los factores exógenos de la desorganización social muestran el signo esperado en todos los diferentes niveles de agregación y estrategias de modelización (tabla 4.3). Es decir, las zonas económicamente deprimidas con niveles elevados de desintegración familiar y rotación residencial presentan una asociación positiva con los niveles de delincuencia percibida. En la línea de las proposiciones teóricas de Jacobs (1961), la densidad de la población ayuda, aunque moderadamente, a controlar las percepciones de los residentes sobre la delincuencia local. Este resultado no es el esperado, ya que las áreas densas en población, así como la vivienda de alquiler, tra-

dicionalmente se han asociado con un entorno caótico y con varios problemas sociales (Mumford, 1961). Sin embargo, las áreas densamente pobladas no solo tienen más «ojos escrutando las calles» o vigilancia informal (Jacobs, 1961), sino también un contexto donde encontrarse con otros vecinos es inevitable, lo que puede fomentar la confianza interpersonal y reducir el malestar urbano de los residentes (Wilson, 1968).

Los modelos también incluyen las variables de control clásicas de los argumentos sobre el desorden social y la delincuencia, que, al igual que los estudios anteriores, presentan los signos esperados. Como los adolescentes y los jóvenes varones están sobrerrepresentados entre los delincuentes y, en especial, en el tipo de actos delictivos que los residentes tienen más probabilidades de observar (por ejemplo, delitos menores o el vandalismo), no resulta sorprendente que la presencia de jóvenes genere alarma entre los residentes. Ocurre lo contrario con la proporción de mujeres, claramente infrarrepresentadas en las estadísticas de delincuencia y cuya presencia raramente inspira temor entre los vecinos porque contribuyen positivamente a las comunidades locales mediante la participación en las redes sociales y su papel activo en los mecanismos de control social. Por último, la actividad comercial no solo influye en los niveles de criminalidad, sino que también explica (junto al estatus socioeconómico de las zonas residenciales) parte de la correlación entre la criminalidad percibida y la población nacida en el extranjero. La introducción de variables de control relativas a otras características de la zona también modifica esta relación: el 37% de la asociación entre los nacidos en el extranjero y la delincuencia percibida se desvanece cuando se incluye el estatus socioeconómico; un 34% si se introduce la actividad comercial, y un 17% con la introducción de la rotación residencial.⁽²¹⁾

(21) Estos resultados se basan en técnicas de mediación en el marco de una estimación por MCO. Para más información, véase el comando *sgmediation* de Stata.

TABLA 4.3

Modelos de regresión sobre la delincuencia percibida en los barrios de la ciudad de Madrid

	I		II		III		IV	
	MCO ROBUSTO*		RETARDO ESPACIAL**		ERROR ESPACIAL**		MLJ	
Constante	118,6	(12,5)	26,382	(4,63)	56,114	(8,46)	78,724	(10,02)
Nivel 1: secciones censales								
% nacidos en el extranjero	0,251	(4,49)	-0,010	(-0,33)	-0,168	(-3,89)	-0,015	(-0,31)
Condiciones socioeconómicas (APC)	-4,020	(-18,54)	-0,949	(-7,08)	-1,277	(-5,62)	-1,317	(-5,08)
Tiempo de residencia	-0,229	(-3,15)	-0,029	(-0,72)	-0,014	(-0,29)	-0,113	(-2,08)
% hijos de hogares monoparentales	0,279	(3,65)	0,199	(4,41)	0,103	(2,34)	0,283	(5,07)
Densidad de población	-0,047	(-3,24)	-0,019	(-2,08)	-0,010	(-0,91)	-0,011	(-0,91)
Participación electoral (%)	-0,082	(-1,39)	-0,036	(-1,18)	-0,019	(-0,55)	-0,150	(-3,51)
Actos de incivismo percibidos (ACP)	5,369	(24,03)	2,431	(17,4)	3,645	(20,34)	3,327	(17,15)
Estado de los edificios	-0,158	(-3,22)	-0,057	(-2,11)	-0,041	(-1,41)	-0,105	(-2,99)
% 15-24 años	0,267	(3,17)	0,255	(5,17)	0,308	(5,7)	0,337	(5,39)
% mujeres	-1,135	(-8,3)	-0,282	(-3,35)	-0,210	(-2,15)	-0,452	(-3,85)
Actividad comercial	0,569	(1,57)	0,206	(0,96)	0,035	(0,13)	0,080	(0,26)
Dependencia espacial: delincuencia percibida			0,783	(62,77)	0,895	(86,16)		
Secciones censales/ barrios/distritos	2.358		2.358		2.358		2.358/128 /21	
Coefficiente CCI (barrios/distritos)	-		-		-		0,22 / 0,43	
Criterio de información de Akaike (AIC)	18.627		16.672		16.655		17.382	

Estadísticos t o z entre paréntesis.

* Se estiman los errores típicos estándar.

** La matriz de ponderación espacial se basa en la regla de contigüidad de la reina.

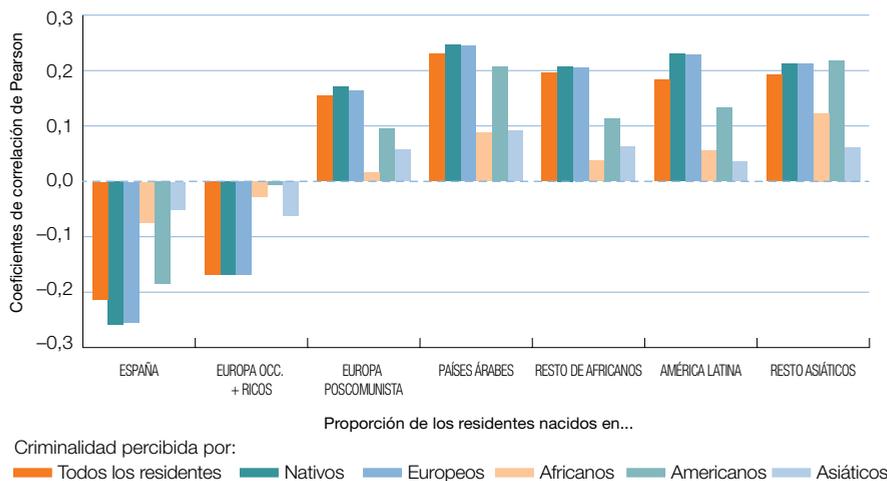
En cuanto a la participación electoral, muestra una asociación negativa con la delincuencia percibida en el barrio, aunque su efecto solo es importante en el modelo multinivel. Es comprensible que su efecto directo sea solo moderado, puesto que se trata de un indicador imperfecto de la participación cívica y el capital social, todavía más en el caso de la participación local. No obstante, su efecto indirecto, que se transmite a través de los indicadores de incivismo social y de deterioro de los edificios, es considerable: el doble del efecto directo.

Con respecto a la población nacida en el extranjero, los análisis bivariados del gráfico 4.7 encajan en gran medida con los estereotipos más generalizados. Es decir, los españoles nativos y los ciudadanos de Europa occidental están relacionados con zonas más seguras, y los inmigrantes propiamente dichos con comunidades inseguras. Estos resultados mantienen su vigencia con independencia del grupo que se analice, aunque los europeos, los africanos y los asiáticos se muestran menos «autocríticos».

Sin embargo, a pesar de la clara asociación de la inmigración con la delincuencia, tanto por los autóctonos como por los extranjeros, y de todas las quejas dirigidas a los extranjeros por su responsabilidad en el incremento de las tasas de criminalidad en la época, no se observa efecto alguno de la concentración de inmigrantes en la delincuencia percibida, una vez tenidos en cuenta los factores relevantes, incluida la interdependencia espacial, excepto en el modelo de MCO (tabla 4.3). Los efectos también cambian enormemente según el grupo de nacionalidades, hasta el punto de que los coeficientes cambian de signo en el caso de los europeos occidentales (de negativo a positivo) y en el grupo de los países árabes (de positivo a negativo) (gráfico 4.8). El que los resultados varíen considerablemente cuando se introducen ajustes de interdependencia espacial no debe sorprendernos, ya que los modelos espaciales comparan las secciones censales principalmente con otras secciones censales circundantes (efectos locales), mientras que las regresiones de MCO se basan en comparaciones o efectos globales para toda la ciudad de Madrid. El hecho de que el mayor cambio en los coeficientes se dé en estos dos grupos (una vez incluido el estatus socioeconómico de la zona en los análisis de regresión) se debe a que las zonas residenciales pobladas por residentes procedentes de Europa occidental «son percibidas como seguras sobre todo porque son de clase acomodada», mientras que las pobladas por árabes «son percibidas como inseguras porque son económicamente desfavorecidas».

GRÁFICO 4.7

Correlaciones entre la proporción de residentes nacidos en los países o regiones seleccionados y la delincuencia percibida en los barrios, según el continente de nacimiento



Añadir otras variables de control apenas influye en los coeficientes de los grupos de inmigrantes, con la única excepción de la actividad comercial. En cuanto a grupos concretos, destacan tres resultados. En primer lugar, la delincuencia percibida se reduce en la medida en que se incrementa la proporción de residentes de la Europa poscomunista, efecto que se mantiene a pesar de los cambios en la estrategia de modelización y con independencia del grupo cuyas percepciones se analicen. No obstante, el efecto general es trivial porque pocas secciones censales presentan una población considerable de residentes originarios de Europa del Este y, en todo caso, el efecto es modesto en todo momento. Además, es probable que los recientes cambios en la emigración de rumanos a España –principalmente en forma de un enorme incremento del flujo migratorio y de cambios en su composición demográfica, socioeconómica y étnica– alteraran los resultados observados en el período 2001-2002 si los análisis se reprodujeran a día de hoy.

En segundo lugar, la presencia de asiáticos está asociada con la proporción de residentes que perciben que hay delincuencia; es un efecto sólido que se mantiene con independencia de la estrategia de modelización espacial selec-

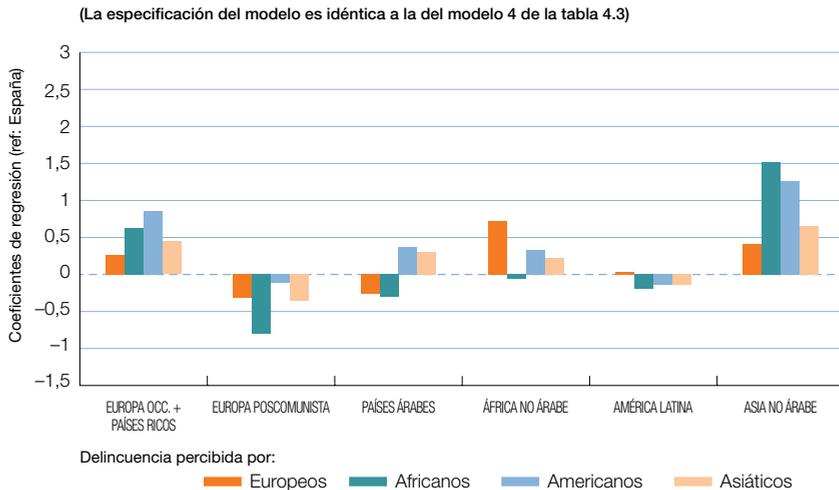
cionada y del nivel de «saturación» de los modelos, e incluso cuando se analizan las percepciones de los propios asiáticos. Lo interesante es que se trata de un resultado inesperado, pues los asiáticos están infrarrepresentados en las estadísticas oficiales sobre criminalidad (capítulo 2) y sus comunidades tienen una reputación positiva en cuanto a la delincuencia (Rumbaut *et al.*, 2006). Aunque el resultado para la ciudad de Madrid puede estar relacionado con características preexistentes de las zonas en que se establecieron los asiáticos (es decir, una autoselección no explicada), es importante reconocer que en cuanto a la desorganización social y otras teorías de la delincuencia este resultado tiene todo el sentido. La falta de dominio de la lengua autóctona y la escasa participación de los asiáticos en los asuntos de la comunidad y, en términos más generales, en la política se han documentado extensamente en varias sociedades de acogida (Bueker, 2005; Lien, 2004;). A consecuencia de su escasa participación cívica, se espera que los niveles local y público del control social (Bursik y Grasmick, 1993) se debiliten en gran medida. Por la misma razón, su participación en las redes sociales de nativos o étnicamente mixtas se ve dificultada, lo que reduce las perspectivas de control social informal de las comunidades locales y hace menos probable que reciban valoraciones positivas de otros grupos. Además, en Madrid no hay barrios asiáticos, tradicionalmente calificados de entornos protectores (Lee y Martínez, 2006; Park, Burgess y McKenzie, 1925). Su reducido número en cifras absolutas, especialmente en 2001, los fuerza a vivir en barrios étnicamente diversos o con predominio de autóctonos. Sin embargo, no se han de descartar explicaciones alternativas relacionadas con las teorías del lado de la oferta, como la teoría situacional de la prevención del delito (Clarke, 1995), pues quizá los asiáticos sean víctimas especialmente atractivas para los delincuentes.

Para terminar, hay indicios empíricos que apuntan a un efecto contextual negativo de los latinoamericanos en la delincuencia percibida en el barrio, en la línea de lo que varios estudios de diferentes zonas de los Estados Unidos han constatado, en este caso, sobre las tasas de criminalidad oficiales (Martínez, 2002; Morenoff y Astor, 2006; Sampson, 2006), aunque este efecto solo es observable cuando se analizan las percepciones de los no europeos. En cuanto a la delincuencia, los residentes se sienten más seguros en las secciones censales en las que residen latinoamericanos, pero no colom-

bianos ni peruanos.⁽²²⁾ Es difícil saber en qué medida este efecto, supuestamente negativo, de los latinoamericanos en los niveles de delincuencia percibida en los barrios se debe a su dominio del español y a su capacidad para participar en redes sociales y actividades de carácter general. Lo sorprendente es que la inmigración procedente de sociedades extremadamente violentas, al menos en cuanto a las tasas de homicidios (UNODC, 2010), tenga un efecto negativo (aunque sea bajo) en la delincuencia percibida por los residentes. Este resultado indica que las personas alteran su comportamiento radicalmente en respuesta a cambios en sus circunstancias –lo que va en la línea de argumentos racionales sobre el comportamiento desviado y desarma explicaciones culturales y muy deterministas respecto al punto de partida–, o bien que se está produciendo un gran fenómeno de autoselección en la inmigración de latinoamericanos a España o en cuanto al tipo de barrios donde se establecen. Sin duda, hubo algo de autoselección en el caso de los peruanos y los colombianos que llegaron antes de 2000, pero no necesariamente en el caso de los ecuatorianos o de latinoamericanos de otros países.

GRÁFICO 4.8

Modelos multinivel. Delincuencia percibida en los barrios y proporción de grupos nacidos en el extranjero: evaluación cruzada



(22) Para los resultados de nacionalidades específicas, véase el Apéndice E.

En cuanto a otras regiones, sus efectos son en general ambiguos, ya que, por lo general, cambian según la estrategia de modelización y el nivel de agregación, y poco relevantes. Como mucho, la presencia de africanos y, en particular, de europeos muestra una relación positiva con la delincuencia percibida por los residentes. En particular, es interesante el efecto insignificante de la proporción de árabes, si se tiene en cuenta que en la época «se creía» que los adolescentes marroquíes participaban en el tráfico de droga y otros delitos menores, que estas actividades se realizaban con regularidad en espacios visibles (por ejemplo, los parques públicos) y que el grupo de los marroquíes constituía una comunidad establecida en Madrid desde hacía relativamente bastante tiempo y con una generación «1,5» de tamaño considerable.

4.7. Discusión: matización de los efectos de la concentración de inmigrantes

La concentración de los inmigrantes está relacionada con la criminalidad percibida por los residentes, aunque sus efectos son de magnitud modesta y varían significativamente por grupos. Sigue en pie la pregunta de por qué existe esta relación o, dicho de otra manera, qué mecanismo social explica el impacto observado de determinados grupos de origen extranjero en la delincuencia percibida en los barrios. A continuación se analizan explicaciones alternativas sobre el impacto observado de la concentración de inmigrantes, tanto las específicamente referidas a la percepción de la delincuencia como las comunes a la literatura de la inmigración. Con posterioridad, se analizarán los problemas de autoselección y las implicaciones de centrar el análisis en diferentes niveles de agregación.

Con demasiada frecuencia, la población tiene la tentación de recurrir a interpretaciones directas de los efectos de concentración de los inmigrantes, por ejemplo, que estos grupos están relacionados con ciertos fenómenos sociales a causa de un conjunto determinado de prácticas y gustos culturales «importados» de su país de origen. En nuestro caso, estos elementos idiosincráticos explicarían sus diferencias en la participación en las actividades de control social o en las tasas de delincuencia observadas.

Sin embargo, esta interpretación solo es una más en una larga lista de mecanismos sociales plausibles.

Los barrios poblados por inmigrantes podrían también ser identificados con la delincuencia porque estos grupos tienen más probabilidades de convertirse en víctimas de delitos, ya que los delitos ocurren en sus zonas de residencia o cerca de estas (Morenoff, Sampson y Raudenbusch, 2001; Encuesta de Victimización de Madrid ciudad, 2008; Sampson, 1987). Desde una perspectiva ecológica, es posible que la llegada de inmigrantes comporte una descomposición de la organización social de las comunidades, al menos a corto plazo (Putnam, 2007), lo que indirectamente influiría en las percepciones sobre la delincuencia a través de niveles más elevados de criminalidad, actos de incivismo social y casos de deterioro físico. Hay que matizar ambas interpretaciones, puesto que podrían estar relacionadas con una tendencia «intrínseca» o cultural de los inmigrantes a «desviarse», o su capacidad o incapacidad para incrementar el capital social del barrio (la culpa «es suya»), con el estatus de los inmigrantes como ciudadanos desarraigados (la culpa es de la integración)⁽²³⁾ o con la diversidad (socioeconómica, lingüística, religiosa o cultural) asociada con el establecimiento de grupos étnicamente distintos en el barrio (la culpa es de la diversidad). Surgen otras complicaciones cuando se incorpora el contexto de la sociedad receptora (Fennema y Tillie, 1999; Portes y Böröcz, 1989) como factor intermedio, ya que las sociedades, como los barrios, no siempre tienen el mismo éxito a la hora de gestionar la incorporación de comunidades inmigrantes y de composición étnica diversa (la culpa es «nuestra»)⁽²⁴⁾. Por desgracia, la falta de información o, en algunos casos, una unidad de análisis inadecuada nos impiden evaluar adecuadamente estos argumentos alternativos.

Se han tenido en cuenta los problemas de interpretación relacionados con la existencia de diferencias en la valoración de la tasa de criminalidad según el lugar de nacimiento, ya que se ha analizado el nivel de delincuencia en el barrio que perciben diferentes grupos de inmigrantes. Es decir, el

(23) Este es el efecto de la inmigración por excelencia, en el sentido de que la atención se centra en el proceso de la inmigración en sí mismo y por sí mismo. Para más información, véanse los estudios sobre aculturación y segundas generaciones.

(24) Véanse las teorías sobre la discriminación, la asimilación segmentada y el contexto de recepción.

impacto negativo observado entre algunos grupos de inmigrantes no es el resultado de opiniones más laxas y una tolerancia más alta hacia la delincuencia en los barrios y el desorden social (véase la tabla 4.2). Con independencia del grupo cuyas percepciones se analicen, los resultados empíricos son bastante estables.

La autoselección y la causalidad inversa son una fuente de preocupación constante en los estudios urbanos, por la sencilla razón de que los patrones de asentamiento están «estructurados», de modo que los grupos dominantes «deciden» dónde vivir, y los grupos desfavorecidos se ven obligados a recurrir a zonas a priori menos deseables. En este estudio, se observaría autoselección si, *ceteris paribus*, los inmigrantes seleccionaran, ya fuera por propia voluntad o por obligación, áreas muy afectadas por la delincuencia, como exponía Hipp (2011). Aunque la endogeneidad y la autoselección pueden estar guiando parte de nuestros resultados, hay razones para sospechar que desempeñan un papel menor. Para empezar, apenas hay diferencias entre la sección censal típica de los autóctonos y la de los inmigrantes (tabla 4.1).

Aunque no se presentan todos los resultados, los efectos de concentración de los inmigrantes difieren considerablemente según el nivel de agregación. A diferencia de otras características estructurales de las zonas residenciales (cuyos efectos permanecen bastante estables respecto a los diversos niveles de agregación), a medida que el nivel de agregación crece en tamaño la presencia de inmigrantes se asocia más con la percepción de que hay delincuencia. Es interesante que en el estudio de Hipp (2007) de una submuestra no rural ocurriera lo contrario: entre las características locales, solo los efectos de la heterogeneidad racial o étnica se mostraban bastante robustos ante los cambios en el nivel geográfico de agregación.

Por consiguiente, ¿es más apropiado centrarse en las diferencias entre las secciones censales o entre barrios? En principio, los barrios parecen un entorno más apropiado para entender los patrones de criminalidad que las secciones censales: son autosuficientes, en el sentido de que la mayoría de las actividades diarias de los residentes, excepto su trabajo, se realizan en el barrio, y raramente corresponden a una sola sección censal. No obstante, algunas dinámicas delictivas se desarrollan al nivel más *micro*. Por ejemplo, los *efectos de la presencia de bares* se pueden extender a distancias muy cor-

tas, las redes sociales a menudo se desarrollan dentro de edificios (por ejemplo, mediante encuentros aleatorios o comunidades de propietarios) y los adolescentes suelen reunirse en sus casas, o cerca de ellas. Solo en ocasiones excepcionales o los fines de semana los «amigos del barrio» exploran zonas residenciales alejadas, ya sea en su propio barrio o más allá. Además, a medida que se reduce el área de estudio el investigador se encuentra con un entorno más «controlado» o en el cual se hace más factible la condición de mantener constantes las variables. Ello ayuda, entre otras cosas, a resolver problemas de autoselección y de estereotipos sobre los barrios, ya que es menos probable que estos procesos se den en áreas muy pequeñas, como las secciones censales. En resumen, aunque en el contexto español se pueden tomar los barrios como unidad equivalente al entorno vivido por los residentes, es la comparación *micro* de las secciones censales que conforman los barrios la que puede tener en cuenta adecuadamente los factores relacionados con la interdependencia espacial y ofrecer resultados con sentido y, lo que es más importante, estadísticamente robustos.

4.8. Observaciones finales

A menudo, la opinión pública se guía por relaciones bivariadas y visibles, cuyo ejemplo más obvio se encuentra en el nexo delincuencia-inmigración. Dado que los inmigrantes viven en zonas relativamente inseguras, no es ninguna sorpresa que se hayan desarrollado estereotipos negativos sobre los «barrios de inmigrantes» tanto en Madrid como en otras poblaciones. Aunque en estos estereotipos haya un «pequeño fondo de verdad» (Gans, 1962), es probable que la premisa causal sea errónea.

En el análisis de las secciones censales de la ciudad de Madrid, la correlación observada entre la presencia de inmigrantes y la percepción de la delincuencia en el barrio por sus residentes se explica, principalmente, por las diferencias que existen de estatus socioeconómico, actividad comercial e inestabilidad residencial entre los barrios «nativos» e «inmigrantes». Los elementos restantes, una vez aislado el efecto de estas y otras características de la zona, son un efecto moderado de la concentración de inmigrantes (positivo en el caso de los residentes asiáticos y negativo en el de los europeos del este), o bien un efecto ambiguo (en el caso de los latinoame-

ricanos, los árabes y los africanos no árabes). Cabe destacar que estos análisis no pretenden aportar nada acerca de las tasas de criminalidad individuales, así que hay que interpretarlos exclusivamente desde la perspectiva de las comunidades locales.

En el plano de las comunidades, otras «justificaciones» que suelen proponer los activistas proinmigrantes, como la estructura de edad, no se han confirmado en este estudio. Cabe suponer que esta constatación refleja el hecho de que los inmigrantes (en especial los latinoamericanos), a pesar de estar sobrerrepresentados entre los varones jóvenes, tendían a establecerse en barrios con una elevada proporción de autóctonos de avanzada edad. Nuestros resultados tampoco respaldan otras explicaciones causales defendidas por los que se oponen a la inmigración –entre otras, que en las comunidades de inmigrantes predominan los hogares monoparentales–, responsables de los estereotipos que marcan los barrios de inmigrantes como áreas asoladas por la delincuencia. En conclusión, este estudio resta importancia a los argumentos de tipo étnico sobre las percepciones de la delincuencia y destaca la importancia de los factores económicos, así como de otras características estructurales, a la hora de explicar los patrones de criminalidad percibida en los barrios, tal como hicieron Shaw y McKay (1969[1942]) hace setenta años a propósito de las estadísticas de criminalidad real.

Con todo, al dialogar con los responsables públicos, es probable que este mensaje «materialista» y centrado en el lado de la demanda, que pone el acento en la importancia de las desigualdades socioeconómicas en el espacio urbano, caiga en saco roto. No necesariamente porque los responsables públicos sean favorables a la desigualdad en la sociedad o porque les resulte indiferente el miedo de los residentes a la delincuencia en sus barrios, sino porque limitar las desigualdades urbanas es un proceso complejo ante el cual los políticos, con perspectivas a corto plazo y en una economía globalizada, tienen una capacidad de influencia limitada y por el cual raramente tienen que rendir cuentas. Por el contrario, es más probable que los responsables públicos se centren en determinantes de las percepciones sobre la delincuencia que respondan a cambios a corto plazo en las políticas: por ejemplo, los efectos de la presencia de bares y las licencias municipales de las que depende su existencia, el urbanismo y la arquitectura, la dotación y el tipo de cuerpos policiales y otros determinantes

de la delincuencia situacionales o del lado de la oferta (Becker, 1968; Clarke, 1995). No obstante, como se ilustra en el capítulo 3, los gobernantes deberían ser conscientes de que los bares, las tiendas y otras actividades comerciales aparecen relacionados con la delincuencia percibida en los barrios (los residentes raramente son testigos de la delincuencia real), principalmente, porque generan niveles elevados de ruido y suciedad.

En un entorno relativamente seguro, como la ciudad de Madrid (Dijk, Kesteren y Smit, 2007), abordar las percepciones sobre la delincuencia en los barrios debería ser igual de importante, si no más, que actuar contra los comportamientos delictivos per se. En este sentido, el hecho de que la presencia de inmigrantes apenas explique las percepciones de los vecinos sobre la delincuencia –al menos si se compara esta variable con los efectos de otras características locales, como el estatus socioeconómico de sus residentes– podría servir para matizar la creencia generalizada que ha inspirado las actitudes relativamente acogedoras de España durante la última década: que la inmigración es beneficiosa para la economía, pero perjudicial para las tasas de criminalidad locales (Encuesta Social Europea, 2002).

Además, este análisis ha puesto el acento en la importancia de los determinantes estructurales, en detrimento de los factores culturales y psicológicos, por varias razones teóricas y empíricas. En primer lugar, las explicaciones estructurales evitan las interpretaciones circulares (Gans, 1962) y mecanismos que, aunque sean ciertos, resultan triviales (Gerber, 2008). Además, las variables «estructurales» incluidas en los modelos empíricos explican, aunque sea a través de varias cadenas causales, nada menos que el 50% de la variación en la criminalidad percibida en las secciones censales de Madrid. Estos resultados proporcionan un cierto respaldo ecológico a la popular línea de argumentación según la cual «en toda cultura hay gente mala y gente buena», con un pequeño añadido: que la proporción de gente «buena» y «mala» depende, en última instancia, de las características estructurales que las diferentes comunidades afrontan en los diversos contextos espacio-temporales.

En cuanto a grupos concretos, no hay signo de un efecto positivo de los latinoamericanos en la delincuencia, aunque su «cultura» sea supuestamente violenta y se considere que no tienen «la ética que tenemos aquí» (como declaró el presidente de la asociación patronal catalana PIMEC en

2010). Ni los árabes ni los africanos ni los ciudadanos de los países ricos tienen un efecto estable. Por el contrario, la concentración de asiáticos tiene una relación positiva y sólida con la delincuencia percibida en el barrio, asociación que se mantiene incluso cuando se analizan sus propias percepciones sobre la delincuencia. No obstante este dato puede ser el resultado de la autoselección de los asiáticos –es decir, de que se establezcan en secciones censales del centro de la ciudad ya inseguras antes de su llegada–, también habría que reflexionar sobre una explicación alternativa basada en la comunidad local y relacionada con su falta de lazos sociales étnicamente mixtos y con sus escasos niveles de participación sociopolítica.

En cuanto a la evolución de los patrones de criminalidad en la ciudad de Madrid y su relación (bivariada) con la inmigración, los resultados de este análisis ponen de manifiesto dos cuestiones. Por una parte, una mayor integración de las comunidades de inmigrantes, que se reflejara no tanto en el estatus socioeconómico sino en la estabilidad residencial, debería fortalecer los lazos sociales y la organización social de sus barrios, lo cual, a su vez, ayudaría a reducir la creencia en el nexo delincuencia-inmigración. Por otra parte, ya en 2002 había razones para prever que los inmigrantes, especialmente los latinoamericanos, a corto plazo estarían cada vez más relacionados con la delincuencia y el desorden social, puesto que la población adolescente iba a crecer y la población anciana de sus comunidades locales sería sustituida por familias de inmigrantes. Esto es precisamente lo que ocurrió en los últimos años, con el surgimiento de bandas latinas en los barrios obreros de Madrid.⁽²⁵⁾ No obstante, a largo plazo cabe esperar que el envejecimiento de la población inmigrante reduzca los estereotipos que tachan a los barrios de inmigrantes de zonas socialmente desorganizadas y asoladas por la delincuencia; esto es así por, al menos, tres razones: (1) por una reducción de las tasas de criminalidad y de la propensión a desviarse, (2) por una mayor participación de residentes de mediana edad en la organización social de sus barrios, y (3) porque raramente se imagina a las personas de mayor edad como delincuentes, con independencia de sus tasas de criminalidad reales.

(25) Compuestas principalmente de dominicanos, ecuatorianos y colombianos, incluyen bandas como Dominicans Don't Play, Latin Kings, Netas, Forty Two, Trinitarios, etcétera. (Informe de la Fiscalía General del Estado, 2009).

Conclusiones

Este estudio ha adoptado un enfoque cuantitativo para analizar los factores que explican la delincuencia percibida en los barrios. En la línea de las explicaciones sociológicas de la delincuencia y del concepto de malestar urbano, hemos centrado la atención en una serie de características estructurales que determinan la capacidad de los residentes para «autoorganizarse» y mantener a raya las actividades delictivas, así como en una serie de «atajos» informativos» utilizados para evaluar los niveles de delincuencia en el barrio. Mediante diferentes modelos estadísticos, incluidos modelos multinivel y análisis de regresión espacial, y varias fuentes de datos, en especial el Censo de Población y Viviendas de 2001, esta investigación ha confirmado la naturaleza urbana de la teoría de la desorganización social y su potencial para dar cuenta de las variaciones en la criminalidad (percibida) en los países del sur de Europa. Varios determinantes «clásicos» han mostrado una relación clara con los niveles de criminalidad percibida, como el estatus socioeconómico (–), la estabilidad residencial (–) y el nivel de desintegración familiar (+) de las comunidades, y lo mismo puede decirse de nuevas características relacionadas con el tiempo, las capacidades y los recursos dedicados por los vecinos a sus zonas de residencia, como el tiempo de desplazamiento hasta el trabajo (+) y el número de horas de trabajo (+).

Entre estas características, los indicadores de diversidad e inmigración han sido objeto de especial atención; se ha constatado que su efecto en las percepciones de la delincuencia es ambiguo cuando se emplean diferentes modelos estadísticos y se analizan distintos contextos geográficos. Por ejemplo, la diversidad nacional muestra una asociación positiva con la criminalidad percibida en pueblos y grandes ciudades, pero esta relación

apenas se manifiesta en ciudades pequeñas y medianas. De un modo similar, los coeficientes estandarizados del índice de Herfindahl varían significativamente entre las diez ciudades más grandes de España y solo muestran fuertes efectos negativos (un mayor nivel de heterogeneidad o inmigración está relacionado con una mayor criminalidad percibida) en dos grandes ciudades: Barcelona y Bilbao. Por alguna razón desconocida, la presencia de inmigrantes influye de un modo distinto en los residentes a la hora de evaluar los niveles de delincuencia en sus comunidades locales. Se trata de resultados en gran medida inesperados dado el predominio de la creencia en el nexo delincuencia-inmigración.

Delincuencia percibida en los barrios: una variable independiente y relevante

En la transición desde el énfasis exclusivo en las tasas de delincuencia reales hasta la atención a otros aspectos del problema de la delincuencia, que se produjo en la década de los sesenta (Conklin, 1971; 1975), los criminólogos cada vez se centraron más en las consecuencias de la delincuencia, tanto para las víctimas como para el resto de la sociedad (Warr, 2000). El descubrimiento de que el miedo a la delincuencia estaba más extendido que la propia victimización (Garofalo y Laub, 1978; Wilson, 1975) y que los indicadores psicológicos de la delincuencia estaban muy influenciados por los signos de incivismo en el barrio (Hunter, 1978; Lewis y Salem, 1986; Skogan, 1990; Wilson y Kelling, 1982) condujo a los académicos a admitir que el miedo a la delincuencia y las percepciones del riesgo no eran directamente proporcionales a la delincuencia real. Si los criminólogos anteriores hubieran prestado más atención al teorema de Thomas,⁽¹⁾ habrían sido más atrevidos a la hora de reconocer que las reacciones ante la delincuencia podrían, por sí solas, constituir un componente debilitador de la vida de la comunidad.

Una de las aportaciones del presente trabajo es que ofrece evidencia empírica acerca de la importancia de la delincuencia percibida en los barrios como una variable criminológica independiente y merecedora de especial atención entre la comunidad académica. Una condición para ello es que

(1) «Si el hombre define las situaciones como reales, son reales en cuanto a sus consecuencias» (Thomas y Thomas, 1928).

los niveles de criminalidad percibida no solo tengan implicaciones para fenómenos sociales relevantes, como los precios de la vivienda, la adopción de medidas de protección o la probabilidad de instalarse en un barrio, sino que también deben ser parcialmente independientes de los niveles reales de criminalidad, y explicarse por características individuales y contextuales irrelevantes en la explicación de la criminalidad real. En este sentido, los análisis realizados a lo largo del presente libro respaldan la idea de que las percepciones de los residentes sobre la delincuencia están condicionadas por un abanico de «atajos» informativos. Además de por las experiencias de delincuencia personales y socialmente transmitidas, las percepciones se ven influidas por señales visuales como el desorden social (por ejemplo, el ruido o la suciedad de las calles), el deterioro de los edificios y las características sociodemográficas de los vecinos. Asimismo, hay determinadas características individuales, como la edad, el género y la ciudadanía, que influyen en la reacción de los residentes ante las experiencias de delincuencia y en la interpretación de la realidad. Por desgracia, la falta de datos relativos a la criminalidad en España hace inviable una evaluación exhaustiva de los elementos que componen la delincuencia percibida por barrios.

Sin embargo, los datos existentes en España sí se han servido para confirmar la asociación significativa, aunque moderada, entre las mediciones subjetivas de la delincuencia (por ejemplo, la delincuencia percibida en los barrios) y las objetivas (por ejemplo, las tasas de criminalidad y las experiencias personales de victimización), que había sido ampliamente documentada en estudios anteriores (Garofalo, 1979; McPherson, 1978; Quillian y Pager, 2001; Skogan, 1986, Warr, 1982). Entre estos tipos de mediciones existe suficiente correlación como para considerar que la delincuencia real constituye un componente relevante de las percepciones sobre la delincuencia. No obstante, esta correlación es lo bastante moderada como para descartar que exista una correspondencia general entre las mediciones objetivas y las subjetivas de delincuencia, tal como manifestaban McPherson (1978) y Warr (1982). En cuanto a las políticas, es necesario que las estrategias de control de la delincuencia vayan oportunamente acompañadas de políticas dirigidas a abordar el deterioro físico de las comunidades, la incidencia de actos de incivismo social como ruidos, con-

taminación o suciedad en las calles, o la existencia de estereotipos raciales o sociales erróneos. Solo así se podrá acabar con el miedo de los residentes a la delincuencia.

Otra pregunta que se ha abordado es la relativa a los tipos de delito que guardan una relación más sólida con la delincuencia percibida y el miedo a la delincuencia en los barrios. Según los análisis de dos encuestas de victimización, son los delitos instrumentales, impredecibles, graves y «callejeros», en especial los sufridos en persona, los que más influyen en las reacciones de las víctimas ante la delincuencia. Por el contrario, en los análisis con niveles mayores de agregación (como la provincia y el distrito), la comparación entre diferentes tipos de delitos no evidenció patrones claros.

La naturaleza comunitaria de la delincuencia percibida

Una de las premisas principales de este estudio, derivada directamente de los principios de la teoría de la desorganización social, es que las dinámicas comunitarias son relevantes para explicar la delincuencia percibida en los barrios. Al establecer que una serie de condiciones locales alimentan el miedo de los residentes a la delincuencia y condicionan sus percepciones acerca de la criminalidad, estudios anteriores ya habían confirmado indirectamente la importancia de los factores ambientales para comprender las variaciones en la criminalidad percibida en las comunidades locales (Conklin, 1975; Quillian y Pager, 2001).

Sin embargo, hay técnicas más eficaces para demostrar que la delincuencia percibida en los barrios es, hasta cierto punto, el resultado de las características de la comunidad local. Una forma es determinar qué proporción de la varianza de la variable dependiente se puede atribuir a los niveles individual, comunitario y municipal. Con datos de la encuesta 2.634 del CIS, nada menos que el 25% de la varianza corresponde al nivel de la sección censal y un 13% al nivel municipal.⁽²⁾

(2) Hay que tener en cuenta que en las respuestas de las encuestas siempre hay un grado considerable de idiosincrasia, es decir, de aleatoriedad, lo que implica que con frecuencia gran parte de la varianza sigue por explicar.

Asimismo, y con mayor importancia, si se suman niveles adicionales de agregación, como distritos, municipios y provincias, la sección censal alberga la mayor parte de la varianza contextual (39%), seguida de las provincias (25%), los distritos (21%) y los municipios (15%).⁽³⁾ Es decir, parece existir una coincidencia significativa entre los residentes a la hora de evaluar los niveles de delincuencia en sus comunidades locales, y esta coherencia es especialmente clara en el nivel de agregación que más se corresponde con el concepto de comunidad local: la sección censal.

Otra estrategia para evaluar el nivel de coherencia interpersonal entre residentes de la misma sección censal ha consistido en comparar la proporción de encuestados del censo que afirmaron que «la delincuencia y el vandalismo constituían un problema» en las zonas donde residen, según los diferentes grupos sociodemográficos. A pesar de que los resultados tienen un carácter descriptivo, los residentes de diferentes géneros, edades o niveles educativos que viven en la misma sección censal tienen la misma probabilidad de considerar que la delincuencia es un problema en su barrio. Solo encontramos una variación significativa según el continente de nacimiento: los europeos tienen una mayor probabilidad de percibir que en su zona de residencia hay delincuencia que los africanos, los asiáticos y, en especial, los americanos.

Otra premisa «ecológica» del estudio está relacionada con la importancia de las características de la comunidad (incluida la información visual de la que disponen los residentes sobre el desorden social) a la hora de explicar la delincuencia percibida en el barrio y el aislamiento de sus efectos de las dinámicas de tipo individual. Los análisis empíricos nos han mostrado que muchos de los coeficientes de regresión de estos factores estructurales y «atajos» informativos son estadísticamente relevantes. No obstante, ¿podemos afirmar con seguridad que se trata de efectos contextuales y no de la agregación de efectos de tipo individual? Una vez más, los análisis multinivel a partir de la encuesta 2.634 del CIS ilustran que los efectos de las características de la comunidad local apenas varían cuando se incluyen

(3) Por el contrario, en el análisis de la ciudad de Madrid mediante el Censo de Población y Vivienda de 2001 (capítulo 4), la mayor parte de la varianza contextual se produce en el distrito (51%), seguido de la sección censal (27%) y el barrio (22%). Sin embargo, esta comparación resulta incompleta, puesto que los análisis basados en el Censo de 2001 no pueden incluir simultáneamente los niveles individual y de la comunidad local.

variables individuales en los análisis. Además, nos tranquiliza el hecho de que la introducción de variables idénticas a nivel individual y de la sección censal, como el tiempo de residencia, el nivel de educación o la ciudadanía, produzca resultados muy parecidos a los observados al analizar solo los efectos de las variables contextuales. En resumen, existen efectos contextuales o ecológicos y son independientes de las características de los encuestados.

Aplicación de la perspectiva de la desorganización social al contexto español

La investigación criminológica acerca de la desorganización social, la eficacia colectiva y sus conceptos asociados es tan abundante en los Estados Unidos como escasa en España. Este desequilibrio, que es todavía más acentuado que en otros campos de la criminología o sociología, se explica por la escasez de criminólogos, la sobrerrepresentación de la perspectiva jurídica y la alarmante falta de datos sobre delincuencia, profusamente criticada por los expertos (Aebi y Linde, 2010). Ante este difícil contexto, el propósito de este libro era precisamente cubrir dicha laguna poniendo a prueba el rendimiento del modelo de la desorganización social a la hora de explicar la delincuencia percibida en las diferentes comunidades locales de España.

A pesar del hecho de que la teoría de la desorganización social se desarrolló hace casi un siglo para dar cuenta de la delincuencia urbana en los Estados Unidos, los resultados del presente estudio indican que el modelo se puede trasladar al contexto español. Las fuentes exógenas clásicas de la desorganización social (es decir, factores estructurales y características locales) funcionan razonablemente bien a la hora de explicar los patrones de la delincuencia percibida en los barrios. Con todo, se imponen algunas observaciones al respecto. En primer lugar, no todos los factores estructurales son igual de importantes. Por una parte, la desintegración familiar, la rotación residencial y la urbanización son los factores explicativos más sólidos, puesto que incrementan la delincuencia percibida en los barrios en casi cualquier contexto y con diferentes estrategias de modelización. Por otra parte, el estatus socioeconómico de las comunidades –ya se mida mediante el nivel de desempleo, el nivel educativo o un análisis de compo-

nentes principales— es crucial: se trata de un factor clave para explicar las diferencias entre las zonas rurales y las urbanas, y también las diferencias dentro de las grandes ciudades, pese a que su rendimiento en las zonas rurales (definidas como municipios con menos de 5.000 habitantes) es relativamente pobre. En cuanto a las desigualdades espaciales, tienen una relación positiva con la delincuencia percibida en los barrios en la mayoría de las dimensiones analizadas (estatus socioeconómico, diversidad nacional y estabilidad familiar, pero no con la duración de la residencia), aunque buena parte de estos efectos están condicionados por los indicadores de desorden social y deterioro físico.

En general, el ajuste de estos modelos empíricos se puede considerar sobresaliente, puesto que explican nada menos que el 50% de la varianza entre las secciones censales españolas. Sin embargo, si tenemos en cuenta que las fuentes exógenas de desorganización social están en el origen de las dos cadenas causales propuestas como hipótesis en el marco teórico⁽⁴⁾ y que, en cuanto a la delincuencia percibida, existe una interdependencia espacial significativa entre las secciones censales adyacentes, este «excelente» ajuste no debería de sorprender a nadie.

Aunque estos efectos absolutos son importantes, también lo es valorar qué parte del efecto está condicionada por indicadores de desorden social, como el ruido, la limpieza y el deterioro de los edificios. De acuerdo con el modelo teórico, estos indicadores o «atajos» informativos intervienen, aunque solo parcialmente, en el efecto que vincula las fuentes exógenas de desorganización social a la criminalidad percibida. De hecho, incluso cuando se introducen las variables asociadas al «malestar urbano» en el modelo (Wilson, 1968), los factores estructurales del modelo de la desorganización social siguen ejerciendo una influencia significativa en las percepciones de los residentes. A causa de la insuficiencia de datos disponibles, queda fuera de nuestro alcance determinar si en estos efectos «residuales» intervienen las actividades delictivas reales, otros procesos sociales o, si por el contrario, se trata de efectos directos. Solo en el caso de la actividad comercial, que no es parte de la teoría de la desorganización social sino del modelo de la zona concéntrica (Park, Burgess y McKenzie, 1925), ob-

(4) (i) fuentes exógenas → desorden social → delincuencia percibida y (ii) fuentes exógenas → desorden social → delincuencia real → delincuencia percibida.

servamos que el efecto de la variable está enteramente condicionado por los indicadores del desorden social. Es decir, que la abundancia de comercios y oficinas, a través de su efecto positivo sobre el nivel de ruido y suciedad, parece incrementar indirectamente la proporción de los residentes que perciben un nivel significativo de delincuencia.

Otro principio importante propuesto por el libro es que cualquier factor ambiental susceptible de influir en la densidad de asociaciones de voluntariado y de lazos de amistad locales (es decir, en su cantidad) y en su eficacia a la hora de controlar la delincuencia (es decir, en su calidad) debería considerarse una causa potencial de desorden social; o, según el modelo de recursos de la participación sociopolítica (Brady, Verba y Schlozman, 1995; Putnam, 1995; Verba y Nie, 1972), para que las comunidades estén socialmente organizadas, los residentes tienen que pasar tiempo en la comunidad y adquirir los recursos necesarios, como competencias organizativas y activos económicos, y así crear asociaciones eficaces, bien conectadas y con unos objetivos claros. De acuerdo con estas premisas teóricas, se han analizado los efectos, en la delincuencia percibida en los barrios, de las horas extraordinarias y el tiempo de desplazamiento hasta el trabajo o el centro educativo. Y la conclusión es que su efecto es considerable, posiblemente porque comporta una reducción del tiempo que los adultos y los jóvenes pasan en sus comunidades locales. Sin duda, es necesario continuar con la investigación al respecto pero, en todo caso, estos resultados deberían servir de acicate para que los investigadores dejen de centrarse exclusivamente en las variables «clásicas» para abarcar un marco más general que tome en consideración cualquier factor que influya en la participación en las actividades y la vida de barrio de quienes no delinquen.

Este estudio, que interpela directamente a la literatura sobre desorganización social y delincuencia en las comunidades rurales (Lee, Maume y Ousey, 2003; Osgood y Chambers, 2000), también ha analizado el modelo de la desorganización social en cuatro subconjuntos de municipios, ordenados de acuerdo con el tamaño de su población. Pese a que el modelo funciona mejor en grandes ciudades, lo que confirma la naturaleza urbana de la teoría, se puede aplicar a otros tipos de municipios y, en particular, a ciudades medianas (de 35.000 a 225.000 habitantes) y pequeñas (de 5.000

a 35.000 habitantes). Estos modelos también ilustran de qué modo la percepción de la criminalidad en el barrio se incrementa con el número de habitantes, pero con un ritmo decreciente. En este sentido, el barrio típico de las dos principales ciudades (Madrid y Barcelona) se percibe como más seguro que el de otras ciudades grandes pero más pequeñas, por ejemplo, Málaga, Sevilla o Valencia. Por otra parte, el número de habitantes apenas tiene importancia a la hora de analizar las disparidades en los niveles de criminalidad percibida en el barrio, tanto entre diferentes ciudades como entre diferentes zonas de una misma ciudad.

A lo largo del libro se ha analizado ampliamente en qué medida es importante abrir la «caja negra» que conecta las fuentes exógenas de desorganización social con las percepciones de los vecinos sobre la delincuencia. Dado que investigaciones anteriores ya habían demostrado que la organización social y los niveles de delincuencia de los barrios, así como la reacción de los residentes hacia estos, tenían su origen en las características estructurales, parece justificado pasar por alto el contenido de esta «caja negra», al menos desde una perspectiva puramente práctica. Al fin y al cabo, si reducir la rotación residencial comporta una reducción de los niveles de miedo y delincuencia percibida en, por ejemplo, el 99% de las comunidades locales estudiadas, no hay razón para que los sociólogos urbanos no recomienden a los políticos emprender iniciativas con este objetivo, aunque no se identifiquen adecuadamente los mecanismos y las cadenas causales específicos a través de los cuales tendrían efecto.

Diversidad étnica, inmigración y delincuencia percibida en los barrios

Aunque Shaw y McKay (1969[1942]) explicaban que la delincuencia juvenil estaba correlacionada con la proporción de cabezas de familia negros o nacidos en el extranjero, eran cuidadosos a la hora de dotar de valor causal a estas asociaciones basadas en descriptivos básicos⁽⁵⁾ y análisis de correlación parcial,⁽⁶⁾ dado que existía multicolinealidad entre las variables

(5) «Ningún grupo racial, nacional ni por país de nacimiento muestra unas tasas de delincuencia uniformes y características en todas las zonas de Chicago.» Y «[...] dentro del mismo tipo de zona social, nativos, nacidos en el extranjero, nacionalidades de inmigración reciente e inmigrantes más antiguos producen una proporción muy similar de delinquentes.» (Shaw y McKay, 1969 [1942]).

(6) «Por lo tanto, a partir de estos coeficientes [de correlación parcial], queda claro que el porcentaje de familias que reciben ayudas sociales está relacionado con la tasa de delinquentes de un modo más significativo que el porcentaje de cabezas de familia negros o nacidos en el extranjero.» *Ibidem*.

explicativas.⁽⁷⁾ De forma similar, la asociación bivariada entre la inmigración y la delincuencia percibida en los barrios, observable en el conjunto de las comunidades locales españolas, no se mantiene al añadir más variables al modelo y variar los métodos de estimación, ni se observa en todos los diferentes subconjuntos de municipios. Por ejemplo, un índice de Herfindahl basado en grupos nacionales se mostró irrelevante a la hora de explicar la delincuencia percibida en poblaciones pequeñas, en ciudades medianas y en varias grandes ciudades. Asimismo, se mostró insignificante o incluso negativo en el análisis de la ciudad de Madrid, una vez controlado el efecto de la interdependencia espacial mediante modelos multinivel, de retardo espacial y de error espacial. A medida que las comparaciones entre secciones censales se hacen más «locales» –por ejemplo, entre secciones censales pertenecientes al mismo barrio (modelos multinivel) o entre secciones censales cercanas o adyacentes entre sí (modelos con error espacial)–, la influencia de la inmigración en el barrio no solo se reduce, sino que de hecho se vuelve negativa y por lo tanto incrementa la sensación de seguridad de los residentes. En lo referido a la percepción de delincuencia en el barrio, estos resultados indican que vivir con inmigrantes (en la misma sección censal) quizá sea mejor que vivir cerca de ellos (es decir, en secciones censales diferentes pero en el mismo barrio, distrito o municipio).

En realidad, la diversidad, en sí misma y por sí misma, reduce la delincuencia percibida en los barrios, como ha mostrado el coeficiente del índice de Herfindahl al adquirir valores negativos cuando en los modelos de regresión multinivel se incluye la proporción de los principales grupos de inmigrantes. Pese a que hay problemas de multicolinealidad entre los indicadores de diversidad nacional y de concentración de inmigrantes, parece razonable suponer que es el componente «étnico», y no el de «diversidad», el que incrementa la probabilidad de percibir que el barrio adolece de problemas de delincuencia. Este resultado contradice estudios anteriores que no habían separado el componente étnico del de diversidad y que pasaban por alto la composición interna de la población inmigrante.

(7) «[...] son los negros y los nacidos en el extranjero, al menos los inmigrantes más recientes, los que tienen menor acceso a elementos esenciales de la vida y, por consiguiente, los peor preparados para la lucha competitiva, los que se ven obligados a vivir en los peores suburbios y los que menor capacidad tienen para organizarse contra los efectos de este tipo de vida.» *Ibidem*.

De hecho, la presencia de determinados grupos, definidos por su nacionalidad o por su país de nacimiento, muestra una estrecha asociación con los niveles de criminalidad percibida. Es el caso de los marroquíes, al analizar toda España, y de los asiáticos, en el estudio de la ciudad de Madrid. Es interesante el caso de los asiáticos, cuya presencia se asocia con barrios inseguros independientemente del origen de los encuestados (incluso cuando el origen de los encuestados es asiático). En este sentido, es importante señalar que, en general, al evaluar la existencia de delincuencia en los barrios, el sesgo a la hora de valorar el impacto del grupo propio o el de los demás (Rabbie y Horwitz, 1969) es moderado. En conclusión, en esta investigación es sorprendente la constatación de que, con el telón de fondo de la creencia generalizada en un nexo entre la delincuencia y la inmigración, la presencia real de extranjeros en los barrios muestre un efecto ambiguo, y en cualquier caso moderado, sobre la delincuencia percibida. Es decir, sobre el número de residentes que consideran que la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema en sus zonas residenciales.

Bibliografía

- ABELLÁ, C. (2006): *Los discursos mediáticos acerca de la inmigración y el multiculturalismo en España: análisis de los editoriales de ABC, El Mundo y El País, 1994-2002*, tesis doctoral defendida en la Universidad de La Coruña.
- ADLER, F. (1983): *Nations not obsessed with crime*, Littleton: Fred B. Rothman.
- AEBI, M., y A. LINDE (2010): «El misterioso caso de la desaparición de las estadísticas policiales españolas», *Revista Electrónica de Ciencia Penal y Criminología*, 12(7), 1-30.
- AIZLEWOOD, A., y R. PENDAKUR (2005): «Ethnicity and social capital in Canada», *Canadian Ethnic Studies*, 37, 77-102.
- ALESINA, A., y E. LA FERRARA (2005): «Preferences for redistribution in the land of opportunities», *Journal of Public Economics*, 89(5/6), 897-931.
- ALMOND, G., y S. VERBA (1963): *The civic culture: political attitudes and democracy in five nations*, Princeton: Princeton University Press.
- ALONSO-BORREGO, C., N. GAROUPA, M. PEREA y P. VÁZQUEZ (2008): «Inmigración y delincuencia en España, 1999-2007: explicando un comportamiento excepcional», en *Efectos económicos de la inmigración en España*, Madrid: Fundación de Estudios de Economía Aplicada.
- ANDERSON, B. (1983): *Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism*, Londres: Verso.
- ANSELIN, L. (2002): «Under the hood. Issues in the specification and interpretation of spatial regression models», *Agricultural Economics*, 27(3), 247-267.
- ARJONA, A., y J. CHECA (2005): «Emprendedores étnicos en Almería. ¿Una alternativa laboral a la segmentación del mercado de trabajo?», *Sociología del Trabajo*, 54, 101-125.

- BACHRACH, K., y A. ZAUTRA (1985): «Coping with a community stressor: the threat of a hazardous waste facility», *Journal of Health and Social Behavior*, 26(2), 127-141.
- BANNISTER, J., y N. FYFE (2001): «Introduction: fear and the city», *Urban Studies*, 38(5/6), 807-813.
- BARNUM, C., y R. PERFETTI (2010): «Race-sensitive choices by police officers in traffic stop encounters», *Police Quarterly*, 13(2), 180-208.
- BECKER, G. (1968): «Crime and punishment: an economic approach», *Journal of Political Economy*, 167-217.
- BELLAIR, P. (2000): «Informal surveillance and street crime: a complex relationship», *Criminology*, 38(1), 137-169.
- BIDERMAN, A., L. JOHNSON, J. MCINTYRE y A. WEIR (1967): *Report on a pilot study in the District of Columbia on victimization and attitudes toward law enforcement*, Washington D.C.: U.S. Government Printing Office.
- y A. REISS (1967): «On exploring the “dark figure” of crime», *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 374(1), 1-15.
- BLALOCK, H. (1967): *Toward a theory of minority-group relations*, Nueva York: John Wiley.
- BLAU, J., y P. BLAU (1982): «The cost of inequality: metropolitan structure and violent crime», *American Sociological Review*, 47(1), 114-129.
- BLOCK, M., y G. LONG (1973): «Subjective probability of victimization and crime levels: an econometric approach», *Criminology*, 11(1), 87-94.
- BOURDIEU, P. (1985): «The forms of capital», en J. RICHARDSON (ed.): *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*, Nueva York: Greenwood.
- BRADY, H., S. VERBA y K. SCHLOZMAN (1995): «Beyond SES: a resource model of political participation», *American Political Science Review*, 89(2), 271-294.
- BROWN, B., D. PERKINS y G. BROWN (2004): «Incivilities, place attachment and crime: block and individual effects», *Journal of Environmental Psychology*, 24, 359-371.
- (2003): «Place attachment in a revitalizing neighborhood: individual and block levels of analysis», *Journal of Environmental Psychology*, 23, 259-271.
- BROWNING, C., S. FEINBERG y R. DIETZ (2004): «The paradox of social organization: networks, collective efficacy, and violent crime in urban neighbourhoods», *Social Forces*, 83(2), 503-534.

- BRUNTON-SMITH, I., y P. STURGIS (2011): «Do neighborhoods generate fear of crime? An empirical test using the British Crime Survey», *Criminology*, 49(2), 331-369.
- BUEKER, C. (2005): «Political incorporation among immigrants from ten areas of origin: the persistence of source country effects», *International Migration Review*, 39(1), 103-140.
- BURSIK, R. (2006): «Rethinking the Chicago school of criminology: a new era of immigration», en R. MARTINEZ y A. VALENZUELA (eds.): *Immigration and crime: race, ethnicity, and violence*, Nueva York: New York University Press.
- (1989): «Political decisionmaking and ecological models of delinquency: conflict and consensus», en S. MESSNER, M. KROHN y A. LISKA (eds.): *Theoretical integration in the study of deviance and crime: problems and prospects*, Albany: SUNY Press.
- (1988): «Social disorganization and theories of crime and delinquency: problems and prospects», *Criminology*, 26(4), 519-551.
- y H. GRAMSICK (1993): «Economic deprivation and neighbourhood crime rates, 1960-1980», *Law & Society Review*, 27(2), 263-283.
- BUTCHER, K., y A. PIEHL (1998): «Cross-city evidence on the relationship between immigration and crime», *Journal of Policy Analysis and Management*, 17, 457-493.
- CACHÓN, L. (2008): *Convivencia, inmigración y conflictos: tres distritos madrileños desde las voces de los líderes de opinión*, Madrid: Observatorio de Seguridad.
- CARR, P. (2003): «The new parochialism: the implications of the Beltway Case for arguments concerning informal social control», *American Journal of Sociology*, 108(6), 1249-1291.
- CHECA, F. (2001): *El Ejido: la ciudad-cortijo*, Barcelona: Icaria.
- CHEONG, Y., y S. RAUDENBUSH (2000): «Measurement and structural models for children's problem behaviors», *Psychological Methods*, 5(4), 477-495.
- CHIRICOS, T., M. HOGAN y M. GERTZ (1997): «Racial composition of neighborhood and fear of crime», *Criminology*, 35(1), 107-131.
- CHOLDIN, H. (1978): «Urban density and pathology», *Annual Review of Sociology*, 4, 91-113.
- CITRIN, J., y J. SIDES (2008): «Immigration and the imagined community in Europe and the United States», *Political Studies*, 56(1), 33-56.

- CLARKE, R. (1995): «Situational crime prevention», en M. TONRY y D. FARRINGTON (eds.): *Building a safer society: crime and justice*, Chicago: University of Chicago Press.
- CLEMENTE, F., y M. KLEIMAN (1977): «Fear of crime in the United States: a multivariate analysis», *Social Forces*, 56(2), 519-531.
- COFFE, H., B. HEYNDELS y J. VERMEIR (2007): «Fertile grounds for extreme right-wing parties: explaining the Vlaams Blok's electoral success», *Electoral Studies*, 26(1), 142-155.
- COHEN, A. (1955): *Delinquent boys: the culture of the gang*, Glencoe: The Free Press.
- COHEN, C., y M. DAWSON (1993): «Neighbourhood poverty and African American politics», *American Political Science Review*, 87(2), 286-302.
- COHEN, L., y M. FELSON (1979): «Social change and crime rate trends: a routine activity approach», *American Sociological Review*, 44(4), 588-608.
- COLEMAN, J. (1988): «Social capital in the creation of human capital», *American Journal of Sociology*, 94 (suplemento), S95-S120.
- CONKLIN, J. (1975): *The impact of crime*, Nueva York: MacMillan.
- (1971): «Dimensions of community response to the crime problem», *Social Problems*, 18, 373-385.
- DEMOMBYNES, G., y B. ÖZLER (2005): «Crime and local inequality in South Africa», *Journal of Development Economics*, 76(2), 265-292.
- DIJK, J. VAN, J. VAN KESTEREN y P. SMIT (2007): «Criminal victimisation in international perspective: key findings from the 2004-2005 ICVS and EU ICS», Wetenschappelijk Onderzoeken Documentatiecentrum.
- DINAS, E., y J. VAN SPANJE (2011): «Crime story: the role of crime and immigration in the anti-immigration vote», *Electoral Studies*, 30(4), 658-671.
- DURKHEIM, E. (1951[1897]): *The suicide*, Glencoe: The Free Press.
- (1934[1893]): *The division of labor in society*, Londres: MacMillan.
- ECHAZARRA, A. (2012): *Social disorganisation, immigration, and perceived crime in Spanish neighbourhoods*, Madrid: Instituto Juan March.
- ESPING-ANDERSEN, G. (1990): *The three worlds of welfare capitalism*, Cambridge: Polity Press.

- FENNEMA, M., y J. TILLIE (1999): «Political participation and political trust in Amsterdam: civic communities and ethnic networks», *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 25(4), 703-726.
- FERRARO, K., y R. LAGRANGE (1992): «Are older people most afraid of crime? Reconsidering age differences in fear of victimization», *Journal of Gerontology: Social Sciences*, 47, S233-S244.
- FRIED, M. (2000): «Continuities and discontinuities of place», *Journal of Environmental Psychology*, 20(3), 193-205.
- GAMELLA, J. (1997): *Drogas de síntesis en España: patrones y tendencias de adquisición y consumo*, Madrid: Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas.
- GANS, H. (1962): *The urban villagers: group and class in the life of Italian-Americans*, Nueva York: Free Press.
- GARCÍA, E. (2000): «Análisis cuantitativo de la delincuencia de inmigrantes», *Boletín Criminológico*, 49, 1-4.
- , J. Díez, F. Pérez, M. Benítez y A. Cerezo (2010): «Evolución de la delincuencia en España: análisis longitudinal con encuestas de victimización», *Revista Española de Investigación Criminológica*, 8(2).
- GAROFALO, J. (1979): «Victimization and the fear of crime», *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 16(1), 80-97.
- y J. Laub (1978): «The fear of crime: broadening our perspective», *Victimology*, 3, 242-253.
- GERBER, T. (2008): «Review: on sociology», *Contemporary Sociology*, 37(1), 71-73.
- GILL, M., y A. SPRIGGS (2005): «Assessing the impact of CCTV», Home Office Research Study 292, Development and Statistics Directorate.
- GOLDHABER, R., e I. SCHNELL (2007): «A model of multidimensional segregation in the Arab ghetto in Tel Aviv-Jaffa», *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie*, 98, 603-620.
- GÓMEZ-FRAGUELA, J., J. SOBRAL, A. LUENGO, E. ROMERO y P. VILLAR (2009): «El mito del inmigrante delincuente», *Boletín Criminológico*, 112.
- GONZÁLEZ, C., y B. ÁLVAREZ-MIRANDA (2005): *Inmigrantes en el barrio*, Documentos del Observatorio Permanente de la Inmigración.
- GOODE, E., y N. BEN-YEHUDA (1994): «Moral panics: culture, politics, and social construction», *Annual Review of Sociology*, 20, 149-171.
- GRABER, D. (1980): *Crime news and the public*, Nueva York: Praeger.

- GRANOVETTER, M. (1973): «The strength of weak ties», *American Journal of Sociology*, 78(6), 1360-1380.
- GUSFIELD, J. (1975): *Community: a critical response*, Nueva York: Harper & Row.
- HABYARIMANA, J., M. HUMPHREYS, D. POSNER y J. WEINSTEIN (2007): «Why does ethnic diversity undermine public goods provision?», *American Political Science Review*, 101(4), 709-725.
- HAGAN, J., y A. PALLONI (1998): «Immigration and crime in the United States», en J. SMITH y B. EDMONSTON (eds.): *The immigration debate: studies on the economic, demographic, and fiscal effects of immigration*, Washington D.C.: National Academies Press.
- , R. LEVI y R. DINOVTZER (2008): «The symbolic violence of the crime-immigration nexus: migrant mythologies in the Americas», *Criminology and Public Policy*, 7(1), 95-112.
- HARDIN, R. (1995): *One for all: the logic of group conflict*, Princeton: Princeton University Press.
- HAYEK, F. (1964): «The theory of complex phenomena», en M. BUNGE (ed.): *Critical approaches to science and philosophy*, New Brunswick: Transaction.
- HEATH, L. (1984): «Impact of newspaper crime reports on fear of crime: multi-methodological investigation», *Journal of Personality and Social Psychology*, 47(2), 263-276.
- HELLEMAN, G., y F. WASSENBERG (2004): «The renewal of what was tomorrow's idealistic city. Amsterdam's Bijlmermeer high-rise», *Cities*, 21(1), 3-17.
- HIDALGO, C., y B. HERNÁNDEZ (2001): «Place attachment: conceptual and empirical questions», *Journal of Environmental Psychology*, 21, 273-281.
- HIPP, J. (2011): «Violent crime, mobility decisions, and neighborhood racial/ethnic transition», *Social Problems*, 58(3), 410-432.
- (2007): «Block, tract, and levels of aggregation: neighborhood structure and crime and disorder as a case in point», *American Sociological Review*, 72, 659-680.
- HIRSCHI, T. (1969): *Causes of delinquency*, Berkeley: University of California Press.
- y M. GOTTFREDSON (1983): «Age and the explanation of crime», *American Journal of Sociology*, 89(3), 552-584.

- HOPKINS, D. (2010): «Politicized places: explaining where and when immigrants provoke local opposition», *American Political Science Review*, 104, 40-60.
- HUNTER, A. (1985): «Private, parochial and public social orders: the problem of crime and incivility in urban communities», en G. SUTTLES y M. ZALD (eds.): *The challenge of social control: citizenship and institution building in modern society*, Norwood: Ablex.
- (1978): «Symbols of incivility», documento presentado en el Annual Meeting of the American Society of Criminology, Dallas (Texas), noviembre.
- HURWITZ, J., y M. PEFFLEY (1997): «Public perceptions of race and crime: the role of racial stereotypes», *American Journal of Political Science*, 41, 374-401.
- INGLEHART, R. (1977): *The silent revolution: changing values and political styles among Western publics*, Princeton: Princeton University Press.
- JACOBS, J. (1961): *The death and life of great American cities*, Nueva York: Vintage.
- JIANG, S., y E. LAMBERT (2009): «Views of formal and informal crime control and their correlates in China», *International Criminal Justice Review*, 15(1), 5-24.
- JOBES, P., E. BARCLAY, H. WEINAND y J.F. DONNERMEYER (2004): «A structural analysis of social disorganisation and crime in rural communities in Australia», *Australian & New Zealand Journal of Criminology*, 37, 114-140.
- KASARDA, J., y M. JANOWITZ (1974): «Community attachment in mass society», *American Sociological Review*, 39(3), 328-339.
- KASPERSON, R., O. RENN, P. SLOVIC, H. BROWN, J. EMEL, R. GOBLE, J. KASPERSON y S. RATICK (1988): «The social amplification of risk: a conceptual framework», *Risk Analysis*, 8(2), 177-187.
- KAWACHI, I., B. KENNEDY y R. WILKINSON (1999): «Crime: social disorganisation and relative deprivation», *Social Science and Medicine*, 48, 719-731.
- KEIZER, K., S. LINDENBERG y L. STEG (2008): «The spreading of disorder», *Science*, 322, 1681-1685.
- KELLY, M. (2000): «Inequality and crime», *The Review of Economics and Statistics*, 82(4), 530-539.
- KORNHAUSER, R. (1978): *Social sources of delinquency*, Chicago: University of Chicago Press.
- KROHN, M. (1986): «Web of conformity: a network approach to the explanation of delinquent behavior», *Social Problems*, 33, S81-S83.

- LAGRANGE, R., K. FERRARO y M. SUPANCIC (1992): «Perceived risk and fear of crime: role of social and physical incivilities», *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 29, 311-334.
- LAURENCE, J., y A. HEATH (2008): «Predictors of community cohesion: multi-level modelling of the 2005 Citizenship Survey», Londres: Department for Communities and Local Government.
- LEDERMAN, D., N. LOAYZA y A. MENÉNDEZ (2002): «Violent crime: does social capital matter?», *Economic Development and Cultural Change*, 50(3), 509-539.
- LEE, M., y J. BARTKOWSKI (2004): «Love thy neighbor? Moral communities, civic engagement, and juvenile homicide in rural areas», *Social Forces*, 82(3), 1001-1035.
- y R. MARTINEZ (2006): «Immigration and Asian homicide patterns in urban and suburban San Diego», en R. MARTINEZ y A. VALENZUELA (eds.): *Immigration and crime: race, ethnicity and violence*, Nueva York: New York University Press.
- , R. MARTINEZ y R. ROSENFELD (2001): «Does immigration increase homicide? Negative evidence from three border cities», *Sociological Quarterly*, 42, 559-580.
- , M. MAUME y G. OUSEY (2003): «Social isolation and lethal violence across the metro/nonmetro divide: the effects of socioeconomic disadvantage and poverty concentration on homicide», *Rural Sociology*, 68(1), 107-131.
- LEWIS, D., y M. MAXFIELD (1980): «Fear in the neighborhoods: an investigation of the impact of crime», *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 17, 160-189.
- y G. SALEM (1986): *Fear of crime: incivility and the production of a social problem*, New Brunswick: Transaction.
- LIEN, P. (2004): «Asian Americans and voting participation: comparing racial and ethnic differences in recent U.S. elections», *International Migration Review*, 38(2), 493-517.
- LIND, A. (1930): «Some ecological patterns of community disorganization in Honolulu», *American Journal of Sociology*, 36(2), 206-220.
- LISKA, A., y W. BACCAGLINI (1990): «Feeling safe by comparison: crime in the newspapers», *Social Problems*, 37(3), 360-374.

- LIZOTTE, A., D. BORDUA y C. WHITE (1981): «Firearms ownership for sport and protection: two not so divergent models», *American Sociological Review*, 46(4), 499-503.
- LOGAN, J., y H. MOLOTCH (2007[1987]): *Urban fortunes: the political economy of place*, Berkeley / Los Angeles: University of California Press.
- y S. MESSNER (1987): «Racial residential segregation and suburban violent crime», *Social Science Quarterly*, 68(3), 510-527.
- MACIONIS, J., y L. GERBER (2010): *Sociology*, Toronto: Pearson Canada.
- MARTINEZ, R. (2006): «Coming to America: the impact of the new immigration on crime», en R. MARTINEZ y A. VALENZUELA (eds.): *Coming to America: immigration ethnicity, and crime*, Nueva York: New York University Press.
- (2002): *Latino homicide: immigration, violence and community*, Nueva York: Routledge.
- MASLOW, A. (1943): «A theory of human motivation», *Psychological Review*, 50, 370-396.
- MCGINN, A., K. EVENSON, A. HERRING, S. HUSTON y D. RODRIGUEZ (2008): «The association of perceived and objectively measured crime with physical activity: a cross-sectional analysis», *Journal of Physical Activity and Health*, 5(1), 117-131.
- McKENZIE, R. (1922): «The neighbourhood: a study of local life in the city of Columbus, Ohio», *American Journal of Sociology*, 27 (6), 780-799.
- McPHERSON, M. (1978): «Realities and perceptions of crime at the neighborhood level», *Victimology*, 3, 319-328.
- , L. SMITH-LOVIN y J. COOK (2001): «Birds of a feather: homophily in social networks», *Annual Review of Sociology*, 27, 415-444.
- MEARS, D. (2002): «Immigration and crime: what's the connection?», *Federal Sentencing Reporter*, 14(5), 284-288.
- MERRIFIELD, A. (2000): «The dialectics of dystopia: disorder and zero tolerance in the city», *International Journal of Urban and Regional Research*, 24(2), 473-489.
- MERTON, R. (1938): «Social structure and anomie», *American Sociological Review*, 3(5), 672-682.
- MESCH, G. (2000): «Perceptions of risk, lifestyle activities, and fear of crime», *Deviant Behavior*, 21(1), 47-62.

- MICHELIN, F., C. MULDER y A. ZORLU (2008): «Distance to parents and geographical mobility», *Population, Space, and Place*, 14(4), 327-345.
- MIETHE, T., y R. MCCORKLE (1998): *Crime profiles: the anatomy of dangerous persons, places, and situations*, Los Angeles: Roxbury.
- MIGUEL, E., y M. GUGERTY (2005): «Ethnic Diversity, Social Sanctions, and Public Goods in Kenya», *Journal of Public Economics*, 89, 2.325-2.368.
- MONNET, N. (2001): «Moros, sudacas y guiris, una forma de contemplar la diversidad humana en Barcelona», *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 94(58).
- MORALES, L., y A. ECHAZARRA (2013): «Will we all hunker down? The impact of immigration and diversity on local communities in Spain», *Journal of Elections, Parties and Public Opinion*, 23(3), 343-366.
- MORENO, L., y S. SARASA (2000): «The Spanish “via media” to the development of the welfare state», *working paper 92-13*, Instituto de Estudios Sociales Avanzados.
- MORENOFF, J., y A. ASTOR (2006): «Immigrant assimilation and crime: generational differences in youth violence in Chicago», en R. MARTINEZ y A. VALENZUELA (eds.): *Immigration and crime: race, ethnicity and violence*, Nueva York: New York University Press.
- , R. SAMPSON y S. RAUDENBUSH (2001): «Neighborhood inequality, collective efficacy, and the spatial dynamics of urban violence», *Criminology*, 39(3), 517-558.
- MUMFORD, L. (1961): *The city in history: its origins, its transformations, and its prospects*, Nueva York: Mariner.
- OBERWITTLER, D. (2004): «A multilevel analysis of neighbourhood contextual effects on serious juvenile offending: the role of subcultural values and social disorganisation», *European Journal of Criminology*, 1(2), 201-235.
- OSGOOD, W., y J. CHAMBERS (2000): «Social disorganisation outside the metropolis: an analysis of rural youth violence», *Criminology*, 38(1), 81-116.
- PARK, R., E. BURGESS y R. MCKENZIE (1925): *The city*, Chicago: University of Chicago Press.
- PERKINS, D., J. MEEKS y R. TAYLOR (1992): «The physical environment of street blocks and resident perceptions of crime and disorder: implications for theory and measurement», *Journal of Environmental Psychology*, 12, 21-34.

- y R. TAYLOR (1996): «Ecological assessments of community disorder: their relationship to fear of crime and theoretical implications», *American Journal of Community Psychology*, 24, 63-107.
- PETERSON, R., y L. KRIVO (1993): «Racial segregation and black urban homicide», *Social Forces*, 71(4), 1001-1026.
- PINYOL, G. (2008): «La dimensión exterior de las políticas de inmigración en la UE», Barcelona: Fundación CIDOB.
- PLATÓN (1992): *Dialógos. La república*, Madrid: Gredos.
- PORTES, A. (1972): «Rationality in the slum: an essay on interpretive sociology», *Comparative Studies in Society and History*, 14(3), 268-286.
- y J. BÖRÖCZ (1989): «Contemporary immigration: theoretical perspectives on its determinants and modes of incorporation», *International Migration Review*, 23(3), 606-630.
- y E. VICKSTROM (2011): «Diversity, social capital, and cohesion», *American Review of Sociology*, 37, 461-479.
- PUTNAM, R. (2007): «E pluribus unum: diversity and community in the twenty-first century», *Scandinavian Political Studies*, 3(2), 137-174.
- (1995): «Tuning in, tuning out: the strange disappearance of social capital in America», *Political Science and Politics*, 28(4), 664-683.
- (1993): *Making democracy work: civic traditions in modern Italy*, Princeton: Princeton University Press.
- PYLE, G. (1974): *The spatial dynamics of crime*, Chicago: University of Chicago, Department of Geography.
- QUILLIAN, L., y D. PAGER (2001): «Black neighbors, higher crime? The role of racial stereotypes in evaluations of neighborhood crime», *American Journal of Sociology*, 107(3), 717-767.
- RABBIE, J., y M. HORWITZ (1969): «Arousal of ingroup-outgroup bias by a chance win or loss», *Journal of Personality and Social Psychology*, 13(3), 269-277.
- RASBASH, J., y H. GOLDSTEIN (1994): «Efficient analysis of mixed hierarchical and cross-classified random structures using a multilevel model», *Journal of Educational and Behavioral Statistics*, 19(4), 337-350.
- REID, L., H. WEISS, R. ADELMAN y C. JARET (2005): «The immigration-crime relationship: evidence across US metropolitan areas», *Social Science Research*, 34(4), 757-780.

- RODRÍGUEZ-ANDRÉS, A. (2003): «Los determinantes socio-económicos del delito en España», *Revista Española de Investigación Criminológica*, 1, 1-31.
- ROSENFELD, R., y E. BAUMER (2001): «Social capital and homicide», *Social Forces*, 80(1), 283-310.
- ROUNTREE, P., M. AUGUSTINE y J. BRYAN (2005): «The “Reality” of middle-school crime objective vs. subjective experiences among a sample of Kentucky youth», *Journal of School Violence*, 4(2), 3-28.
- y K. LAND (1996): «Perceived risk versus fear of crime: empirical evidence of conceptually distinct reaction in survey data», *Social Forces*, 74, 1353-1376.
- RUMBAUT, R. (2008): «Undocumented immigration and rates of crime and imprisonment: popular myths and empirical realities», documento presentado en la Police Foundation National Conference sobre «The role of local police: striking a balance between immigration enforcement and civil liberties», Washington D.C., agosto.
- y K. IMA (1988): «The adaptation of Southeast Asian refugee youth: a comparative study», informe final, Washington D.C.: U.S. Office of Refugee Resettlement.
- y W. EWING (2007): *The myth of immigrant criminality and the paradox of assimilation: incarceration rates among native and foreign-born men*, Washington D.C.: Immigration Policy Center, American Immigration Law Foundation.
- , R. GONZALES, G. KOMAIE, C. MORGAN y R. TAFOYA-ESTRADA (2006): «Immigration and incarceration: patterns and predictors of imprisonment among first- and second-generation young adults», en R. MARTINEZ y A. VALENZUELA (eds.): *Immigration and crime: race, ethnicity and violence*, Nueva York: New York University Press.
- SAMPSON, R. (2006): «Open doors don't invite criminals: is increased immigration behind the drop in crime?», *The New York Times*, 11/03/2006.
- (1992): «Family management and child development: insights from social disorganisation theory», en J. MCCORD (ed.): *Advances in criminological theory: volume 3*, New Brunswick: Transaction.
- (1991): «Linking the micro- and macrolevel dimensions of community social organization», *Social Forces*, 70(1), 43-64.
- (1987): «Urban black violence: the effect of male joblessness and family disruption», *American Journal of Sociology*, 93(2), 348-382.

- y D. BARTUSCH (1998): «Legal cynicism and (subcultural?) tolerance of deviance: the neighbourhood context of racial differences», *Law & Society Review*, 32(4), 777-804.
- y B. GROVES (1989): «Community structure and crime: testing social disorganisation theory», *American Journal of Sociology*, 95(4), 774-802.
- , J. MORENOFF y F. EARLS (1999): «Beyond social capital: spatial dynamics of collective efficacy for children», *American Sociological Review*, 64(5), 633-660.
- y S. RAUDENBUSH (1999): «Systematic social observation of public spaces: a new look at disorder in urban neighborhoods», *American Journal of Sociology*, 5(3), 603-651.
- , S. RAUDENBUSH y F. EARLS (1997): «Neighbourhoods and violent crime: a multilevel study of collective efficacy», *Science*, 277, 918-924.
- y W. WILSON (1995): «Towards a theory of race, crime, and urban inequality», en J. HAGAN y R. PETERSON (eds.): *Crime and inequality*, Stanford: Stanford University Press.
- SHAW, C., y H. MCKAY (1969[1942]): *Juvenile delinquency in urban areas*, Chicago: University of Chicago Press.
- SHERMAN, L., y B. GLICK (1984): «Quality of police arrest statistics», Washington D.C.: Police Foundation.
- SHORT, J. (1969): «Introduction to the revised edition», en C. SHAW y H. MCKAY (eds.): *Juvenile Delinquency and Urban Areas*, Chicago: University of Chicago Press.
- SIMCHA-FAGAN, O., y J. SCHWARTZ (1986): «Neighbourhood and delinquency: an assessment of contextual effects», *Criminology*, 24(4), 667-703.
- SKOGAN, W. (1990): *Disorder and decline: crime and the spiral of decay in American neighborhoods*, Nueva York: Free Press.
- (1986): «Fear of crime and neighborhood change», *Crime and Justice*, 8, 203-229.
- y M. MAXFIELD (1981): *Coping with crime*, Beverly Hills: Sage.
- SMALL, M., y J. FELDMAN (2012): «Ethnographic evidence, heterogeneity, and neighbourhood effects after moving to opportunity», en M. VAN HAM, D. MANLEY, N. BAILEY, L. SIMPSON y D. MACLENNAN (eds.): *Neighbourhood effects research: new perspectives*, Dordrecht: Springer Netherlands.

- SNODGRASS, J. (1976): «Clifford R. Shaw and Henry D. McKay: Chicago criminologists», *British Journal of Sociology*, 16(1), 1-19.
- SOLÉ, C., S. PARELLA, A. ALARCÓN, V. BERGALLI y F. GIBERT (2000): «El impacto de la inmigración en la sociedad receptora», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 90, 131-157.
- STINCHCOMBE, A., R. ADAMS, C. HEIMER, K. SCHEPPELE, T. SMITH y G. TAYLOR (1980): *Crime and punishment: changing attitudes in America*, San Francisco: Jossey-Bass.
- STOFFLET, E. (1941): «The European immigrant and his children», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 217, 84-92.
- STUMPF, J. (2006): «The crimmigration crisis: immigrants, crime, and sovereign power», *working paper 1635*, Bepress Legal Series.
- SULLIVAN, M. (1989): «*Getting paid*»: *youth crime and work in the inner city*, Ithaca: Cornell University Press.
- SUTHERLAND, E. (1945): «Is “white collar crime” crime?», *American Sociological Review*, 10(2), 132-139.
- (1924): *Criminology*, Filadelfia: Lippincott.
- SUTTLES, G. (1968): *The social order of the slum: ethnicity and territory in the inner city*, Chicago: University of Chicago Press.
- SYKES, G., y D. MATZA (1957): «Techniques of neutralization: a theory of delinquency», *American Sociological Review*, 22(6), 664-670.
- TAYLOR, R. (2001): *Breaking away from broken windows*, Boulder: Westview Press.
- (1996): «Neighborhood responses to disorder and local attachments: the systemic model of attachment, and neighborhood use value», *Sociological Forum*, 11, 41-74.
- THOMAS, W., y D. THOMAS (1928): *The child in America: behavior problems and programs*, Nueva York: Knopf.
- y F. ZNANIECKI (1927): *The Polish peasant in Europe and America*, Nueva York: Knopf.
- TOBLER, W. (1970): «A computer movie simulating urban growth in the Detroit region», *Economic Geography*, 46, 234-240.
- TÖNNIES, F. (2002[1887]): *Community and society*, Londres: Courier Dover.

- TONRY, M. (1997): «Ethnicity, crime, and immigration», *Crime and Justice*, 21, 1-29.
- TYLER, T. (1984): «Assessing the risk of crime victimization: the integration of personal victimization experience and socially transmitted information», *Journal of Social Issues*, 40, 27-38.
- VAZSONYI, A., y M. KILLIAS (2001): «Immigration and crime among youth in Switzerland», *Criminal Justice and Behavior*, 28(3), 329-366.
- VECHTEN, C. VAN (1941): «The criminality of the foreign born», *Journal of Criminal Law and Criminology*, 32, 139-147.
- VERBA, S., y N. NIE (1972): *Participation in America: political democracy and social equality*, Nueva York: Harper and Row.
- VEYSEY, B., y S. MESSNER (1999): «Further testing of social disorganisation theory: an elaboration of Sampson and Groves' community structure and crime», *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 36(2), 156-174.
- VOSS, P., D. LONG, R. HAMMER y S. FRIEDMAN (2006): «County child poverty rates in the US: a spatial regression approach», *Population Research Policy Review*, 25, 369-391.
- WACQUANT, L. (2008): *Urban outcasts: a comparative sociology of advanced marginality*, Cambridge: Polity Press.
- (2007): «Territorial stigmatization in the age of advanced marginality», *Thesis Eleven*, 91(1), 66-77.
- WARNER, B. (2003): «The role of attenuated culture in social disorganisation theory», *Criminology*, 41(1), 73-98.
- y G. PIERCE (1993): «Reexamining social disorganization theory using calls to the police as a measure of crime», *Criminology*, 31(4), 493-517.
- y P. ROUNTREE (1997): «Social ties and crime: is the relationship gendered?», *Criminology*, 37(4), 789-814.
- WARR, M. (2000): «Fear of crime in the United States: avenues for research and policy», *Criminal Justice*, 4, 451-489.
- (1994): «Public perceptions and reactions to violent offending and victimization», en A. REISS JR. y J. ROTH (eds.): *Consequences and control*, Washington D.C.: National Academy Press.
- (1990): «Dangerous situations: social context and fear of victimization», *Social Forces*, 68, 891-907.

- (1984): «Fear of victimization: why are women and the elderly more afraid?», *Social Science Quarterly*, 65(3), 681-702.
- (1982): «The accuracy of public beliefs about crime: further evidence», *Criminology*, 20, 185-204.
- y M. STAFFORD (1983): «Fear of victimization: a look at the proximate causes», *Social Forces*, 61, 1033-1043.
- WARREN, R. (1971): *The community in America*, Chicago: Rand McNally.
- WELCH, M. (2003): «Ironies of social control and the criminalization of immigrants», *Crime, Law and Social Change*, 39(4), 319-337.
- WELLS, E., y R. WEISHEIT (2004): «Patterns of rural and urban crime: a county-level comparison», *Criminal Justice Review*, 29(1), 1-22.
- WELSH, B., y D. FARRINGTON (2004): «Evidence-based crime prevention: the effectiveness of CCTV», *Crime Prevention and Community Safety: An International Journal*, 6, 21-33.
- WHYTE, W. (1943): *Street corner society: the social structure of an Italian slum*, Chicago: University of Chicago Press.
- WILSON, J. (1975): *Thinking about crime*, Nueva York: Basic Books.
- (1968): «The urban unease: community vs. city», *The Public Interest*, 12, 25-39.
- y G. KELLING (1982): «Broken windows», *Atlantic Monthly*, 211, 29-38.
- WILSON, W. (1996): *When work disappears: the world of the new urban poor*, Nueva York: Knopf.
- (1987): *The truly disadvantaged: the inner city, the underclass, and public policy*, Chicago: University of Chicago Press.
- WIRTH, L. (1938): «Urbanism as a way of life», *American Journal of Sociology*, 44 (1), 1-24.
- WYANT, B. (2008): «Multilevel impacts of perceived incivilities and perceptions of crime risk on fear of crime isolating endogenous impacts», *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 45(1), 39-64.
- ZATZ, M., y E. PORTILLOS (2000): «Voices from the barrio: Chicano/a gangs, families, and communities», *Criminology*, 38(2), 369-402.

Fuentes de datos

- ASEP-JDS: Actitud hacia los Inmigrantes, 1991-2007.
- CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas): Barómetros: indicadores, 1980-2010.
- CIS: Encuesta 2632, Ciudadanía y participación, 2006.
- CIS: Encuesta 2634, Clases sociales y estructura social, 2006.
- Idealista.com: precios de la vivienda en la ciudad de Madrid por barrios, diciembre de 2000, www.idealista.com.
- INE (Instituto Nacional de Estadística): estadísticas de condenados, 1998-2010.
- INE: Padrón municipal, 1998-2010.
- INE: Censo de Población y Vivienda, 2001.
- International Centre for Prison Studies: *World Prison Population List*, (8.ª ed., 2009).
- Policía Municipal de Madrid: Encuesta de Victimización de Madrid ciudad, Observatorio de la Seguridad, 2008.
- Ministerio de Interior: *Anuario estadístico del Ministerio de Interior*, 1995-2010.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE): ingresos fiscales totales por país (2009).
- Inter-university Consortium for Political and Social Research (ICPSR): Project on Human Development in Chicago Neighborhoods (PHDCN).
- Departamento de Criminología, Instituto Max Planck de Derecho Penal Extranjero e Internacional (Friburgo): *Social Problems and Juvenile Delinquency in Ecological Perspective*.
- Instituto de Estadística de Madrid: datos electorales de las elecciones nacionales de 2000 y regionales de 2003.
- Oficina de Fiscalización de Drogas y de Prevención del Delito: Estadísticas sobre homicidios, 2010.
- Wetenschappelijk Onderzoeken Documentatiecentrum: International Crime Victims Survey (ICVS), 2004-2005.
- Banco Mundial (Datos): estadísticas sobre el PIB, 2002.

Índice de tablas y gráficos

Tablas

2.1	Una lista de estadísticas sobre criminalidad accesibles en España (1989-2010)	71
2.2	Criminalidad [†] y vandalismo percibidos en el barrio según las características de las secciones censales	79
2.3	Regresiones <i>logit</i> a encuestados del censo (mayores de 16 años). Delincuencia percibida en el barrio, [†] características sociodemográficas individuales y signos de desorden social y físico	81
2.4	Modelo multinivel con individuos (nivel 1) y secciones censales (nivel 2). Delincuencia percibida en el barrio [†] y composición sociodemográfica percibida de las secciones censales	84
2.5	Modelo multinivel con individuos (nivel 1) y secciones censales (nivel 2). Delincuencia percibida en el barrio [†] y composición sociodemográfica percibida y objetiva de las secciones censales	85
2.6	Correlaciones de Pearson. Tasas de criminalidad registradas (2002) y la delincuencia percibida en el barrio (2001) en las provincias españolas (N = 50)	88
2.7	Correlaciones de Pearson. Tasas de criminalidad registradas y la delincuencia percibida en el barrio (2001) en los distritos de la ciudad de Madrid (N = 21)	89
2.8	Miedo a la delincuencia y la victimización en función del tipo de delito (N = 1.975)	92
2.9	Correlaciones de Pearson. Delincuencia percibida en el barrio y tasas de victimización en los distritos de Madrid ciudad (N = 21)	94
2.10	Correlaciones de Pearson. Victimización local y percepciones sobre los problemas en el barrio	95

2.11	Características de las víctimas en la encuesta International Crime Victims Survey (2005)	99
2.12	Características de las víctimas en la Encuesta de Victimización de Madrid ciudad (2008)	100
2.13	Análisis de regresión de mínimos cuadrados ordinarios (MCO). Sentirse seguro al andar solo por el barrio de noche [†] y características sociodemográficas básicas	101
2.14	Análisis de regresión de MCO. Delincuencia percibida en el barrio [†] y características sociodemográficas	102
2.15	Regresiones <i>logit</i> multinivel con encuestados, secciones censales y municipios. Delincuencia percibida en el barrio, [†] características sociodemográficas individuales, factores estructurales y signos de desorden social y físico	104
3.1	Estadísticos descriptivos de las variables utilizadas en los modelos de regresión	116
3.2	Modelos de regresión lineal multinivel. Fuentes exógenas de desorganización social, signos de desorden social y criminalidad percibida en el barrio*	122
3.3	Modelos de regresión lineal multinivel. Determinantes de la delincuencia percibida en el barrio*, según la población del municipio	127
3.4	Regresiones lineales de MCO. Coeficientes estandarizados de las principales fuentes exógenas de desorganización social en las 10 mayores ciudades de España	129
4.1	Características de la sección censal típica de los nativos y de la de los nacidos en el extranjero*	147
4.2	Delincuencia percibida en los barrios (dentro de las secciones censales) por los grupos seleccionados	151
4.3	Modelos de regresión sobre la delincuencia percibida en los barrios de la ciudad de Madrid	159

Gráficos

1.1	Factores que influyen en el apego al barrio	37
1.2	La «caja negra» de la teoría de la desorganización social	55
1.3	Incorporación de los recursos de los vecinos al modelo de la desorganización social	62

1.4	Una cadena causal detallada del modelo de la desorganización social	64
1.5	La teoría de la desorganización social, el modelo de recursos de la participación sociopolítica y la tesis del incivismo	66
2.1	Evolución de la opinión pública sobre los problemas más importantes de España	75
2.2	Distribución de la criminalidad y el vandalismo percibidos en el barrio por secciones censales (N = 34.251)	77
2.3	Distribución geográfica de la criminalidad y el vandalismo percibidos en el barrio, por municipios (2001)	78
2.4	Tendencias en el nexo delincuencia-inmigración percibido por los residentes. España, 1993-2007	83
2.5	Victimización y miedo a la delincuencia en la encuesta ICVS (2005)	92
2.6	Delincuencia percibida en el barrio y victimización en la Encuesta de Victimización de Madrid ciudad	94
2.7	Tasas de condenados por grupo de edad (2009)	97
2.8	Tasas de condenados por nacionalidad (2009)	98
3.1	Regresiones lineales de MCO para las 10 mayores ciudades de España. Coeficientes estandarizados de las principales fuentes exógenas derivadas de la teoría de la desorganización social	130
4.1	Evolución de la opinión pública sobre la inmigración y la seguridad ciudadana en España (1999-2002)	137
4.2	Evolución de la población extranjera y nacida en el extranjero en la ciudad de Madrid, 1986-2010	143
4.3	Evolución del malestar (escala de 0 a 10) ante la posibilidad de tener como vecinos a determinados grupos	145
4.4	Distribución geográfica de los nativos y de los diferentes grupos de inmigrantes en los 128 barrios de Madrid (2002)	148
4.5	País de origen de la población nacida en el extranjero y tiempo de residencia en España, según el Censo de 2001	149
4.6	Delincuencia percibida en los barrios (por secciones censales de la ciudad de Madrid)	155

4.7	Correlaciones entre la proporción de residentes originaria en los países/regiones seleccionados y la delincuencia percibida en los barrios, según el continente de nacimiento	161
4.8	Modelos multinivel. Delincuencia percibida en los barrios y proporción de grupos nacidos en el extranjero: evaluación cruzada	163

Glosario de siglas

ASEP: Análisis Sociológicos, Económicos y Políticos, SA

AIC: criterio de información de Akaike

CIS: Centro de Investigaciones Sociológicas

PIB: producto interior bruto

MLJ: modelos lineales jerárquicos

ICVS: International Crime Victims Survey

INE: Instituto Nacional de Estadística

EVMC: Encuesta de victimización de Madrid ciudad

MCO: mínimos cuadrados ordinarios

MVR: máxima verosimilitud restringida

PP: Partido Popular

PSOE: Partido Socialista Obrero Español

UNODC: Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito

Apéndice metodológico

A. Descripción de las variables

Las variables se aplican a las secciones censales (S), los municipios (M) o ambos (S/M).

Delincuencia (o criminalidad) percibida en el barrio (S): porcentaje de encuestados adultos (16 años o más) que responden «sí» a la pregunta siguiente: «¿Tiene su vivienda alguno de los problemas siguientes? [...] Delincuencia y vandalismo».

% educación superior (S/M): porcentaje de titulados universitarios sobre la población adulta.

Tasa de desempleo (S): proporción de desempleados sobre la población activa.

Índice de Herfindahl (S/M): suma de las proporciones (al cuadrado) que representan 15 nacionalidades (o grupos de nacionalidades) diferentes sobre la población total. Las nacionalidades incluidas son: alemana, argentina, británica, búlgara, cubana, dominicana, ecuatoriana, española, francesa, italiana, marroquí, peruana, rumana, venezolana y «otras». Los valores van de 0 a 1 y se pueden interpretar como la probabilidad de que dos individuos seleccionados al azar pertenezcan al mismo grupo (nacionalidad).

% nacionalidad (S): proporción de residentes de una determinada nacionalidad sobre la población total.

Tiempo de residencia (S/M): duración media de la residencia en la vivienda actual, en años.

% vivienda de alquiler (S): porcentaje de personas que viven en una vivienda de alquiler sobre la población total.

% segunda residencia (S): porcentaje de residentes que disponen de una segunda residencia (utilizada al menos 15 días al año) sobre la población total.

% divorciados/separados (S/M): proporción de personas divorciadas o separadas sobre la población total.

% horas extras (S): porcentaje de personas que trabajan más de 45 horas por semana sobre la población empleada.

Tiempo de desplazamiento hasta el trabajo (S): duración media del desplazamiento de la población empleada hasta el trabajo, en minutos.

Número de hijos por familia (S): número medio de hijos por unidad familiar (solamente entre las familias con hijos).

Tiempo de desplazamiento hasta la escuela (S): duración media del desplazamiento de los estudiantes hasta los centros educativos, en minutos.

% ancianos (S): proporción de personas mayores de 64 años sobre la población total.

% mujeres (S): porcentaje de mujeres sobre la población total.

Número de minoristas/oficinas (S): número de comercios minoristas y oficinas.

Ruidolimpieza percibidos: porcentaje de encuestados adultos (16 años de edad o más) que responden «sí» a la pregunta siguiente: «¿Tiene su vivienda alguno de los problemas siguientes? [...] ruidos exteriores; [...] poca limpieza en las calles [...]».

Estado de los edificios: índice de 0 a 100 que mide el estado de los edificios en una zona en particular. El valor máximo (100) indica que todos los edificios están en buenas condiciones.

Población (M): población total (unidad de medida: 100.000 habitantes).

B. Estatus socioeconómico: Análisis de componentes principales (primer componente)*

	AUTOVECTORES	VARIANZA NO EXPLICADA
% educación terciaria	0,52	0,13
% desempleo	-0,39	0,51
Precios de la vivienda (€)	0,41	0,47
Núm. de coches por hogar (media)	0,42	0,42
Tamaño de la vivienda (m ²)	0,48	0,24

* Varianza explicada por el primer componente: 65%. Autovalor: 3,22.

Fuente: elaboración propia a partir de datos del Censo de Población y Viviendas de 2001.

C. Desorden social: Análisis de componentes principales (primer componente)*

	AUTOVECTORES	VARIANZA NO EXPLICADA
% de los entrevistados por el censo que consideran que ... constituye un problema en su zona de residencia		
Ruido	0,62	0,28
Suciedad	0,44	0,64
Contaminación	0,65	0,20

* Varianza explicada por el primer componente: 63%. Autovalor: 1,88.

Fuente: elaboración propia a partir de datos del Censo de Población y Viviendas de 2001.

D. Descripción de los modelos espaciales del libro

Los modelos jerárquicos o multinivel (MLJ) son modelos estadísticos de parámetros que varían en más de un nivel (geográfico). Normalmente los individuos están anidados (integrados) en unidades contextuales como clases, escuelas, secciones censales o distritos electorales. En esta investigación en concreto, las secciones censales (nivel 1) están anidadas en los municipios (nivel 2) o en los distritos (nivel 3). En la modelización espacial, la idea de pertenencia a un grupo es lo que distingue los modelos MLJ de los modelos llamados de regresión espacial; en los MLJ se introduce un ajuste de interdependencia espacial consistente en el agrupamiento de las unidades de nivel 1 dentro de las unidades del nivel 2, para a continuación calcular un coeficiente de la pendiente (solo en los modelos con pendiente aleatoria) y un término constante, ambos específicos para

cada unidad de nivel 2. El problema del modelo MLJ es la existencia de puntos de corte y, por lo tanto, de «efectos de frontera» que hacen que dos unidades adyacentes puedan pertenecer a grupos distintos

En los modelos espaciales (es decir, con error espacial y con retardo espacial), las unidades de análisis no pertenecen a ninguna unidad agregada. En lugar de ello, se incluye el efecto de la interdependencia espacial otorgando, por cada unidad de análisis, diferentes pesos a las unidades (geográficas) restantes, para así formar lo que se denominada una matriz de ponderación espacial. Estos pesos se multiplican por el valor de la variable dependiente, que a continuación se introduce en el modelo de regresión, ya sea como un término de error (en el modelo con error espacial) o como variable independiente (en el modelo con retardo espacial). Los pesos se asignan según una regla definida de antemano por el investigador. Por ejemplo, se podrían tomar en consideración solamente las unidades adyacentes o las N unidades más cercanas (es decir, peso > 0), o los pesos podrían descender proporcionalmente con la distancia. Estos modelos son extremadamente flexibles porque las matrices de ponderación espacial pueden adquirir infinitas formas, pero en la práctica suelen utilizar una regla fija y seguir un criterio de distancia. En pocas palabras, mientras que en los modelos MLJ las diversas unidades primarias pertenecen al mismo «grupo», en los modelos espaciales cada unidad tiene su propio «entorno». El problema es que los «entornos» se suelen crear a partir de una regla predeterminada y rígida que omite las idiosincrasias. Nótese que ni los modelos MLJ ni los espaciales son «geográficos» por definición. La distancia puede estar relacionada con la cultura, la personalidad, los grados de separación en redes sociales o cualquier otra característica.

Un inconveniente de los modelos de regresión espacial, ya sean de error espacial o de retardo espacial, es que hay que seleccionar un criterio específico para crear la matriz de ponderación espacial (es decir, las áreas circundantes), que será, en cierta medida, arbitrario. En el presente libro, la selección es empírica, mediante el criterio de información de Akaike (AIC). La regla de contigüidad de la *reina* proporciona los valores más bajos de AIC, por delante de los criterios de contigüidad de la *torre*, de los vecinos K (desde 1 hasta 500 vecinos más cercanos), de la distancia inversa y del

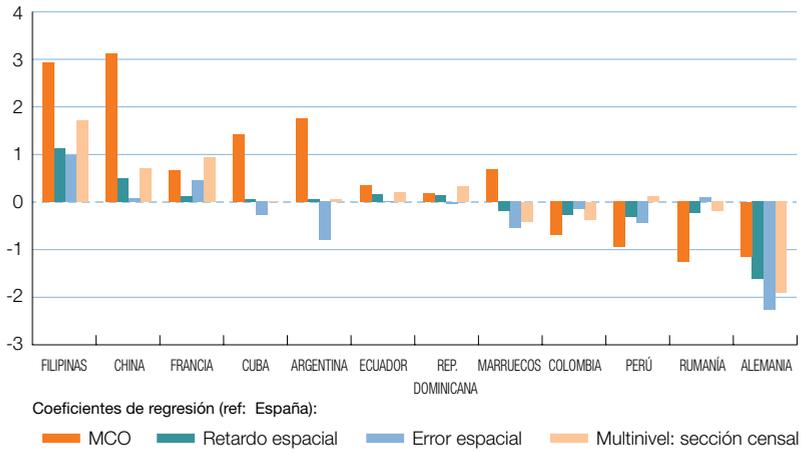
cuadrado de la distancia inversa. La regla de contigüidad de la reina selecciona como vecinos aquellos con los que la unidad comparte fronteras o vértices, mientras que la regla de contigüidad de la torre solo selecciona los casos colindantes (es decir, con los que está en contacto mediante fronteras, no vértices). En el presente estudio, el número medio de áreas contiguas es de 6,5, lo que corresponde aproximadamente a 400 metros de distancia desde el centroide de la sección censal. Además, por razones de cálculo, la matriz de ponderación espacial estaba estandarizada por filas, lo cual, por definición, sobrevaloraba las secciones censales con menos secciones vecinas. Pese a todo, es una etapa necesaria para efectuar análisis de regresión espacial.

Para seleccionar una de las diferentes estrategias de modelización espacial, se suelen emplear dos criterios:

I. La fuente de la interdependencia espacial. El hecho de que la fuente de la interdependencia espacial sea identificable simplifica la selección del modelo adecuado. Sin embargo, en estudios de sección cruzada esta identificación es virtualmente imposible, al menos mediante procedimientos estadísticos. Por ejemplo, en esta investigación las fuentes potenciales incluían un desajuste entre la unidad espacial de análisis y el entorno relevante en cuanto a la criminalidad percibida, la autocorrelación espacial de las variables explicativas o de la difusión de actividades relacionadas con la delincuencia, los rumores y los estereotipos (es decir, un «contagio real»). Incluso existe una interdependencia espacial implícita en la formulación de la variable dependiente, ya que a los encuestados se les solicitaba que evaluaran la delincuencia y el vandalismo en las zonas en que residían pese a que estas comprendían, para la mayoría de los encuestados, varias secciones censales (los residentes no conocen las demarcaciones de las secciones censales). Si la fuente está relacionada con un desajuste geográfico o, en términos más generales, con errores de medición, se suele recomendar el modelo de error espacial. Si la fuente es un proceso de difusión, el modelo de retardo espacial es el correcto. Si la interdependencia espacial procede de la existencia de unidades más grandes identificables e independientes en que se anidan las unidades espaciales, los modelos MLJ son la mejor estrategia.

II. Discontinuidades espaciales. Las geografías urbanas constituyen, desde el punto de vista social y administrativo, paisajes estructurados y continuos. La ciudad de Madrid se puede concebir como una geografía unificada, continua y regular, donde es la distancia en sentido estricto la que ejerce de principal dimensión espacial, y también como un espacio estructurado en el que los «puntos de corte» arquitectónicos, sociales e incluso psicológicos, que a menudo corresponden a divisiones administrativas, conforman los patrones espaciales tanto de las percepciones de la delincuencia como de sus determinantes. El presente estudio parte de la base de que ambas interpretaciones son complementarias y en cierto modo precisas, puesto que, incluso cuando la mayoría de las variables relacionadas con la delincuencia muestran una distribución espacial regular por el espacio urbano, existen importantes efectos de barrera, entre los que destacan los relacionados con parques públicos (por ejemplo, El Retiro o la Casa de Campo), vías de tren y rondas de circunvalación (por ejemplo, la M-30 y la M-40) y otras grandes arterias de circulación (por ejemplo, la A-3, la N-402 o el paseo de la Castellana). Además, aunque la división administrativa del espacio –en distritos y barrios– raramente genere políticas diferenciadas o una identificación de los ciudadanos con entidades sublocales, las asociaciones, los partidos políticos y los servicios sociales a menudo se organizan de acuerdo con el mismo patrón espacial, y determinados barrios y distritos sí cosechan un fuerte apego entre los ciudadanos. Dado que la distancia absoluta y las divisiones administrativas son criterios razonables para reflejar los efectos espaciales, se considera que, como estrategias de modelización, valen la pena tanto los modelos de regresión espacial, basados en la primera ley de la geografía de Tobler, como los modelos multinivel, basados en la idea de pertenencia a un grupo.

E. Análisis de regresión. Efectos del porcentaje de residentes nacidos en los países seleccionados y de la proporción de residentes que consideran que la delincuencia y el vandalismo constituyen un problema en sus zonas de residencia



N = 2.358 secciones censales.

Las especificaciones del modelo son idénticas a las de las regresiones de la tabla 6.3.

Colección Estudios Sociales

Disponible en internet: www.laCaixa.es/ObraSocial

Títulos publicados

1. LA INMIGRACIÓN EXTRANJERA EN ESPAÑA (*agotado*)
Eliseo Aja, Francesc Carbonell, Colectivo Ioé (C. Pereda, W. Actis y M. A. de Prada), Jaume Funes e Ignasi Vila
2. LOS VALORES DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA Y SU RELACIÓN CON LAS DROGAS (*agotado*)
Eusebio Megías (director)
3. LAS POLÍTICAS FAMILIARES EN UNA PERSPECTIVA COMPARADA (*agotado*)
Lluís Flaquer
4. LAS MUJERES JÓVENES EN ESPAÑA (*agotado*)
Inés Alberdi, Pilar Escario y Natalia Matas
5. LA FAMILIA ESPAÑOLA ANTE LA EDUCACIÓN DE SUS HIJOS (*agotado*)
Víctor Pérez-Díaz, Juan Carlos Rodríguez y Leonardo Sánchez Ferrer
6. VEJEZ, DEPENDENCIA Y CUIDADOS DE LARGA DURACIÓN (*agotado*)
David Casado Marín y Guillem López i Casasnovas
7. LOS JÓVENES ANTE EL RETO EUROPEO (*agotado*)
Joaquim Prats Cuevas (director)
8. ESPAÑA ANTE LA INMIGRACIÓN (*agotado*)
Víctor Pérez-Díaz, Berta Álvarez-Miranda y Carmen González-Enríquez
9. LA POLÍTICA DE VIVIENDA EN UNA PERSPECTIVA EUROPEA COMPARADA (*agotado*)
Carme Trilla
10. LA VIOLENCIA DOMÉSTICA (*agotado*)
Inés Alberdi y Natalia Matas
11. INMIGRACIÓN, ESCUELA Y MERCADO DE TRABAJO
Colectivo Ioé (Walter Actis, Carlos Pereda y Miguel A. de Prada)
12. LA CONTAMINACIÓN ACÚSTICA EN NUESTRAS CIUDADES
Benjamín García Sanz y Francisco Javier Garrido
13. FAMILIAS CANGURO
Pere Amorós, Jesús Palacios, Núria Fuentes, Esperanza León y Alicia Mesas
14. LA INSERCIÓN LABORAL DE LAS PERSONAS CON DISCAPACIDADES (*agotado*)
Colectivo Ioé (Carlos Pereda, Miguel A. de Prada y Walter Actis)
15. LA INMIGRACIÓN MUSULMANA EN EUROPA (*agotado*)
Víctor Pérez-Díaz, Berta Álvarez-Miranda y Elisa Chuliá
16. POBREZA Y EXCLUSIÓN SOCIAL (*agotado*)
Joan Subirats (director)
17. LA REGULACIÓN DE LA INMIGRACIÓN EN EUROPA
Eliseo Aja, Laura Díez (coordinadores)
18. LOS SISTEMAS EDUCATIVOS EUROPEOS ¿CRISIS O TRANSFORMACIÓN?
Joaquim Prats y Francesc Raventós (directores), Edgar Gasòliba (coordinador)
19. PADRES E HIJOS EN LA ESPAÑA ACTUAL
Gerardo Meil Landwerlin
20. MONOPARENTALIDAD E INFANCIA
Lluís Flaquer, Elisabet Almeda y Lara Navarro

21. EL EMPRESARIADO INMIGRANTE EN ESPAÑA
Carlota Solé, Sònia Parella y Leonardo Cavalcanti
22. ADOLESCENTES ANTE EL ALCOHOL. LA MIRADA DE PADRES Y MADRES
Eusebio Megías Valenzuela (director)
23. PROGRAMAS INTERGENERACIONALES. HACIA UNA SOCIEDAD PARA TODAS LAS EDADES
Mariano Sánchez (director)
24. ALIMENTACIÓN, CONSUMO Y SALUD
Cecilia Díaz Méndez y Cristóbal Gómez Benito (coordinadores)
25. LA FORMACIÓN PROFESIONAL EN ESPAÑA. HACIA LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO
Oriol Homs
26. DEPORTE, SALUD Y CALIDAD DE VIDA
David Moscoso Sánchez y Eduardo Moyano Estrada (coordinadores)
27. LA POBLACIÓN RURAL DE ESPAÑA. DE LOS DESEQUILIBRIOS A LA SOSTENIBILIDAD SOCIAL
Luis Camarero (coordinador)
28. EL CUIDADO DE LAS PERSONAS. UN RETO PARA EL SIGLO XXI
Constanza Tobío, M.^a Silveria Agulló Tomás, M.^a Victoria Gómez y M.^a Teresa Martín Palomo
29. FRACASO Y ABANDONO ESCOLAR EN ESPAÑA
Mariano Fernández Enguita, Luis Mena Martínez y Jaime Riviere Gómez
30. INFANCIA Y FUTURO. NUEVAS REALIDADES, NUEVOS RETOS
Pau Mari-Klose, Marga Mari-Klose, Elizabeth Vaquera y Solveig Argeseanu Cunningham
31. INMIGRACIÓN Y ESTADO DE BIENESTAR EN ESPAÑA
Francisco Javier Moreno Fuentes y María Bruquetas Callejo
32. INDIVIDUALIZACIÓN Y SOLIDARIDAD FAMILIAR
Gerardo Meil
33. DISCAPACIDADES E INCLUSIÓN SOCIAL
Colectivo Ioé (Carlos Pereda, Miguel Ángel de Prada y Walter Actis)
34. LA TRANSICIÓN DE LOS JÓVENES A LA VIDA ADULTA. CRISIS ECONÓMICA Y EMANCIPACIÓN TARDÍA
Almudena Moreno Mínguez (coordinadora)
35. CRISIS Y FRACTURA SOCIAL EN EUROPA. CAUSAS Y EFECTOS EN ESPAÑA
Miguel Laparra y Begoña Pérez Eránsus (coordinadores)
36. EL DÉFICIT DE NATALIDAD EN EUROPA. LA SINGULARIDAD DEL CASO ESPAÑOL
Gøsta Esping-Andersen (coordinador), Bruno Arpino, Pau Baizán, Daniela Bellani, Teresa Castro-Martín, Mathew J. Creighton, Maïke van Damme, Carlos Eric Delclòs, Marta Domínguez, María José González, Francesca Luppi, Teresa Martín-García, Léa Pessin, Roberta Rutigliano
37. LA DELINCUENCIA EN LOS BARRIOS. PERCEPCIONES Y REACCIONES
Alfonso Echazarra

Sabemos desde hace tiempo que la sensación de malestar provocada por la delincuencia no solo aparece tras ser víctima de un acto delictivo. Un suceso violento en las noticias, las experiencias traumáticas de familiares o incluso las lunas rotas de un coche pueden favorecer su aparición. No es de extrañar, por lo tanto, que el miedo a la delincuencia afecte a más personas que la propia delincuencia y que las percepciones de la delincuencia que nutren este miedo se hayan convertido en un problema social.

En este estudio se analizan las percepciones de la delincuencia en los barrios españoles y el impacto que sobre estas tienen una serie de características individuales y del entorno, como el estatus socioeconómico, la movilidad residencial, las configuraciones familiares, el empleo del tiempo o la densidad de población. Dado el vínculo que frecuentemente se establece entre inmigración y delincuencia, también se examina con especial interés la relación entre el origen nacional de los residentes y sus percepciones sobre la delincuencia y el vandalismo en el barrio.

El análisis detallado de la delincuencia percibida en las 34.251 secciones censales del territorio español, y la comparativa entre pueblos, ciudades y grandes ciudades, es un elemento a la vez relevante y novedoso del estudio.



Obra Social "la Caixa"